

SCARLETT
O'CONNOR

NO DEBO
HACERME
ILUSIONES ...
SUS BESOS
SON PARTE
DEL TRATO.

Emily

Señoritas americanas 3



Emily

Señoritas americanas 3

SCARLETT
O'CONNOR

Copyright © 2019 Lune Noir

All rights reserved.

ISBN:9781795594295

A todas las mujeres, ustedes saben cuánto valen.

Índice

[Preludio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Nuestro catálogo](#)

[Síguenos en las redes sociales](#)

Preludio

California, Estados Unidos, 1849.

El gallo empezó a cantar. Emily Grant escondió la cara en la almohada y pensó en cuánto más mullida sería si le agregara las plumas del maldito animal. ¿Y el sol? ¿dónde estaba el sol? Se suponía que el cantar era para despertarlos al alba. Los Grant tenían un animal nocturno, determinó la muchacha, resignada a empezar el día antes del amanecer.

Los pasos retumbaron al son del último cacareo. Su madre estaba de pie, lo que significaba que ella debía apurarse. Sandra Grant prendía la cocina con un par de leños, si no se apuraba, Emily terminaría cubierta de olor a humo. La más pequeña de la familia dormía en un entresuelo, separada del resto, que eran todos hombres. Contaba con cuatro hermanos, Jonathan, Zachary, Elton y Louis. Su padre, Benedict, le había fabricado esa cama con sus propias manos, y a Emily le encantaba ese poco de intimidad que representaba. No tenía puerta, ni ninguna separación, solo una pequeña escalera colgante que la conectaba con la cocina.

Se vistió con premura, camisola, corsé frontal, enagua, camisa beige y falda del mismo tono, y bajó sin más dilataciones.

—Emily, ve a buscar agua del pozo —ordenó Sandra—. ¡Y trenza ese cabello!

—Sí, madre.

—Jonathan, tú ve a ver si quedó tocino en el saladero, Zach, los huevos... —Y las órdenes se ahogaron a medida que Emily se alejaba camino al pozo. Al menos, no le había tocado ordeñar a María, la vaca que tenían. Odiaba esa tarea, de seguro le había tocado a Elton, se burlaría de él más tarde. Buscó los baldes, los aseguró en la soga y los descendió por el pozo. Eran tantos metros que uno pensaría que sacaban el agua del otro lado del mundo.

¡California! Los Grant eran todo lo californiano que podía ser una persona sin nacer allí. Habían arribado el año anterior, cuando las tierras pasaron a ser propiedad de Estados Unidos tras el tratado de paz de Guadalupe Hidalgo con México. Según la ley, a cada hombre mayor le correspondían ciento cincuenta acres si trabajaban la tierra, eso bastaba para reclamarlas. Con esa ilusión llegaron allí, por fin tenían algo a su nombre. El norte los había expulsado con su industrialización, el este, con su esclavitud que no requería mano de obra blanca... el oeste los recibió con sus agrestes tierras y los brazos abiertos. Se enamoraron del tosco paisaje que parecía combinar perfecto con ellos. Trabajo duro para hombres y mujeres duros.

Benedict Grant sonreía como no lo había visto antes Emily, y Sandra solía besarlo cada mañana y murmurarle: eres el hombre del que me enamoré. Esa felicidad se le contagiaba a sus hijos, que, salvo alguna broma, jamás se quejaban del trabajo. Su padre también amó California a primera vista, y la cultura mexicana que ahí perduraba. A los Grant les encantaban las casonas coloniales de estilo español y habían dejado el protestantismo para abrazar el catolicismo. Los domingos eran una fiesta religiosa, con los niños de piel morena acicalados y listos para celebrar la misa. Cada evento del calendario cristiano era excusa para festejar, y se hacía con respeto, pidiéndole a Dios trabajo y buenaventura. Aprendieron el español, que por esos lares se hablaba más que el inglés, y pese a ser lo que en el norte llamaban brutos, ahí eran queridos por su capacidad de adaptarse y sacar provecho de las oportunidades.

—Plantaremos olivares y parras —sentenció Grant al llegar a sus nuevas tierras—, como en la Biblia. —Y con esa misión, todos, sin distinción, se pusieron manos a la obra.

Poseían ahora trescientas acres, porque Jonathan había podido reclamar las suyas, y como aún no había contraído matrimonio, las sumaba a las familiares. Allí, entre las rocas, las sierras, la tierra árida y la falta de agua, las vides se abrían paso con fuerza. A Emily le encantaban y debía contenerse para no arrancar las uvas y comerlas antes de tiempo.

Llenó los dos baldes de agua, y antes de cargarlos, bebió de uno haciendo una canastilla con la mano. También se enjuagó el rostro y aprovechó para trenzarse el dorado cabello de manera apresurada antes de volver. Elton pasó con la jarra de leche sin mirarla, a sabiendas de que su hermana le haría una broma. Los hermanos se querían, y como lo hacían, podían pelear por todo sin que el lazo se quebrara. No había jornada que no terminara en alguna

chiquilina competencia o, incluso, a los golpes. Hasta ella dejaba de lado las advertencias de su madre de cómo debía ser una niña y se unía a una riña por alguna necesidad.

Al regresar a la pequeña casa, la cocina ya estaba prendida y el aroma a tocino y huevos, mezclado con café, inundaba el lugar.

—¡Nada de leche! —advirtió la señora Grant—, que esa vaca está cada día más perezosa, y lo que sacamos se hará queso. —Seis rostros mostraron su tristeza y bebieron el café solo de un trago.

Emily se lamentó, no por la falta de leche en el desayuno, sino porque odiaba hacer queso y seguro le tocaba a ella la actividad. Los ojos de Elton se fijaron en los celestes de su hermana con sorna, y ella le devolvió el gesto sacándole la lengua. Ya sabía con quién se pelearía ese día.

Tras engullir la succulenta comida, se apuraron a levantar y lavar los trastos para comenzar la jornada. A diferencia de en el pasado, cuando vivían en el norte, allí todos colaboraban con las tareas domésticas, porque necesitaban las manos de la señora Grant en la tierra, como uno más, no podían darse el lujo de dejar a un integrante puertas adentro. Benedict le prometía que pronto podrían contratar a alguien que los ayudara, y Sandra sonreía, restándole importancia.

Emily sabía que su madre jamás dejaría las labores de campo, las amaba igual que ella. Ninguna de las dos disfrutaba de las tareas asociadas a la mujer. Por algo Dios les había otorgado esa figura, pensaba la pequeña, de espalda y cadera anchas, de cintura amplia que parecía almacenar reservas y músculos firmes que podían acarrear cualquier peso. Sí, estaban hechas para el trabajo, y según el sacerdote, desperdiciar un talento era pecado.

Benedict les pidió a sus hijos que fueran al pueblo en busca de provisiones, esa era la única labor que no podían hacer las mujeres. No importaba cuán rudas fueran, los hombres que se abrían paso en California lo eran más. Los modales, las formas, lejos estaban de esas cantinas olvidadas en el medio del desierto. Jonathan, Zachary y Louis ataron la vieja mula al carro y se dispusieron al viaje de más de una hora, debían volver con tanto como pudieran comprar. El rancho no era sustentable por sí solo, y la huerta del fondo pocos frutos daba. El suelo árido y arenoso, sumado a las pocas lluvias, daba como resultado una importante escasez de alimento. Sin contar con que el puerto no estaba conectado al norte, y los productos llegaban por tierra, con suerte. Por ese motivo, aun cuando ya se cumpliría un año de la adición de las tierras a Estados Unidos, los californianos comercializaban más con México

que con sus nuevos coterráneos. Era difícil determinar dónde comenzaba el contrabando cuando la legislación era tan nueva, al fin de cuentas, todavía no era un Estado admitido por completo. Los habitantes se encontraban en un intermedio, y eso daba como resultado una difusa línea entre lo legal y lo ilegal.

Sus hermanos llevaban, además de algunos dólares, las armas de caza y las pistolas a la cintura. Los robos y la apropiación de las tierras ya trabajadas por otros estaban a la orden del día.

Emily también llevaba una pistola, sabía disparar, cazar, pelear, sembrar, cosechar... A sus trece años ya era capaz de administrar un rancho por ella misma. A diferencia de su padre, no estaba segura de querer que el gobierno federal se apurara en admitir a California como Estado, porque mientras las cosas no estuvieran claras, ella podía fantasear con tener sus propias tierras al cumplir la mayoría de edad, como sucedía con los hombres. No era una niña que anhelara lo que las demás: un esposo y varios niños. No, ella quería seguir con la labor de campo, con cuidar las vides de sol a sombra...

—Sombra —exclamó agotada—, solo un poco de sombra.

En California se trabajaba de sol a sol, pensó Emily con una sonrisa y la vista puesta en el cielo azul despejado. Su madre y Elton habían ido hacia el límite Este a controlar los pocos olivares que tenían. El oeste y el norte de las tierras, que terminaban en un cerro bajo, estaban recubiertas de vides. Benedict siempre se encargaba del límite oeste, porque lindaba con tierra de nadie y era propenso a dar cobijo a bandidos. El norte quedaba rodeado por los acres que su hermano Zachary reclamaría en breve, por lo que era más seguro. Hacía allí iría Emily.

—Llévate a Baltazar —sugirió su padre, preocupado porque algo le sucediera. Si bien era el sector más resguardado, no confiaba en la ausencia de delincuentes. El único caballo de la familia le daría ventaja a su hija en caso de emergencia. Sandra estaría con Elton, y él debía ir sí o sí hacia el oeste, a comprobar si las huellas que había visto Jonathan pertenecían a un coyote o a un intruso.

—No te preocupes —accedió ella, mientras buscaba la montura—. No tardaré, el sol está muy fuerte hoy, incluso para mí.

Benedict le acarició la nariz con el índice, justo donde se le dibujaban las pecas.

—Lleva sombrero —fue la última orden. Emily corrió a acatar, y cuando su padre no podía verla, reemplazó la falda por unos viejos pantalones de

montar de Louis. Detestaba ir a mujeriegas, le resultaba incómodo a ella y a Baltazar.

Con la camisa arremetida en los pantalones, el sombrero de paja calzado hasta la frente y sostenido con una raída cinta, la pistola en la cintura y las herramientas en la alforja, se dispuso a comprobar el estado de las parras. Su padre se había decantado por las uvas verdes de la cepa del chardonnay, al ver que eran las que mejor se adaptaban al clima californiano. Eran dulces e invitaban a devorarlas sin esperar a la maduración. Emily descendió de Baltazar al llegar a las últimas hileras de vides, las plantas más jóvenes; con los guantes de piel y las filosas tijeras de podar, comenzó la labor de comprobar planta por planta el estado de las hojas, de las raíces, si debían temer por plagas y cuánto faltaría para que dieran fruto.

Si bien eran plantas que se llevaban bien con la sequía, los meses sin lluvia comenzaban a impactar en ellas. Emily alzó la vista como si buscara algún indicio de lluvia. Ni una nube.

—Oh, Baltazar —le habló al animal—, ¿qué haremos sin agua?

Podían implementar canales de riego, pero eran demasiado costosos y apenas si tenían dinero para subsistir día a día. Solo quedaba rezarle a Dios y pedirle que intercediera por ellos en los cielos.



Los hermanos Grant volvieron del pueblo con los ceños fruncidos y algunos moretones.

—Por Dios, Louis, que eres tonto. Siempre nos metes en problemas, no aprendes más —se quejó el mayor. Benedict los vio arribar y fue a su encuentro. Los muchachos habían podido conseguir provisiones, sobre todo algo de carne que les venía bien, y en el camino habían cazado una liebre. El éxito no se ajustaba con sus rostros compungidos.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el hombre—, ¿por qué esos ánimos?

—Louis lo ha hecho de nuevo —se quejó Zachary al tiempo que empujaba a su hermano menor fuera del carro—, la próxima nos llevamos a Elton, que tiene el cerebro donde debe y no en los pantalones.

—¡Muchachos, muchachos! —los serenó su padre. Jonathan le regaló una

mirada furiosa antes de descender y comenzar a desatar a la mula.

—Es siempre la misma historia, padre —se quejó el mayor. Louis pateó el suelo en un berrinche que ponía en evidencia su corta edad. Tenía quince años, y si bien en esas tierras era imposible no perder la inocencia y volverse rudo, el más joven de los hombres Grant aún transitaba la adolescencia con todos los vaivenes propios de esa etapa.

—Louis, ve a buscar a Emily —le ordenó Benedict—, está al norte, justo junto al cerro.

—Sí, padre. —Bajó la cabeza y escondió el morado del pómulo, producto de la pelea con sus hermanos y algunos extraños. Sabía que la orden tenía un vestigio de castigo, pues era un tramo extenso para hacer a pie.

—Ahora —prosiguió cuando quedó con los mayores. Fueron a la cuadra de la mula y emprendieron la tarea de bajar las provisiones—, ustedes dos. Ya saben que Louis está en esa edad, deben ser un poco más compasivos... al fin de cuenta, todos la hemos pasado.

—Pero no como él, padre —se lamentó Zachary, y Benedict rio por lo bajo.

—Sí, exactamente como él. ¿Qué ha sido esta vez? —pidió que le relataran, aunque sabía de antemano por dónde venía el asunto. El más joven de los Grant era un enamoradizo. Al alboroto de hormonas propio de la edad se le sumaba su temple romántico.

—Le regaló una hogaza de pan a Salma, además de las flores silvestres de siempre y sus poemas sin rimas —relató Jonathan.

Benedict volvió a sonreír. Sabía que no debía hacerlo, pero le llenaba el pecho de orgullo haber criado un buen cristiano. Su hijo era noble y de una inocencia inagotable.

—¿Y los golpes? —inquirió.

—El dueño del burdel, el señor Ramírez... no le hizo ninguna gracia que Salma recibiera algo gratis... —No tuvo que decir más. Si una prostituta recibía las atenciones bien intencionadas de un hombre, no necesitaba trabajar por ello. Y si no atendía clientes, Ramírez se quedaba sin su parte.

—Hablaré con él cuando regrese.

—¡Es una prostituta! —se quejó Zachary de que su padre le restara importancia al asunto. Sin embargo, Benedict le palmeó la espalda con cariño antes de contestar:

—¿Y qué nos ha enseñado la Biblia? El que esté libre de pecado que arroje la primera piedra.



Emily vio la sombra de Louis recortarse en el horizonte. Venía cabizbajo, pateando las pequeñas rocas del camino. Su hermana no necesitó saber demasiado para atar los cabos, el pequeño Grant llevaba casi un año medio enamorado de la prostituta del pueblo, Salma. La adoraba y, a veces, gracias a la ternura que regía el carácter de Emily, Louis se confesaba con ella sobre los sentimientos.

Su padre decía que era la edad, que todos los jóvenes pasaban por esas etapas de enamoramiento. Lo tomaba como algo pasajero, con una dosis de humor. A Emily la mantenían un poco alejada de esas «cosas de hombres», como lo llamaban, pero sabía por retazos de conversación oídas a escondidas que Benedict creía que era algo que terminaría cuando al fin el pequeño Grant estuviera con una mujer. A la joven Grant le gustaba pensar que no, que su hermano amaba a Salma y que un día se casaría con ella, la salvaría de las garras del regente del burdel y la llevaría de nuevo a la buena senda cristiana. Sí, los Grant eran en el fondo unos románticos.

—¿Cómo va todo? —preguntó Louis al llegar junto a ella. Emily vio las marcas en el pómulo, y por lo superficiales adivinó que se trataba de una disputa de hermanos, no se había medido con Ramírez.

—Bien... bueno, no —se sinceró ella—. La sequía está haciendo de las suyas. Aún me quedan algunas plantas que revisar, pero... debemos traer algo de agua para aquí, solo que no sé cómo.

Louis se encogió de hombros, ajeno al real problema. Emily supuso que estaba triste. Avanzaron entre las vides en silencio, hasta que el muchacho se sintió cómodo para hablar.

—Yo la quiero de verdad, Emily, en serio —se confesó.

—Lo sé...

—Si nadie la ayuda, ni la respeta, no va a poder dejar esa vida. Y luego la juzgan de pecadora, ¿no son peores quienes la llevan a eso? —se lamentó—. Jonathan dice que le pague... —se calló a tiempo. El rubor en las mejillas de Emily le indicó que no debía hablar con tanta franqueza—. Lo siento, perdón. No le digas a padre... por favor —rogó desesperado. Su hermana le sonrió.

—No le diré. No te preocupes, ve con Baltazar de regreso a casa y dile lo

de las plantas secas. Yo volveré a pie...

—Pero...

—Si no lo haces, sí le diré —lo extorsionó con buena intención. Sabía que estaba cansado por el viaje al pueblo y la siguiente caminata. Ella se sentía descansada.

—Te espero —propuso, y ella se negó.

—Tengo que terminar de podar algunas, ve, en serio, y bebe agua, que con este calor todos lo necesitamos. ¿Sí? —Él accedió y montó a Baltazar, antes de que se alejara, Emily lo detuvo—. Prométeme algo más —pidió.

—¿Qué?

—No cambies. —Le sonrió con ternura—. No dejes de tratar a Salma con cariño. —Su hermano le devolvió la sonrisa y regresó a su casa de mucho mejor ánimo. Siempre le hacía bien hablar con Emily.

La muchacha lo vio partir y esperó a que se perdiera antes de volver a las plantas. No debía alentarle, se dijo, pero no podía evitarlo. Le agradaba pensar que todos eran dignos de amor, y que ese sentimiento era el que te hacía buena persona. Si uno sabía que era capaz de amar y ser amado, todo se volvía posible. Solo un hombre al que quisiera con locura y que le retribuyera el sentimiento sería capaz de hacerla cambiar de parecer respecto a la vida conyugal y familiar. Y si lo hallaba, sería como Louis, no le importaría ningún pasado, ningún defecto, ningún obstáculo. Lo único de lo que se creía incapaz era de atarse a alguien sin amor de por medio.

Terminó la hilera de vides y se enderezó. La espalda le escoció un poco por la mala postura, alzó los brazos y respiró profundo para estirar toda la columna. El aroma dulzón del aire le inundó los pulmones, además de las uvas, otro se unía al conjunto, haciendo del perfume un elixir.

—¡Agua! —Emily buscó en el cielo, desesperada, al percibir el inconfundible olor de la lluvia—. ¿Dónde? ¿Dónde?

El cielo se seguía viendo despejado, hasta que...

—¡Maldición! —exclamó la muchacha. Tras las sierras, los nubarrones negros y bajos avanzaban de manera apresurada. No le darían tiempo de llegar hasta la casa, debía encontrar refugio en los cerros y esperar a que la tormenta pasara.

En el tiempo que llevaba allí se había convertido en una experta del clima. Las escasas lluvias eran colosales, pero duraban poco. El problema eran los vientos que levantaban la arena del suelo imposibilitando avanzar con los ojos abiertos. Se cubrió con el sombrero y se encaminó al centro de la tempestad.

Debía apurarse si no quería quedar a la intemperie cuando el aguacero se desatara. De todos modos, corrió con una risa feliz y una plegaria de agradecimiento a Dios en los labios. Las vides se salvarían y conseguirían la primera cosecha.

Las sierras contaban con algunas zonas que brindaban reparo. Cuevas naturales en las cuales había que irse con cuidado de no encontrar alimañas. En una de ellas se escabulló la muchacha justo en el momento en el que un rayo rompía el firmamento y llegaba a tierra seguido de su estruendo. Las piedras temblaron, las rocas se sacudieron y las más pequeñas cayeron sobre su cabeza. Emily se cubrió con los brazos para protegerse de los posibles golpes y se ovilló a esperar que todo sucediera rápido.

No podía negar el susto, el temor de que en lugar de pequeños pedruscos se le cayera parte de la cueva encima. Como sus padres decían, lo mejor en esas circunstancias era pedirle a Dios que interviniera, pues nada más restaba por hacer. Si salía, los vientos la azotarían, ahí, corría riesgo de perecer bajo un derrumbe.

Fue una hora, quizá dos, hasta que todo terminó. Las nubes negras seguían con su avance y detrás de ellas los rayos de sol teñían el cielo de anaranjado. La belleza del paisaje cortaba el aliento. Emily intentó abandonar la cueva, pero se encontró atrapada. Varias rocas habían caído en el ingreso y debía removerlas una a una. El atardecer no tardaría en llegar, y no deseaba pasar la noche en ese lugar. Sin quererlo, comenzó a llorar aterrada ante la idea.

—¡Emily! ¡Emily! —las voces le llegaron lejanas. Eran las de todos los demás Grant que se habían repartido el terreno para buscarla—. ¡Emily!

—¡Aquí! —gritó— ¡Aquí! ¿Me escuchan? —Siguió quitando las piedras de la entrada, se detuvo cuando descubrió que los movimientos bruscos propiciaban más derrumbes. Era el problema de la composición arenosa del terreno californiano. Todo se deshacía con el agua y el viento—. Aquí, en una cueva.

Continuó gritando y escarbando con cuidado, hasta que escuchó la voz de Benedict al otro lado.

—¡Te hallé, pequeña! Zach, Jonathan —los llamó para que lo ayudaran. Tres pares de brazos se encargaron de remover rocas, al igual que hacía Emily desde el interior. La luz no tardó en colarse en la cueva trayendo con ella serenidad. La muchacha ya no temía, y el terror de pasar la noche atrapada remitió por completo. Eso le permitió observar mejor el lugar en el que se hallaba, y lo raro de las rocas. Una de ellas se había partido a la mitad

revelando lo que parecía ser una imperfección en el centro. Intentó llevarla hacia el resplandor del exterior para observar mejor, pero no lograba estar segura.

—Emily —dijo Zachary—, prueba salir por ese agujero. Dice Louis que llevas pantalones.

Aunque debían reprenderla por romper las normas de las faldas, en ese momento los hombres Grant estaban agradecidos con la pequeña por la osadía. Emily guardó el pedazo de piedra en uno de los gastados bolsillos e intentó pasar por el hueco de rocas que habían despejado sus hermanos con su padre. Como no era para nada menuda, necesitó de la ayuda de la fuerza masculina para deslizarse. Las manos de Jonathan la tomaron al otro lado y la arrastraron con cautela para que no se raspara demasiado con las puntas filosas. Una vez del otro lado, cuando sus pies no podían empujar contra nada, Zachary la ayudó con el último tramo.

—Te tenemos, pequeña. —La abrazó su padre, y a los pocos segundos, su madre, Louis y Elton estaban a su lado con los rostros mutados por la preocupación—. Nos has dado un susto de muerte.

—No iba a llegar a casa... —se disculpó.

—Fuiste muy lista, muy lista —agradeció Benedict besándola en la frente—. Ya ha pasado todo, volvamos así cenamos y nos tomamos un merecido descanso. Lo que pudo haber sido una tragedia fue una bendición —completó, contento de tener a su hija entera y de que el agua les hubiera dado un respiro. Avanzaron por el camino todos juntos, hasta que Emily recordó la piedra y la sacó del bolsillo para observarla con verdadero detalle.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Louis, a su lado. Parecía incapaz de separarse de ella, algo culpable de haberse llevado la montura.

—No lo sé, ¿qué crees que sea eso del medio? —Ambos rostros se acercaron a ver la mancha en el centro de la roca cortada—. Parece... pero eso no puede ser, ¿o sí?

Louis se la quitó de las manos.

—Sí, sí parece y creo que es... —sus ojos brillaron como el sol californiano.

—¿De qué hablan? —inquirió Zachary y le sacó la roca. Su rostro se desfiguró—. ¿Dónde hallaste esto?

—Fue Emily, en la cueva.

Ahora Jonathan, Elton, Sandra y Benedict se acercaban a contemplar el descubrimiento.

—¿Es?

—Parece.

—¿Será?

—Creo que sí.

—Es... ¡Oro! —gritaron al unísono las siete voces Grant.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, 1854.

La casa de ladrillo rojo, arcada blanca y ventanas que terminaban de manera hexagonal le resultaba agobiante a los Grant. Sandra, Zachary y Emily habían arribado hacía una semana y, si el viaje no hubiera sido tan extenuante, serían capaces de contemplar la posibilidad de empacar y regresar a California sin siquiera intentarlo.

Rendirse no estaba en el espíritu de los Grant. Viajar por mar tampoco.

El camino desde tierras californianas hasta la gran casona de Kensington en Londres había sido agotador, y los tres integrantes de la familia habían intentado mantener el espíritu en alto a modo de convencerse de lo fructífero del asunto: conseguirle un marido a Emily que mejorara el estatus de los Grant.

Se instalaron por sugerencia de un socio de Benedict en ese hermoso y pujante barrio situado en las cercanías del área comercial de la ciudad. Poseían, además de sus pertenencias, un par de recomendaciones de contactos y amigos con quienes empezar a relacionarse. Sandra no tenía intenciones de imponer un matrimonio a su hija y fue tajante al respecto, Emily conocería nobles y hombres de negocios, sin obligación a nada. De todos modos, la pequeña Grant estaba más que dispuesta a intentarlo con todas sus fuerzas, con esas que ya no empleaba en la tierra ni en el trabajo duro. De nada valía aferrarse a la labor con las vides, tarea que ahora llevaban los empleados del próspero rancho, por lo que no le quedaba más remedio que ser quien su nueva condición social demandaba: una señorita. Y las señoritas tenían un único fin, convertirse en señoras. Dicho fin se consideraba un éxito en tanto y en cuanto

el hombre que la desposara fuera un acaudalado noble de buen nombre.

Emily se dejó caer sin gracia en uno de los mullidos sofás del salón principal, junto a la chimenea, y se permitió un segundo de autocompasión. Se sentía dichosa de la fortuna forjada por su familia y de saber que ella había colaborado, lo que no le agradaba demasiado era la situación en la que se hallaban. Ser «nuevos ricos», como los llamaban, los exponía a las lenguas viperinas, al desprecio social, al hermetismo de aquellos que ostentaban el poder... en definitiva, a la marginalidad. Como había escuchado más de una vez —siempre a sus espaldas— el dinero no podía comprar el buen gusto, ni la educación, ni varias cosas más que parecían ser condiciones *sine qua non* para pertenecer a la élite. Esas voces estaban equivocadas, así lo había expresado George L. Brown, inglés radicado en América y socio inversor de las minas Grant. El británico no dudó en ser, además de un propulsor en la extracción de oro, una brújula social para la familia. La educación, como bien sabía Emily en esos momentos, sí se podía comprar; un ejército de costosas institutrices lo comprobaban. También el buen gusto, solo bastaba con conseguir una modista prestigiosa y pagarle una cuantiosa suma para que les dijera cómo vestir. Y lo demás... lo demás también se compraba. Lo único que les faltaba era un buen nombre, y ahí estaba ella, con sus dólares americanos dispuesta a reemplazar el apellido Grant por uno de prestigio y, de ser posible, agregar un Lady antes de Emily.

Lo único que la mantenía a flote en la superficial, vacía y horrible tarea de conseguir un marido solo por el título era saber que detrás existía un motivo superior. California había explotado con la fiebre del oro, muchos se hicieron ricos, ellos más que nadie. Cada uno de sus hermanos reclamó las acres correspondientes al cumplir la mayoría de edad, las trabajaron con vides para que el gobierno se las otorgara y explotaron la minería. En cada parcela de tierra Grant hallaron oro. Habían pisado, labrado y cosechado sobre el valioso metal sin saberlo. Lo único que faltaba para que los negocios terminaran de prosperar era conseguir que California fuera más influyente dentro de los Estados Unidos de Norteamérica. Misión que requería dinero y... contactos. Tenían lo primero, les faltaba lo segundo. George pujaba por su parte en Washington, pero los Grant no tenían el peso suficiente para conseguirlo desde California. En cambio, si conseguían relacionarse bien...

No existía nada que hiciera babear más a los americanos snobs que un título nobiliario. Emily probaría que George L. Brown tenía razón, que todo estaba a la venta en este mundo.

Tras sus minutos de penurias, se propulsó fuera del sofá en busca de algo por hacer. ¡Qué aburrimiento! Londres era demasiado comedido para el espíritu fogoso de la joven.

Llevaban algunos días allí y no encontraban la forma de agotar energías. Y ella no era la que peor la pasaba, su hermano Zachary caminaba por las paredes. Desde que habían encontrado la primera pepa de oro que Emily apenas hacía trabajo físico, las actividades de campo fueron reemplazadas por horas y horas de aprender literatura, modales, protocolo, música y cuanto cosa creyeran apropiada para el nuevo estatus. Lo mismo sucedió con Sandra, quien ahora debía encargarse de que la gran casona de estilo colonial que habían construido los Grant brindara fiestas, recibiera visitas y diera espacio a grandes negociaciones. Pero Zachary... los hombres de la familia recibieron la educación a la par que su trabajo crecía. Administraban las plantaciones porque eran las que les permitían conservar las tierras, ahora poseían más de mil acres de vides y olivares, y, sobre todo, de minas explotadas. Viajaban, trataban con capataces y obreros, negociaban con hombres del norte y del este, comprobaban las extracciones, aseguraban el transporte porque los robos estaban a la orden del día, protegían los extensos límites de la propiedad y, hacía tan solo un año, a todo eso le incorporaron las bodegas Grant. Los hermanos no tenían un segundo de paz, y cuando la conseguían, no sabían qué hacer con ella.

—Zach, por favor, detente, intento leer —se quejó Emily con el libro en la mano. Según una de sus institutrices, la lectura serenaba el espíritu. Ella disfrutaba de esas historias heroicas, y amaba leer antes de dormir, aunque en el día... en el día prefería vivirlas, y Londres no se lo permitía.

—Vayamos a montar al Hyde Park —propuso él.

—¿No acabas de llegar de allí? —Abandonó la lectura y la comodidad del sillón, le era imposible leer en su compañía.

—Sí, pero he ido solo. Ahora podemos ir ambos, y jugar una carrera. No

sabes, analizo comprar un caballo árabe que he visto...

—Pensé que ya lo habías comprado —dijo Emily. Su hermano le pisaba los talones en las escaleras que iban a la planta alta y a las habitaciones de ellos. La casona era de tres plantas y un altillo. En la tercera se encontraban los sirvientes, que se limitaban al ama de llave, dos doncellas, un ayudante de cámara y un mayordomo. El resto de los empleados eran contratados de la forma moderna, es decir, por horas al día con uno libre por semana.

—No, adquiriré una yegua, debes verla, Em —se entusiasmó—, la amarás. Este semental árabe puede ser bueno para la crucea, además de su belleza.

La alegría se le contagió a la joven y volteó el rostro para sonreír.

—Bueno, no puedes decirle «La yegua», deberás elegir un nombre. Cuando regresemos a California, medio barco serán tus cuadras si sigues así.

Zachary amaba los caballos, y si el dinero no podía comprar lo que más queríamos, para qué lo necesitábamos. Cada uno de los Grant les sumó a sus tareas en la mina su propia vocación. Así Benedict se había dado el gusto de tener su bodega, Jonathan estudiaba economía en una prestigiosa universidad del norte, Zachary comenzaba con su criadero de caballos, Elton amaba la construcción y, tras diseñar y dirigir la obra de la casa del rancho, se dedicaba a la arquitectura por encargo y Louis a la redacción de artículos periodísticos firmados con pseudónimo. La única que no había encontrado su rol era Emily, al parecer a lo único que podía aspirar era a la maternidad y ni siquiera era un anhelo que le quitara el sueño.

La doncella de la muchacha puso mala cara antes de cerrar la puerta en las narices de Zachary, por muchos modales impuestos, los hermanos aún se manejaban como en los viejos tiempos, y no se llevaban demasiado bien con esas extrañas normas de separación de sexos. ¿Por qué no podía estar cerca de su hermana en soledad, a quien vio nacer y crecer? ¿o por qué de pronto Emily tenía prohibido verlo con la camisa desarreglada, descubriendo solo el nacimiento de su pecho cuando lo había hecho tantas veces en el pasado? Las normas sociales le parecían demasiado absurdas, como aquella que habían transmitido los ojos censuradores de la doncella: «Su ala es aquella, señor, el ala de los caballeros. No puede caminar por este corredor». Así que, por

mucho que pagara la renta de esa lujosa casa londinense, tenía prohibidas ciertas habitaciones y secciones. Absurdo.

Emily se apresuró a cambiar su vestido de día por un traje de montar. Seguía detestando ir a mujeriegas, pero en aquel lugar no quedaba más remedio. En el rancho aún cambiaba las faldas por pantalones, se había hecho confeccionar algunos a su medida ya que hacía años que no compartía talla con Louis. Tenía prohibido usar esas prendas en público, pero para ir a montar por las mañanas o salir por las tierras Grant con sus hermanos bastaban.

El traje que ahora lucía era incómodo y más estético que funcional. Todo en ellos hablaba de dinero. Su hermano poseía un reloj de oro para el bolsillo por cada chaleco que usaba, los bordados en hilos de oro y plata decoraban cada una de sus prendas, sin contar con los tules, gasas, perlas, plumas, sedas, pedrería y demás extras. Así que el pobre caballo que eligiera esa mañana para pasear no acarrearía solo con el peso de Emily, que no era una muchacha menuda, sino también el de todo su decorado. La falda de terciopelo azul poseía una sobrefalda bordada con un delicado intrincado similar a los pañuelos árabes, la misma cubría las piernas de lado y terminaba en un enorme moño en la parte posterior que abultaba las caderas femeninas en contraposición a la estrecha cintura. Cintura que Emily debía forzar en demasía con el corsé. Jamás conseguiría esa finura que exigía la época, de menos de sesenta centímetros. Ella, con suerte y mucho trabajo, conseguía unos setenta y cinco, y cuando se observaba al espejo pensaba que en cualquier momento se quebraría a la mitad. El chaleco color crema con botones de perla cerraba sobre una camisa de volantes que no hacía más que incrementar el tamaño de sus pechos. Parecía una avispa empachada de miel. Sobre la trenza de mechones rubios que surcaba su coronilla, la doncella colocó un pequeño sombrero de lado, con un tul que caía hacia adelante, plumas hacia los costados y perlas por doquier. Pobre caballo, pensó Emily con resignación, pobre caballo y pobre de mí.

Zachary seguía ansioso aguardando por su hermana. Caminaba de punta a punta del corredor de caballeros, que era el que daba al frente de la casa. Se frenaba en el centro, y volvía en su andar. Cuando la doncella de Emily dejó la habitación, Zachary le regaló una sonrisa burlona, como un niño al que, en esa ocasión, no habían logrado pescar en su travesura.

—Vamos —exclamó Emily tan ansiosa como él. No soportaba más el encierro ni la tortura que había sido colocarse esas prendas.

—Tú eliges primero el caballo, porque soy bueno —expresó él al comprobar su vestuario.

—No lo haces por bueno —rio ella—, sabes que tienes ventaja al poder montar apropiadamente.

La charla se daba en voz alta, nada de susurros para los Grant. El problema... Sandra los oyó.

—¿Adónde van si se puede saber? —preguntó la mujer con un gesto duro.

—A montar —contestaron al unísono.

—¿Sin haber comido antes? ¿Es que ustedes han olvidado alimentarse?

—La comida aquí es horrible —se quejó Zachary.

—Además, apenas si gastamos energía, madre —agregó Emily.

—Ninguno de los dos sale sin comer. ¡Desde el desayuno que no ingieren nada! Están a punto de desaparecer —espetó la mujer mientras los evaluaba con ojos llenos de preocupación. Los hermanos se miraron y tuvieron que contener la risa ¿Desaparecer? Si Emily era de caderas anchas y pecho abultado, Zachary apenas pasaba por una puerta común con su metro noventa de altura y la amplitud de espalda.

—El desayuno fue hace dos horas, no es que...

—Y comiste como un pajarito —la interrumpió Sandra—, mírate nada más. Ese chaleco te queda holgado. Nada de ir a montar. A comer y luego a la modista que me recomendaron para que te tome las medidas y ajuste tus vestidos. ¡Si la temporada empieza este mismo miércoles!

Sí, pensó la joven Grant, como un pajarito que come casi el total de su peso en alimento. De todos modos, ambos hermanos acataron. Con expresiones de tristeza y resignación, siempre hacían lo que su madre pedía. Sabían de dónde

provenía esa manía por alimentarlos a toda hora, de una época en la que no siempre hubo comida en la mesa. Así como los hombres habían encontrado en el dinero la posibilidad de cumplir sus sueños, Sandra había hallado la paz de saber que sus cinco hijos jamás pasarían hambre. Para la mujer, la moda no podía tener menos sentido. Sabía que los Grant no eran gordos, bastaba con verlos como habían llegado al mundo para saberlo. Huesos grandes, musculaturas firmes y apenas unas libras de reserva componían sus cuerpos, y ella tenía por misión asegurarse de que jamás usaran esas reservas.

Tras un tentempié de media mañana, la señora Grant solicitó el carruaje y constató la dirección de la modista recomendada por George: Madame Dumont. Dumont y L'mer eran consideradas las mejores de la temporada, y conseguir que trabajaran para uno costaba un dineral. L'mer era más prestigiosa que Dumont, pues atendía a los nobles de mayor envergadura. Dumont, según había asegurado George, se coronaba como la reina de la vanguardia y creía que por su apertura mental estaría más dispuesta a atender a americanas por sobre las mujeres de la nobleza.

Emily decidió que no cambiaría su atuendo, no quería pasar una vez más por las horas de tortura que significaba y Sandra consideró eso sentido común. Además, agradeció la joven al subir al carruaje, el traje de montar llevaba un corsé más ligero, con menos ballenas metálicas y con una apertura pequeña que le daba movilidad al cabalgar. El único incordio era la sobrefalda que Zachary, sin contemplaciones, manipuló para entrar tras su hermana ganándose con ello una mirada de horror del lacayo.

—Gracias —musitó Emily en cambio, que también se mantenía ajena a esas normas de decoro.

Sandra conversaba a viva voz sobre el paisaje y los edificios, exclamaba con asombro lo mucho que le gustaría a Elton, o lo que se inspiraría Louis, o lo que aprendería Jonathan. Sin contar con que siempre agregaba «y lo orgulloso que debe estar Benedict». No quedaban dudas, la señora Grant añoraba su tierra y su familia. No era la única; sin embargo, los más jóvenes eran conscientes de que el abandono del nido se aproximaba, en cambio, Sandra buscaba todos los motivos para contenerlos a su lado.

El viaje fue breve, y los hermanos Grant comentaron cuánto más breve

hubiera sido de hacerlo a pie. El centro de Londres bullía en actividad a esas horas, y como el inicio de la temporada era inminente, todos parecían estar ahí. La tienda de Madame Dumont se encontraba a mitad de manzana, con una pequeña escalinata que daba a la puerta principal donde un lacayo aguardaba para abrir y recibir a los clientes. A los lados, en las que serían las ventanas de la sala principal, se encontraban en exhibición algunas de las delicadas telas con las que se confeccionaban los vestidos.

Zachary tenía prohibido el ingreso, pues Dumont trabajaba solo con damas, y los pocos caballeros que atravesaban el umbral eran los ricos nobles que deseaban acompañar a sus esposas y amantes. Para llevar a cabo tal tarea, debían solicitar una cita fuera de hora de modo que la mujer se asegurara la ausencia de otras mujeres. Zachary bufó molesto, de haberlo sabido, salía a montar sin su hermana. Se sentía culpable de solo pensarlo, concedor del aburrimiento al que Emily era sometida. Optó, entonces, por dirigirse a un café, un lugar frecuentado por la clase media y que, de seguro, ayudaría a consolidar la imagen de brutos de los Grant. Desde la mesa junto a la ventana, vio a su madre y hermana perderse en el interior del local de la modista.

Emily miró derredor fascinada. Si bien la casa de alquiler estaba decorada con un gusto exquisito, la sala de espera de Dumont la superaba ampliamente. Tenía tupidas alfombras que ahogaban los pasos, decoradas en tonos tierra, algunos sillones de estilo Luis XV para que las mujeres aguardaran de manera cómoda a que fueran atendidas, y una enorme araña con gotas de cristal e infinidad de velas que colgaba sobre sus cabezas y que obligaba a alzar la vista para contemplar las delicadas molduras de yeso del cielorraso. El empapelado de las paredes, blancas, cortaban su armonía con enormes tapices que dejaban ver escenas de suntuosos bailes.

—Buenos días... mi... señora y señorita —completó una ayudante al observarlas. Les brindó una cálida sonrisa de cortesía—. ¿En qué podemos ayudarlas?

—Buenos días. —La mano de Sandra se extendió por costumbre, y la ayudante expresó desconcierto. La señora Grant la dejó caer al notar su torpeza—. Mi hija, la señorita Emily Grant —la presentó, y tiró de ella para que dejara de mirar todo con la boca abierta—, necesita que le tomen un poco los vestidos. Ha perdido mucho peso en el viaje, ya sabe, altamar...

La mujer frente a ellas seguía con el rostro inescrutable, la sonrisa cortés y el silencio absoluto mientras la señora Grant contaba, con su particular acento, casi toda su vida. Desde lo que comían en California y las actividades que allí llevaban, hasta la vida de una tal señorita Linda que era la mejor costurera — sí, había usado el término costurera—, del sur de los Estados Unidos. Sandra se calló recién cuando se percató de que su charla en voz alta había llamado la atención de las clientas del lugar y de la misma Madame Dumont. Varios rostros se hicieron presentes en la sala de recepción, lo que le llevó a Emily a adivinar que esa gran puerta de doble panel que se abría al fondo daba lugar a otras salas, individuales, donde las clientas eran atendidas y se probaban los vestidos. De pronto, sintió gran pudor, y sus mejillas se sonrojaron ocultando las pecas por completo.

—Buenos días, señoras —cortó el incómodo momento Dumont—, soy Madame Dumont, ¿en qué puedo servirles?

El acento de la mujer tenía un fuerte dejo francés, casi exagerado.

—Un gran amigo nuestro, George... eh, Sir George L. Brown —se corrigió Sandra de manera apresurada—, nos recomendó sus servicios y...

La señora Grant iba a comenzar a contar toda su vida de nuevo, y Emily se avergonzó tanto que sintió culpa. Jamás en sus dieciocho años de vida se había avergonzado de su madre, hasta ese momento. Una joven mujer que se había asomado por el corredor las miraba como espectáculo de circo. Era tan bella y delicada que, aun así, con un vestido a medio colocar, destilaba más estilo y glamour del que Emily podría mostrar en toda su vida. Susurraba algo a otra joven, una que compartía la belleza pero no el porte, los ojos azules de la más joven se escondían detrás de pesadas gafas y su cabello renegrido estaba recogido en un moño simple, como el de las doncellas.

A la señorita Grant las mejillas le ardían tanto que tuvo que refrescarlas con el dorso de su mano sin guantes. ¡Los guantes!, exclamó en pensamientos. Comenzaba a lamentar todas las ideas de esa mañana, desde no cambiar su traje de montar, como el de acceder a los planes de Sandra. De pronto, dejó la nebulosa de bochorno atrás para centrarse en lo que sucedía. Su madre discutía a viva voz con la madame, mientras la bella mujer, Lady Anne había escuchado que se llamaba, se burlaba ya sin ocultarlo. ¿De qué?, mejor dicho,

de quién. De ella. De su atuendo de montar lleno de adornos, de que fuera vestida así sin caballo, de que al parecer con aflojar el corsé volvería a llenar la talla sin problemas...

—¡Oh, por Dios, Lady Anne! ¿Qué sabes tú de belleza? De verdad te riges por los británicos ¿has visto cómo prefieren su puré? Igual de soso que tú. — La defensa llegó de una melodiosa voz que avanzaba, sin preocupaciones, por el corredor. A esa voz de ángel le siguió una figura no muy distinta a la de las mujeres Grant, solo que, a diferencia de ellas que llevaban sus cuerpos con practicidad, la mujer lo hacía con porte de reina.

En esos momentos, no solo Emily quería desaparecer. Madame Dumont empezó a abanicarse con ahínco. Sus mejores clientas se estaban peleando entre sí, nada bueno podía salir de eso.

—Creo saber un poco más que tú, Lady Mariana, por lo menos de británicos. ¿O debo recordarte tus orígenes?

—A ninguna de nosotras nos conviene ir por ese lado, pero a ti menos, pues de las dos eres la única que se avergüenza de ellos. Además, y volviendo al punto anterior, te recuerdo que yo llevo una alianza de un vizconde inglés, uno que se casó conmigo en la flor de la edad —agregó con malicia, haciendo hincapié en el matrimonio concertado de Lady Anne con Lord Merrington—, ¿y tú? ¿Aún esperas ser la próxima Lady Sutcliff? Quizá debieras escuchar nuestros consejos, comer un poco más y, cuando tengas algo más que ofrecer que ya no hayas ofrecido, Lord Webb te proponga matrimonio.

Los ojos de las presentes comenzaban a abrirse en desmesura con cada acusación. Emily no sabía de quiénes demonios hablaban, quiénes eran ellas, quién era Lord Webb, ni cuáles eran los escandalosos orígenes de ambas, lo que sí concluía era que la tal Lady Mariana había acusado a Lady Anne de tener de amante al mencionado hombre, y al parecer, la joven mujer quería cambiar eso. La puja cumplió el cometido de quitar el peso del pudor de los hombros de la muchacha y, con cariño, le rodeó los hombros a su madre. Se sentía mal por haberse avergonzado, al igual que esa mujer que había salido en defensa, ellas no tenían nada qué lamentar de su pasado.

—Vamos, madre. Ya conseguiremos a alguien...

—¡De ninguna manera! —interrumpió la huida Lady Mariana—. Madame Dumont, si usted no atiende a esas damas...

—¿Damas? —fue el burlón comentario de Lady Anne—, basta verlas para saber que no lo son, milady. Mira...

—Sí, damas —sentenció la vizcondesa—. Y si usted, Madame, no las atiende como se merecen, entonces cierro mi cuenta aquí y me buscaré otra modista.

Madame Dumont palideció y comenzó a balbucear una respuesta afirmativa que Lady Anne cortó.

—Y si las atiende como si estuvieran a mi nivel —remarcó la viuda de Merrington—, entonces seré yo la que me marche con otra. —Alzó el mentón de manera desafiante.

—Oh, por favor —se lamentó la señora Grant. Se la veía compungida, cosa rara en ella. Tanto la madre como la hija estaban acostumbradas a los desplantes, pero siempre por la espalda, algo que podían digerir con té y pastelitos mientras despotricaban en su salón. Jamás se habían visto envueltas en algo semejante, y por desgracia, tantos lady, lord, vizconde, conde y otros títulos habían cumplido la tarea de intimidarlas—. No debe hacerlo, madame —balbuceó la mujer—, nos iremos nosotras y olvidaremos que esto ha sucedido. —Se giraron para marcharse, y se encontraron con el robusto cuerpo de Lady Mariana impidiéndoles el paso.

—Tic, Tac, Dumont —dijo la mujer—, si se marchan, me marchó.

—Si se quedan, me marchó —contradijo Anne.

Dumont bajó la mirada, rendida. Esas riñas de nobles eran parte del trabajo, al igual que la supuesta rivalidad con L'mer. Rivalidad que no era tal y que las llevaba a tener sus agendas repletas de pedidos. En esa ocasión, la habían acorralado. Mariana tenía muchos contactos, Anne tenía una figura infernal que hacía que muchas clientas fueran corriendo a pedirle que les confeccionara un vestido que las hiciera lucir así...

—Ambas han hablado de sus supuestos orígenes —intervino la señora Grant y volvió a hablar como Emily sabía que podía hacer, con una autoridad que llamó a todas al silencio. Esa era su madre, y la joven Grant sonrió orgullosa—, si es así, entonces ambas saben lo duro que es abrirse camino en la vida. Puede que lamente este desplante, que crea inapropiado lo que han dicho... Lady Anne, aférrese a la belleza tanto como pueda, pues se termina, y no le quedan tantos años de ella. Lady Mariana, gracias por salir a nuestro favor, los Grant recordamos a quienes nos dieron una mano. Pero esto se termina aquí y ahora, nos marchamos y no perjudicaremos el trabajo de una mujer que se gana el pan, eso es más importante que un par de centímetros en la cintura de mi hija. —Alzó el mentón, tomó del brazo a Emily y dejó el lujoso salón como una reina sin corona.

Dumont largó el aire, Lady Mariana sonrió... así que Grant ¿eh? Esas mujeres merecían estar en su círculo, pensó con satisfacción. La única que había perdido de verdad en la disputa era Lady Anne, quien quedó como una cabeza de chorlito, superficial y con pocas luces para conseguir marido. Ya verían esas dos, prometió, quien reía último reía mejor, y ella lo haría desde el altar junto a Lord Webb.

Lady Thomson reconocía a un americano ni bien lo veía y, sobre todo, cuando lo oía; y no podía evitarlo, cuando de mujeres del otro lado del océano se trataba, se lanzaba a la aventura. Siempre hallaba argumentos para justificar su afición de madrinazgo, los negocios de Lord Thomson crecían de la mano de los extranjeros, en especial de los del continente occidental. El nombre de George L. Brown hizo eco en su memoria, había tenido el placer de conocerlo tiempo atrás, no era uno de los socios de su esposo, pero en un futuro no muy lejano podría llegar a serlo. Con eso ya le bastaba, para ella y su esposo. Además, su tan característica empatía le permitía ponerse en los zapatos del otro, en primera persona sabía lo difícil que era intentar hacerse un lugar dentro de la aristocracia británica, y sin una amistad adecuada, era una tarea hercúlea. Para suerte de las Grant, lady Thomson no creía en lo imposible. Se despidió de madame Dumont movida por la ansiedad, por supuesto, antes de poner un pie fuera del lugar, tuvo que repetirle una y otra vez que el vínculo de modista-clienta no se había roto como consecuencia de la partida de las mujeres.

—No se preocupe, la semana próxima estaré de regreso, solo he recordado que otros asuntos requieren de mi presencia inmediata —dijo eso sin quitar los ojos del cristal de la vitrina principal, desde ahí podía ver a las Grant, estaban a la espera de un carruaje—. Aunque yo que usted, madame, reevaluaría el comportamiento de algunas de sus clientas, no hay peor vulgaridad que la que sale de la boca.

Eso fue una daga directa al pecho de Lady Anne, la furia tiñó de rojo ardiente las mejillas de la joven mujer. No iba a continuar ese intercambio de palabras con la vizcondesa, sus posibilidades de ganar eran nulas, y eso no era todo, el vínculo de los Thomson para con los Sutcliff se fortalecía día a día, y Anne no deseaba que su papel de viuda frágil y delicada se hiciera trizas a causa de unas brutas extranjeras. Se mordió los labios y empujó a su hermana hacia el interior del vestidor.

—Thelma, ayúdame con este maldito vestido...

Thelma no reaccionaba, todavía estaba fascinada por lo vivido minutos atrás, que alguien se atreviera a bajarle el ego de un hondazo a su hermana siempre era algo para el silencioso disfrute.

—¡Thelma! ¡Maldición... —bufó por lo bajo para que las demás clientas no la oyeran— regresa a la tierra, la luna te queda demasiado grande!

—Lo... lo siento —Casi que tartamudeó, lo hacía solo ante situaciones incómodas, y quien conocía a la auténtica Lady Anne sabía que vivir junto a ella era una incomodidad constante—. ¿Qué necesitas?

—Que te muevas, Thelma... que te muevas y me ayudes con el vestido. — Se giró para que le desprendiera los botones—. Si Lady Thomson se marcha, nosotras también.

—Pe... pero si recién hemos llegado. —Anne se había probado solo dos vestidos, para ella eso significaba estar «recién llegadas», las visitas a la tienda Dumont solían consumir gran parte del día.

—Tú nunca entiendes nada, ¿verdad? —Era una batalla de orgullos, quedarse significaba otorgarle el triunfo a Lady Mariana—. ¡Vamos, apúrate!

Todas estaban apuradas, en especial, las Grant. Para lamento de ambas, dada la zona céntrica y concurrida, el cochero se había visto obligado a llevar el carruaje a un par de calles de ahí. Zachary, que había contemplado la abrupta salida de las mujeres desde el otro lado de la acera, salió al rescate y a la captura del carruaje, por lo que solo les quedaba esperar.

Lady Mariana les hizo compañía de inmediato, ellas apenas la percibieron, el momento vivido les había menguado la atención y los ánimos.

—¡Vaya, qué casualidad, nos volvemos a encontrar! —bromeó con una sonrisa contagiosa en los labios. Así sucedió, ni bien Sandra y Emily giraron hacia ella, sonrieron—. Ahora que estamos en buena compañía —dijo guiñando el ojo en complicidad a Emily—, hagamos las presentaciones como es debido. Lady Mariana Thomson ante ustedes.

Sandra Grant no podía arrancar la raíz de sus costumbres, ni bien la palabra «presentación» resonó en su cabeza, su mano se extendió de manera automática hacia la mujer y, cuando cayó en cuenta de su comportamiento tan poco apropiado para la nobleza, se detuvo a medio camino. Tanto Emily como ella habían oído que la mujer era una «vizcondesa». Con el mismo automatismo con el que Sandra extendió la mano, la retrajo. Antes de que pudiera excusarse y ocultar el gesto, Mariana se aferró a su mano para corresponder con un suave apretón.

—Por favor, Londres y la nobleza británica pueden ser un auténtico veneno, y la mejor manera de ser inmune es manteniendo las barreras de nuestros orígenes en alto.

—Pues nos han dicho lo contrario. —Emily evadió las reglas protocolares recién aprendidas y habló sin previa autorización.

—¡Emily! —Sandra le llamó la atención, no porque así lo quisiera, sino porque el manual londinense lo demandaba.

Mariana rio. La muchachita rubia y rozagante, con unas curvas muy poco vistas por esos lares, le resultó por demás simpática. Tenía una belleza y un encanto muy peculiar, por no decir rústico.

—¿Y de quién lo has oído? Déjame adivinar... ¡de algún inglés!

Emily se sonrojó, y la timidez la llevó a encorvarse. Se hizo pequeña, y eso que no lo era, su contextura no era fácil de ocultar.

—Emily, niña... —susurró mamá Grant a modo de dulce reprimenda—, la espalda erguida, la frente arriba.

—Hazle caso a tu madre, dulzura, que Londres no te intimide.

—Eso no es tan fácil, Lady Thomson, por lo menos no para nosotros —alegó la señora Grant con los ánimos en alza.

—Nunca lo es, señora Grant.

—Sandra, por favor, llámeme Sandra.

—De acuerdo, Sandra... —Le hubiese encantado retribuirle con lo mismo, pero presentía que iba a hacer más mal que bien, ella no tenía problema en que la llamaran por su nombre, no así el resto de la nobleza, hacerlo podría convertirse en una sentencia—. Por eso... —continuó para no dilatar más su verdadera intención, su carruaje estaba ya dispuesto para ella—, si me lo permiten, me gustaría hacer más sencilla su estadía en la ciudad. Todos necesitamos de amigos locales...

—Oh, Lady Mariana, es muy amable de su parte, pero no tiene que tomarse la molestia.

Las Grant eran de armas tomar, se lanzaban a tempestades solas, se enfrentaban a los leones hambrientos.

—No es una molestia, al contrario, es un placer, de hecho... —Podía percibir la naturaleza independiente de las mujeres, y eso hacía que el agrado fuese mayor—, en el presente cuento con visitas americanas, hay dos jovencitas como tú, Emily... una de Boston, otra de Virginia, y en breve otra se sumará, de seguro te encantará conocerlas. Creo que una protocolar reunión de té en mi casa tendrá doble función, entretenerlas y prepararlas para lo peor. —Era más que lógico suponer el motivo de sus presencias en el país: el inicio de

la temporada—. ¿Qué me dicen?

El brillo en los ojos de Emily fue la respuesta esperada, para las jóvenes británicas, una americana no era buena compañía, en consecuencia, estaba sufriendo la soledad a la fuerza, no le quedaba más alternativa que pasar el tiempo libre con Zachary, cuya idea de entretenimiento se escapaba, por lejos, de las actividades ideales para jóvenes damas. Sandra consideró esto último y, aunque no tenía deseos de comprometer a la vizcondesa con una relación de amistad tan poco beneficiosa —ya estaba por demás claro que para los snobs británicos, al igual que para la élite americana, el dinero de los nuevos ricos tampoco justificaba la aceptación social— salvaguardar el espíritu de Emily valía la pena. ¿Qué era lo peor que podía suceder?

En ese preciso instante, el carruaje de las Grant hacía su llegada con Zachary incluido, el gran muchachote, sin prestar atención alguna a su alrededor, abrió la portezuela, y con todo el peso de su cuerpo, impactó en la acera justo en una baldosa floja que albergaba debajo de ella un poco de agua estancada. El salpicón fue a parar de lleno a la falda de Mariana.

—¡Zachary Grant! Tienes que ser más cuidadoso, muchacho. —Por primera vez desde la llegada a Londres, las mejillas de Sandra se enrojecieron por la vergüenza.

Los ojos de Lady Thomson recorrieron el cuerpo de Zachary de punta a punta.

—¿Y todo esto es un Grant? —preguntó conteniendo las ganas de reír con desparpajo. El «muchacho» de muchacho no tenía nada, era todo un hombre, con unas cualidades físicas envidiables; para observarlo por completo, la cabeza de Mariana debía de tocar su espalda. ¡Estaba a un paso de la torticollis! Si alguien se atreviera a preguntarle a la vizcondesa qué era lo que más le gustaba de América, desde ese día en adelante, diría: los hombres americanos.

—Lo siento, milady —dijo Zach con una dulzura que parecía en desarmonía con su cuerpo—. Todavía no me acostumbro a estos carruajes, creo que no son aptos para mí... como el resto de Londres —agregó con una sonrisa final.

—No te preocupes, muchacho... apenas se nota —dijo comprobando el estado de su falda. Era verdad, el tono azul se había fundido con la suciedad—. Con respecto a lo otro, tienes razón, a Londres le estaría faltando más muchachos como tú —confesó con un travieso aire de picardía, y volvió a guiñar un ojo a Emily—. Retomando... aún no han aceptado mi invitación.

Lady Anne atravesó la puerta de la tienda Dumont imitando la salida triunfal de la vizcondesa, la de ella tuvo otro efecto, solo capturó la mirada de los hombres; deslumbraba, era imposible negarlo. Las miradas de las mujeres iban en dirección a su sombra, la pobre Thelma, que cargaba una pila de cajas con sombreros. La muy pobrecita, encima que contaba con gafas para sopesar los problemas de vista, tenía una barrera de cartón que le impedía ver hacia adelante, si a eso se le agregaba la sutil pero real renguera que tenía desde pequeña a causa de la polio, como resultado final obtenías una catástrofe. Una catástrofe de la moda.

Tal vez fue un imperceptible trastabille, o el leve empujón del hombre que pasó a su lado como si no existiera. Tal vez tenía la cabeza en otro lado, otra vez en la luna, esa que, a Dios gracias, no habitaba con Anne. Como fuera, las cajas de sombreros fueron a parar al piso. Una de ellas rodó por la acera hasta la calle, se abrió, y el delicado accesorio que se hallaba en su interior, deseoso de escapar de las garras de Lady Anne —porque, para qué mentir, lo que tenía de bella por fuera, lo tenía de arpía por dentro— se dejó llevar por el viento y se refugió debajo el carruaje.

—¡Thelma, mira lo que has hecho! ¡Recógelo ahora mismo!

¿Recogerlo? ¿Cómo si fuese tan sencillo! Debía dejarse caer de rodillas al suelo y extender el brazo a una distancia que no alcanzaría. Ni mención hacer que la falda de su vestido se mojaría con el agua estancada de los adoquines. Thelma no tenía intenciones de discutir con su hermana, no contaba con las fuerzas para hacerlo, las había perdido años atrás, desde que su padre había muerto. No discutía, no desafiaba, Thelma acataba; sin la belleza y la gracia de su hermana, no había conseguido esposo, y sin esposo, no tenía sostén económico. Recibía las migajas que su hermana le obsequiaba bajo sus normas y demandas. Sin más, para dar por finalizada la espantosa escena, respiró profundo y se aferró a la falda dispuesta a acuclillarse... El cuerpo de un hombre, un gran hombre, se interpuso entre ella y el sombrero. Es más, la

detuvo antes de que sus rodillas tocaran el suelo.

—Por favor, señorita, permítame ayudarla.

La voz de Zachary, intensa, profunda y amable a la vez, atravesó los oídos de Thelma llevándola a la inmovilidad total. El hombre tenía grandes y largos brazos, pero la contextura ancha de su torso no le permitía obtener la comodidad necesaria para llegar al preciado objeto, sin otra alternativa, apoyó la rodilla sobre los adoquines mojados, y llegó hasta él. Desde esa posición, le entregó el sombrero a Thelma que seguía acuclillada a escasos centímetros de su cuerpo. Zachary sonrió cuando notó que las manos de la muchacha temblaban.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Por supuesto que se encuentra bien —gruñó Anne, fastidiada, ya no por el hecho del sombrero, sino porque acababa de comprobar que el amable, atractivo y musculoso caballero formaba parte del séquito de las desagradables americanas que le habían arruinado la tarde en la tienda Dumont. Y eso no era todo, la vizcondesa estaba junto a ellas también. Le arrancó el sombrero de la mano a Zachary y, con desgano, moduló un pobre «gracias». Luego arremetió contra su hermana—. Thelma, levántate de una buena vez.

Thelma no iba a levantarse, no mientras ese hombre se mantuviera de rodillas ante ella sonriendo.

La presión de la mano de Anne en su brazo hizo de las suyas, tiró de ella para romper el hechizo. Lo consiguió. Casi a la rastra, logró meterla dentro del carruaje, luego le demandó al cochero que se encargara del reguero de sombreros por ellas.

De la boca de la muchacha no salió palabra alguna de agradecimiento, y Zachary no se lo tomó para nada personal, al contrario, el silencio de Thelma no había sido ocasionado por esos aires de superioridad londinense que él detestaba, sino por una notoria timidez. Le fascinaba la timidez en las mujeres, en su continente, en este y en cualquier otro.

Cuando el carruaje de las hermanas se alejó, Zachary fue sorprendido por un brazo desconocido, el de Lady Mariana. La mujer parecía encantada con lo que había visto.

—Voy a repetir mis palabras de minutos atrás, a Londres le estaría faltando más muchachos como tú, Zachary Grant. —Juntos avanzaron hasta reencontrarse con Sandra y Emily—. Si fueses una muchacha, sin duda te convertiría en la sensación de la temporada —bromeó, y Grant no pudo evitar lanzar una carcajada al aire.

—¿Puedo cederle mi puesto a alguien? —preguntó con picardía, a diferencia de su madre y hermana, Zachary sí tomaba todas las oportunidades que se le cruzaban—. Conozco una Grant que ha cruzado el océano justo para eso. —Se detuvieron frente a Emily, la observaron de pies a cabeza—. ¿Qué opina?

Emily fulminó con la mirada a su hermano y se enrojeció de la vergüenza una vez más. Tenía esa extraña capacidad, la expresar dos sentimientos dispares a la vez.

—¿Qué tiene el material para serlo. —Sí, necesitaba pulirse, pero tenía la materia prima para ser una auténtica dama inglesa. Emily Grant era la clase de aventura casamentera en la que a Lady Mariana le encantaba embarcarse—. Siempre y cuando acepten mi invitación, aún no lo han hecho.

Se sintieron acorraladas, primero por la vizcondesa; segundo, por Zachary, que parecía haberse convertido en amigo íntimo de la mujer en cuestión de segundos. Sandra no podía imaginarse compartiendo el té de la tarde con una vizcondesa y sus amistades, de todas maneras, aceptó, por el bien de su hija. Porque al fin de cuentas, ese viaje... todo se trataba de su hija.

—Nos encantaría aceptar su invitación, Lady Thomson. ¿No es así, Emily?

Muchachas americanas en territorio británico, eso era comparable a una gota de agua en el desierto. ¡Por supuesto que estaba encantada! Sonrió de par en par. Londres comenzaba a agradarle un poco más.

Capítulo 2

Las nuevas amistades fueron beneficiosas para todo el pequeño clan de los Grant. Sandra comenzaba a disfrutar de las excentricidades de Lady Thomson; el comportamiento de la vizcondesa, un tanto fuera de lo común con respecto al resto de la nobleza, le sentaba de maravillas a mamá Grant. Además, gracias a ella y a las exquisitas tardes de té, gozaba de la compañía de Grace Monroe, otra americana que le hacía de carabina a una jovencita que se encontraba en las mismas circunstancias de Emily, pero que, a diferencia de su hija, debía contraer matrimonio sí o sí por cierto escándalo que Sandra no tenía intenciones de indagar. Por su parte, Emily también estaba disfrutando a lo grande con las nuevas amistades, aunque una de ellas, Vanessa, originaria de Boston, lograba alterarla e incomodarla más rápido que todos sus hermanos juntos. En cuanto a Zachary, sin lugar a dudas, había sido el más favorecido con el giro de los acontecimientos, ya no tenía que procurarles entretenimiento a su madre y hermana, no requerían de su presencia constante para cortar con la aburrida monotonía londinense, lo que le permitía a él explorar el otro Londres, el de los hombres, con apuestas, juegos y mujeres de por medio.

Las cuatro jovencitas estaban a un día de su debut social, Lady Thomson se adelantaba a la temporada con una fiesta previa, tal como solía hacerlo cada año. Se esperaba máxima concurrencia y la asistencia de los nobles del más alto rango. Emily estaba ansiosa, y cuando esa emoción la atacaba, la combatía atragantándose con cuanto cosa se le cruzara al camino de su boca. Y en la mansión Thomson, había delicias para tentar a cualquiera, en especial a las ansiosas.

—Veo que el apetito hoy te desborda —le susurró al oído la joven de Nueva York al ver la mirada de desagrado en Vanessa—. Tienes crema en la comisura de tus labios. Ten... a mí suele sucederme lo mismo —dijo acercándole una servilleta.

—Oh, gracias... —Se quitó los restos de la boca y le sonrió a modo de muestra.

—Perfecto —finalizó Miranda.

Sentía más afinidad con ella, Miranda Clark; a diferencia de Vanessa y Cameron —la jovencita de Virginia—, ellas no habían nacido en cuna de oro, y carecían de los modales refinados que las otras poseían por pura naturaleza. La historia de las familias era bastante similar, lo conseguido había sido a fuerza de trabajo, y para qué negarlo, en el caso de los Grant, también de una dosis de suerte.

—¡Y la señorita Clark tenía que arruinar todo! —replicó Vanessa Cleveland, la bostoniana, con su habitual tono de sarcasmo—. Tenía intenciones de comprobar el tiempo que duraría ese rastro de crema en su rostro.

—¿Para qué? ¿Para burlarte de ella? —acusó Cameron, la joven de Virginia, que era una florecilla perfecta de modales y buenas costumbres.

—Sí y no. Es preferible que yo me burle de ella ahora, y no toda la nobleza después.

Tenía un buen punto, aunque las técnicas de aprendizaje no eran muy amables que digamos.

—No puedo evitarlo, cuando estoy ansiosa, como... como en exceso

—Ahora entiendo todo —remarcó Vanessa recorriendo el cuerpo de Emily con total descaro—, has vivido con ansiedad toda tu vida, entonces.

Tarde o temprano iba a suceder, Emily lo sabía, y el resto de las jovencitas también, las curvas de su cuerpo contaban una historia muy poco habitual, esa clase de historia que nadie lee, porque les desagrada, porque no les parece atractiva, o simplemente porque la juzgan por su portada.

—¡Vanessa! —Cameron era la que más tiempo llevaba vinculada a la joven de Cleveland, como ella, había sido una de las primeras en llegar a Londres. Por eso se dio el permiso de reprenderla por el comentario.

—Bien, me callo. Yo también tengo derecho a degustar los pastelitos de cocina francesa, por lo menos corta con tanta comida desabrida... pero sepan que no hacen ningún favor, esto es una farsa, una actuación costosa, más costosa que las del teatro, así que, si queremos salir bien paradas, debemos aprender el papel que nos toca.

Sí, pensó Cameron con un dejo de tristeza, era una farsa y ella era excelente actuando. No quería darle la razón a Vanessa, pero de nada valía discutir cuando tenía un punto, de modo que hizo lo que correspondía, asentir y cambiar de tema en un leve movimiento.

—Hablando de figuras que no sean las nuestras —dijo la virginiana—,

¿leyeron el último artículo del Doctor C?

El enigmático Doctor C escribía sus notas en un folletín para damas londinenses: *Lady & Society*, y Cameron se había hecho adepta a sus publicaciones. Era la primera en comprarlas y compartirlas con las demás.

—No —agradeció Emily el cambio de tema—, ¿de qué habla esta vez?

—De lo mismo que nosotras...

—Seguramente con menos atino —interrumpió Vanessa con una sonrisa socarrona.

—¡Eres imposible! —se quejó Miranda—, vamos, Cameron, no le hagas caso y cuenta, que no he podido comprarla.

—Eso es porque la señora Monroe no es tan excéntrica como Lady Thomson. —Sonrió Cameron. La joven de Virginia era la única hospedada bajo el techo de la vizcondesa junto a su odiosa tía. La lectura, de lo que fuera, era lo único que la salvaba de la locura—. Bueno, volviendo al tema, habla de los cánones de belleza de la sociedad británica. Ha armado un gran alboroto y por poco lo censuran, porque los ha comparado con... —La voz de la muchacha se hizo un susurro— un corsé.

—¿Por qué susurras? —exclamó la señorita Cleveland.

—Por lo mismo que casi prohíben la nota... no se puede hablar de ropa interior femenina en voz alta.

—¡Por Dios! —En esta ocasión fue Miranda la que coincidió con Vanessa—, es que no se puede hablar de nada aquí.

—Del clima —musitó Emily por lo bajo, el tono era de sarcasmo, pero su voz dulce y su porte tímido hacía parecer que todo lo que decía era muy en serio. La bostoniana arqueó las cejas con cierto deleite, esa versión de la señorita Grant era la única que le caía bien, y la muchacha se empecinaba en ocultarla—, por fortuna para los ingleses, en esta isla el tiempo cambia minuto a minuto. En California, que apenas llueve dos veces al año, se morirían del aburrimiento. «Otro día de sol, otro día de sol, qué raro está el clima... soleado».

Miranda rompió en una sonora carcajada que le granjeó la mirada de divertida censura de la mesa de las matronas. Todas menos Eleanor De Luca, la tía de Cameron, mujer odiosa como pocas. Vanessa mostraba una media sonrisa satisfecha, mientras que la señorita Madison ocultaba la suya con decoro detrás del borde de la taza de té.

Comentaron un poco más el artículo antes de despedirse; aunque coincidía con el Doctor C, de nada valía para Emily, ella debía ajustar las cintas,

agregar ballenas y contener el aire, tanto de manera física como metafórica. Ni su figura ni su carácter se ajustaban, y los londinenses eran un corsé demasiado fuerte y rígido para luchar contra él.

Se asfixiaría, estaba segura...



La fiesta de apertura de temporada de Lady Thomson había alterado los nervios de los Grant. Para colmo de males, Zachary no había podido excusarse y le correspondía cumplir con la tan amable anfitriona.

Le debían tanto...

Lady Mariana, la antigua soprano italiana y actual vizcondesa, era una de las mujeres mejor relacionadas de Inglaterra y, además, muy generosa. No dudaba en compartir su éxito con quienes apreciaba, y parecía haber resguardado bajo su ala protectora a los Grant. El motivo, según ella, era que conocía el desprecio de la élite en carne propia.

Como fuera, era la primera vez que los californianos asistirían a un evento de esa envergadura que en nada se parecía a las fiestas americanas. Un par de reuniones llevaban en Londres, menores y reducidas, y eso bastaba para saber que una fiesta todo a lo alto los intimidaría.

Emily estaba tan asustada que no opinó sobre el atuendo elegido. Por desgracia, aún no habían logrado conseguir una modista y solo contaban con las dotes de la doncella de la joven para arreglar los vestidos. Sandra parecía dudar sobre la elección, las joyas, los tocados y cada detalle. Estaba segura de que debían mostrar que, pese a no tener sangre noble, sí tenían dinero a raudales.

—Ay, Emily, querida —se quejó la mujer—, es que es lo único que tenemos para ofrecer, debemos mostrarlo todo —acotó sin percatarse de que sus palabras herían hondo en el espíritu de su hija.

Emily jamás se había acomplejado hasta el momento, nada tenía de qué avergonzarse. En California era una muchacha alegre, feliz, algo díscola y enérgica. Con sus cabalgatas al amanecer, sus atuendos masculinos y sus modales francos. Tampoco parecía molestar su aspecto corpulento ni las pecas en su cutis. En Londres, en cambio, daba la impresión de que toda ella estaba

fuera de lugar, y comenzaba a hacer mella en su ánimo.

No quería darle la razón a Vanessa... no. Había escapado de las lenguas viperinas de América como para tener que lidiar con ellas ahí en Inglaterra. Vanessa con su educación y su actitud soberbia le recordaba que en Estados Unidos tampoco los aceptaban, Cameron, por suerte, le mostraba la otra cara. No todos los que habían nacido en cuna de oro eran despectivos... aunque últimamente le costaba encontrar ejemplos.

No debía ser injusta, se dijo, enderezó la espalda, tomó aire y dejó que Kim, la doncella, ajustara más las cintas del corsé. Lady Mariana era una buena mujer... *Y tiene orígenes humildes*, completó su mente. Al igual que Miranda, la otra señorita americana con la que tan bien se llevaba. Intentó hacer un recuento de las personas que había conocido hasta el momento y quiénes habían sido amables, luego filtró esa escasa lista por aquellos que no tenían un pasado de trabajo duro y el resultado daba dos. Dos personas nada más: Cameron y Lady Daphne Webb. *Bueno, está bien, Vanessa cada tanto*, agregó para sentirse mejor y llevar su resumen a dos personas y media. Sonrió.

Se colocó las medias de seda que eran tan suaves y delicadas que parecían una segunda piel. Terminaban en una línea de encaje bordado a mano y en un ligero que se unía a sus pololos. Le resultaba lindo y femenino, lástima que eso fuera por debajo y nadie pudiera verlo. La ropa interior era un gusto culposo de Emily, lo único que podía elegir ella sin preocuparse por cómo se vería o por su practicidad. Una vez enfundada en ella, Kim la ayudó con la bata y la instó a sentarse en el tocador para comenzar con el peinado. El corsé fue una tortura, y para evadirse del dolor físico volvió a concentrarse en la gente amable.

Lady Daphne Webb era la hija del conde de Sutcliff y la sensación de la temporada. Tenía apenas dieciséis años y todos daban por sentado que se casaría ese mismo año, los pretendientes parecían caer rendidos a sus pies. Emily no podía culparlos, ella había caído rendida ante los encantos de la dama de modales amables, sonrisa sincera y un brillo pícaro en la mirada. Lady Daphne tenía prohibido entablar relaciones con las americanas de Thomson, como había escuchado que las nombraban, pero la joven había hecho oídos sordos.

Emily había atado cabos, no conocía demasiadas personas en Inglaterra y los pocos nombres le quedaron grabados en el recuerdo. Sutcliff, Webb, Lady Anne y el maldito encontronazo en la tienda Dumont. Se había atrevido a

preguntarle a Daphne en privado.

—Sí, el Lord Webb del que hablan es mi hermano. —La afirmación fue acompañada de una expresión de hastío burlón, como el que Emily usaba cuando las anécdotas de Louis la superaban—. En la fiesta de Lady Thomson te lo presentaré, no es tan malo como parece.

—¿Es verdad que se va a casar con Lady Anne? —preguntó curiosa.

—¡No! —exclamó la muchacha—. La ha dejado —completó el chisme en un susurro—, aunque al parecer Lady Anne no se ha dado por vencida. ¿Sabes? No debería decirte esto...

Emily se inclinó hacia su compañera de té con intriga. Le agradaba tener amigas mujeres, con quien compartir cosas. Adoraba a sus hermanos, y la libertad que el mundo de hombres le ofrecía, sin embargo, la camaradería entre congéneres le resultaba divertida y relajada. Por lo menos cuando se daba con gente buena. Ese reducido té brindado por un conocido de Sir George L. Brown le había permitido ampliar sus horizontes al respecto.

—¿Qué? No le diré a nadie, lo prometo —insistió Emily.

—Mi madre pertenece a la sociedad de lectura de damas londinenses, lo que en realidad es... un club de damas.

—¿Cómo?

—Claro, como los clubes de caballeros. Mi padre pertenece al White, y mi madre a la sociedad de lectura. Y aunque cada tanto leen algo, en realidad hacen lo mismo que los caballeros, comentar rumores y apostar...

Los ojos de ambas brillaron con deleite. Eso era lo más escandaloso que una dama podía hacer.

—Ya me gustaría pertenecer a uno.

—Cuando te cases con un noble y seas Lady Emily, fundaremos el nuestro —prometió Daphne—, de momento, nos contentaremos con las cosas que escucho tras las puertas. Por ejemplo, que hay apuestas sobre mi hermano Colin y Lady Anne. Así fue como mi madre se enteró de que la viuda de Merrington hizo pública su relación con Colin, y está que trina. Por poco cancelamos la invitación a la fiesta de Lady Thomson porque mi madre no quiere pisar el mismo salón que Lady Anne.

Por fortuna para Emily, Lady Marion Sutcliff cambió de parecer. La joven californiana agradecía tener una aliada de su edad, sobre todo una muchacha que sabía tanto de nobleza y de normas, y que no dudaba en enseñar con mano firme, pero sin menospreciar ni burlar.

Tres horas de tortura más tarde, los Grant estaban listos para subir al

carruaje y dirigirse a la mansión de Lord Thomson, el vizconde de Sameville. Que los tres californianos, con todos sus atuendos, cupiesen en el coche era un misterio del universo.

Cada uno de ellos llevaba consigo gran parte de su guardarropa. Sandra lucía un vestido color obispo, entallado a la cintura, con las mangas abullonadas y una falda que se abría para dejar ver una porción debajo de otro tejido color dorado que hacía juego con el cuello que asomaba con recato sobre la línea del pecho. El atuendo de por sí vistoso era complementado con un gran collar de oro y diamantes con sus pendientes a tono. El tocado, no más discreto, contaba de varias plumas del mismo color que el vestido y con un gancho de diamantes que sostenía la apenas entrecana melena de la señora Grant. Emily quería creer que ella era más mesurada en su apariencia... era una creencia vacía.

La muchacha iba de amarillo y dorado, como si no bastara con su apellido para decir que eran dueños del oro de América. Todo ella era una gran pepa recién extraída, y aunque Lady Thomson insistía en que la rusticidad no le quitaba valor, Emily empezaba a dudarlo. Lo único que le gustaba de su atuendo era que le recordaba al sol de California, y sí, si lo mirabas fijo por mucho tiempo podías quedar ciego. El vestido era amplio, con una gran enagua llena de alambres que le impedían moverse con facilidad, una cintura estrecha a fuerza de un corsé lleno de ballenas, un enorme moño que aumentaba todavía más el diámetro de sus caderas y un cuello alto que se abría con encaje bordado a mano hacia los lados de su esternón y brazos, brindándole a su pecho un protagónico que ella quería quitar. En vano... pues además de todo eso, lucía un enorme zafiro amarillo incrustado en una cadena de oro que se correspondía con dos pendientes de la misma piedra, y una más, en su cabellera, rodeada de pequeñas perlas negras que contrarrestaban con la melena rubia casi platinada.

Tanta ostentación la incomodaba, y la llevaba a una extrema timidez. No solo extrañaba California, a sus hermanos y a su padre, también comenzaba a extrañarse ella. La que se ocultaba debajo de ese atuendo, la que solo elegía la ropa interior. Cabizbaja, se adentró en la suntuosa mansión de Lady Mariana y la buscaron para presentarle sus respetos. A lo lejos, Emily divisó a Daphne y se sintió mejor, con ella cerca podría desempeñarse con mayor seguridad.

Mientras esperaban que lady y lord Thomson saludaran a los invitados de mayor envergadura, Emily se detuvo junto a Zachary, que parecía tan fuera de lugar como ella. Ambos llamaban la atención, y sentían las miradas fijas en

ellos. Lamentaba que Lady Daphne no pudiera acercarse, como le había explicado, el título de su padre demandaba que fuera ella quien se dirigiera en primer lugar a modo de respeto. Había agregado que esa norma le parecía absurda, pero Emily no se podía dar el gusto de romperla adrede. Bastantes quebraba sin querer.

—Mira, Zach —le señaló la joven Grant a su hermano—, si fuese tan bella como ella no necesitaría andar colgando diamantes.

—Llevas zafiros —contradijo él, confundido. No entendía demasiado de egos femeninos. Emily, acostumbrada a eso, rio.

—Es una forma de decir, cabezotas.

—Bueno, es que últimamente estás melancólica. ¿Será que siempre llueve por aquí?

—Sí, debe ser eso —musitó la muchacha, sin querer ahondar en lo mal que se sentía. Sabía que Zachary no la entendería, y no por no comprender sus sentimientos, sino porque para él no había nada malo en los Grant. Ella solía pensar igual, y esa noche maldijo a todos los ingleses por haberla apagado de esa manera. Los ojos claros de su hermano se fijaron en ella con perspicacia.

—No, no es eso... —rectificó—, ¿qué ocurre, Emily?

—Nada. Solo... nunca me importó ser bella, hasta ahora. Ahora siento que todo está mal conmigo.

—¡Patrañas!

—¡Zachary Grant! —lo reprendió Sandra por la palabrota dicha en voz alta. Más de uno se volteó al escucharlos. Los hermanos volvieron a los susurros.

—Mira de nuevo a Lady Daphne, y dime la verdad...

—Es bella, sí, pero no existe una única forma de belleza, Em. Menos cuando de hombres se trata —agregó con un guiño—, a algunos le gustan los angelitos como Lady Daphne, a otros las fierecillas...

—¿A ti?

—Yo prefiero a la morena...

—¿A qué morena? —inquirió Emily, sorprendida de que alguien hubiera llamado la atención de Zachary, el más esquivo de sus hermanos. Lo vio sonrojarse, y abrió los ojos de manera exagerada ante la sorpresa.

—A las morenas, en general —se corrigió—. Y ya verás, de seguro entre estos estirados nobles hay uno que se pondrá a babear tras tus... atributos.

La única respuesta válida al tono en el que dijo «atributos» fue un duro golpe con la libreta de baile, que, vaya sorpresa, era de oro.

—Lo dudo... —confesó por lo bajo con el primer atisbo de tristeza en la voz de la noche.

—Ese es tu problema, Em, dudas... siempre dudas —aseguró Zachary con la mirada perdida en un punto estratégico del salón, parecía que había hallado algo de su interés—. ¿No has aprendido nada de nosotros? Decide lo que quieres y ve por ello. —Sus palabras no fueron solo una pequeña lección, fueron también la despedida. El saludo a la vizcondesa fue breve por la cantidad de gente, apenas una reverencia seguida de un cruce de miradas cómplices para que se tuvieran que hacer a un lado y permitirle el paso a un barón—. Ahora, no es mi intención abandonarlas, pero el embravecido mar de la nobleza británica me invita a nadar en sus aguas. —Tiró de su falda a modo de infantil juego, le sonrió y se perdió entre los invitados.

Quería maldecirlo por dejarla sola, de una extraña manera, se sentía débil, como una presa fácil, dispuesta a ser atacada por las más despiadadas fieras. Unas fieras que, sin piedad, comenzaban a examinarla con miradas devoradoras. La incomodidad fue compartida por su madre, sí, era verdad, sus atuendos pedían a gritos la atención de los presentes, es más, podían compararse a dos pavos reales monocromáticos.

—Veo a la señora Monroe... ven. —Sandra se dispuso a la marcha. En contraposición a su hija, las miradas ajenas no le impedían la acción, lucía su vestido y joyas con mucha honra. Tenía un orgullo que la nobleza jamás conocería, el del logro y el triunfo a fuerza de trabajo y plena voluntad—. ¡Emily! —la llamó por lo bajo al comprobar que no se movía, parecía una estatua de fuente.

—No puedo, madre... en verdad, no puedo moverme. —Pánico, eso era lo que experimentaba, las tardes de té en casa de Lady Thomson no habían sido suficiente, nada la había preparado para eso.

Sandra podía notar el estado de nerviosismo en su hija, y la tristeza también hizo de lo suyo en ella, se había planteado muchas veces su presencia en ese país, en esa vida; esa noche, por primera vez, se reprochó la decisión tomada. Temía romper el ímpetu de su hija, fragmentar su corazón en torno a una realidad que nunca le pertenecería.

—Vamos, toma mi brazo. —Así lo hizo Emily, como pudo enredó el brazo al de su madre en busca de soporte. Caminar, bueno, ese era otro cantar—. Respira, pequeña... solo respira y da un paso a la vez.

No pudo, no tenía la fuerza, ni de cuerpo ni de espíritu.

—Buenas noches, señora Grant. —Una voz familiar se dirigió a su madre

y rompió la burbuja de terror en la que ella estaba encerrada. Era Vanessa Cleveland. Su brazo también se enredó al de Emily para tirar de ella. Le habló en confianza al oído—. Por algún motivo que no entiendo, colocan a las americanas en el mismo costal, si tú caes, todas caemos contigo, y yo no pienso caer en tu patética desgracia... ¿has oído? —Emily asintió sin emitir palabra alguna—. Así me gusta... sonría y mueva ese trasero, señorita Grant.

La detestaría en otro momento, porque en ese, Vanessa fue lo único capaz de hacerla reaccionar. Respiró profundo, dio un paso y luego otro. Sin pensarlo, llegó a destino. Sin pensarlo, dejó los miedos atrás.

Miranda estaba junto a la señora Monroe, ni bien las vio, se apresuró a darles una cálida bienvenida.

—Hasta que por fin llegas. —La tomó de las manos, se las apretujó con cariño y se las ingenió para murmurar sin que la señorita Cleveland la oyera—. Estaba a segundos del suicidio, combatir contra Vanessa sola no es tarea sencilla.

Emily rio. De un instante a otro dejaba atrás el colapso inicial.

—¿Y Cameron? —preguntó curiosa, al fin de cuentas, la joven de Virginia vivía bajo ese techo, su ausencia era extraña.

—Eso mismo me pregunto. —Miranda se sumó a su interrogación.

—Y yo... —agregó Vanessa—, aunque conociendo a su tía, puedo suponer el motivo de su ausencia. —Desplegó el abanico para propiciarse una ventisca, tenía las mejillas enrojecidas—. No me va a quedar más alternativa que ir por ella. Tenemos una reputación que mantener, y solo lo haremos en conjunto. Ya regreso... —dijo aferrándose a la falda para girar sobre sus talones, su delgada figura se mezcló con la de los invitados en cuestión de segundos. Cuando Vanessa se proponía algo, lo conseguía, la señorita Madison les haría compañía a la brevedad.

—No he tenido el gusto de tratar con la tía de Cameron. —La cercanía de Miranda terminó de tranquilizarla, las palabras comenzaban a abandonar sus labios sin problema alguno.

De las cuatro jovencitas, Emily era la que menos tiempo pasaba en la mansión Thomson, sí, iban de visita a beber té y a cotillear sobre la nobleza, pero Vanessa, en cierta forma, estaba condicionada a una mayor estadía en el lugar, sobre todo cuando su tutor se marchaba de la ciudad; y Miranda, junto a

la señora Monroe, también, la mujer era una muy buena amiga de la vizcondesa.

—¡Lo afortunada que has sido! —se desahogó Miranda—. Vanessa es un ángel del Señor en comparación a ella. —Casi que gruñó al recordarla—. ¡Nunca conocí mujer más desagradable en mi vida! —Sus ojos danzaron por el salón en busca de un rostro familiar, lo halló. Era Lady Webb, que parecía tratar de hacer contacto visual con ellas—. ¿Me parece a mí, o Daphne Webb nos está haciendo señas con su mirada?

—Lady Daphne. —La corrigió Emily.

—Bah, ya pareces Cameron... o Lady Thomson, o Grace. —Sandra y la señora Monroe se encontraban muy entretenidas compartiendo detalles del evento, y Miranda se valió de esa escasa atención para permitirse una pequeña escapada en compañía de la joven Grant—. Vamos, creo que quiere que nos acerquemos... —La tomó del brazo y la forzó a caminar a su ritmo.

Emily, cual cometa —tenía los colores perfectos de vestuario para serlo— orbitó alrededor de la neoyorquina hasta llegar junto a la joven Webb. Coincidieron en uno de los extremos del salón, casualmente, opuesto al lugar en el que se encontraban los Sutcliff, sus padres.

—Por todos los cielos, si tenía que hacerles señales de humo para ponerlas en alerta iba a justificar los pensamientos de la mayoría de los aristócratas aquí reunidos.

—¿Qué pensamientos? —Miranda estaba intrigada por conocer el trasfondo de las habladurías.

—Esos que las comparan con los pieles rojas.

Los ojos de Emily danzaron de un lado al otro, no era la primera vez que oía esa comparación. De pequeña, había hecho amistades con muchos niños nativos, y que los utilizaran como calificativo de desprecio le molestaba.

—El término correcto sería nativos americanos.

—No, señorita Grant. —Daphne Webb intentó ser lo más amable posible—. Por desgracia, aquí no hay término correcto alguno, solo comparaciones sin sentido. Pero ya que lo mencionas, ¿conoces alguno? —La intriga se coló por los poros de la perfecta dama inglesa. Antes de que Emily pudiera responder, Daphne la interrumpió—. No, mejor no me lo digas, porque si me lo dices, temo que tal historia se escape de mis labios, y una cosa lleva a la otra... y...

—Volvemos a ser comparadas con los pieles rojas —finalizó Miranda.

—¡Exacto! —exclamó aliviada Daphne.

—Prometo cerrar mi boca, entonces —bromeó Emily.

—Por favor —insistió la joven Webb—, no me gustaría privarme de la compañía de ustedes.

—Por lo que me han dicho, ya has sido privada de nuestra compañía ¿no es así? —interrogó Miranda.

—Verdad, verdad —Daphne le restó importancia—. Aunque no es una prohibición real, sino por puro convencionalismo.

El rechazo a las americanas ya era una cuestión de moda en la temporada. En ese instante, Emily divisó a Lady Anne en las cercanías del ventanal que daba a los jardines y sintió el irrefrenable deseo de huir. No se creía capaz de soportar un cruce con la dama como el que había vivido, si en el salón de Dumont se había paralizado, ahí, se desmayaría.

—Si me disculpan... creo haber visto a Vanessa y a Cameron, iré por ellas. Como dice la señorita Cleveland, debemos mantenernos unidas. —Creía que su mentira había sido convincente, porque no la cuestionaron. Sin embargo, la mirada perspicaz de Daphne se fijó en ella en un intento de adivinar su repentino malestar. La dejó marchar sin preguntas, porque jamás haría algo que la incomodara.

Emily se apresuró en dirección opuesta de Lady Anne, en búsqueda no de sus amigas, sino de su hermano. Necesitaba de su sostén, lo halló en los jardines laterales, al otro extremo del salón.

Estaba solo, apoyado en una pared con la vista puesta en las pocas estrellas que se veían tras las nubes. Podía jurar que estaba absorto en sus pensamientos, cosa rara en Zachary, un hombre muy capaz de prestarse a las cavilaciones sin necesidad de detenerse para ello.

—Zach... —lo llamó ella con cautela, para no asustarlo. Su hermano se giró y le regaló una sonrisa.

—Pequeña, ¿mejor?

—Sí, necesitaba aire —mintió. Luego, agotada de no ser sincera, dejó escapar la verdad—. He visto a Lady Anne, la viuda de Merrington...

—Sé quién es. —La voz de su hermano transmitía bastante malestar. Emily se lo adjudicó al desplante en lo de Dumont.

—Bueno, no quería sufrir su lengua venenosa.

—Te diría que la enfrentes, que tienes para ponerla en su lugar, pero no es sensato luchar con serpientes cascabel. Basta ver el daño que hacen con tanto veneno...

—Zach... ¿Por qué tengo la idea de que no hablamos de mí?

—Porque hablamos de Lady Anne —dijo él en tono jocoso, y cambió de tema—. Vamos, el salón nos espera, baila un par de melodías y marchémonos de aquí. Nadie se hace experto en la primera práctica, el segundo baile será mejor.

Sin permitirle discutir, la arrastró dentro de la mansión y, como un pésimo hermano, la dejó sola junto al ventanal. Él fue en búsqueda del refugio que brindaba el salón de caballeros, Lord Thomson había dicho que quería comentar sobre unas inversiones en ferrocarriles, que le habían recomendado a un hombre de Chicago que estaba en camino y de seguro podrían hacer negocios. Eso le daba sosiego, odiaba perder el tiempo.

Emily, sin más lugar adonde huir, regresó junto a Lady Daphne que estaba de pie junto a un hombre que se alejaba unos pasos para alcanzar a uno de los lacayos que pasaba con las copas. Por la cabellera rubia y el porte, la señorita Grant dedujo que se trataba de otro Webb, eran inconfundibles. Se acercó al lugar y, recordando lo que habían comentado del desprecio a los americanos, presupuso que la nueva compañía de su amiga era en pos de alejarla de ellas.

—No queremos causarte inconvenientes con tus padres —le susurró Emily, sin saber si debía quedarse o volver a perderse en el salón. Sentía auténtico aprecio por la joven londinense, le agradaba su compañía, aun así, no deseaba comprometerla.

—Despreocúpense de eso, el único inconveniente de la familia es mi hermano, Colin... no yo —dijo sonriendo con picardía, sus ojos se abrían camino entre los cuerpos danzantes y la sorpresa golpeó a la californiana. En el medio de la pista, Miranda bailaba un vals con un apuesto caballero de cabellos de fuego.

—¡Te he oído, Daphne! —La melodiosa voz masculina invadió a las muchachas y ahogó las preguntas de Emily respecto a su amiga, también impidió que aplaudiera como foca por el éxito de Miranda, que se sentía como propio—. Estoy llegando a pensar que los rumores que circulan de mí por ahí se originan en ti.— El cuerpo de Lord Colin Webb abandonó el refugio que los vestidos de las jovencitas le brindaban para ubicarse junto a su hermana.

—No, mi querido Lord Webb, eso queda a cuenta suya. Usted tiene esa maravillosa cualidad, y otras tantas más —bromeó ella.

—Sí, sin lugar a dudas, soy un derroche de cualidades.

La ironía que acompañó a sus palabras no llegó a oídos de Emily, porque el bello desgraciado había coronado lo dicho con una sonrisa. La más hermosa y letal de las sonrisas.

Emily volvió a paralizarse, y esta vez no lo hizo por temor al enfrentamiento con la nobleza, lo hizo porque su corazón se lo demandó. La joven Grant había oído hablar del paraíso, había intentado imaginarlo cada vez que hablaban del lugar en la misa dominical, y a pesar de ello, nunca lo había conseguido. Ahora comprendía el porqué, no era un lugar... no, era un hombre. Sí, el paraíso era Colin Webb.

No debía mirarlo, se decía. No debía mirarlo con semejante descaro. Lo estaba evaluando como a las vides de la plantación familiar, con cuidado, delicadeza, sin perderse detalle alguno, así era como se conseguía la mejor cosecha. Y él era eso, una fruta perfecta... sus labios eran rojos y carnosos como las cerezas, invitaban a la degustación. ¡Dios, lo que daría por probarlos! El color azul de sus ojos le recordaba el intenso cielo californiano que añoraba, y su piel, casi dorada, combinada con su perfecta y rubia cabellera, la hacía viajar al soleado desierto que extrañaba. Colin Webb era su paraíso, era el hogar que ella tanto deseaba.

—¿Emily? —Daphne intentó regresarla en sí—. ¿Emily?

Nada. No hubo respuesta alguna. Tuvo que recurrir a algo más extremo. Primero tironeó de su falda, y en segunda instancia, recurrió a un disimulado pellizco en su brazo. Este último hizo efecto, los labios de Emily se abrieron para expulsar el doloroso quejido.

Los ojos de ambos Webb se posaron en los de ella. ¡La peor de las encrucijadas! ¿Mirarla a ella o mirarlo a él? Su cerebro le gritaba: ¡Ella, ella! Su corazón, y el resto de su cuerpo le ordenaba: ¡Él, definitivamente él!

No había que ser muy inteligente para interpretar la reacción de Emily. Eso era amor a primera vista. Imposible no enamorarse de ese adonis sonriente.

—¡Diablos, Colin, lo has hecho de nuevo! —protestó Daphne.

—¿Qué? —Él no pudo evitar sonreír aún más. La imagen de la joven americana embelesada por él le resultaba muy tierna. Debía reconocer que las mujeres británicas demostraban ese sentimiento siguiendo el manual de protocolo. Emily Grant le resultaba un tanto refrescante—. Hice lo que pediste, solo me presenté.

—Lo siento. —Emily se excusó como pudo, las mejillas le ardían, por vergüenza y por el descubrimiento de un deseo inesperado. ¿Presentación? ¿Acaso su cerebro había anulado la realidad por un par de segundos? No recordaba nada, solo sus labios, esos labios... y sus ojos... —Lo siento, no le estaba presentando atención a la conversación.

—¿Y a qué le estaba prestando atención, señorita Grant?

¿Él sabía su nombre? ¿Cuánto se había perdido?

¡Ay, Dios, lo que daría por hacer un pozo en la tierra y enterrarse ahí mismo!

—No lo sientas —intervino Daphne—. Estos eventos tienen ese efecto en nosotras. Nos desbordan, sino basta ver a Miranda. —Mal ejemplo, y Colin se lo hizo saber con una carcajada. Hacía pocos segundos la señorita Clark reaccionaba de manera similar a los encantos de Elliot Spencer.

—Me imagino —agregó él—. Lo confieso, no me gustaría estar en sus zapatos, al fin de cuentas esto es como un gran desfile de exposición para ustedes. Lo que me recuerda... —Se giró hacia su hermana—. Mantente alejada de Lord Sefton... no es un hombre con buenas intenciones.

—¿Por qué lo dices? —cuestionó Lady Webb.

—No importa por qué lo digo, solo hazme caso, no tengo deseos de trenzarme en una riña con él por ti.

Daphne resopló para manifestar el fastidio que le provocaba la sobreprotección de su hermano.

—Está bien... huiré de Lord Sefton en cuanto lo vea.

Un intercambio de sonrisas entre hermanos sirvió para cerrar el trato. Colin se volvió hacia Emily.

—Eso también va para usted, señorita... huya de Sefton.

La señorita Grant asintió como un autómatas, sin saber a qué accedía. No importaba, de todos modos Lord Webb acababa de arruinarla para todos los hombres del planeta.

—¿Colin, vas a trenzarte en una riña por ella también? —Daphne lo provocó.

Sin saber por qué, los ojos de Colin fueron en busca de los de la californiana, azules como el más bello cielo de primavera. Sonrió, no por pura camaradería como solía hacerlo, sino por respuesta a la sonrisa que se ocultaba en los labios de la muchacha.

—Por supuesto que sí... si alguien se propasa con alguna de las amigas de mi hermana, solo tienen que decírmelo, yo me encargo de lo demás.

La llegada de Lady Thomson cortó la conversación. La vizcondesa se acercaba a comprobar con sus propios ojos lo que se veía en la pista, una de sus muchachas americanas en brazos de ni más ni menos que el próximo duque de Weymouth.

Emily se sentía abochornada por su reacción, y a la vez, por la falta de la

misma. Todavía le ardían las mejillas, sentía que la boca se le hacía agua y el corazón le latía a mil por hora. Dio un paso atrás, para alejarse del efecto de Colin Webb y poder pensar con claridad. Daphne retrocedió con ella, dejando a Lady Mariana como compañía de su hermano.

—No te sientas mal —adivinó el malestar—. Al fin de cuentas es el futuro Conde de Sutcliff, uno de los pretendientes más buscados de esta temporada... —expuso Daphne con cierto aire de melancolía—. Y de la temporada anterior... y también de anterior a esa, en fin... uno de los solteros más codiciados.

—¿Uno? —preguntó Emily, sin poder contemplar la posibilidad de que alguien eclipsara semejante partido—. ¿Cuántos hay?

—Codiciados en verdad, dos... mi hermano y Lord Bridport.

Dos o doscientos, no tenía real importancia para Emily, desde ese instante en adelante, existía un único hombre para ella: Colin Webb.



Al otro lado del salón, Lady Anne Merrington estaba que trinaba. Nada esa noche salió como esperaba. Sabía que estaba despampanante con su vestido azul noche que hacía juego con el color de sus ojos y contrarrestaban con la blancura de su piel. Usaba cortes sencillos, de talle fino y falda ancha, de escote bajo pero recatado y telas que se pegaban a su andar. Conocía su potencial, y lo explotaba al máximo. Tenía a todos los nobles, casados y solteros, babeando tras ella. A todos menos a uno, su último amante, Colin Webb.

El muy maldito había terminado su relación con ella, y con palabras amables y un mugroso... bueno, mugroso no, bastante caro brazalete, daba por terminada una relación de un año y un día. Un año y un día, ese era el límite de las amantes de Lord Webb. Ninguna había durado más ni menos en su lecho, y Anne sabía que, en la sociedad de lectura de damas londinenses, el club de damas al que pertenecían las más importantes ladies de la nobleza, había existido una apuesta en su nombre. Ella sería la que rompiera la norma, la que se casaría con Lord Webb. No había sucedido, al igual que todas las anteriores, fue despachada con una joya por único regalo. Y para más irritación de la viuda de Merrington, ni siquiera había recibido la joya más cara y bonita. No, ese puesto aún lo ostentaba Lady Amber, la predecesora de Anne en la cama de Webb, una mujer también viuda con tres niños que

conservaba una relación de amistad con su antiguo amante. La mujer parecía haber entendido desde el inicio cómo era la situación en brazos de Colin, y de mutuo acuerdo se prestaron consuelo. Al finalizar, Lady Amber se quedó con los buenos recuerdos, un gran amigo y una de las gargantillas de zafiros y oro blanco más costosas de la nobleza británica... y ella... ¡un maldito brazalete de rubíes y esmeraldas!

Pero a diferencia de Amber, Anne no se rendiría. Ella no se contentaba con una joya, ella quería ser la próxima Lady Sutcliff y lo conseguiría. Claro, si primero lograba que Lord Webb la mirara. Colin estaba a varios metros de allí en compañía de, nada más y nada menos, que la atracción de circo americana que había conocido en lo de Madame Dumont. ¡Hablando de joyas caras! Todo en la muchacha brillaba, y no en el buen sentido. Y sin embargo, parecía haber conseguido el cometido de encandilar a Webb por unos segundos. Sonrisas, picardía, diversión... todo eso se veía en el rostro de Colin, sentimientos que Anne sabía muy bien no solía mostrar con frecuencia. El próximo conde de Sutcliff se caracterizaba por cinismo, sarcasmo y aburrimiento.

—¿Dónde demonios está Thelma? —susurró en búsqueda de su hermana. ¡Perfecto!, ahora resultaba que debía ir a los tocadores por su cuenta. Aguantaría hasta su regreso, odiaba verse en una situación tan vulnerable frente a sus amistades. Su séquito de siempre eran La honorable Darlene Holly, una muchacha con pocas luces y menos gracia, que no se resignaba a su destino de solterona y solía adjudicar su estado civil a una elección personal, y Hillary Otto, la esposa de Sir Otto, el médico que había prestado gran servicio a su Majestad y por quien había recibido el honorífico título de Sir. Nadie más secundaba a Lady Anne en su caída. Apenas si la habían podido soportar cuando era la esposa de Lord Merrington, ahora, como viuda, solo la invitaban por respeto al título de su difunto marido. Pronto eso cambiaría, se prometió, cuando se casara con Lord Webb y fuera la próxima condesa de Sutcliff.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Darlene al verla abatida. La furia destilaba de cada uno de sus poros con un único destino, Emily Grant y sus ojos de cachorra enamorada.

—Sí, por supuesto... solo que... —compuso un gesto de falsa pena—, no puedo creer lo que Colin, perdón, Lord Web... —Escondió su rostro tras un pañuelo bordado.

Darlene creía que la belleza era contagiosa, y que si soportaba la

compañía de Lady Anne lo suficiente algo de eso se le pegaría.

—Lord Webb comprenderá su error...

—Espero que lo haga pronto —musitó—, pues él es demasiado bueno para esta sociedad de arpías. Solo basta ver cómo lo dejó Lady Amber tras la ruptura, me costó tanto que volviera a confiar en las mujeres...

Thelma regresó en ese instante y escuchó las palabras de su hermana con estoicismo. Era increíble la cantidad de mentiras que podían salir de sus labios. Nada de lo que decía era cierto, el corazón de Colin, si lo tenía, pensó Thelma con cierto rencor, había estado siempre a resguardo de cada una de sus amantes. No tenía nada en contra del futuro conde, a decir verdad, solo lo despreciaba por la ceguera con respecto a su hermana. Un año junto a ella y no había visto su verdadera naturaleza. Podía ser que ella llevara lentes, pero Webb era el único miope.

—Lo verá, lo verá —agregó Hillary.

—Si no lo enredan antes en las malas artes esas de ahí... —señaló al sector en donde se encontraban las americanas en compañía de Lady Daphne y Lord Bridport.

—¡Eso es imposible! —se indignó Darlene, y Thelma dio un paso atrás hasta perderse con el empapelado. Ya sabía lo que vendría, lo escuchaba en cada reunión de té de esas víboras. Tomaban a una muchacha de punto y la hacían trizas. Darlene parecía desquitarse con ganas, agradecida de no ser «la más fea de la sociedad», único puesto al que podía aspirar. Le parecía absurdo que Holly usara contra las demás mujeres las mismas armas que la apuntaban a ella. Hillary, en cambio, se sumaba a la disputa por aburrimento. Su marido, sin duda, no le daba nada en qué entretenerse.

—No subestimen el dinero, queridas. No en vano se presentan con tantas joyas y decorados. Saben que no buscan enamorar, sino comprar.

—Bueno, pero no tienes nada de qué preocuparte, Anne —insistió Darlene, y la boca se le aguó en obsecuencia. Le encantaba poder tutear a Lady Merrington, se sentía privilegiada—. Lord Webb no necesita dinero, y siempre ha tenido un gusto exquisito con las mujeres, uno que no hace más que mejorar. Basta con comparar para saberlo, tú fuiste su más bella compañera, y más bella que tú no hay...

Los ojos de Thelma rodaron en sus órbitas.

—Siempre sabes cómo levantarme el ánimo, Darlene. Y tienes razón, no hay forma de que esa me opaque, salvo claro, que se pare frente a mí, en cuyo caso me cubre por completo... —bromeó y fue seguida de un coro de risas.

Thelma enfureció al percatarse de que la broma de su hermana había sido oída por un par más de damas de los alrededores que se sumaban. Al tener público, algo que Anne amaba, continuó alimentándolos.

—Exceptuando la altura, por la cual usa esas plumas —agregó Hillary y volvió a ser coreada.

—Y si eso no basta, solo tiene que conseguir que la luz le dé sobre las piedras que lleva cual araña de Lady Thomson. —Los oyentes alzaron la vista a las suntuosas arañas y rompieron en carcajadas. Las mismas eran brillantes y pesadas y parecían al borde de colapsar, igual que la señorita californiana.

Las odiosas comparaciones continuaron para deleite de los invitados, hasta que llegaron a los oídos de la señora Grant que estaba junto a la señora Monroe a un lado. Sandra no soportaba un segundo más, ya no le importaba si arruinaba la reputación de su hija, si debía volver a California en el próximo barco o si ahondaba en la impresión de que los americanos eran unos brutos, ella le sacaría uno a uno los cabellos a esa malnacida y se los haría comer. ¡Nadie hablaba así de su hija! Se acercó a paso enérgico, mientras la pobre Grace Monroe intentaba detenerla.

—Usted no tiene idea de lo que habla —espetó al llegar junto a Lady Anne —, si supiera lo que es el hambre no se vanagloriaría tanto de sus huesos salientes y...

—Oh, pero ahora se ve que no pasan hambre —la interrumpió Lady Anne en alusión a la contextura física, y las risas se escucharon de fondo. Grace no lograba contener el escándalo, y comenzó a buscar al Lady Thomson para que saliera al rescate. El problema era que la vizcondesa estaba deleitándose de otro escándalo: el regreso de Lord Bridport a la sociedad. Bueno, pensó la señora Monroe, al menos la costumbre de ser la mejor fiesta de Londres no se había roto. Los diarios tendrían para entretenerse por semanas con lo sucedido en la apertura de la temporada. Cuando creyó que debía rendirse a su suerte, una refinada voz con un leve acento francés se hizo oír por encima de las carcajadas.

—Lady Anne, querida... ¿te puedo tutear? Supongo que sí, ya que al parecer anhelas tanto ser mi nuera. —Las risas se cortaron, y el mutismo se apoderó de esa ala del salón—. Si tuvieras algo más que cabello en la cabeza no harías tan superficiales bromas. —El sonrojo se apoderó de las mejillas de la viuda y le tiñeron las orejas. Lady Marion Sutcliff, la actual y a quien ella tanto quería reemplazar, la miraba furibunda—. Para llevar corona se necesita el cuello sin cortar, y si te sirve el consejo de una francesa, eso se consigue

con flexibilidad. Lo rígido se quiebra, lo flexible se amolda.

—Milady... —quiso interrumpir Hillary, pero fue acallada con un levantamiento de mano sutil de la condesa. No, Lady Anne la había agotado y no permitiría que la sociedad siguiera festejando su desparpajo a costa de su hijo Colin Webb. Ella tenía una opinión respecto de los americanos, no creía que la relación de sus hijos con ellos fuera provechosa para el título, sabía muy bien el coste a pagar por el actual Lord Sutcliff al elegir como esposa a una francesa en lugar de a una inglesa. Marion provenía de una de las mejores líneas sucesorias de la Francia pre-napoleónica, que habían perdido todo con la revolución, hasta volverse prácticamente unos refugiados en tierras británicas. El desafío de Arthur Webb le había costado demasiado al condado, y deseaba ahorrarles ese martirio a sus hijos. Sin embargo, no pensaba hacerlo a costa de la burla y desprecio hacia personas inocentes. Y menos que menos, deseaba darle una carta ganadora a esa horrible mujer. Una víbora trepadora que estaba a pasos de develar uno de los más oscuros secretos de su hijo, todo a cambio de un título nobiliario y uno social: la dama que logró atrapar al bello Lord Webb.

No sabía con quién se metía, pensó Marion. Aunque pareciera que con esa acción defendía y protegía a esos tal Grant, en realidad lo hacía con su hijo. Y cuando de sus retoños se trataba, Lady Marion Webb, condesa de Sutcliff, era una leona.

—Pueden seguir con su vaga diversión —dijo ante las tres damas que hasta hacía unos segundos reían burlándose de otros—, ríen, brindan, festejen. Demuestran que no tienen nada mejor que hacer, por mi parte... —Se giró hacia la señora Grant y la señora Monroe. Como no podía realizar una invitación sin hacerla extensiva a las dos, dijo—: señoras, me presento, soy Lady Sutcliff y sería un honor —remarcó la palabra— para mí que aceptaran compartir un té con mi familia una de estas tardes...

—Eh... —Un empujón de Grace hizo a Sandra reaccionar y efectuar una reverencia bastante coordinada—. Por supuesto, milady... el honor sería todo nuestro.

—Claro que cuento con la presencia de las jovencitas —agregó con la mirada puesta en el otro centro de escándalo—, al parecer una ha robado la atención de, nada más y nada menos, que el esquivo Lord Bridport, sin contar con la que ha obnubilado a mi hijo. —Lo último fue dicho con los ojos ambarinos fijos en Lady Anne. A medida que la furia crecía en el interior de la viuda, la sonrisa de la condesa se ampliaba.

Esto consigues cuando atacas a mis niños, pensó Marion antes de dar por finalizado el encuentro. Le molestaba hasta respirar el mismo aire que esa ave de carroña.

Capítulo 3

Emily se debatía en pensamientos y sentimientos opuestos. Por un lado, la visita a la casa de los Sutcliff había avivado el fuego recién nacido que Colin había encendido en ella. Por el otro, las palabras de Vanessa con respecto a los solteros más codiciados de Londres —donde Colin compartía el podio con Lord Bridport— le destrozaron las ilusiones con magnífica destreza.

—Hay niveles de belleza que son una maldición. Rayan el absurdo, y le otorgan a su poseedor el mismo resultado que el de la fealdad extrema. Nadie, en su sano juicio, querría fijarse en alguien así.

La bostoniana la había descolocado con esas palabras. Estaba en lo cierto en lo referido a su belleza, tan solo unos minutos junto a él en la intimidad de su hogar le fueron suficiente para certificar y confirmar su enamoramiento. Si la belleza de Colin Webb era una maldición, ella estaba dispuesta a cargar con el peso y las consecuencias de la misma. Además, ya era tarde, esa maldición la había alcanzado, tejido su telaraña de embrujo en ella.

No era necia, ni tonta, sabía que las herramientas que poseía, ni en un millón de años, bastarían para conquistar el corazón del futuro conde. El anzuelo del dinero en grandes cantidades no atraía la atención de Lord Webb, los Sutcliff contaban con grandes arcas también. En consecuencia, nada tenía para ofrecer, más si se comparaba a su ya confirmada ex amante, Lady Anne. Ni la belleza, ni la gracia, ni el cuerpo perfecto. Ella era todo lo opuesto a lo que él podía considerar bello y atractivo.

Emily hubiese preferido que él fuese un maldito altanero, uno de esos lores con ínfulas de grandeza al extremo, uno que apenas la mirara, que apenas le hablara por su condición de plebeya. Ni siquiera su fama de mujeriego eterno la espantaba, conocía otra versión de Lord Webb, una que se formaba gracias a las anécdotas familiares que la joven Daphne le narraba en confianza. Él rompía el molde de la nobleza, de la belleza, de los sueños. Era amable, le sonreía... y ella volvía a caer rendida a sus pies una y otra vez.

La fiesta en lo de Lady Helen se presentaba como una nueva oportunidad

de contemplación para ella. Lo único negativo de la visita a la casa de los Sutcliff fue el efecto colateral; llevaba dos días pensando en él y dos noches soñando con él, y ya se encontraba en ese punto en el que no sabía qué rasgos eran verdad o imaginación.

—Señorita Emily... —El rostro de Kim se asomó por la puerta—. Su madre me ha enviado a llamar por usted.

—¿Qué ha sucedido? —Hizo a un lado el libro que sostenía entre sus manos y que, en vano, había intentado leer.

—No lo sé, solo soy la mensajera, señorita.

Se incorporó sobre la cama, se acomodó el cabello y abandonó la habitación en compañía de Kim.

—¿Y Zach? ¿Lo has visto?

Era pasado el mediodía y no había tenido noticias de él. Le resultaba extraño. Si lo pensaba bien, eso no era lo extraño, Zachary lo era. Llevaba días actuando de una manera poco común en él. Se preguntaba qué se traía entre manos. Esperaba que no fuera otro caballo, porque en el poco tiempo que llevaban el Londres había comprado cuatro.

—No, señorita, no lo he visto en toda la mañana.

Descendieron hasta la planta baja juntas y ahí se separaron en caminos diferentes, Kim fue hacia las instalaciones de la servidumbre, y Emily rumbo al salón de té, donde se hallaba su madre.

La encontró a solas, hundida en la comodidad del sofá, con el monóculo de su padre incrustado en el ojo, poniendo extrema atención a la misiva que sostenía en las manos. Tenía fruncido el ceño. Emily se preocupó.

—Madre, ¿te encuentras bien?

Sandra reposó la carta sobre su falda y apartó el monóculo de su ojo derecho. Sonrió en respuesta a la pregunta, estaba en perfecto estado.

—Yo sí, el que se encuentra en pésimo estado es tu hermano.

—¿A qué te refieres? —dijo tomando asiento junto a ella.

—Tiene un severo malestar estomacal. —Sandra trató de ser lo más delicada posible.

—Querrás decir que tiene una severa borrachera.

—Los Grant no se emborrachan, niña. Ya lo sabes. —La codeó su madre ocultando la sonrisa.

—Tienes razón, los Grant entablan íntima amistad con el alcohol —repitió el discurso que su padre utilizaba cada vez que uno de sus muchachos mostraba una bochornosa embriaguez.

—Como sea, no se encuentra en condiciones, y no va a poder acompañarnos a la fiesta de Lady Helen.

Todo el alrededor tembló para Emily, la ausencia de Zach podía significar un adiós a la fiesta en sí; conocía las mañas de su madre, su esencia independiente desaparecía en ese tipo de eventos sociales; por ello era que Zachary había viajado junto a ellas a Londres, para ser la figura masculina protectora. Sandra estaba tranquila cuando sabía que Zachary estaba dentro del radio de sus actividades. Sin él...

¡Dios, iba a llorar! No era que le fascinara el hecho de exhibirse frente a la élite londinense, en lo absoluto, pero un evento social menos, significaba otro día más sin el disfrute de Lord Webb. Ella era feliz mirándolo desde la distancia, solo eso necesitaba... ¿Acaso era mucho pedir?

—¡Quita esa cara, Emily! Me sorprendes, pensé que detestabas estas fiestas al igual que yo.

—Detesto las fiestas, lo que no detesto es la compañía.

—Ah, en eso coincidido contigo. Londres es más tolerable con amistades de por medio. —Le rodeó la espalda con el brazo y la apretujó contra su cuerpo—. Debo reconocer que nos hemos topado con personas muy amables, mira... —Exhibió la misiva recibida ante ella—, sin ir más lejos, los Sutcliff. Al parecer se han enterado de nuestro posible cambio de planes.

¡Las noticias volaban en Londres! ¿Cómo? Ese era un enigma que las mujeres se llevarían consigo a California.

—¿Se han enterado?

—Sí, supongo que por Grace, y con Grace quiero decir Lady Thomson. —Por decantación, todo lo que llegaba a oídos de la señora Monroe, llegaba a los oídos de la vizcondesa, de ahí, la información tomaba el curso que Lady Mariana deseaba—. Le escribí a primera hora para comentarle sobre nuestra posible ausencia. Y como verás —dijo sacudiendo la nota en sus manos— los Sutcliff se ofrecieron a hacernos compañía.

—¿Cómo que compañía? ¿A qué te refieres, madre?

—Por todos los cielos, niña, léelo...

No había mucho que leer ni entender, la invitación era simple y cordial, les brindaban carruaje y el honor de sumarse a la comitiva familiar.

Emily palideció de repente, cruzarse al joven Webb un par de minutos era una cosa, gozar de su cercanía por un período más prolongado, otra. No estaba preparada para tanto.

—¿Emily, hija? ¿Te encuentras bien? ¡Por favor, no me digas que tú

también te encuentras indispuesta! Acabo de enviar la confirmación a los Sutcliff.

Respiró profundo y exhaló. Estaba desarrollando ciertas técnicas de relajación para no quedar como idiota frente al futuro conde, y le estaban funcionando, abandonaba la vergüenza y regresaba a la realidad en segundos.

—Sí, madre, estoy bien... pensaba en Zachary —mintió, no quería exponer los recientes sentimientos ante su madre.

—No pienses en él, se encuentra bien... bien dormido, es probable que duerma hasta mañana. Ocúpate de ti, de prepararte para esta noche, ya le indiqué a Kim qué vestuario preparar.

Emily quiso decirle que, por esta vez, ella quería elegir su atuendo. No pudo. Su madre entendería lo que se escondía detrás de ese pedido, y no quería dañarle los sentimientos; la mujer se esforzaba por hacerla lucir como una princesa, sin darse cuenta de que lograba un efecto opuesto. Cuando lo pensaba, era lo correcto; su vida, en ese momento, parecía un cuento de hadas, esos en donde un hada madrina hacía de las suyas. La diferencia en ella era que su historia no tendría un final feliz. En la vida real, las malvadas se quedaban con los príncipes, y las plebeyas disfrazadas de princesas los miraban desde lejos.



No era pena lo que Marion Sutcliff sentía por las americanas, salvando las grandes diferencias entre ellas, sentía una gran afinidad con Sandra Grant. Las dos eran madres dispuestas a todo, y más que eso, eran el verdadero pilar sobre el cual se construía la familia. Vivían en un mundo de hombres, sin embargo, ellas actuaban a la par de ellos, desde las sombras, pero junto a ellos. Lord Sutcliff confiaba en las decisiones de su esposa, si bien, días atrás, habían coincidido con el resto de los nobles en sus actitudes de distancia para con las extranjeras, en el presente, la situación era diferente, les daban la bienvenida y estaban decididos a brindarles el mismo apoyo que los Thomson.

—Madre, ¿puedo ir en el carruaje con ellas? —Daphne estaba ansiosa de cotillear con Emily, estaba al tanto de las intenciones de Elliot Spencer para con Miranda Clark, y lo sabía de buena fuente, de la boca directa de Colin, y

deseaba oír la otra versión de la historia.

—No, compartirás el carruaje con la familia como es debido. —Lady Sutcliff no dudaba ni un segundo a la hora de imponer las costumbres y normas familiares—. Ellas gozaran de la comodidad y la tranquilidad de otro carruaje.

—¿No crees que se sentirán solas y abrumadas? Peor aún, ¿no crees que se sentirán despr...?

—¡Daphne Webb! —Lord Sutcliff actuó en defensa de su esposa—. Ni se te ocurra finalizar esa pregunta, sabes que tu madre jamás tendría esas actitudes para con nadie.

—Lo sé, pero eso no quita el hecho de que ellas puedan pensarlo, o sentirlo así.

—Eso se escapa de nosotros... —finalizó su padre—. Ve por tu hermano, dile que en breve partimos.

Cuando el matrimonio quedó a solas en el salón principal, lo confesado por Daphne caló profundo en lady Sutcliff.

—¿Y si lo creen así? —murmuró por lo bajo, como si se hablara a sí misma.

—Tú también con lo mismo —resopló con dulzura, el hombre no solo amaba a su mujer, amaba sus formas, sus pensamientos, todo. Fue hasta ella, la tomó de las manos—. Supongamos que Daphne tiene algo de razón, supongamos que la vida de Londres, tan diferente a las de ellas, las tiene abrumadas... ¿En verdad piensas que estar a solas con nuestra hija las va a ayudar?

Marion no pudo más que reír, Daphne podía ser el más dulce y parlanchín de los incordios. La verdad era que no contaba con grandes amistades, la belleza también le jugaba en contra a la joven Webb. A Colin lo perseguían todas las mujeres de la ciudad, a ella, la hacían a un lado. La envidia recorría las venas de la nobleza británica, eso era innegable.

—¿Entonces, qué sugieres? —Marion no iba a desistir, su hija ya había sembrado la semilla.

El pensamiento de Arthur fue interrumpido por la inesperada presencia de Thomas, el menor de los Sutcliff, que corría con vaso de leche en mano por todo el lugar. Tras él, Jane, su niñera, que apenas podía respirar.

—Lo siento, milord... milady —dijo tomando un respiro bajo el dintel. Thomas se refugiaba detrás del sillón en el que se encontraba su madre.

El matrimonio estaba muy al tanto del comportamiento explosivo del

menor de la familia, por tal motivo, le aumentaban el jornal semana a semana a Jane, la pobre jovencita llevaba a cabo una odisea diaria con él.

—¿Qué ha hecho ahora el pequeño Lord? —gruñó Arthur mirándolo con desaprobación.

—No quiere tomar su baño, no quiere beber su leche... no quiere ir a la cama...

—¡Thomas! ¡Deja de enloquecer a Jane! —Marion lo reprendió—. Ve a la cama, pequeño.

—¡No! —gritó con capricho.

Arthur fue hasta él, reconocía que habían sido demasiado blandos con el niño, tenían que poner un límite a su actitud caprichosa. Thomas se adelantó a sus movimientos, en un par de zancadas cambió de refugio: otro de los grandes sillones.

—¡Quiero ir con ustedes! —alegó.

—No puedes, eres muy niño para este tipo de fiestas. —Marion intentó hacerlo entrar en razones.

—¡Edward Walker es dos años mayor que yo y le permiten ir a esas fiestas!

—Pues, cuando tengas dos años más, lo veremos. —Lord Sutcliff llegó hasta la esquina del sillón en el que se escudaba—. De momento, a la cama.

Marion se había puesto en pie para cerrarle otro posible camino. Estaba rodeado, su padre por un lado, su madre por otro, y Jane... Solo tenía una alternativa, ser más rápido que todos ellos, algo que le era por demás sencillo.

—¡No! —volvió a gritar emprendiendo de nuevo la carrera, le ganó a la movida de Jane, era la que estaba más agotada de los tres, se deslizó por el suelo sorteando el obstáculo de su brazo, se levantó con una sonrisa de triunfo en los labios, y boom... se chocó con el cuerpo de Daphne que justo regresaba al salón junto a Colin.

El vaso de leche se derramó sobre su vestido.

—¡Maldito bribón, voy a matarte! —gritó al borde del llanto Daphne—. ¡Arruinaste mi vestido!

—Jane, llévatelo aquí —ordenó Lord Sutcliff. Thomas reía a carcajadas. Arthur lo atravesó con la mirada—. Ya hablaré contigo, jovencito.

Marion fue a consolar a su hija una vez que el huracán Thomas abandonó el salón. El llanto de Daphne crecía segundo a segundo.

—¡L' mer lo diseñó especialmente para mí!

—Lo sé, cariño... lo sé.

—Es solo un vestido, Daphne —intervino Colin que no lograba entender la fascinación extrema por la moda en las mujeres—. Cámbialo por otro.

—¡No es tan simple, Colin!

Colin convino en miradas con su padre. Sí, era así de simple, por lo menos para ellos.

—Ven, vamos... encontraremos el reemplazo perfecto —murmuró Marion con delicadeza en sus oídos—. Lo hecho, hecho está, de nada vale llorar. —Emprendieron el camino hacia la escalera juntas, de pronto, Marion se detuvo al recordar—: ¡Las Grant!

—¿Qué hay con ellas? —preguntó Colin.

Arthur comprendió al instante a su mujer, el cambio de vestuario demoraría una hora, tal vez más conociendo a su hija.

—Colin, ve por ellas... diles que tuvimos un contratiempo y que nos encontraremos en lo de Lady Helen.

Recibió la orden con suma satisfacción, prefería alejarse de la casa lo más rápido posible, no tenía deseos de presenciar el duelo del maldito vestido junto a Daphne; adoraba a su hermana, pero su dramatismo lo fastidiaba de gran manera, más cuando este se originaba en banales tonterías.

En unos diez minutos estuvo en la residencia de alquiler de las Grant. Las americanas le agradaban, ellas en particular, de las otras conocía poco; a excepción de Miranda Clark, que era el objeto de la obsesión de su amigo Elliot. La servidumbre lo recibió, y Sandra, sorprendida ante su presencia, fue de inmediato a darle la bienvenida.

—¡Lord Webb, qué sorpresa, no esperaba verlo por aquí!

—Si le soy sincero, señora Grant, yo tampoco, pero hubo un inconveniente de último momento. —Estaba relajado, sentía que frente a la mujer podía bajar las barreras protocolares, esas que tanto le pesaban. Muy pocos lo sabían, pero Colin Webb era un espíritu libre, salvaje, encerrado en el cuerpo de un aristócrata—. Mis padres le piden disculpas.

—¿Inconveniente? No me asustes, muchacho, ¿se encuentran bien? ¿necesitan de ayuda? —La preocupación de la mujer era auténtica, y eso hizo que el agrado de Colin creciera a ritmo frenético.

—Nada de importancia, señora Grant, solo un contratiempo con mi hermana, cosas de jovencitas, usted ya sabe —dijo haciendo alusión a Emily,

presuponía que todas las mujeres compartían la misma dosis de vanidad y fascinación por la moda.

—En realidad, siendo sincera yo también con usted, no lo sé... —Le habló en confidencia—. Si fuese por mi Emily, iría en pantalones a esa fiesta. Eso es lo que sucede cuando eres la única mujer entre cinco —agregó en defensa final de su hija.

Colin no pudo más que reír. ¡Por todos los cielos, ahora no podría más que imaginarla de esa manera! ¡De pantalones! Es más, cuando lo pensaba, jamás había visto a una mujer en pantalones. La idea le resultaba más que estimulante.

—Lo que me recuerda... ¡Ethel! —llamó a la ama de llaves—. Dile a Emily que estamos a la espera de ella, por favor.

Ethel no debió de cumplir con el recado, Emily emprendió el descenso por las escaleras sin caer en cuenta de la visita. Los ojos de Colin se posaron en ella mientras en su mente repetía: ¡Imagínala en pantalones!

Y los pantalones hubiesen sido la solución perfecta para la muchacha, que intentaba atinar a los escalones sin rodar por accidente. El miriñaque que llevaba ocupaba todo el ancho de la escalera, es más, la doncella trataba de ayudarla sin mucho éxito, era imposible transitar esos peldaños de a dos a causa del vestido. Colin no opinaba de moda, le importaba poco, sin embargo, en ese instante no pudo evitar pensar que lo que Emily lucía era todo aquello que no podía llamarse «moda». No, eso era una aberración, un ataque directo y certero al buen gusto. Comenzando por el color rosa pálido del vestido combinado con el tono crema de su escote y mangas abullonadas, siguiendo con las joyas que portaba, un collar de perlas ostentoso que se enroscaba en su cuello en más de una vuelta, pendientes haciendo juego y anillos en exceso en sus manos enguantadas con raso, encaje y... más perlas.

Recordaba su atuendo en la fiesta de Lady Thomson, y agradecía que, en ésta oportunidad, las plumas en su cabeza hubiesen sido reemplazadas por flores. Llevaba flores como para adornar el cabello de tres jovencitas, pero era un avance con respecto a lo anterior.

¡Imagínala en pantalones! Su mente volvió a repetir en el momento exacto en que los ojos de la muchacha abandonaron la contemplación de sus pies para encontrarse de lleno con los suyos. Se detuvo a mitad de camino, y sus mejillas doradas por el sol de california se enrojecieron de repente.

—¡Emily, cariño, Lord Webb ha venido a escoltarnos hasta la fiesta! ¿No te parece maravilloso?

No se movía, no pestañeaba. Colin se preguntaba si respiraba. Le sonrió, y fue peor, pudo ver cómo la garganta de la señorita Grant se movía a la fuerza.

—¿Emily? —volvió a llamarla su madre.

No tenía sentido esperar una respuesta que no llegaría. Solo quedaba actuar para rescatarla de su propio bochorno. Colin avanzó hacia la escalera, subió uno, dos peldaños, y le extendió la mano.

—Permítame ayudarla, señorita Grant.

La mirada de Emily hizo contacto con sus ojos, y la vergüenza pareció escaparse de ella. La temblorosa mano de la muchacha se aferró a la suya, y él la apretujó con fuerza, como si le quisiera decir: no voy a dejarte ir, no voy a soltarte...

La confianza que a ella le faltaba, a él le sobraba; la calidez que él necesitaba, a ella se le escapaba en cada suspiro, en cada roce, en cada mirada.

Un escalón, y luego otro... y otro. Sin siquiera proponérselo, ni bien pudo, enredó el brazo de la muchacha al suyo.

—¿Está preparada para esta noche, señorita Grant?

—No...

¡Por fin hablaba! La dulzura de su voz empalagó los oídos de Lord Webb.

—Y no creo estar preparada jamás —finalizó Emily.

—Eso está por verse —le susurró él por lo bajo, y cuando llegó junto a Sandra, le ofreció su otro brazo—¿Señora Grant?

—¡Vaya, qué placer! —confesó con picardía la mujer mientras aceptaba la invitación.

Se dejaron guiar por él hasta el carruaje, las ayudó a ascender al mismo, y se ubicó en el asiento frente a ellas. El silencio se hizo un acompañante más.

—Lo sé, aún queda lo peor —dijo para romper el hielo.

Las dos mujeres lo miraron absortas.

—El viaje en mi compañía —agregó a modo de broma. Quería motivarlas a la conversación, en especial a Emily—. Cuéntenme de ustedes, háblenme de California.

Los ojos de la muchacha brillaron, sus labios, rosados y carnosos, tomaron el control. Colin disfrutó de su voz, de sus anécdotas... de todo Emily Grant. Era refrescante cuando dejaba la timidez atrás, podía ver que al igual que su cuerpo, toda ella estaba oculta tras las joyas, los modos que le eran ajenos y el miedo. Un miedo que la paralizaba cada vez que lo tenía enfrente. Y por algún motivo, detestaba generarle eso. Quería que se relajara con él,

como a él le sucedía con ella. Admitía que era difícil, que tanto título y las habladurías en su nombre intimidaban a cualquiera, incluso a las jóvenes damas que esperaban que las desposara. No sabía cómo hacer para demostrarle a la señorita Grant que él no distaba mucho de su hermana, que podía brindarle la misma amistad.

¿Amistad con una mujer?, la idea casi lo hizo sonreír. Solo a Lady Amber, su anterior amante, podía considerar una amiga, y eso luego de finalizar su relación. No podía evitarlo, le gustaban las mujeres, por eso se mantenía alejado de las debutantes y más que dispuesto ante las viudas que no reclamarían su inocencia marchita.

El recuerdo de Lady Anne le empañó el momento, deseaba alejarla. No debía sacar a colación el tema de los pantalones, porque era de mala educación hablar de prendas frente a las damas, por lo que dejó caer el tema entrelíneas.

—¿Monta usted, señorita Grant? —preguntó y con la imagen de Emily a caballo pudo borrar a la odiosa Lady Anne por una noche. Empezaba a creer que Elliot, sí, justo Elliot, tenía razón respecto a su examante y que él era el único en Londres sin ver la verdadera esencia de la viuda Merrington. Bueno, en su defensa, Anne escondía la esencia detrás de un cuerpo de infarto.

—S... Sí —contestó, Emily, con timidez y bajó la mirada a sus barrocos guantes. Sandra la miró de soslayo, sorprendida por la escueta respuesta.

—¡Ama montar! —exclamó—, lo hace tan bien como sus hermanos. En realidad, en confidencia, Lord Webb, le diré y espero que no lo repita... monta mejor que los hermanos.

Las mejillas de Emily ardieron de inmediato, hasta que las pecas se borraron a falta de contraste. Era tan rubia, de piel tan clara, que el sol apenas había dorado, que cuando se sonrojaba parecía arder por completo. Él, a quien solo lo tocaba el suave sol de los pocos días de verano de Inglaterra, ya lucía un dorado intenso heredado del lado materno. Supuso que tal arrebató de vergüenza escondía un secreto, y la tentación de sacarlo a la luz fue más fuerte que veinticinco años de buena educación.

—Me pregunto por qué no alardea de eso, señorita Grant. Supongo que tendré que invitarla a un paseo en Hyde Park para que demuestre sus habilidades.

—¡N...! —exclamó, desesperada, pero su madre la codeó sin disimulo.

—Por supuesto, Lord Webb, ya verá, esperemos que no lamente su decisión —bromeó Sandra, sonriente.

—Eso, esperemos que no lamente su decisión —murmuró Emily de manera inaudible. Quería que el mundo terminara mañana, sí, sabía montar, y sí, su madre tenía razón, lo hacía mejor que sus hermanos. Solo que había un gran, enorme, inmenso problema, lo hacía a horcajadas y en pantalones.

Los pantalones los dedujo Colin, y tuvo que contener la risa. Al fin de cuentas, ¿por qué otro motivo una señorita elegiría esa prenda? A él no se le ocurría, Emily en cambio podía iluminarlo con varias ideas más. Como cazar, se cazaba mejor con pantalones. O escalar cerros, o meterse en cuevas, o indagar en minas, o probar dinamita, o proteger los límites de una propiedad cargando un rifle, incluso disparar era más cómodo con pantalones. Y así, con esa lista interminable de habilidades Grant, Emily enterraba cualquier posibilidad de llamar la atención de un hombre como Colin Webb. Un hombre que optaba por compañera a una mujer como Anne, una dama que le brindaba a los hombres algo que ella jamás podría darle: indefensión. Lo sabía por sus hermanos, sobre todo por Louis, que los hombres amaban presentarse como los salvadores y protectores de las damas. Donde una muchacha necesitaba ayuda, ahí iban todos los especímenes masculinos a brindarla y quedar como héroes. ¿Y Emily Grant qué hacía...? se salvaba sola. Se recordó lo absurdo de albergar esperanzas con Colin, y enterró el malestar. Mejor seguía de ese modo, salvándose sola, porque un vistazo a sus posibles candidatos le dijo que así seguiría su vida.

Llegaron a lo de Lady Helen a horario, y el cambio en el recibimiento fue abrupto. El sello de los Sutcliff a los lados del carruaje les abrió camino al llegar, y Emily pudo ver cómo muchos de los que en el pasado entraron antes que ella, debían esperar a un lado. Un lacayo les abrió la portezuela y las ayudó en el descenso. La señorita Grant trastabilló por los nervios al sentir las miradas en ellas, entre tantas, las de Lady Anne que destilaba furia. Sintió la irrefrenable necesidad de aclarar el malentendido, y luego desestimó su impulso, al fin de cuentas ¿quién podría malinterpretar algo? Nadie, en su sano juicio, pensaría que el hermoso lord tuviera intenciones con ella. Sin embargo, las miradas de curiosidad se volvieron sorpresa cuando, al ver que no podía con el miriñaque y los mil adornos, Colin la sostuvo del brazo y apenas de la cintura, como si fuera un vals, para que recuperara el equilibrio perdido.

La mano del hombre atravesó las capas de ropa y le quemó la piel. Sin pensar, alzó la mirada con embeleso hasta unirla a la azul intenso de Colin, y ahí quedó, atrapada por unos segundos hasta que el futuro conde le brindó una sonrisa de ánimo que la desarmó.

Lady Helen avanzó entre los invitados para darles la bienvenida. Claro, no a ellas, a Colin.

—¿Has visto, Emily? —susurró su madre al oído para que nadie la oyera —, no tuvimos que aguardar, así da gusto llegar.

—Antes saludamos, antes nos escabullimos —contestó, y Sandra, en lugar de molestarse, asintió. A ella también le molestaba esa notoriedad, prefería las veladas una vez pasadas las presentaciones.

Lady Helen la observaba con poco disimulo, reparaba en su atuendo poco favorecedor, en las joyas y fruncía el ceño con desagrado. A su lado, Colin empezaba a molestarse. Sabía que a Emily le avergonzaba la atención, y cuando eso sucedía, se retraía y apenas hablaba. Pero lo que más le molestaba era el descaro de la nobleza, que descargaba su frustración con los forasteros. Claro, nadie decía nada de la duquesa de Fitz-James que, tras conocer India, había imitado el estilo hindú con una irrespetuosidad abrumadora hacia la cultura de esas tierras. No, claro, ella era duquesa. Al parecer la buena educación era algo que solo reservaban para sus pares.

Colin retribuyó el descaro de Lady Helen con el suyo. Lady Thomson, que le pisaba los talones, sonrió complacida.

—Gracias, Lady Helen, por la invitación —dijo el futuro conde con un porte envidiable de espalda recta y mentón apenas alzado. Emily lo miraba con descaro, el cambio en la amabilidad de su acompañante no le pasó desapercibida, como tampoco lo hizo el estrujamiento de tripas que eso le despertó. Había dicho que no necesitaba defensa, y él había encontrado una situación en la que plantarse como salvador y protector. Pero no era eso lo que despertaba las mariposas furiosas del estómago de la californiana, sino el enojo de lord Webb. Sin darse cuenta de lo que hacía, le pasó la mano por el brazo del que se sostenía en una caricia reconfortante, para serenar su ánimo. Quería consolarlo, quería decirle que estaba todo bien, que no se enojara... abrazarlo y quitarle el mal humor que lo abrumaba. Colin puso su mano enguantada sobre la de ella antes de agregar—: espero que esta vez la elección de coñac sea apropiada, pues estas veladas apenas se soportan con alcohol, como para tener que hacerlo con alcohol barato. —Y tras semejante desplante, avanzó hasta el salón arrastrando a las mujeres Grant consigo.

La furia de Colin emanaba calor, un calor que atravesaba el salón y le llegaba a Lady Anne para contagiarla. ¡Había defendido a esa!, las ganas de estrujarle el pescuezo a la americana le hacían crujir los dedos bajo los guantes.

—Lord Webb... —susurró Emily cuando llegaron a la mesa de refrigerio —, creo que su hermana me dijo que no es correcto, pero le podemos decir a mi madre que nos acompañe como carabina y dar un paseo por los jardines para... —no supo cómo decirlo.

—¿Para que se me bajen los humos? —bromeó él con una suave carcajada —. Debo estar un poco colorado, ¿no es así?

—Solo en las orejas —aclaró Emily, sonriente, y Colin le correspondió la sonrisa. Era imposible resistirse a la franqueza de la californiana. Acababa de percatarse de que cuando la señorita Grant se sonrojaba por deleite, el color de sus mejillas era encantador en lugar del rojo vivo de la vergüenza. Debía sacarle provecho a eso, pensó, estaba seguro de que los hombres a su alrededor lo podrían apreciar, claro, si sacaban la vista de lo abullonado de las mangas, lo poco favorecedor del color del vestido, lo apretujado del corsé y lo excesivo de los moños. La belleza de Emily estaba desdibujada.

—No sería apropiado —se lamentó, y su voz transmitió ese pesar, haciendo que la señorita Grant bajara la cabeza y fijara otra vez la vista en sus guantes. El sentimiento era compartido, ambos querían pasar unos segundos más en compañía, Colin supuso que por lo relajado que se sentían el uno con el otro; por lo menos, eso lo impulsaba a él a buscar tiempo a su lado—. Creo que después de mi réprobo comportamiento, lo mejor que puedo hacer por su reputación, señorita, es irme a beber ese coñac barato del que tanto me quejo.

—¿Tan malo es? —preguntó la señora Grant, que tenía una gran necesidad de un trago.

—Por desgracia... mi lado francés lo desaprueba.

—Menos mal que no tienes un lado escocés —interrumpió la conversación Lord Bridport, saludó a las dos damas con una reverencia y se volvió a su amigo—, porque el whisky también es horrible, pero algo hay que beber.

—Veo que has empezado a degustar otro lujo, el de las fiestas de temporada —bromeó Colin. Elliot Spencer se había mantenido lejos de los prestigiosos círculos sociales por mucho tiempo. Ser centro de escándalo era su pasatiempo. En las últimas semanas lo había reemplazado por otro, cortejar a Miranda Clark, otra de las jóvenes americanas.

—Es que al parecer hemos cambiado de roles, amigo, tú buscas habladoras y yo intento enderezar mi camino con un buen matrimonio.

—¿Entonces es cierto? —preguntó la señora Grant, y se granjeó un codazo de su hija—. De verdad desea desposar a Miranda, digo... a la señorita Clark.

—Por supuesto, señora —dijo Lord Bridport con un tono de voz

encantador, casi meloso. Todo en él parecía ser una gran broma, era difícil saber cuándo hablaba en serio—. He descubierto América. Bueno, claro, después de Cristóbal Colón. Debo admitir mi ignorancia respecto a los encantos de esas tierras lejanas.

La conversación se dio por unos minutos más, hasta que Emily divisó a sus amigas al otro lado del salón. Cameron le hacía señas disimuladas con el abanico, mientras que Vanessa mostraba su hastío por tener que recurrir a esas tretas para comunicarse. La señorita Grant se excusó con los presentes para ir al encuentro de sus amigas, y lamentó tener que separarse de Colin. Le dio sosiego saber que su despedida le daría la excusa a Lord Webb de refugiarse lejos de las miradas femeninas y de la persecución en su nombre. Era evidente que aún bullía algo de furia en su interior, y necesitaba serenarse. Solo esperaba que no terminara como Zachary, con una «descompostura estomacal».

Llegó junto a ellas en un gran rodeo en el que intentó hacerse uno con el empapelado. No fue tarea difícil, podía ser que Lady Helen le cuestionara el gusto para vestir, pero al hacerlo no conseguía más que poner en evidencia su mal gusto para decorar. La cantidad de plantas, jarrones y lámparas reducían el espacio y lo hacían agobiante.

Un segundo después de su arribo, llegó Miranda, que, al igual que ella, buscaba desaparecer, solo que de los ojos de un noble en particular.

—No entiendo cómo pueden estar tan apretados sin morirse, parece vacas en un corral —se quejó Emily, sonrojada por el calor.

—No creo que les agrade tu comparación —se rio Cameron, por lo bajo.

—Tienes razón —agregó la californiana—, las vacas en mi rancho están menos hacinadas. Nos gustan los animales.

—¿Rancho? —preguntó Vanessa con cierta curiosidad—. Tenía entendido que el dinero de tu familia venía de las minas de oro.

—Eso fue después, de pequeña teníamos el rancho con las vides, que no daba mucho dinero. Creo que me voy a poner nostálgica... luego mi padre encontró oro en nuestras tierras y un día me desperté y era esto —se señaló con desdén.

—Eres hermosa, Emily —la reprendió Miranda, sin imaginar que daba de lleno en su pecho. Como le había dicho a Zachary, jamás antes le había importado su apariencia, hasta ahora. Y a todo el malestar se le sumaba el pueril enamoramiento de Lord Webb, que traía aparejado ni más ni menos que la odiosa comparación con la bella Lady Anne.

—He visto árboles de navidad menos decorados que yo —agregó con pena.

—También reinas —la animó Vanessa—, por eso te desprecian, porque tienes más oro que un rey. En tu lugar, alzaría el mentón e iría sacudiendo mis borlas de navidad de muchos quilates solo para verlos intentar mantener el porte de «no me importa».

—Eres muy cruel —bromeó Cameron—, espero no sufrir de tu lengua.

La enigmática sonrisa de Vanessa hizo a las tres restantes estremecer, pero sobre todo, hizo a Emily pensar en la razón del desprecio recibido. ¿Podía ser envidia? Ella no se creía merecedora de ese sentimiento. Casi pudo escuchar la voz burlona de Cleveland decir «tú no te crees merecedora de ningún sentimiento, Emily».

En ese instante se hizo presente el barón Payne, uno de los potenciales pretendientes de Miranda Clark para solicitar un baile. Gracias a la atención del próximo duque de Weymouth había crecido la popularidad de la joven Clark. Las muchachas se quedaron a un lado, soportando el agobiante calor con sus abanicos y sus copas de refresco, luego de Payne se hizo presente Lord Bridport en persona para reclamar la atención de la neoyorkina. Sus coterráneas estaban seguras de que su amiga conseguiría su cometido en tierras británicas, casarse con un noble que limpiara su buen nombre.

Tras el desplante a Lord Bridport, nada quedaba por hacer salvo sudar, sudar y sudar. Los abanicos no eran suficientes, por lo que las muchachas decidieron escapar a los jardines.

—Debo ir a avisarle a Grace sobre nuestra pequeña aventura —expuso la joven Clark antes de dar otro paso. No estaba bien que desaparecieran de buenas a primeras sin poner en aviso a las matronas, la señora Monroe junto a la señora Grant se habían alejado en busca de un refrigerio.

—Yo me ocupo. —Emily se apropió de la tarea con un fin oculto, divisar a Colin una vez más y comprobar con sus propios ojos que no había vestigio de enojo en él. De ser necesario, lo invitaría al paseo con ellas para que se relajara. Sabía por Daphne que la única forma que tenía el futuro conde de deshacerse de la atención femenina era con más atención femenina—. Mi madre no me perdonaría que no la pusiese en aviso en persona. Suele ser un tanto... —masculló para ocultar lo que en verdad quería decir— demandante.

No había una gota de maldad en Sandra Grant, solo una inmensa necesidad de ver a sus hijos felices, tanta que a veces era agobiante. Como hacía unas horas en el carruaje, ¿cómo se le ocurría propiciar una salida con Colin

Webb? ¡Y a montar! Cuando sabía que su hija lo hacía bien a horcajadas y de una manera temeraria, impropia de una dama. El orgullo maternal le impedía darse cuenta de que la exponía al ridículo.

Volvió a hacerse una con el empapelado y avanzó hacia donde estaba su madre con la señora Monroe. A mitad de camino, se detuvo al escuchar su nombre. Pensó que se trataba de Daphne, por lo que se volteó y quedó justo detrás de una planta. Antes de delatar su presencia, pudo corroborar que no se trataba de su amiga, sino de Lady Anne con sus dos compinches, Hillary y Darlene. No debía hacerlo, nada bueno podía salir de ello, a pesar de eso se quedó a escuchar a hurtadillas.

—No debes preocuparte, Anne —decía Hillary, con hastío—. Es evidente que si Lord Webb fue amable con el mamarracho ese fue por pura lástima. ¿Crees que puede despertar otro sentimiento en él?

—¿La risa? —bromeó Darlene, y las tres mujeres rieron a coro.

—Es lo que intento hacerle ver —se lamentó Anne, poniendo los ojos en blanco—. Lord Webb es demasiado amable y la gente se vive aprovechando de él. —Claro, sobre todo ella, que había logrado engañarlo con su carácter durante mucho tiempo. Conocía su secreto, su anhelo más oculto, y con eso había logrado retenerlo a su lado por mucho tiempo, aunque no hubiera conseguido superar la marca impuesta por sus otras amantes—. Esa atracción de circo quiere usarlo, quizá incluso encontrarlo en una situación comprometida, sabe que la nobleza de Webb lo va a llevar a hacer lo correcto.

—Hasta ahora ninguna lo pescó —la tranquilizó Hillary.

—Pero esa tiene otras armas, la de jugar de mosquita muerta. O mejor dicho, avispon —agregó con malicia Lady Anne.

Emily tenía demasiado, apenas si podía contener el aire en los pulmones. El resto de la diatriba quedó ahogada por el barullo de la gente, solo pudo escuchar palabras sueltas, de que iba por demás de adornada, de que parecía una vaca esperando becerros, y muchas cosas más. Salió abatida de ahí y se escabulló sin mirar a dónde. Solo necesitaba dejar de llorar. ¡Maldición! Apenas si veía tras el velo de lágrimas. Esas mujeres habían golpeado más hondo que en su ego, habían dado en su pecho, en el lugar en el que se abría camino Colin Webb.

Sí, lo sabía, era un anhelo vacío, era un deseo de niña, su ensoñación despierta. Colin era imposible, pero hasta de lo imposible se podía disfrutar un poco, y esas arpías lo habían arruinado. Porque ahora, cada vez que Webb fuera amable, Emily pensaría en la pena que le daba, en la lástima y la

vergüenza, en que la veía como esas mujeres.

Le acababan de arrebatarse los pocos momentos que podría vivir junto a Colin, las cabalgatas, los té, las risas. El simple placer del tiempo compartido. Y todo por qué... por su maldito dinero.

Las lágrimas le impidieron ver la habitación en la que entró, solo bastó corroborar que estaba sola para dejarse caer en el piso, sobre sus enaguas de almidón y alambre, sobre los moños de raso y seda, y los abullonados pliegues de falda. El corsé la aprisionaba, y parecía empujar el dolor por su pecho hasta que salía por la garganta en quejidos lastimosos. Se arrancó las cintas y algunas flores del cabello. Se quería quitar todo eso que no era ella, y quedar en ropa interior, en las únicas prendas que elegía a gusto y que escondía de los demás, como toda ella. Quería respirar, sentir el viento de frente cuando cabalgaba, reír a carcajadas cuando algo la divertía... Quería ser Emily Grant de nuevo, la Emily que cuidaba las vides y que soñaba con sus acres de tierra, cuyas mejillas ardían solo cuando la reprendía su padre. Y quería, sobre todas las cosas, que eso bastara... Que ser ella fuera suficiente para alguien. Para Colin.

Arrojó con furia los anillos sobre su falda y comenzó a quitarse las perlas del cuello, hasta que un sonido en el corredor la puso en alerta. Como si los alambres de su enagua se hubieran tensado y convertido en resorte, se propulsó de pie. Las joyas se desparramaron sobre la alfombra y cayó en cuenta de que estaba en el despacho del anfitrión... y que la voz masculina le pertenecía a él. Iba en camino a su encuentro. ¡Maldición!

Emily juntó los anillos, las cintas y las flores, y salió disparada de allí antes de ser encontrada en ese penoso estado. Para su condena, los tocadores quedaban hacia el otro lado, la única vía de escape era la escalera de servicio que daba al salón principal. Descendió los peldaños intentando poner las joyas en su lugar y llegó, agitada e igual de abatida que hacía unos segundos, al ventanal que daba a los jardines. Sus amigas la vieron, y fueron directo a su encuentro. La instaron a sentarse en uno de los bancos y a que les relatará lo sucedido. Emily apenas podía hablar, y además, no deseaba explicar los verdaderos motivos de su desazón: Colin Webb. Se burlarían de ella mucho más que Lady Anne si supieran que albergaba sentimientos hacia el hermoso dandi y sensación de la temporada. Justo ella. Más absurdo imposible.

—Vanessa tiene razón... —Ese fue el inicio que eligió para manifestarse. Sí, Vanessa Cleveland, la bostoniana que le hacía la vida imposible tenía razón en todo. En que jamás las aceptarían allí, en que ella debía espabilarse,

en que era una infantil niñata con sueños de humo. No quería contagiarse del cinismo de su coterránea, aunque una dosis de él le podría salvar el corazón —. Para ellos soy comparable a un animal de circo. Acabo de confirmar que soy el centro de los comentarios de la temporada —confesó con las lágrimas contenidas.

—¡Mira tú, pensé que era yo! —Miranda intentó ponerle humor al asunto.

—No según Lady Anne.

—¿Quién demonios es Lady Anne? —inquirió Vanessa.

—No importa quién es Lady Anne. —La joven Clark deseaba empujar al olvido a Emily—. Aquí lo único que importa es... ¿Cómo me has robado el protagonismo? Dímelo, muero por saberlo.

Las bromas de Miranda le infundieron ánimo, era cierto, ella no era la única víctima del desprecio británico. La neoyorkina estaba en boca de todos por un escándalo en tierras americanas y ahora, por uno nuevo cuyo nombre era Elliot Spencer.

—Muy simple. —Decoró su rostro con una sonrisa de triste aceptación. Alzó las manos y exhibió ante ellas toda la riqueza que ostentaban sus dedos enguantados. Al cabo de unos segundos, tras observar ella misma las joyas que portaba, empalideció— ¡Oh, no! ¡Dios santo! ¡Mi madre va a asesinarme! —Había perdido uno de los anillos, uno que tenía un enorme diamante rosa a juego con el vestido. Igual de grande, pomposo y llamativo—. ¡He perdido mi anillo!

—¿Cómo?! —exclamó Miranda.

—Sí, sí, hasta hace un rato lo tenía aquí, en este dedo —Señaló el anular derecho— y luego... luego. —Se llamó al silencio para reacomodar sus pensamientos. En ellos encontró la respuesta a su problema— ¡Diablos! —masculló entre dientes.

—¡Emily! —Cameron volvió a ser mediadora ante los malos comportamientos.

A la californiana no le quedó más remedio que relatar todo, el bochorno al escuchar lo que Lady Anne decía de ella, las lágrimas que no había podido contener, su huida y búsqueda de refugio, hasta dar con el lugar de la pérdida: el despacho del anfitrión. Sus amigas continuaron con las maldiciones, por más que Cameron intentaba que se comportaran como era debido.

No tenían alternativa, debían ayudarla, debían recuperar la joya perdida antes de que alguien la descubriera y se desatara otro escándalo. No podían soportar más escándalos.

Miranda decidió que lo haría ella, que se escabulliría en el despacho mientras Cameron y Vanessa llevaban a cabo una maniobra de distracción. Lo único que Emily debía hacer era permanecer escondida en los jardines, justo detrás del vivero, hasta que la señorita Clark volviera con la joya. De ese modo, evitarían las preguntas incómodas, las lágrimas y... de ser posible, otro escándalo.

No... donde se juntaban las americanas era imposible evitar los escándalos, y en menos de quince minutos la fiesta de Lady Helen ardió en llamas. Miranda Clark y Elliot Spencer contraerían nupcias luego de ser hallados en una comprometida situación en el despacho del anfitrión.

Colin Webb no podía creer lo que tenía ante sus ojos. Su mejor amigo enredado en las faldas de Miranda Clark, radiante de felicidad mientras se lo encontraba en una situación tan indecorosa que ni el matrimonio acallaría las habladurías. Para empeorar todo —si eso era posible—, la cantidad de testigos crecía a pasos agigantados imposibilitando la discreción.

—¡Qué demonios, Elliot! Entiendo que quieras casarte con ella, pero esto es demasiado —espetó furioso—, no te hacía capaz de estas bajas tretas.

—No fue...

—No, de ninguna manera. ¿Entiendes que puede que te nieguen la unión, y que quizá la hayas arruinado para siempre? Tienes el cerebro en los pantalones, Elliot.

—Detente, detente ahora mismo —contestó Lord Bridport molesto—, primero, no fue una treta. Que tú tengas que escapar de las mujeres que intentan hacer eso contigo no quiere decir que seamos todos iguales. Deja de proyectar, maldito egocéntrico. —Por fortuna, el tono de amistad de la charla no había disminuido, y pese a las acusaciones, no se trataba de una pelea con todas las letras. Tal era así, que cuando lo llamó maldito egocéntrico, Colin volvió a pisar tierra y tuvo que darle la razón. Había tomado la ofensa a Miranda Clark como algo personal y no quería ponerse a analizar el porqué—. Segundo, me casaré con ella así tenga que irme de Inglaterra. Mi padre, porque sí, sé que te referías a él, no podrá imponerse.

—¿A qué te refieres con que no fue una treta? —preguntó para focalizar su atención en algo que no fuera el duque de Weymouth. La enemistad de su amigo con su padre era legendaria y casi obsesiva—. ¿No tenías planeado que

te encontraran así? Perdón, Elliot, te hacía mejor con las mujeres, no de los que se entregan a rapiditos en los despachos.

—Tendría que retarte a duelo por semejante ofensa, pero te la dejaré pasar... solo porque no, no soy de los que hacen eso, es que... —se silenció antes de explicarle que entrar allí y ver el trasero de Miranda Clark en alto, meneándose, lo había empujado a la locura más abyecta, y que la situación se le había ido de las manos—. La historia es tan absurda que no termino de creérmela. Es la suerte que me sigue.

—¿Qué historia?

—Un anillo de la señorita Grant. Al parecer la muchacha perdió un anillo cuando se escondió en el despacho —Alzó la mano para detener la interrupción de su amigo—, no, no preguntes qué hacían en ese lugar. Jamás le encontraré sentido a la mentalidad americana.

Colin solo pudo pensar: ¡Mierda, Emily! No había presenciado la escena del despacho, no estaba en el salón principal, no se la veía por ningún lado. Comenzó a preocuparse. Había escuchado toda la noche las burlas con su nombre, y temía que ella también lo hubiera hecho.

—Bueno, amigo, felicidades por tus buenas nuevas, si me disculpas...

—¿No vendrás a brindar conmigo?

—Lord Bridport —lanzó con sorna—, ahora eres un respetable caballero comprometido, demasiado aburrido para compartir amistad. Reclamaré mi regreso a White, y me dedicaré a apostar en tu contra. Si me permites... —y con esas palabras se perdió en los jardines, el único lugar en el que se le ocurría que podía esconderse Emily. Claro... si descontaba el despacho del anfitrión.

Su suposición fue acertada. Emily se encontraba oculta en los jardines, detrás del vivero. Sus quejidos ahogados delataron el lugar preciso. Colin sabía que era arriesgado, que si los encontraban juntos se daría el nuevo compromiso de la noche, pero su corazón estrujado por la pena lo empujó a dejar el recaudo atrás y avanzar en su dirección.

La muchacha era un mar de lágrimas. Las gotas salían de sus ojos a raudales, mojaban sus pestañas, sus mejillas, sus labios y hasta pendían del mentón. Algunas habían caído sobre el anillo de diamante rosa que miraba como si fuera una serpiente.

—Emily... —la llamó en un susurro, para no asustarla. Ella se enderezó apenas, el esfuerzo pareció demasiado para su cuerpo sumido en el dolor y volvió a dejar caer los hombros.

—Ahora he empujado a una amiga a un matrimonio que no desea. ¡Hago todo mal! ¡todo!

—Em... —Colin se sentó a su lado, y la señorita Grant alzó los ojos en su dirección. Se había percatado de que Webb la tuteaba, cuando ella no le había dado el permiso. No debía hacerlo, Daphne había sido clara con esa norma, sin embargo, su nombre en labios de Colin era lo único bueno que le había sucedido en la noche—. Em... ¿estás segura de que la señorita Clark no desea ese matrimonio? —La primera sonrisa escapó de los labios húmedos de la californiana.

—Quizás un poco sí lo desee, aunque no de este modo. Me dijo que no está enojada conmigo, que solo quiere matar y despellejar, y hervir y hacer estofado a Lord Bridport, pero que a mí no me guarda rencor.

—Menos mal... —fue el comentario lleno de alivio. La furia de Miranda Clark no parecía un espectáculo agradable de ver—. ¿Qué ha ocurrido? —se atrevió a preguntar. Emily estaba sumida en la más profunda tristeza y desesperanza, y así, en ese estado de vulnerabilidad, era la primera vez que Colin Webb podía ver una parte de la verdadera señorita Grant, esa que se escondía detrás de las joyas y los vestidos. En esos momentos no se sentía intimidada por la belleza de él, ni por su título, ni medía las palabras por miedo a equivocarse. Era ella, la muchacha franca y refrescante que le caía tan bien y que se había ganado la amistad de Daphne.

—Lo que era de esperar, eso ha ocurrido. Las burlas, los comentarios... —Sorbió por la nariz y Colin se apresuró a alcanzarle un pañuelo—. No puedo culparlos, creo que yo también me reiría de mí misma. Por eso no me miro al espejo antes de salir...

—No seas tan dura contigo misma —la reprendió.

—Es la verdad, y ambos lo sabemos. —Emily cuadró los hombros y mostró su carácter. No, no toleraba las mentiras, ni siquiera las bien intencionadas.

—Lo que ambos sabemos, Em, es que se trata de tu imagen lo que genera burlas, no tú. No la verdadera Emily Grant, porque esa la tienes bien oculta y, si me permites ser sincero, es una maldita pena que nos prives de ella.

Emily se sonrojó de ese modo que lograba cautivar a Colin, el que nacía del halago y no de la vergüenza. La muchacha bajó apenas la mirada, porque

el contacto le parecía demasiado para su frágil corazón. Era lo más lindo que le habían dicho jamás, y para mayor deleite, salía de los labios más bonitos que jamás hubiera visto. Y del hombre más bello, y... todas las cosas sobre las que se había prometido no hacerse ilusiones se hicieron cenizas, su corazón volvió a latir acelerado.

—No puedo hacer nada con mi imagen, milord...

—Colin, llámame Colin —pidió.

—Su hermana dice que eso es incorrecto...

—Nadie lo sabrá, solo en privado. Y dudo que el tuteo sea lo más comprometedor de nuestra situación si alguien nos descubre. —Lo que intentó ser una broma se convirtió en un propulsor de Emily.

—Oh, milord, cuánto lo siento —dijo mientras se ponía de pie, desesperada—, no me di cuenta. No quiero que piense...

—Em —Él tiró de su brazo de manera suave para que volviera a sentarse—, no pasa nada. No nos descubrirán, y no puedes volver así a la fiesta. De verdad que ahora tu imagen dará qué hablar.

Los nervios la hicieron carcajear. Sí, si antes era un espectáculo de circo, en esos momentos, con su tocado deshecho, su vestido arrugado y el rostro inflamado por el llanto, de seguro daría un espectáculo digno de una feria.

—Detesto mi imagen —se atrevió a decir—, detesto cada cinta, cada flor, cada anillo...

—¿Y por qué, entonces, los usas? —Quería explicarle que a los hombres le gustaban las mujeres al natural, tan al natural que las preferían desnudas. Y que cada maldita prenda que las separaba de ese estado era un incordio. Sin proponérselo, una imagen de Emily con menos ropa invadió su mente y lo hizo sudar. Acusó al endemoniado clima primaveral.

—Porque no quiero fallarles a mis padres.

—Estoy seguro de que, si le explicas a tu madre lo infeliz que te hace, lo mal que la estás pasando, ella entenderá. Es una buena mujer, puede verse a la legua.

—Sí, Colin —y el lamento fue acompañado de nuevas lágrimas, de unas que no nacían del bochorno sino de un sentimiento más profundo. Webb quiso ser complaciente con Emily, su nombre en labios de ella lo impactó como un rayo. «Sí, Colin». Oh, cuántos escenarios mejores que ese podían sacar de su boca esa expresión. ¡Mierda!—. Ese es el problema, que, si le digo a mi madre o a mi hermano que soy infeliz, entonces nos subiremos a un barco y regresaremos a California de inmediato.

Y eso sería una terrible desgracia, pensó Colin. En cambio, dijo:

—¿Y tú no quieres eso?

—Sí, creo, no lo sé. No quiero fallarles, y si no me caso con alguien de buen nombre, les fallaré... es mi única tarea, mi única jodida tarea... ¡Perdón! —Se tapó la boca al darse cuenta de que había dicho una palabrota. Colin la observaba sin reproche, y Emily se perdió en el celeste cielo de sus ojos. Parecía haber descubierto algo en su mirada, un sentimiento profundo en él. Se sentía como el día que encontró la primera pepa de oro, como un gran momento que le cambiaría la vida.

—Te entiendo tanto, Em —le dijo él, conmovido.

—¿Lo haces? —La incredulidad nació en su pecho—. Dudo que puedas fallarle a alguien, Colin. No creo que un padre pueda pedir mejor hijo que tú.

—Pues, ya ves. No solo tú te escondes tras una fachada, yo también lo hago. Se puede decir que también fallo en la única jodida tarea que tengo como hijo. —No especificó más, y Emily se mordió los labios para no indagar—. Solo debes confiar en mí en esto, si le dices a tu madre que de ahora en más elegirás tu atuendo con ayuda de una modista, no solo serás un poco más tú, tanto como las rígidas normas británicas te lo permitan, sino que además conseguirás tu cometido de encontrar marido. Ya lo verás...

—El tema de la modista es mejor dejarlo para cuando tenga más lágrimas para derramar, me he gastado la dosis de la semana —bromeó Emily.

—Ni L' mer ni Dumont ¿eh? —adivinó, conocedor de las dos grandes de la moda londinense—, no te preocupes, tengo a la tercera, y además, la indicada para ti. Rebecca Deen es tu mujer. Ella sabrá sacar provecho de cada uno de tus atributos... ven. —La instó a ponerse de pie para buscar una salida discreta que impidiera a los invitados verla así—. Ya verás cómo Deen consigue que recuerdes quién es la bella y única Emily Grant.

Emily puso los ojos en blanco. Disfrutaba de los halagos de Colin, y de sentirse así, en las nubes, pero no le creía ni una palabra a ese dandi experto en damas. Avanzaron por los jardines camino al ala de servicio, hasta que Webb se detuvo y, como si le leyera la mente, se giró hacia ella.

No era tan alto como sus hermanos, de todos modos, le llevaba media cabeza y la señorita Grant tuvo que alzar el rostro hacia él para unir las miradas. Colin indagó en los ojos de la muchacha y le permitió hacer lo mismo en los suyos para que viera su sinceridad.

—Em, cuando crucemos esa puerta volverás a ser la señorita Grant y yo, Lord Webb, pero antes, permíteme convencerte de mis palabras. Eres bella,

quizá deberías volver a mirarte en el espejo para recordarlo. Lo eres. Tienes un hermoso cabello, dorado, unos ojos que recuerdan al cielo de verano, una piel que puedo asegurar que despierta envidia... —se silenció antes de continuar con su apreciación, pues los atributos del cuerpo de la californiana solo podían ser admirados en términos lujuriosos. Unos pechos llenos que me rebalsarían las manos, una cintura a la que aferrarse en el vaivén de los cuerpos, unas caderas que dan cobijo a un hombre perdido... Si seguía, sus pantalones lo pondrían en evidencia—. Prométeme no olvidarlo. Y ahora...

Le dio un leve empujón, sin permitirle discutir ni contestar. Cuando se alejó un par de metros, agregó:

—Haré llegar la tarjeta de Deen a tu residencia por la mañana. —Emily se volteó para agradecerle, y lo hizo con una sonrisa sincera, que le dibujaba hoyuelos en las mejillas llenas y le alzaba los pómulos repletos de pecas. Era adorable, era tierna, y dulce y... demasiado peligrosa sin saberlo.

En pocos días había conseguido algo que pocas mujeres antes lograron, escalar los muros en torno a Colin Webb y divisar un poco de su verdadero ser.

Capítulo 4

Todo lo que involucraba a Lord Bridport era sinónimo de escándalo, su comportamiento, su compromiso apresurado, peor aún, su futura esposa americana. Conseguir el permiso para el matrimonio no fue un gran impedimento para el futuro duque, el arte de la manipulación dominaba a su lengua. En consecuencia, la boda se planeó a la brevedad.

Como su padre estaba en completo desacuerdo, es más, repudiaba a viva voz la unión, los Sutcliff se ofrecieron como padrinos del matrimonio. La amistad de Colin y Elliot había comenzado en la más tierna edad, y para ellos, el vizconde era comparable a un hijo más. Marion no iba a hacerse a un lado, sin importar lo que el duque de Weymouth manifestase, no era propio de un padre abandonar a sus hijos en tan preciado momento. Se murmuraba tras bambalinas que el motivo del matrimonio no era más que una jugarreta de Elliot Spencer para fastidiar a su padre, pero ahí, en la calidez del hogar Sutcliff, a horas de la consagración definitiva del enlace, la verdad salía a la luz. Colin estaba en lo cierto, Lord Bridport era el futuro esposo más feliz de Londres, y la jovencita Clark, aunque se esforzara en demostrar lo contrario, era la novia más ansiosa y enamorada de todo el continente.

A pedido del matrimonio, el listado de invitados se redujo al mínimo, los Thomson, los Swift —estos últimos se habían invitado, Lady Helen reclamaba su lugar como propiciadora de la unión—, Sir Johnson y su pupila Vanessa Cleveland, la señorita Madison junto a su tía y, como era de esperarse, el pequeño clan Grant, con un Zachary recompuesto y de muy buen humor. A ellos le siguieron un par de lores, aquellos integrantes de la cámara que habían accedido a otorgar el permiso de matrimonio a cambio del disfrute de un buen banquete, era bien sabido que los Sutcliff se destacaban por agasajar con los mejores platos y licores.

—¿Han visto ese beso? —Daphne seguía fascinada por la demostración de afecto de los tórtolos ya devenidos en matrimonio. Desde la iglesia no habían vuelto a besarse, pero aquel beso, el que había sellado la unión de

marido y mujer, se comentaría por semanas—. ¡Pensé que iban a devorarse cual animales hambrientos! —La mente de la muchachita se encendía, comenzaba a ansiar un amor como ese, extraño, inesperado, pero amor en sí.

La joven Webb se sentía feliz, por la boda y porque, finalmente, sus padres habían desechado la absurda idea de mantenerla alejada de las americanas. Elliot Spencer era una extensión más de la familia, y ahora, esa extensión incluía a Miranda Clark... mejor dicho, Lady Bridport, el mayor escándalo americano con faldas jamás visto. Luchar contra esa marea ya no tenía sentido, y la más beneficiada con eso era Daphne, por fin podía gozar de la compañía de jovencitas de su edad, amistades sinceras, que no buscaban competencia alguna con ella.

—Sí, animales hambrientos... —masculló con sorna Vanessa—, y por lo visto, saciados. ¡Mírenlos ahora! —Las motivó a contemplar a la pareja. Las tres: Daphne, Cameron y Emily dirigieron la mirada hacia ellos—. Escapan el uno del otro. ¡Por los cielos, lo que daría por escabullirme al hogar de esos dos! —La señorita Cleveland estaba disfrutando como nunca antes—. ¡Que viva el amor! —No pudo evitarlo y se quebró en una carcajada—. Deberíamos apostar...

—¿Sobre qué? —La sugerencia le resultó atractiva a Daphne. ¡Sí, las señoritas americanas rompían su monotonía!

—Mmmm... deberíamos apostar sobre quién es la presa y quién el cazador.

—¡Elliot, sin dudar! Elliot es la presa —auguró Daphne.

—Daphne... —Emily detestaba ser parte de aquello que los ingleses alegaron con respecto a ellas: mala influencia. Lo eran, esa era otra Daphne—. No te sumes a las locuras de...

—¿Elliot presa? —Vanessa interrumpió adrede a Emily—. La actitud de gacela perdida delata a Miranda, ¿no lo creen así?

—¡Vanessa, podrías ser un poco menos ... menos —A la pobre señorita Madison no se le ocurrían las palabras sin insultarla.

—¿Menos qué?

—¡Menos nada! —reformuló Cameron—. Pero podrías tener un poco más de sensibilidad para variar, no te haría nada mal.

—¿Más sensibilidad? ¿Para qué? Para ir llorando por los pasillos como la señorita Grant.

—¡Prefiero llorar por los pasillos antes que andar destilando veneno por ahí! —Emily estalló, y Vanessa abrió los ojos de par en par. Se cubrió el

rostro con el abanico para ocultar la sonrisa de satisfacción—. Sé que te estás riendo, Vanessa. No te cubras.

Las pestañas de Vanessa se movieron de manera frenética, a modo de provocación. Por supuesto que sonreía.

—Tienes que recomendar a tu nueva modista, Emily —finalmente agregó—. Se ve que sus vestidos traen consigo un cambio de actitud.

Emily había seguido el consejo de Colin, recurrió a Rebecca Deen, ésta no solo la había asesorado en tanto a vestuario, sino en estética en general, accesorios y peinados. Su madre, que en primera instancia no se había mostrado de acuerdo con la decisión, cambió de parecer al comprobar que el ánimo y la autoestima volvían a hacerse presentes en su hija.

—Lo siento, Vanessa, no creo que funcione contigo —intervino Cameron, fue lo más cercano a un agravio que pudo decir.

—Yo creo que sí. —Emily salió en su defensa, y la señorita Cleveland cerró el abanico de un solo movimiento demostrándole que la escuchaba con atención—. He domado muchos potros salvajes, y con ellos he aprendido una y otra vez lo mismo... aunque demuestren lo contrario, lo único que necesitan es cariño.

El silencio cortó el aire, por primera vez, la señorita Cleveland se quedaba sin palabras, su discurso fue suplantado por una batalla de miradas entre ella y Emily. No había odio ni rencor en sus ojos, sino un entendimiento que se negaban a confesar en voz alta.

—¿Podemos volver al asunto del beso, por favor? —Daphne, que interpretaba lo sucedido de otra manera y quería evitar una riña de señoritas americanas, recurrió al momento previo al entredicho de palabras—. ¿Han visto alguna vez un beso tan intenso?

Las americanas coordinaron en una risa burlona.

—Por supuesto que sí —sentenció Vanessa para librarse de la incomodidad de segundos atrás.

—Más de una vez... es más, por todos lados —se le sumó Emily.

—Solo tienes que subirte a un barco, cruzar el océano y llegar a América —finalizó Cameron. Sí, nada más ni nada menos que la jovencita de Virginia.

Vanessa se giró hacia Cameron, debía comprobar su rostro cuando le dijera:

—¡Parece que habla por experiencia, señorita Madison!

—¡Usted también, señorita Cleveland! —Cameron se defendió del ataque.

—¡Esperen, esperen! —Daphne las interrumpió—. ¿Ustedes me quieren

decir que los americanos besan mejor que los ingleses? —Miró a Emily, que era con la que más se relacionaba—. ¿A ti te han besado?

El silencio y el tono rojizo de las mejillas de Emily la condenaron.

—¡Habla, traviesa californiana! —ordenó Vanessa.

No podía escapar, y no iba a mentir, no tenía motivos.

—Sí... me han besado. Pero fue culpa de Louis, mi hermano —agregó en su afán de defenderse—. Hizo una apuesta con Ted Weaton, el que ganaba podía besar a la hermana del otro... y el muy idiota perdió.

Las carcajadas de las muchachas resonaron por todo el salón, al punto tal que recibieron la desaprobación de las matronas. Continuaron en susurros, para dejar de ser el centro de atención.

—Él perdió, y tú ganaste... ganaste un beso —convino Daphne.

—No, perdí, definitivamente, perdí... no conocen a Ted Weaton. —Frunció el ceño a modo de desagrado ante la rememoración.

—Entonces... no me queda claro, dicen que los americanos besan bien, pero tu confesión me demuestra lo contrario.

—Oh, no, para nada... los besos de Ted son los mejores del sur de California, solo tienes que cerrar los ojos y pensar en otro.

Una vez más, rompieron en carcajadas. Una vez más, la desaprobación de las matronas se hizo manifiesta, y sin dilataciones separaron al grupillo de jovencitas para contener el desorden. Vanessa y Cameron por un lado; Daphne y Emily por otro.

—Bueno... —le susurró Daphne al oído cuando estuvieron lejos de mamá Grant y la señora Monroe—, ahora resta que a ti te bese un inglés, y a mí un americano.

—¿Daphne, te han besado? —Emily alzó la voz, no pudo contener la sorpresa, conocía la manía protectora de Colin.

—Shhh... mi hermano no debe enterarse. ¿Qué digo? ¡Nadie debe de enterarse! —La picardía se escapó de ella en una suave risa—. Retomando lo anterior, necesitamos un inglés para ti y un americano para mí... solo así podremos comparar como es debido. —Se detuvieron al final del salón, cerca de los ventanales que daban al jardín y contemplaron a todos los presentes—. Mmm, la pregunta es: ¿dónde encuentro a uno?



Lord Bridport no tenía muchos deseos de festejo, o, por lo menos, no de ese tipo de festejo; quería tomar a su reciente esposa y marcharse de ahí. La intensidad puesta en pausa desde el beso de la ceremonia comenzaba a hacer de las suyas en sus pantalones. Era el hombre recién desposado más feliz y ansioso de todo Londres. La despedida fue fugaz, y también lo fue la partida inmediata de algunos de los concurrentes, solo quedaron las amistades más cercanas, y las mismas fueron invitadas a extender la velada hasta la cena.

Los aires de intimidad familiar le permitieron a Colin acercarse a Emily, quien, de momento, había quedado a solas en uno de los extremos del salón. No necesitaban de carabina, ni nada por el estilo, Marion, Lady Thomson y Sandra Grant se encontraban a un par de pasos, los suficientes para observarlos sin oír la conversación. Al igual que Elliot, él también estaba ansioso, sus labios estaban deseosos de confesión. Llevaba horas observándola, estaba preciosa.

—Luces muy bien, Em..

Le hubiese gustado utilizar la palabra que estaba anclada en su mente desde la mañana: «preciosa». No lo hizo porque temía generar ilusiones en ella. Le agradaba de una manera muy peculiar, nunca antes experimentada con otra mujer, pero eso era todo. La palabra incorrecta, el gesto inadecuado, la caricia fuera de lugar podían encender una llama que él no sería capaz de mantener.

—Gracias, me siento a gusto, y eso es más que suficiente.

Lucía un delicado vestido azul cerúleo, que resaltaba el tono de sus ojos y la blancura de su piel decorada por tentadoras pecas. Además, el hecho de que no llevara miriñaque, sino una enagua con soporte de alambres, le quitaba voluptuosidad, algo que le sentaba de maravillas, su cuerpo ya era voluptuoso por naturaleza. Nada de moños, ni plumas, ni flores ... ni joyas en exceso, solo perlas y delicados pendientes. Por fin se había quitado el peso de su historia de encima, era Emily, sin oro mediante, sin riqueza en exposición.

—Rebecca Deen ha sido muy amable conmigo, y supongo que debo agradeceréte, sé que su agenda es igual de ajustada que la de madame Dumont y L'Mer.

No merecía llevarse el mérito del contacto, conocía a Deen por intermedio de Lady Amber, muchos de sus vestidos, esos que él le había regalado, habían sido creaciones de la mujer.

—En realidad, deberías agradeceréselo a Lady Cowper, ella intercedió en tu nombre.

Los oídos de Emily retumbaron al oír ese nombre, sabía quién era la mujer. No se permitió sentir celos, no le correspondía. Debía conformarse con esto, con su cercanía, con la complicidad de su mirada y sus sonrisas espontáneas.

—Querrás decir que intercedió por ti. —Lo acorraló, y las mejillas de Colin ardieron.

Y las mejillas de Lord Webb nunca se sonrojaban de esa manera, menos aún en público. Emily se deleitó con la imagen que el seductor lord le obsequiaba. Vestido de negro, con un delicado chaleco en tono azul marino. Combinaban a la perfección...

—Lady Amber es una gran amiga mía.

—¿Amiga? Dicen que la amistad entre el hombre y la mujer no es posible. —Se empujaba ella misma a una encrucijada, lo sabía.

—De ser así ¿qué queda para nosotros, Em?

Una daga directa a su corazón. ¡Dolió, vaya que dolió! Le cortaba las alas a sus sueños, le hacía trizas el último atisbo de esperanza. No había nada más que eso para ellos, el intento de una amistad.

Recordó las palabras de su padre: «Solo duele la primera caída, solo la primera. Para las demás ya estarás preparada».

—No lo sé... supongo que tendremos que averiguarlo, Colin.

Eso fue una melodía para él. Las comisuras de sus labios se abrieron paso en su rostro, sonrió de par en par. Algo le decía que no debía perderla, que ella debía estar ahí, a su lado, pronunciando su nombre, mirándolo de esa forma. No era cuestión de alimentar su ego, de ninguna manera. Era otra cosa... ella era... una brisa de verano, una tormenta de primavera. Calma y locura a la vez. Porque sí, Emily Grant hacía una revolución silenciosa dentro de él.

—¿Sabes quién es o fue Lady Amber? —Con Emily deseaba despojarse del pasado, de sus secretos, de todo.

—¿Otra Lady Anne? —El tono de fastidio y reproche fue más que evidente en ella.

—No, por todos los cielos, no. ¡Lady Anne es única!

Única... ¡Única víbora! ¡Única arpía!

—Lo sé, eso he oído. —El fastidio de su voz creció de manera exponencial, hasta sus ojos comulgaron con la expresión, bailaron de un lado a otro, y a Colin la reacción le pareció encantadora.

—¡No quiero imaginarme qué cosas has oído!

—Si quieres puedo decírlas.

—Ni se te ocurra, Em... —Contenía las ganas de reírse a carcajadas.

—¿Por qué?

—Porque puedo imaginar de quién las has oído.

—¡Daphne! —dijeron los dos al unísono.

La coordinación fue perfecta. La disfrutaron. Se sonrieron.

—Como sea, Daphne suele exagerar en cuanto a sus anécdotas.

—No requiero de las anécdotas de Daphne, puedo hacerme a la idea de Lady Anne por mí misma, he tenido el placer de conocerla, y también de oírla...

Tenía un problema cuando estaba con Colin, esa extraña amistad, o lo que fuera que sucedía entre ellos la había afectado; semanas atrás, se paralizaba ante él, ahora, no controlaba ni su boca ni sus pensamientos. ¡Dios, no sabía qué era peor!

—¿Qué quieres decir?

—Nada... —No iba a contarle los pormenores con su examante, en especial porque las maldades que salían de su boca, a pesar de ser hirientes y fuera de lugar, tenían una justificación real. Ella jamás encontraría lugar dentro de los estándares de belleza británicos—. Nada que merezca la pena ser contado.

—Deja que yo decida eso, Em. — Quería saber qué había ocurrido entre ellas dos, era un dandi confeso, todo Londres lo sabía, aun así, prefería que los detalles quedaran a su cargo.

—No, yo ya lo he decidido por ti. No necesitas saberlo.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaba la Emily Grant que se enmudecía al primer vestigio de vergüenza? Esa actitud decidida, y en cierta forma, desafiante, estimulaba partes de su cuerpo que no debían reaccionar. Por lo menos no en ese momento y lugar.

—¿Emily? —intentó doblegarla con un tono de voz seco y distante.

—¿Colin? —Ella lo imitó.

El duelo de miradas fue el siguiente movimiento. Error. Fue peor. Los ojos de Colin se desviaban a los labios de Emily, que luchaban por mantenerse unidos y no sonreír. ¡Malditos labios, maldita boca! Eso también se repitieron al unísono en el silencio de sus mentes.

—Está bien, si no quieres decírmelo, no lo hagas... —Colin debió de poner un final a la situación, estaba a segundos de perder el control de su cuerpo. Iría directo a esos labios—. Ya encontraré la persona dispuesta a cotillear sobre el asunto. —Miró hacia un lado y hacia el otro. Al no encontrar

lo que buscaba, dio un giro para observar la totalidad del salón—. A propósito, ¿dónde está Daphne?

—Fue a los sanitarios con Cameron.

Ni bien nombraron a la señorita Madison, se hizo presente, atravesó el salón sin compañía alguna hasta llegar a ellos.

—¿Y Daphne? —Le preguntó Emily ni bien estuvo a su lado.

—No lo sé, camino al sanitario se separó de mí, dijo algo como...

No tuvo que finalizar siquiera, Colin salió en su búsqueda, tenía un extraño presentimiento, y cuando de su hermana se trataba, nunca fallaban.

Los sirvientes no pudieron darle información, nadie había visto a la jovencita de la casa ni por los corredores centrales ni por los salones. Solo Josh, el jefe de cuerdas, pudo ponerles un freno a los fatídicos pensamientos de Colin:

—Me topé con ella y el americano rumbo a los establos, milord.

—¿Americano? ¿Qué americano?

—El alto, milord... el rubio... —El pobre hombre no recordaba el apellido de la familia americana con la que los Sutcliff habían entablado una reciente amistad, por lo que no le quedó más alternativa que brindar adjetivos.

¡Cómo si hubiese muchos americanos bajo su techo!, pensó Colin.

Los pensamientos fatídicos les dieron rienda suelta a otros...

—Suficiente, Josh, con eso me es suficiente. Por favor, lo único que le pido es que mantengamos la información entre nosotros.

—Lo que usted diga, milord.

Colin era un volcán a punto de hacer erupción. Lo que era peor, era un volcán que debía contenerse para estallar en el instante adecuado. Pretendía mantener a sus padres al margen del posible escandaloso asunto, porque si de algo estaba seguro era de que nada bueno y decoroso podía ocurrir entre su hermana y ese mequetrefe de origen extranjero.

Ya de regreso en el salón, se encaminó sin pausa a Emily. Sus labios tensos forzaron una sonrisa para sostener una imagen de falsa calma.

—¿Sabes dónde se encuentra tu hermano?

La presencia de Cameron pasó a segundo plano, también lo hizo el protocolo, la furia en Colin sacaba a la luz el ya tan común tuteo entre ellos.

—No, es más —Emily intentó hacer memoria—, no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi. ¿Para qué lo necesitas? —Le extrañó la pregunta, la realidad era que Colin y Zachary apenas intercambiaban un par de palabras cuando estaban juntos en la misma habitación. No existía afinidad alguna,

podía verse a la legua.

—Para asesinarlo... para eso lo necesito —gruñó sin poder contenerse. Y como alma que lleva al diablo, se marchó en dirección a los jardines.

La furia en Colin y la pronunciación del nombre de su hermano solo significaba una cosa: problemas. Zach era un imán para ellos, más cuando se encontraba en nuevos territorios a explorar.

—¿Crees que ha sucedido algo? —A Cameron, la actitud de Lord Webb también le resultó extraña.

—Con Zach de por medio, ni lo dudes —dijo levantándose como si su trasero hubiese sido catapultado del asiento—. Ven... vamos a los sanitarios.

—Acabo de regresar de los sanitarios.

El cansancio dominaba a Cameron, desde su llegada a Londres que no se recuperaba del malestar que había traído consigo. No tenía energías para aventuras de ningún tipo.

—Diremos que vamos a los sanitarios. No iremos a los sanitarios.

—¿Dónde iremos? —preguntó con desgano, como sea, no iba a dejarla sola.

—En busca de Zach... o Lord Webb, o quién sea que encontremos primero.

Luego de comunicarles a las mujeres sobre su mentiroso destino, siguieron los pasos de Colin, directo a los jardines. Recorrieron los alrededores de la fuente, el camino de setos y la arboleda principal. No hallaron rastro alguno de los hombres. Restaban las caballerizas, conociendo a Zach y su pasión por los caballos, era posible que se encontrara allí, evaluando los purasangres de la familia. A un par de metros del lugar, un grito femenino las sobresaltó. Al grito se le sumaron unos cuantos insultos furiosos.

—¡Voy a matarte, maldito desgraciado!

Era Colin, Emily había desarrollado la habilidad de reconocer su voz hasta en los más difusos sueños. Ese tono algo ronco, ese acento británico marcado que extendía las vocales...

—¿Sí? ¿Tú y cuántos más?

¡Dios Santo! También reconocía esa voz. Esa voz había protagonizado más de una pesadilla en su niñez: Zachary Grant.

—¡Maldición! —resopló levantando la falda unos centímetros para largarse a la carrera. Antes de hacerlo, le encomendó una tarea a Cameron—. Quédate aquí, que nadie ingrese a los establos, inventa alguna excusa de ser necesario.

—¿Excusa? ¿Qué excusa?

—No lo sé, ponte creativa —masculló retomando la marcha.

La escena dentro del establo era simple y alarmante a la vez. Colin en un extremo, Zach en el otro, y en medio de ellos, Daphne con los brazos extendidos, tratando de evitar el enfrentamiento.

—¡Vas a pagar por esto, sinvergüenza! ¡Has arrastrado a mi hermana a la falta de decoro!

—¿Arrastrar? ¿Yo? Me parece que está muy equivocado, milord. —El sarcasmo vibró en las palabras de Zach, y Colin hizo erupción.

—¡Canalla! —En un par de zancadas estuvo frente a él. Tuvo que luchar con Daphne, que parecía dispuesta a ser el escudo del americano—. ¡Hazte a un lado! ¡Este es un asunto de hombres!

—No, no es un asunto de hombres, es asunto mío —acusó ella.

—¡Te besó, Daphne! —argumentó Colin para justificar su reacción.

Emily, que había mantenido su presencia en el anonimato hasta ese momento, alzó la voz ante lo oído:

—¿Qué? ¿Qué es lo que has hecho, Zachary Grant? —utilizó la misma estrategia que su madre cuando lo reprendía, llamarlo por nombre completo.

—¡La ha besado contra su voluntad! ¡Eso ha hecho! —Colin respondió la pregunta sabiendo que no iba dirigida a él.

Suficiente para Zachary, se hizo a un lado para alejarse de la barrera de la jovencita, y lo enfrentó.

—¡Yo no he hecho nada contra su voluntad!

El pecho de Zach impactó contra el de Colin, éste actuó de igual manera, parecían dos gallos en riña, golpeando sus pechos una y otra vez.

—¡Entonces la has engañado con tus palabras!

El entrenamiento pugilístico de Colin era una gran broma en comparación al de Zach, que tenía un historial de costillas rotas a fuerza de peleas callejeras, y todas habían sido ganadas. La garganta de Emily se cerraba segundo a segundo, podía imaginarse el rostro de Colin hinchado a golpes... Oh, no, su bello Colin. Así como ella había sido calificada de atracción de circo, Zachary había recibido el título de campesino. Sobre esa balanza en particular, el campesino pesaba más, golpeaba más. Emily debió formar parte del entredicho, separó los cuerpos con el suyo. El roce fue inevitable, y la reacción de Colin también, se desconcertó por unos instantes, era la primera vez que la tenía tan cerca, casi que podía sentir su respiración mezclarse con la suya.

—¡Deténganse! —Les ordenó a ambos.

—¡Él único engañado aquí soy yo! —Zachary no pretendía detenerse, la adrenalina ya le corría por las venas, y solo conocía una manera de liberarla: a los golpes—. Me acerqué hasta aquí a ver los caballos y el pago reclamado por tal aventura fue un beso.

—¡Mientes! —Colin tomó distancia, no porque tuviese deseos de finalizar la pelea, sino por la cercanía de Emily. La forma de su cuerpo, sus curvas, parecían amoldarse a la perfección a su cuerpo.

—No miente —gritó Daphne—. Yo lo traje hasta aquí engañado, yo le pedí que me besara. Los rostros de Colin y Emily se voltearon a ella con estupefacción, ninguno de los dos podía creer lo que oía. Zachary sonrió victorioso—. Como ya te he dicho, Colin... esto es asunto mío.

—No existe tal cosa como un «asunto tuyo», Daphne, entiéndelo de una vez por todas. —Fue hasta ella, midiendo su furia, quería ser duro, pero no violento—. ¡Tu reputación está en juego... a cada paso que das, con cada palabra que dices, está en juego!

—Lo sé —confesó sin un atisbo de arrepentimiento.

—Imagínate si otro hubiese presenciado lo que yo ¿sabes cómo terminaría esto? ¡Con ese mequetrefe como tu esposo!

—¡Ey! No me insultes... —Zach se mostró ofendido.

—¡Tú, cállate! —Emily intervino, la tormenta parecía menguar, y deseaba que así continuara—. ¡Te mereces lo de mequetrefe!

—No me refería a eso... sino a «esposo», no voy a tolerar esa clase de insulto. —En los planes de vida de Zachary no había lugar para el compromiso, para qué tener una mujer si se puede tener miles.

—Pues tienes suerte, infeliz. —Colin volvió a dirigir su furia a él—. Si te encontraba un minuto después, aun contra mi voluntad, mañana mismo la desposarías. —Mentía, solo para molestar al americano, ni loco permitiría que su hermana se casara con él, no, bajo ninguna circunstancia. Daphne requería de otro estilo de hombre.

—Por favor, Colin... si de un beso se tratase, entonces ya tendría que estar desposada.

El tono rojizo del rostro de Colin, ese que daba el sello distintivo de la ira descontrolada, se esfumó para ser reemplazado por la palidez extrema.

—¿Qué quieres decir, Daphne?

¡Diablos! se arrepintió al instante de esa pregunta. No quería saber... no, no quería.

—¡Que no es la primera vez que un hombre me besa, Colin!

—Sin lugar a dudas —agregó Zach para fastidiar a Webb—. Uno reconoce de inmediato a unos labios experimentados.

—¡Maldita sabandija! ¡Ahora sí que voy a matarte!

Daphne y Emily fueron más rápidas que Colin. Se interpusieron en su camino.

—¡No, no! Por favor, detengan esta locura. —Emily no podía dejar de pensar en el bello e inmaculado rostro de Colin.

—Más que locura, absurdo... Colin. ¡Vamos, si siguiéramos tu lógica, tendrías que tener, como mínimo, doce esposas!

—¡Es diferente! —gruñó él.

—Diferente ¿cómo? —le reprochó con enojo Daphne.

—A mí también me gustaría saberlo —agregó Emily con el mismo fastidio en la voz.

Demasiado tarde. Había utilizado las palabras equivocadas. Lo sabía.

—Yo también —provocó Zachary que, a modo de respuesta, recibió nada más ni nada menos que un codazo de su hermana. Un fuerte codazo que lo empujó a un doloroso silencio.

—Ya saben a lo que me refiero... —Solo eso atinó a decir. No quería decir: porque soy hombre.

—Así que la prerrogativa aquí es que ustedes —dijo Daphne golpeando el pecho de su hermano— pueden ir de boca en boca, de mujer en mujer, hasta que escojan la que deseen, y nosotras no.

—¿Eso quieres, ir de boca en boca, Daphne?

—¡No, por supuesto que no! Era una simple experiencia de comparación.

Los ojos de Emily se abrieron de par en par. Americanos versus ingleses, y sus besos. De eso se trataba. Confirmado, era la peor de las influencias, la amistad con los Sutcliff se terminaría en ese momento.

—¿A qué te refieres?

—Sí, ¿a qué te refieres? —El ego de Zach dejó atrás el silencio. Detestaba ser el objeto sexual de las mujeres. ¡Dios, ni en Londres escapaba de tal cruel abuso! Otro codazo por parte de su hermana le acomodó el resto de los pensamientos y cerró su boca.

—Hablábamos de besos con las muchachas... según ellas, los americanos besan mejor, y Emily me lo confirmó.

Colin tendría que haber atravesado con la mirada a su hermana por lo dicho, pero no, fue en busca de los ojos de Emily. Lo que interpretaba era lo siguiente: A Emily Grant la habían besado. ¿Quién demonios se había atrevido

a rozar esos labios? ¿Quién? ¡Agg, ardía, la piel le quemaba! Tuvo que desajustar el nudo de su corbata para sentirse más a gusto.

—¿La señorita Grant te lo confirmó? —preguntó sin quitar la mirada de Emily.

Ella se mordió los labios, como si quisiera ocultarlos. El fuego se extendió hasta aquellas partes íntimas de Colin, esas que estaban a resguardo en su pantalón.

—Eso ya no importa... —intervino su hermana.

¡Claro que sí! Sí, importaba y mucho. Colin imitó a la señorita Grant, se mordió los labios para contener a sus palabras, las malditas podían ser muy traicioneras.

—Como sea —continuó Daphne—. Me pareció correcto explorar las posibilidades, y Zach... —Colin fingió toser. Ella comprendió el mensaje—, y el señor Grant, se presentó como mi única alternativa. La vi, y decidí tomarla.

—¿Ha oído, milord? Ella decidió tomarla. —Se vanagloriaba Zachary.

—Cierra la boca, imbécil... tú y yo ya arreglaremos esto, a solas, sin mujeres de por medio que te protejan.

—¿Que te hace creer que me protegen a mí de ti? —El ego de hombre Grant se hizo presente.

—¡Terminala de una vez, Zach! —Emily alzó la voz, quería dar por zanjada la discusión.

—Si te vuelvo a ver en una situación similar con mi hermana, no vas a salir vivo. ¿Oíste?

—No va a existir una situación similar, Colin... ya he formado mi opinión con respecto al asunto —finalizó acomodándose el vestido, debía restaurar su imagen antes de regresar a la casa. Ser una barrera de contención entre hombres no era una tarea sencilla.

—¿Inglés o americano? —preguntó Zach con picardía.

Los ojos de Emily fueron en busca de los de Daphne, le rogaban que no diera esa respuesta, ella la sabía. Ted Weaton era considerado uno de los mejores besadores del sur de California, pero Zach compartía el podio con su hermano Louis, a lo largo y a lo ancho del territorio.

—Americano —confesó sin tapujos, sabiendo que su hermano se ofuscaría aún más.

El festejo de Zachary fue inminente, y el ego de Colin, herido, salió al enfrentamiento.

—¡Imposible!

—Pues, que Emily defina el asunto —agregó Daphne con evidentes intenciones de travesura.

—¿Yo? No... no puedo. —La vergüenza se apoderó de ella.

La joven Sutcliff se ubicó junto a su hermano para susurrar por lo bajo:

—Cierto... no puede, ningún inglés la ha besado. —Al igual que su hermano, fingió toser. Colin interpretó el accionar.

Besar o no besar a Emily Grant... esa era la cuestión.

Si lo hacía, ponía en riesgo la amistad que nacía entre ellos. Tal vez hasta ponía en riesgo el corazón de la muchacha. No quería dañarla, ni ilusionarla.

Si no lo hacía...

Cameron irrumpió al trote en el establo, la pobrecita tuvo que tomar un respiro antes de hablar, estaba por demás agitada.

—La señora Monroe, Lady Thomson y mi tía vienen en camino... —alertó.

Colin se arregló la corbata, Zach la chaqueta y Daphne contribuyó al arreglo del cabello despeinado de Emily.

Perfectos. Nada había ocurrido en ese lugar, solo era una comitiva de jovencitas, acompañadas por sus hermanos en un paseo por los jardines. Así, de uno en uno, abandonaron los establos, los últimos en salir fueron Emily y Colin, y por un motivo en particular. Colin la había retenido del brazo.

Si no lo hacía, si no la besaba... se arrepentiría. Él también debía tomar esa oportunidad, no podía dejarla ir.

Cuando estuvieron a solas, la acercó a él y, tomándola por la cintura, la besó.

Fue apenas un roce de labios, un reconocimiento. Más era peligroso, estaba seguro de que, si degustaba su boca, se haría adicto a ella.

Los labios de Emily apenas se movieron, estaban en estado de shock, al igual que su corazón. El muy desgraciado se había detenido solo para revivir al ritmo de mil latidos, y cada uno de esos latidos repetía un nombre: Colin... Colin... Colin.

Las bocas se separaron porque la realidad lo exigió. Disimularon el deseo que los había abofeteado. Ocultaron la necesidad que tenían el uno del otro.

—¿Americano o inglés? —Colin halló el punto final perfecto para lo que ambos estaban sintiendo.

Emily dio un paso hacia atrás para obtener distancia de él. Respiró profundo. Exhaló. El encuentro de miradas fue el siguiente paso a dar.

—Me reservo la opinión, milord —dijo abandonando el establo sin él, pero con una sonrisa en los labios.

Colin Webb sonrió. Si algún día le hacían esa misma pregunta... él ya tenía su respuesta.

Capítulo 5

Lady Daphne había insistido, y cuando a la pequeña de la casa se le ponía algo entre ceja y ceja, era imposible de negárselo. La invitación de los Sutcliff a los Grant para la inauguración del *Alhambra Theatre* se envió sin dilataciones en cuanto la obra *Alfonso und Estrella* fue anunciada.

A lady Marion tanta insistencia no se le pasó por alto, se percató de que la distancia entre sus hijos mayores se acrecentaba y que la cercanía de la señorita Grant ayudaba a limar las asperezas. Aún no se había enterado de qué pueril riña los tenía separados, ya lo haría. Claro, cuando pudiera pescar a Colin para una conversación seria.

Su hijo mayor los esquivaba, desde las nupcias de Elliot había sido reincorporado a las listas del White, y pasaba allí la mayor parte del tiempo junto a sus amigotes, y luego... luego optaba por su apropiado departamento de soltero. Ser madre se parecía demasiado a ser espía napoleónica, por lo que había indagado, Colin no tenía nueva amante y la ausencia del joven en casa de sus progenitores se debía de manera exclusiva a Daphne Webb. ¿Qué había hecho su niña? No apañaba al mayor, solo que sabía mejor que nadie el carácter de la menor. Así como el del pequeño Thomas, que en ese instante estaba haciendo travesuras con Chelsea, la hija de su buena amiga Faith.

—Espero que este muchacho cumpla con su palabra y se presente en el palco a la hora acordada —gruñó Arthur—. Que no sé qué es peor, si sus juntas con Elliot Spencer o las actuales con lores perezosos pasados de coñac.

—Sin duda, las de ahora —coincidió Marion.

Colin Webb estaba, tal y como conjeturaban sus padres, en el White, bebiendo coñac y compartiendo el momento con lores más ociosos que él. De eso se trataba ese lugar, y del espacio para escapar de muchachitas casamenteras. Si se creían que los rumores eran un vicio femenino, los salones del club de caballeros podían desmentir tamaña falacia. Allí todo se sabía, entre otras cosas, las apuestas sobre Lady Anne y él.

—A tu salud —alzó la copa de coñac y brindó por Elliot a la distancia.

—A tu salud y a nuestros bolsillos —coincidió otro.

Las habladurías volvían a tener a Lord Bridport de centro y ya casi no se hablaba de Colin. ¡Eso era un buen amigo! Y lo mejor, las apuestas que se abrían en los libros del club lo harían millonario. Bueno, no tanto como millonario...

Pagaban todas en contra de Elliot, y Colin apostaba hasta sus cabellos a su amigo. Sí, ya tenía una ganada: el matrimonio se concertó cuando todos creían que Weymouth se saldría con la suya. Ahora habían duplicado el riesgo: en un año concebiría un pequeño Spencer y... la más jugosa de todas, a la que Webb había colaborado casi como una causa benéfica, Elliot dejaba la juerga. De momento, los vientos soplaban en contra, a la pareja apenas se la veía en público y Vanessa Cleveland corría horribles rumores por la ciudad. Largó una risotada al recordar a la bostoniana y al descubrir su plan, apostaba al rojo y al negro en la ruleta. Sir Johnson a favor, ella, entre las damas, en contra. Y vaya locura, en contra de su amiga. A él, la señorita Cleveland no lo engañaba, solo no aprobaba sus métodos, sobre todo cuando los empleaba en Emily Grant.

Se recostó en el cómodo sofá del salón de caballeros y miró la hora de soslayo. En momentos debía partir rumbo a el teatro, por ese motivo, en lugar de ir informal, ya llevaba la levita y un fino chaleco gris topo. Necesitaba más alcohol. Mucho más.

Todos daban por sentado que sus problemas eran de faldas, y no se equivocaban. Solo que el dandi lo ocultaba detrás de su fachada tanto como Elliot Spencer. Por eso era que el único que podría ganar una apuesta contra Lord Webb sería su buen amigo. Tres faldas lo volvían loco, Lady Anne que no desistía y había confirmado su presencia en el teatro. Sabía por las lenguas sociales, dícese Lady Amber, que Anne esperaba la invitación al palco de los Sutcliff, invitación a la que Daphne se había adelantado con el «capricho» de invitar a los Grant. Y ahí su segunda falda, su hermana. Lady Daphne estaba jugando con fuego, y el único que creía que no se quemaría era Elliot. Casi resonaba en su mente la voz de su amigo diciéndole «maldito egocéntrico». Por supuesto que no se trataba de él, no en esa ocasión, sino de un atributo que compartía con su hermana: la belleza, y la condena que esta traía consigo. Daphne quería tener una vida normal, igual que las demás damas de la sociedad, que suspiraban por un caballero que las ignoraba y esquivaban a algún viejo decrepito de serias intenciones. Soñaba con que sus amigas compartieran con ella consejos de moda, pasearan por el Hyde Park para

pavonearse ante las miradas masculinas, cotillear un poco y al fin casarse lo mejor que les fuera posible.

Nada de eso era posible para la pequeña Webb. No tenía amigas, las demás damas la envidiaban, no necesitaba consejos de moda y no existía un maldito hombre en toda Gran Bretaña que se le resistiera. Y aunque para ella el tema de los besos podía ser un juego, algo común para conversar con sus nuevas amigas, se convertía en algo riesgoso cuando la podía llevar al altar junto a un mequetrefe interesado. Él descubrió que debía esquivar a los manipuladores a los quince años de edad, y le tocaba a Daphne aprender la misma lección.

Alzó la vista cuando la puerta del salón se abrió y la figura tímida de Nolan Northon atravesó el umbral. Tenía el cabello negro y la piel muy blanca, a juego con unos aññados ojos castaños. El muchacho apenas superaba en edad a Daphne y, cuando hicieron contacto visual, palideció todavía más. La segunda víctima de su hermana, el sobrino del Barón de Meldrum. Sí, lo había aceptado, era Daphne la cazadora en esa obra y los hombres, sus presas. Solo que, a diferencia de Zachary Grant, Nolan Northon parecía un conejito indefenso atrapado en una trampa enorme.

El joven, huérfano y criado por su tío, el barón, había sido aceptado en White gracias a su inesperada relación con la reina Victoria, y se decía que pronto lo consagrarían Sir. Sus estudios sobre las enfermedades lo convertían en una promesa de la ciencia, y sin artimañas ni zalamería, le había dicho a la reina que tenía muchas posibilidades de una vida longeva, al igual que sus descendientes, siempre y cuando cuidaran los hábitos. Nolan Northon se abocaba al estudio de aquellos males que, en lugar de ser transmitidos por factores externos, estaban determinados por nuestra ascendencia; al igual que heredábamos rasgos físicos, podríamos heredar enfermedades. Tenía una para nada romántica idea de que, si pudiéramos probar eso, en lugar de concertar matrimonios por dinero se harían por salud. Aterrador.

Como fuera, ese tímido muchacho era quien había besado a Daphne y Colin se creía en la necesidad de aclarar que, si ponía en entredicho la reputación de su hermana, lo mataría sin contemplaciones. Se puso de pie, tambaleante, y se acercó al joven. Nolan se había sentado en una mesa y tomaba notas en una libreta.

Lord Hill se adelantó a Webb y leyó sobre el hombro del muchacho.

—¿Un poema, para quién? —Nolan alzó la vista, aterrado, y la fijó en Colin. Pobre desgraciado, pensó, estaba enamorado de Daphne.

—Pa... para una dama.

—Bueno, bueno, eso lo imaginamos, salvo que te guste decirles a los caballeros que sus ojos te recuerdan a... ¿los de los cobayos?

Con esa broma de Hill, Lord Webb deshizo el nudo de su pecho. No, el joven no era ningún riesgo para su hermana y Elliot tenía razón, Daphne era más lista que él para elegir sus intereses románticos. Nolan Northon jamás pondría en riesgo la reputación de «su amada». De pronto, y sin previo aviso, sus sentimientos tomaron otro rumbo, el de la pena. El futuro de la ciencia británica escribía penosos poemas a su amor imposible, Daphne Webb.

—N... No soy bueno con los poemas —admitió Nolan, rojo como las llamas de las chimeneas.

—Tampoco yo —se sumó Webb a la charla, hizo un ademán con la cabeza, como si pidiera permiso para sentarse, y Northon asintió nervioso—, pero sé lo suficiente para decir que no les gusta que las comparen con los cobayos.

—Los cobayos son buenos animales —se defendió el aludido—, son dóciles, suaves y ayudan a la ciencia.

¡Oh, Daphne!, se lamentó Colin, tu estudio de besos está arruinado. No se trata de americanos contra ingleses. Nolan no le puede ganar a nadie en esas lides.

—Haremos esto —susurró Webb, para que Hill no lo oyera—, yo le pregunto a mi hermana si le gustan los cobayos y te traigo la respuesta antes de que le entregues ese poema. —El muchacho pasó del rojo vivo al pálido absoluto—. Nuestro secreto —insistió para asegurarse la discreción del joven. Northon asintió, y Colin quedó satisfecho.

—No escuches a Lord Webb —retomó la conversación Hill, con un whisky en las manos—. Nunca necesitó de poemas para conseguir los favores de las damas. Deberías de escucharnos a nosotros, los mortales.

—Oh, deja de dar pena, Hill. Dudo que a tu esposa le interese enterarse de tus aciertos.

—Eso es desleal, Webb —bromeó el hombre y se acomodó mejor en la silla junto a Northon. El muchacho miraba a los dos lores como si fueran gigantes llenos de sabiduría—. No puedes acusar a un hombre de lo mismo que haces.

—Yo soy soltero...

—Hasta que te pesquen, Webb, hasta que te pesquen.

—Ya veo que has apostado por Lady Anne y en mi contra —trató de ponerle humor al asunto para no irritarse—, no esperaba semejante traición de

un amigo.

—Es solo dinero, también aposté contra Spencer.

—Y vas a perder...

Nolan miraba el intercambio como si fuera una reñido pelea.

—Mira, ¿si en lugar de apuestas lo arreglamos como los incivilizados que en realidad somos? Boxeo, ¿qué dices?

—Otro día, encantado. Debo ir al teatro. —Se señaló las prendas para confirmar que no se trataba de una cobarde evasiva. A los lores les encantaba el pugilismo, les permitía recordar su lado animal.

—Te tomo la palabra. Bien, niño —Volvió su atención a Northon—, no compares a las damas con animales, nunca. Una lección de oro que aprendí en Eton.

—A mí no me enseñaron eso en Eton —se lamentó el muchacho, y ambos hombres largaron sonoras carcajadas.

—Por eso es que tú eres el futuro de la ciencia y nosotros, unos lores perezosos. —Colin le palmeó la espalda para darle ánimos.

—Exacto —coincidió Hill—, además, no fue de un profesor, sino de un compañero. Lord William Withhall, el conde de Dorset...

—¿El conde loco? —preguntó Northon, que había escuchado hablar de él.

—El mismo, le comprábamos poemas en nuestra época para seducir a las damas, eran infalibles. Y ¿sabes qué?, jamás las comparó con cobayos.

—¿Aún los vende? —se entusiasmó Nolan y dejó de lado sus notas. Ni siquiera rimaban las palabras y las referencias a síntomas médicos inundaban las prosas de su penoso intento de arte.

—No...

—Aunque debería —musitó Colin, resignado.

—Tienes razón. De ese modo quizá podría pagar alguna de sus deudas...

La conversación dio un giro y se enfocó en el conde loco, un joven de la edad de Colin que ya tenía en sus hombros la responsabilidad de uno de los condados más grandes y antiguos de Inglaterra. Y de momento, lo administraba de manera horrorosa.

Arthur Webb solía decir que lo subestimaban, y que podía estar loco, pero no era estúpido. La gran campaña de sanidad llevada a cabo por el marqués de Shropshire había sido posible gracias a la intervención de Whithall y su teoría de los duendes del bosque. Ante tamaño disparate, los lores aceptaron que Anthony Richmond tenía razón y alzaron sus manos a favor. Cuando William dejó la cámara de lores lo hizo murmurando algo sobre que los duendes

actuaban de formas misteriosas.

Por desgracia, la conversación sobre Lord Dorset desembocó en la única finalidad que su arte tenía para ellos, conquistar damas, y lo llevó a Colin de nuevo a su lista de problemas de faldas.

La tercera: Emily Grant y un beso robado.

Era inconcebible para él sentirse agobiado por tan simple hecho. Un beso, que casi no fue un beso... Como fuese, tendría que hallar la justificación a tal niñata actitud antes de la noche. Quería enfrentarse a Emily sin el peso de la incomodidad, no había actuado de la manera correcta. Él no era el inocente Nolan, ni el sabandija de Zachary; el historial de besos robados con el que contaba era grandísimo, pero todos y cada uno de ellos habían actuado como el preludio a una relación íntima, con algún que otro matiz amoroso. Directo a las sábanas, sin dilataciones ni cortejos eternos; por eso no se vinculaba con debutantes, porque sus métodos de conquista no eran afines a sus necesidades y demandas. Emily era diferente, de seguro, mucho más de lo que creía. Conocía el enamoramiento de la joven americana hacia él, tanto su madre como Daphne se lo habían mencionado. La primera, confiando en su comportamiento de caballero; la segunda, la peor de todas, su hermana, parecía empeñada a arrojarlo a los brazos de la señorita Grant. Y él, como si todavía fuesen unos niños traviesos, le correspondía en la idiota travesura. No tendría que haberla besado... Ahora debía de enfrentarse a otra Emily, una con el corazón abierto de par en par. Una abrazada, de nuevo, a la vergüenza; o en su contraposición, al coqueteo. Lo último era un juego que él no estaba dispuesto a llevar a cabo, aunque eso lo forzara a poner distancia entre ambos, y consagrara su amistad con un gran adiós.

En vano, cada uno de sus pensamientos fue en vano. No hubo coqueteo ni vergüenza, solo sonrisas, algunas dirigidas a él, otras a la nada misma. Emily estaba entregada a la esplendorosa belleza del Alhambra Theatre, y las intenciones de cotilleo con su hermana Daphne ocupaban gran parte de la actividad de la muchacha. Decidió mantenerse al margen, los pocos ánimos que lo habían llevado al evento se hicieron trizas contra el suelo cuando comprobó que la presencia femenina de la cual escapaba desde hacía semanas lo devoraba con binoculares desde el palco del otro lado del salón. Debía reconocer que Lady Anne estaba preciosa, y que su vestido verde olivo le resaltaba las delicadas formas y la belleza de su rostro. El palco en el que se encontraba pertenecía a los Weymouth, y Lord Bridport, junto a su reciente esposa, lo inauguraba en nombre del duque. Había llegado a sus oídos que los

Thomson, invitados por Elliot Spencer, les hacían compañía con una secreta misión, que Lady Mariana hiciera de mediadora entre el joven matrimonio en su primera exposición pública. El detalle que su buen amigo Elliot pasó por alto fue el agrado que los Thomson traían consigo: la viuda de Merrington. Las relaciones del difunto marido de Lady Anne con el esposo de vizcondesa perpetuaba la relación de amistad sin disimular el obvio desgano.

—Si fuese Lady Anne, alegraría un malestar y me marcharía —susurró detrás de su abanico Daphne.

Colin puso la atención en ellas, llevaba gran parte de la noche tratando de oír la conversación entre ambas sin buen resultado.

—Miranda no luce muy feliz, puede verse desde aquí. —Emily colaboró con su apreciación.

—¡Yo también lo estaría si la mujer que se ha sentado a mi lado llevase un vestido del mismo color que el mío! —Daphne estaba que echaba humo, cualquier situación le valía para aumentar el odio contra la bella viuda—. Insisto, debería marcharse...

Emily conocía a Miranda, Lady Bridport, como para saber que una situación tan banal como esa no le alteraba el buen humor.

—No creo que el inconveniente sea ese.

—Pues algún inconveniente hay, sin duda... la felicidad no abunda en el rostro de esos dos. —Buscó información en Colin, que se encontraba en una butaca detrás de ella, le pareció una buena oportunidad para volver a la amable comunicación entre hermanos, estaba hasta la coronilla de los reclamos de su madre con respeto a ellos. Le habló en confidencia—. Colin, ¿tienes idea de por qué Elliot tiene esa expresión de hombre a la espera de la guillotina?

Tanto Emily como Daphne estaban en lo cierto, la expresión en el matrimonio no auguraba un buen desenlace para el fin de la velada.

—No... pero puedo intuir un porqué.

La mirada de Elliot atravesaba el salón hasta llegar a él, y esa mirada le decía que la espera a la guillotina era compartida. Su cabeza también iba a rodar. Las Grant en el palco familiar habían sido una estrategia femenina para mantener a Lady Merrington fuera del disfrute de la velada.

—¿Cuál? —Daphne reclamaba información, y la vaga respuesta de Colin llevó a Emily a imitar en actitud a la joven Webb, se giró a la par que ella.

El azul intenso de sus ojos chocó con el océano profundo de los de Colin. Se sonrieron, por costumbre o deseo involuntario, no lo sabían. Lo único que

reconocían, en el secretismo de sus mentes, era que no podían evitarlo.

—Eso queda entre Elliot y yo —dijo para desanimarla. Andar de metiche en vidas ajenas no era propio de una dama, por lo menos, no así, de manera evidente.

La decepción caló profundo en su hermana, y resopló fastidiada. Regresó el rostro hacia el escenario.

—Gracias, Colin... no nos has servido de nada.

Emily mantuvo la mirada en él, y el brillo en sus ojos le dijo a Colin que algo planeaba.

—Despreocúpate, Daphne, en un par de minutos dará inicio el intermedio, el momento perfecto para ir saludar a Lady Bridport.

—Maravilloso, supongo que develaremos el misterio sin necesidad de Colin —agregó Daphne con aires de provocación.

—Lo dudo —respondió él a modo de infantil competencia.

—¿Quieres apostar? —volvió a girarse y con eso se granjeó una reprimenda de su madre. Se llamó el silencio y se acomodó en el asiento.

Comportarse como un futuro conde, eso tendría que hacer. Las niñerías ya habían quedado atrás.

¡Diablos, la vida de Lord sí que era aburrida!

—Apostemos —masculló con disimulo cerca del oído de su hermana.

—¿Qué apostamos?

—Lo que quieras.

Daphne parecía una estatua, sus labios se movían con total discreción. Colin enmascaraba su postura dejándose caer hacia adelante de la butaca.

—¿Emily? —Daphne recurrió a la americana porque estaba escasa de ideas.

—Oh, no... esto es entre ustedes, yo solo participo en la puesta en práctica.

Su infancia se había construido en base a apuestas, con cuatro hermanos varones era la única estrategia de juego posible. Había perdido más que ganado, pero a pesar del sinsabor del fracaso, la experiencia vivida le impedía negarse, sobre todo cuando la misma incluía a hermanos. Los Grant nunca se echaban atrás... en nada.

La indecisión acompañó a los Webb, y la solución se encontró en una apuesta en blanco, el ganador elegiría, lo que puso una gran presión en Emily, que no dudó ni un segundo y fue tras los pasos de Miranda cuando el receso dio inicio.

Colin hizo lo mismo, pero a diferencia de Emily, él no debió recorrer los eternos corredores del teatro; Elliot fue en su búsqueda, lo que no hizo más que confirmar su intuición, el malhumor de su amigo se debía a una mujer en particular: Lady Anne, y de seguro, nada tenía que ver con el tono de su vestido.

—¿Quieres arruinar mi matrimonio? —le recriminó Elliot ni bien estuvo a metros de él, no le importó que el tono de su voz resonara por los acústicos pasillos del teatro.

—Lo siento, ¿te refieres a tu matrimonio de conveniencia que solo tenía como fin molestar a tu padre? —Lidiar con la furia justificada de Elliot no estaba en sus planes de la noche—. No, milord, no tengo intenciones de arruinártelo. Además, te recuerdo que aquí, la víctima soy yo.

Agradecía la distancia que su familia le había procurado al evitar la cercanía con la joven viuda.

—¿Desde cuándo ser amante de Lady Anne se considera ser víctima?

—En el preciso instante en que dejas de ser su amante —se lamentó Colin—. De todos modos, piénsalo como un favor a un amigo, si pones tu atención en ella, siendo un futuro duque, quizá desista conmigo. Como beneficio extra, puedes ponerle fin a tu celibato matrimonial.

Era su amigo, lo conocía como a la palma de su mano. Nada de lo que dijera podría enojarlo, más cuando la verdad se encontraba en las entrelíneas de lo que decía.

—¿Perdón?

—Oh, no lo sabías... claro, has estado tanto tiempo encerrado en tu casa intentando conquistar a tu esquiva esposa que no te has enterado. Bueno, amigo —Le dio una palmada en el hombro—, todo Londres está al tanto de que tu esposa se te resiste, y las apuestas están en alza en *White*.

Era justo que lo supiera, ya eran reconocidos como Lord y Lady Escándalo.

—¡Debes estar bromeando!

—Para nada, al parecer la señorita Vanessa ha corrido el rumor, y siendo amiga de Lady Bridport se toma como algo serio. —Colin no pudo contener la risa, sus penas, esas que involucraban a tres faldas, no se comparan para nada a el mal trago que Elliot estaba bebiendo desde que su matrimonio había dado inicio. No debía alegrarse de la desgracia ajena, menos cuando de su amigo se trataba, pero lo hacía—. Supongo que, si te buscas una amante, y quién mejor que la bella Lady Anne, entonces podrás resguardar tu honor.

—¡Maldición! Estás disfrutando esto —se quejó Lord Bridport.

—Para nada —mintió, por supuesto que lo disfrutaba—. Por el contrario, me siento feliz de poder ayudar a un amigo a salir de las garras de un matrimonio no deseado. Porque no es deseado ¿verdad? No te afecta en lo más mínimo que tu esposa no quiera compartir el lecho, debe ser todo un alivio. Sin contar que siempre te gustó ser el centro del escándalo, y lo eres. El duque está que trina. ¡Felicitaciones, amigo! Todo ha salido de mil maravillas.

—¡Vete al demonio!

Elliot puso fin a la conversación, giró sobre sus talones, y se alejó a grandes zancadas.

—Entonces ¿no quieres a mi amante? ¿Me tengo que deshacer de ella por mi cuenta?

Su mirada se perdió a lo lejos, al final del pasillo, Emily y la esposa de Elliot avanzaban manteniendo, lo que parecía, una conversación amena. La ausencia de Daphne le permitió a Colin gestar una oportunidad, una que no debía. ¡Al diablo el deber! En cuestión de minutos, la obra reiniciaría y se verían obligados al silencio supremo. Tomó resguardo en la escalera que se unía a los pasillos laterales. Aguardó ahí, sabía que iban a separarse, el palco Bridport se hallaba en ese sector del teatro y el Sutcliff, al otro lado. Ni bien la sombra del cuerpo de Emily se dibujó en la alfombra, extendió el brazo para capturarla por sorpresa. Antes de que pudiera emitir quejido alguno, la atrajo con suavidad al escondite que les brindaba la escalera.

—¡Colin, por todos los cielos! —gimió ante el impacto inicial.

—Shhh... pueden oírnos.

Cuando estaban a solas era química pura de cuerpos, y no solo eso, nacía una comodidad entre ellos, como si lo llevaran haciendo toda la vida: escondiéndose, buscando momentos para estar a solas. ¡Ven y estudia esto, Nolan!, pensó Colin.

—¿Oírnos? Pueden vernos, y tú y yo sabemos que es peor. Si nos ven...

—No van a vernos —la interrumpió, tenía la excusa perfecta para ese secuestro—. ¿Acaso te piensas que iba a dejarte llegar hasta Daphne sin compartir la información conmigo antes?

—¿Así que de eso se trata? —fingió enojo, y no pudo mantenerlo más de dos segundos. Sonrió—. Considera tu apuesta perdida.

Cuando de él se trataba, la falta de decoro en Emily le fascinaba. Intentó conservar las formas lo más que pudo, su cuerpo estaba desarrollando un inconsciente acto reflejo, buscar el contacto del de Emily. Y eso sí no era

correcto. Si los encontraban...

—No lo creas, mi intuición fue correcta. —Colin regresó al asunto en cuestión.

—La mía también, no era el vestido... —Tenía que atesorar la información hasta llegar a Daphne. Se mordió los labios.

—Dilo, vamos... sé que quieres decirlo. —Lo que fuese, siempre y cuando dejara de morderse los labios.

¡Esos labios! ¿Tal vez podría finalizar ese beso de días atrás? Había cosas pendientes entre su boca y la de ella.

—Y por lo visto, tú quieres oírlo... me imagino por qué. —El desencanto vibró en la voz de Emily, y sus ojos, de repente, se opacaron ante el mismo sentimiento.

—¿Por qué?

—Lady Anne... —soltó Emily cual golpe bajo—. Tenía la información incorrecta con respecto a ella, ya no. —El ceño de Colin se frunció ante lo oído. Emily continuó—. Miranda pensaba que Lady Anne era la amante de Elliot.

El «pensaba» hizo eco en los pensamientos de Colin.

—¿Y ahora qué piensa?

—No piensa, sabe la verdad... que no es ni nunca fue su amante, sino tuya. —Era auténtico desencanto lo que vestía la voz de la señorita Grant—. Y que, a pesar de las habladurías en torno a él y su estilo de vida, Elliot Spencer jamás tendría una amante, no es esa clase de hombre.

Fue una puñalada. O así la sintió él. No le agradó. No viniendo de ella.

—Por lo visto, tienes muy definida la clase de hombre a la que Lord Bridport pertenece. Me gustaría saber a qué clase pertenezco yo.

Los ojos de Emily se perdieron detrás de él. No estaban solos.

—No lo sé... —susurró para que solo él la oyera—, preguntémosle a Lady Anne, parece muy interesada en nuestra conversación.

La viuda de Merrington avanzó hacia ellos, nada parecía indicar que la poseyera la furia. Nada salvo el aura que siempre la rodeaba. Sonreía, brillaba, destilaba femineidad. Emily se sintió vulgar de pronto, y no quedó nada de las cosquillas sentidas en brazos de Colin. Esa mujer tenía el poder de dejarla hecha un trapo. Cuadró los hombros, intentó tomar aire y agradeció que Madame Deen no fuera una torturadora con los corsés. Necesitaba de la poca seguridad que contaba para el enfrentamiento.

—Milord —dijo Anne al llegar junto a ellos—, señorita Grant. Qué

agradable sorpresa ¿están disfrutando de la velada?

—Lady Anne. —Colin respondió con un movimiento sutil de cabeza, y al ver que Emily se paralizaba, se hizo a un lado para presentarla—. ¿Han sido presentadas formalmente?

—N... no. No formal... —El balbuceo de Emily fue interrumpido por la viuda.

—No, milord. Señorita Grant... —Se giró hacia ella—, las amigas de mis amigos cuentan de inmediato con mi cariño. Lord Webb... —agregó de manera cariñosa, a punto que parecía un tuteo, lleno de confianza, como quien usa los modos a modo de juego—, no se aproveche de la inocencia de una joven americana. Y tú, ahora que somos amigas, no te dejes embaucar —Guiñó un ojo de manera cómplice—, nuestro estimado Lord es un peligro para las féminas.

—Lady Anne, no alimente las habladurías —contestó Colin de buen ánimo.

—¿Yo? Pero si es usted, milord, el que arrastra a jóvenes inocentes a los rincones del teatro. —Emily avanzaba a paso lento detrás de la pareja. Colin se detuvo y acompasó el andar a ella—. No se preocupen, su pequeño secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, milady —musitó Lord Webb. Las cejas de Emily, en cambio, se alzaron en un gesto de incredulidad. Claro que sí, Lady Anne, te comerías tu lengua antes de correr rumores sobre Colin y yo.

La señorita Grant empezó a arder en furia, y no tenía derecho a hacerlo. Anne era un derroche de virtudes junto a Colin. Sonreía, era amable, divertida, encantadora. Todo eso sumado a una imagen cautivante, de curvas delicadas, piel lozana y un cabello azabache tan oscuro y brillante que Emily podía jurar que tenía destellos azul noche. La naturaleza se había pasado con esa mujer, y ella no podía dejar de pensar que Webb la había tenido en brazos. Lo que era peor, la palabra serpiente se ajustaba a la perfección a esa mujer. Cambiaba de piel, enroscaba a la gente y destilaba veneno. Colin era incapaz de ver la otra Anne, la única que Emily había conocido hasta el momento.

—¿Cómo se encuentra su hermana? —preguntaba Lord Webb, embebido en una charla cordial, de esas que las institutrices intentan enseñarte a entablar. Con ella, Colin podía ser todo un caballero, nada de apuestas, de jugarretas infantiles ni de persecuciones en los pasillos. No, la viuda de Merrington era una amante y ella... ella era como una hermana en ojos del hombre. ¡Perfecto! Solo la ira le impedía llorar.

—No muy bien —se lamentó la mujer—, su problema de salud a veces la imposibilita.

Emily había visto a Thelma, era una joven sana y vigorosa. Tenía la renguera del polio y la visión disminuida apenas, aun así no era inválida ni mucho menos. Supo, por la actitud de pena de Colin, que Anne recurría a eso porque, de algún modo, había descubierto que era un golpe bajo en el espíritu de Webb. Conseguía que el hombre dejara un poco las formas para darle consuelo. De manera instintiva, con ese impulso protector que le corría por las venas, posó la mano sobre la de Lady Anne, unió la mirada a la de ella y dijo:

—Sabes que cuentas conmigo, Anne, eso no ha cambiado. Si necesitas mi ayuda, en lo que sea...

¡Oh, mierda!, pensó Emily. Demonios, demonios y más demonios. En su mente se repitieron todos los insultos que conocía, y en California había escuchado demasiados. Colin la había tuteado, había bajado las defensas y había dejado entrar a la serpiente en el nido.

—Gracias, Colin —musitó Lady Merrington—, eres un gran amigo.

Como el andar había sido lento, recién entonces llegaron a las cortinas del palco de los Sutcliff. Anne debía entrar a presentar sus respetos antes de volver al de los Bridport, y Emily sabía lo que iba a suceder... casi como si hubiera leído el guion de esa obra teatral: Anne y su presa.

Los ojos de la mujer se alzaron, y la mirada se le aguzó tras las pestañas. Los ojos azul intenso brillaron trasluciendo un anhelo sincero, lo único verídico de todo el espectáculo: el deseo de ser más que amigos. Colin sintió pena y un poco de desesperación al sentirse acorralado, era demasiado amable para sacar a colación la ruptura de su relación. Sonrió, le brindó una de esas hermosas sonrisas que le robaban el corazón a Emily y, a modo de consuelo, agregó:

—Milady, por favor, ¿nos haría el honor de terminar la velada en nuestro palco?

Emily quería golpear a ambos con los binoculares. No podía dejar de presenciar la escena, pues, al igual que Anne se había prestado para conservar las formas de ellos dos en las escaleras, le correspondía a la señorita Grant el rol de chaperona. Y lo odiaba... la estaba matando. Si no fuera porque sabía que Lady Merrington era capaz de tretas sucias, hubiera atravesado las pesadas cortinas para terminar con la tortura.

—Le agradezco, milord, pero debo negarme. No quisiera...

—¿Qué?

Anne bajó la mirada, con congoja y una dosis de gran dramatismo. ¡Oh, Lady Anne! si algún día se te terminan los hombres para enredar, tu carrera está allí abajo, en los escenarios, pensó Emily.

—No quisiera tener inconvenientes con Lady Sutcliff, no... no soy de su agrado. —Más pestañas, más miradas, más veneno.

—No te preocupes por mi madre... —Las luces descendieron, la obra iba a comenzar. La verdadera.

—Debo marcharme, gracias por la invitación y... por ser tan buen amigo. Señorita Grant... —la saludó a ella, antes de perderse en el corredor oscuro, a sabiendas de que lo dejaba a Colin con el impulso de ir en su búsqueda.

Una vez a solas, compartieron una breve mirada y entraron al palco. Emily aprovechó la escena que tenía ante ella para derramar un par de lágrimas disimuladas. Comprendía, en ese instante, que prefería los insultos de Lady Anne antes que verla con su cola enredada en el cuello de Colin.

Capítulo 6

El periódico del día fue colocado en la bandeja junto a la señora Grant. Sandra lo tomó con premura y leyó por arriba hasta dar con la noticia que buscaba. Emily se catapultó de su sillón para leer por encima del hombro.

—No da nombres.

—Oh, madre. Y nadie ha contestado a mis notas. La señorita Madison dice no saber demasiado, y Cleveland está en Manchester con Sir Johnson hasta mañana. Esperemos que Zachary haya visto mal.

—Le enviaremos una nota a Lady Sutcliff, esperemos que no lo tome a mal.

Ambas mujeres caminaban por las paredes. La tarde anterior, Zachary había arribado alterado a la casa de alquiler de los Grant. Al parecer, en su paseo por Hyde Park se dio un atraco a un noble, y un disparo resonó en las inmediaciones del lago. Como era de esperarse, los nobles salieron disparados por el susto, mientras que Zachary, conocedor de armas, no dudó en espolear su montura para ir en auxilio. No lo consiguió, cuando llegó al lugar, las víctimas se alejaba, aunque pudo jurar que, a la distancia, le había parecido que se trataba de Lord y Lady Bridport.

Desde entonces, la casa de los Grant era un ir y venir de notas que buscaban confirmar lo presenciado por Zachary. Por desgracia, la nota en *The Times* no daba nombres, solo hablaba de un altercado con arma de fuego y una mujer herida.

Emily estaba tensa, temía por su amiga que no respondía a su nota, por Lord Bridport que hasta hacía no mucho se pavoneaba enamorado por la ciudad. La historia de amor de Miranda y Elliot había sido el alimento del corazón de la señorita Grant, le permitía soñar con cuentos de hadas y finales felices, con historias en que las brujas tenían verrugas y no preciosos vestidos de Madame Dumont. ¡Era tan injusto que tuvieran que sufrir ese devenir!, ¿acaso la vida odiaba a los enamorados?

Mientras Sandra escribía la nota para Lady Sutcliff, el ama de llaves les

traía el té y el obligado tentempié de media mañana. Zachary había bebido todo de un sorbo, y con un trozo de queso en boca, dejó la casa en busca de información. En el umbral de ingreso se dio de lleno con Colin Webb, quien, amable pese a la disputa chiquilina, le brindó una reverencia y lo trató de usted. Zach entendió que nada bueno podía traerse entre manos ese noble si dejaba el orgullo de lado.

—Buenos días, señor Grant. Me disculpo por mi intromisión sin previa invitación, sería tan amable...

—Por favor, Lord Webb, que si sigue con esos modos tendré que golpearlo. ¿Busca a mi madre o a mi hermana?

—A ambas, hay un asunto que...

Colin estaba pálido, despeinado, nervioso y algo ojeroso. No le interesaba mantener una imagen de decoro ni compostura, el rumor había llegado a sus oídos y desde entonces, al igual que los Grant, había enviado mil notas, paseado por los clubes de caballeros y recabado información. La última de ellas, para nada alentadora. Por respeto, y como la buena educación demandaba, no se había presentado en la casa de su amigo. Los deseos de pronta recuperación se decían por misiva y jamás se invadía el espacio personal.

—Lo de los Bridport. Pase, milord, están en la sala. Mi whisky está en el aparador de la esquina, bajo el cuadro horrible de perros de caza. De seguro necesita un trago.

—Gracias...

Tras el intercambio, Zachary dejó la casa, esta vez sin intención de recabar información, sino con afán de despejarse. La pena de Emily lo estaba matando, y si quería ser un buen hermano, fuerte, de los que tienen un hombro para prestar, necesitaba recomponerse. Era evidente que Colin no iba a poder ser de consuelo, estaba aún peor que su hermana.

Lord Webb esperó en el umbral a que lo invitaran a pasar. Emily quería correr a sus brazos y no entendía por qué Colin estaba tan comedido. No podía sospechar que la estructura de su educación era lo único que lo mantenía entero en esos momentos. Recurría a las normas para no romperse, a los protocolos, a los pasos establecidos. Seguía las reglas porque no era capaz de pensar con claridad, estaba en shock. Y, sin embargo, en ese estado de estupor sabía que la única forma de ayudar a su amigo era saltándose los mandatos y apareciéndose en su casa para constatar con sus propios ojos que todo estaba bien, para brindar un no convencional pero necesario abrazo y asegurar que

estaba allí para cualquier cosa que se requiriese.

Y para poder hacer eso, necesitaba de fuerza, entereza, y de una persona a la que las reglas sociales no le importaran, una persona que recordara poner el corazón por encima de todo. Necesitaba a Emily Grant.

—Pasa, Colin —se atrevió a tutearlo Emily, y Sandra mascó el pastel para ahogar la reprimenda por el tuteo. Lord Webb necesitaba a su hija como a una amiga, y con la presencia de ella se daban por cubiertas las formas—. Supongo que sabes lo de Lord Bridport... nosotros...

—Sí... yo...

—Ven, escuché que mi hermano te sugería un whisky. —Emily se dirigió a la mesa de las bebidas y detuvo la mano a mitad de camino. Sabía que a Colin le gustaba más el coñac; con manos temblorosas sirvió dos dedos en una copa de cristal a la cual calentó a penas con las palmas como le había enseñado su padre a hacer.

Lord Webb bebió el coñac y el gesto. Recuperó parte del temple con la tibieza de la bebida, mitad alcohol, mitad piel de Emily. Y recién allí, se sintió capaz de articular palabra.

—La nota de The Times... sí, son ellos, Lord y Lady Bridport —confirmó. Sandra se persignó de manera automática, y Emily, sin pensar en lo que hacía, se sentó junto al hombre. La falda de la muchacha tocaba el pantalón de él en un roce impropio. Colin, dadas las circunstancias, era capaz de ahogar la lujuria y el deseo que la cercanía de la señorita Grant le despertaba y solo se quedaba con el sentimiento de serenidad que ella le transmitía. Como el de llegar al hogar en invierno, y hallarlo caldeado y acogedor.

—¿Sabe algo más, milord? —interrumpió Sandra antes de que Emily se dejara atrapar por el embrujo y abrazara al hombre. La señora Grant lo sabía, podía ver con claridad la inquietud con la que se movían las manos de su hija, como si la necesidad de una caricia fuera incontenible.

—Sí, no son buenas noticias. Me he enterado de que el doctor Ferguson propuso un sangrado, y que Elliot... Lord Bridport se ha negado. Lady Bridport ha perdido mucha sangre y el riesgo de infección...

—Si la herida fuera mortal, ya estaría muerta —sentenció Sandra y se puso de pie de inmediato—, ¡esos malditos matasanos!

—¡Madre! —se quejó Emily de sus modos, aunque la certeza de la mujer se le hizo piel y le impidió largar las lágrimas de pena. No, las mismas se acumularían en las comisuras de sus párpados hasta que tuvieran permitido el alivio. Y con esa esperanza circulándole en la sangre, imitó a su progenitora y

en el mismo ademán brusco se puso de pie—. Debemos ir de inmediato. No más esto de mandar notitas... Col... ¿milord?

—Creo que vine porque esperaba esto... que me despabilen.

—Pues espero que se encuentre bien despierto, porque no sabemos qué nos encontraremos, pueden ser unas horas o unas semanas. Ya veremos —dijo la señora Grant e hizo sonar la campanilla de servicio. No había tiempo para cambiarse, ni prepararse, así que sobre los vestidos de día se colocaron los primeros chales que hallaron, así no combinaran, y se subieron al carruaje de Lord Webb camino a la residencia Bridport.

Enfrentarse a Cohan Hurt, el mayordomo de los Bridport, fue una tarea que quedó a manos de Colin. El hombre opuso la resistencia justa y necesaria, era evidente que la preocupación por su reciente señora lo devoraba. El estado de Miranda era de extrema debilidad, y su pronóstico por demás reservado. No se mencionaba a la muerte, a pesar de que se la respiraba en cada una de las habitaciones del lugar. El estómago de Emily dio un vuelco al enterarse sobre el fragmento perdido de información. El barón Payne, que había intentado a toda costa contraer matrimonio con Miranda para reflotar su crisis financiera, culpaba a Elliot de su ya confirmada quiebra. Sentirse acorralado en la miseria y las deudas era lo que había arrastrado al hombre a la venganza. El drástico suceso se había llevado a cabo en el parque, los detalles que le siguieron apenas se deslizaron por los oídos de la joven californiana: pelea, arma, disparo y Miranda.

¡No, no quería detalles! Quería esa justicia y asistencia divina de la que tanto hablaban en la misa dominical, porque Miranda requería de todo tipo de ayuda, la terrenal y la divina.

Si al oír los detalles del suceso, el estómago de Emily se retorció por completo, cuando ingresó a la recámara y comprobó en persona el estado de su amiga, el corazón se le destrozó.

Allí estaba Miranda, rendida a la vida, bocarriba, con los mechones negros enmarcando un rostro que lucía aún más pálido por el contraste. Los labios, siempre rosas, se veían blancos y resquebrajados, y nada quedaba del rubor que siempre le teñía las mejillas.

—Aún no ha muerto y esto parece un funeral.

Sandra llevó a palabras lo que todos pensaban y se negaban a confesar.

Eso era una invitación a la muerte misma.

—¡Madre! —Emily reaccionó ante la falta de consideración de su madre.

A diferencia de los presentes, que veían el matiz oscuro y límite del estado de la muchacha, Sandra Grant, que había enfrentado situaciones de vida o muerte más veces que la sumatoria de los años de los ahí reunidos, proyectaba otro panorama. Uno sin menos dramatismo y con más fe.

—No hay que llamar a la muerte —dijo persignándose.

Las costumbres de los Grant, incluyendo sus formas de relacionarse con el mundo y sus modos para nada convencionales desde la perspectiva británica, resultaban cada vez más cotidianos y comunes para Colin. Se decía que debía guiarlas al cumplimiento del protocolo, y cuando estaba con ellas, desistía; mantener esa naturaleza intacta era algo que se esgrimía como su meta primera. Eran lo que eran, y en ese momento, por sobre todas las cosas, las normas debían dejarse a un lado. Él fue el primero en olvidarlas, fue al encuentro de su amigo para fundirse en un abrazo con él. Nunca lo había visto así, destruido por completo. Si la muerte se atrevía a pisar el hogar Bridport, se llevaría consigo más de un alma, y Colin no estaba dispuesto a permitirlo, no perdería a su amigo.

—Ven, vamos a comer algo mientras ellas se quedan en compañía de Lady Bridport.

Confiaba en las mujeres Grant, había oído muchas anécdotas familiares, y en todas y cada una de ellas, la destreza sanitaria y los cuidados médicos no convencionales de mamá Grant siempre otorgaban finales felices a las historias. Además, Elliot debía comer, beber... lo que fuese. ¡Por Dios, el hombre era apenas una sombra!

—No puedo. —Como era de esperarse, Elliot se negó—. No quiero perderla de vista, no... —finalizó regresando junto a su esposa para tomarla de la mano.

La escena era enternecedora y desgarradora a la vez. Sandra convino en miradas con Emily, debían actuar, y pronto. En situaciones como esas, cada segundo contaba, entre el olor a medicinas y el de las flores mezcladas con la rancia sudoración, otro perfume salía a flote, uno que ellas estaban acostumbradas a detectar de inmediato, el de la putrefacción. La herida no estaba sanando, y de seguro, estaba intoxicando a el resto de su cuerpo.

—Que coma aquí —sugirió Sandra recordando las palabras ancestrales que las mujeres nativas transmitían una y otra vez—, es bueno que no deje la habitación, el amor suele espantar a la muerte.

Emily se sonrojó ante lo dicho, posiblemente, porque no pudo evitar mirar a Lord Webb al oír la expresión. Para ella, Colin ya era sinónimo de amor.

—El doctor Ferguson dice que la única alternativa es el sangrado, que hay que equilibrar los humores. —Lord Bridport habló sumido en la preocupación, no sabía si las mujeres iban a poder ser de ayuda, pero sabía que requerían de todo el auxilio posible, inclusive el de una plegaria al cielo—, solo que... no creo... Está demasiado débil.

—¿Está infectada? —preguntó Sandra acercándose a la cama para comprobar la temperatura de la muchacha. Estaba fría como un témpano de hielo.

—Eso dice el doctor, y la herida no tiene buen aspecto.

Ni más dilataciones, pensó Sandra.

—Emily, lleva a Lord Webb fuera de la habitación por unos segundos, pueden hacer algo útil, como buscar comida para Lord Bridport.

—Sí, madre —asintió y tiró de Colin hasta abandonar la recámara.

Una vez fuera, Colin exhaló con fuerza. Le faltaba el aire. La vida entre algodones de pequeño, y la de lord en el presente, no lo había preparado para la pérdida. Hubo muertes en su familia, ninguna de gran impacto, muertes no precipitadas, que coronaban un fin de vida, y eso era entendible, pero eso... no, eso no. La pena de Elliot se le colaba por los poros. El amor significaba mucho más, comprendía que la aceptación de la pérdida era parte de esa hermosa ecuación. No quería siquiera imaginarse lo que se sentiría al perder alguien al que se amaba. Abandonando el control de todo, de su cuerpo, sus emociones, y las malditas normas, se abrazó a Emily.

Ella se dejó abrazar, y le correspondió llevando los brazos a su espalda con suaves caricias. Estaban en territorio seguro, podían dejar las formas.

—¿Crees que se recuperará? —De ella lo quería todo, el consuelo, la calidez... hasta la mentira piadosa.

—No lo sé —musitó Emily desde el resguardo que su pecho le brindaba—. No quiero mentirte.

Tras la puerta se desataba el peor de los infiernos, y ellos... ella se sentía dichosa en ese pequeño trozo de paraíso que acababan de construir a fuerza de abrazos.

—No, miénteme, por favor, hazlo. —Tomó distancia de Emily sin liberarla, dejó el peso de sus manos sobre su cadera. Fue en busca de sus ojos.

—Jamás podría mentirte, ni en esta circunstancia ni en otra. —Para ocultar la verdad vedada de su entrega, reformuló lo dicho—. No está dentro de mis

habilidades mentir. Lo he intentado, créeme, me críe con especialistas.

Zachary era el espécimen que ponía en relieve al resto de sus hermanos. Con eso era más que suficiente para Colin.

—¿Por qué eso no me extraña? —Sonrió, y el sabor a fatalismo en su boca desapareció.

Emily sonrió a su par. Si fuese por ella, se quedaría hasta el fin de los días entre sus brazos, sin embargo, la amarga realidad le recordaba que esos brazos no le pertenecerían jamás, no de esa manera. Escapó de él, de la cálida prisión de su cuerpo, la angustia y la inquietud de lo que estaban viviendo le sirvió de excusa. Deambuló por el pasillo, estrujándose los dedos de la mano a modo de descargo. Sin el calor de Colin, volvía a sentir el frío de la preocupación y el desasosiego.

—Si te sirve de consuelo, confío en mi madre, si ella ve posibilidades es porque las hay.

—Tu madre prácticamente nos echó de la habitación con un absurdo pretexto, y cuando lo hicimos no vi ningún rastro auspicioso en su mirada.

Se detuvo para girarse hacia él, Colin descansaba el cuerpo en el marco de una de las ventanas, la preocupación era innegable en su rostro.

—Te echó a ti, Colin, necesitaba comprobar la herida. Lo mío fue solo gentil cortesía de acompañamiento.

—¿Perdón? ¿Qué quieres decir con «te echó a ti»?

—¿Cuántas heridas con procesos infecciosos has visto en tu vida, Colin? —preguntó tratando de ocultar las ganas de reír.

Los dos necesitaban hacerlo.

—¿Es una pregunta o te estás burlando de mí?

—Por supuesto que es una pregunta. Además, ¿por qué me estaría burlando de ti?

—Vamos, reconócelo, Grant, tú y tu hermano, y por lo visto, también tu madre, me consideran un...

La puerta de la recámara se abrió de repente, un Elliot agitado, movido por una nueva energía, una contagiosa y esperanzadora, se asomó a voz de grito:

—¡Hurt! ¡Hurt! Ven aquí —Su vozarrón resonó en la mansión hasta que Cohan se hizo presente—. Toma nota de todo lo que pida la señora Grant.

Hurt subió al trote los escalones, y se adentró en la habitación en menos de lo que cantaba un gallo. De un sopetón, la puerta volvió a cerrarse en las narices de un Colin Webb deseoso de información visual.

—Volviendo a lo nuestro —retomó la interrumpida conversación—, en vista de que no eres capaz de mentirme, dime, me consideran un... —Ni él se atrevía a buscar el calificativo correcto, eligió el que doliera menos—, un blando, ¿verdad?

Las charlas con Emily ponían en pausa el alrededor, le brindaban calma y alejaban los malos sentimientos, los de culpa y de desprecio a sí mismo. Porque el auténtico Colin brillaba solo por fuera, no por dentro, en su interior albergaba el peso de la insatisfacción y el fracaso. Tal vez por eso su imagen era impoluta y perfecta, sí, era un desborde de virtudes, buenos modales y caballerosidad, para compensar la imperfección que cargaba consigo. De pequeño había oído decir a sus allegados que la naturaleza había sido por demás bondadosa con él, era perfecto desde donde se lo mirara. Tenían razón, el problema fue que la naturaleza cayó en cuenta de su error y decidió enmendarlo, le dio la peor imperfección de todas, esa que le condicionaba la vida, las decisiones, y en consecuencia... a su corazón.

—Zachary piensa que eres un blando —confesó Emily para ponerle un cierre al asunto—, pero cree eso de todos los nobles de Londres. Según él, un hombre dedicado al ocio no es hombre alguno.

—¿Acaso no existe el ocio en América? —No podía discutir contra ese argumento, Zachary estaba en lo cierto, la vida de noble era aburrida y ociosa. Por lo menos hasta que se legaba el título, y con él la tarea de administración de propiedades y la cámara de lores.

—Sí, pero tienes que tener dinero para comprarlo, y para tener dinero, necesitas trabajar. Como sea, no creas en todo lo que dice u opina Zach, él no te conoce como yo. —No sintió vergüenza ante la confidencia. Es más, la seguridad en su voz fue un extraño afrodisíaco para Colin.

Fue hasta ella, quería tomarla de nuevo por la cintura para retenerla contra su cuerpo; pensar que creía que el riesgo se hallaba en sus labios, en el sabor de su boca. No necesitaba saborearla para hacerse adicto a ella, ya lo era, porque Emily Grant era un dulce y lento veneno. No, veneno no... ella era el antídoto.

—¿Crees conocerme, Emily? ¿Pueden dos personas, que hasta hace poco eran dos perfectos desconocidos y vivían en continentes diferentes, conocerse de la manera que tú crees hacerlo?

Le estaba pidiendo una confesión, más que eso, una declaración. Para responder a esa pregunta había que despojarse de las barreras que mantenían a salvo el corazón. ¿Por qué hacía eso? ¿Qué pretendía oír? Mejor dicho, ¿por

qué quería oír aquello que no necesitaba ser dicho? Si él también la conocía, adivinaba cómo su corazón latía fuerte cada vez que se le acercaba, cada vez que le sonreía. Sabía que su piel se encendía al contacto con la suya... sabía tanto, demasiado, al punto de poder reconocer el final de la historia y, aun así, lanzaba sus leños a ese fuego llamado Emily Grant. ¿Por qué? ¡Maldición!

La puerta volvió a interrumpir el clima entre ambos, Elliot pudo percibir el aire pesado de sentimientos entre esos dos, la incomodidad lo hizo carraspear para ocultarlo.

—Señorita Grant, su madre requiere de su asistencia.

La voz de Sandra llegó hasta ella.

—Necesito que te encargues de la sutura, mi niña.

La sorpresa del pedido paralizó a ambos hombres, se miraron impávidos, mientras Emily ingresaba a paso firme a la habitación para cumplir lo pedido. Tomó asiento junto a la cama y se apropió de los elementos ya preparados por su madre.

—¿Ella la va a coser? —preguntó Elliot, sorprendido.

—Mi Emily es la mejor, y estoy segura de que Lady Bridport agradecerá la decisión cuando se recupere. Las mujeres podemos ser muy vanidosas.

Ante la mirada expectante de los hombres, Emily se quitó las joyas que llevaba consigo, se cubrió el cabello rubio con una improvisada cofia y se higienizó las manos en agua hervida y alcohol. Sandra se levantó para encaminarse hacia la puerta, una vez ahí, se disculpó por lo que iba a hacer a continuación.

—Lo siento caballeros, requerimos de intimidad —dijo cerrando la puerta ante los lores.

Se quedaron con la mirada fija en la madera labrada, sin saber qué más hacer, inservibles, tal y como se sentían. En ese instante, el mundo les pertenecía a las mujeres. ¿O acaso siempre les había pertenecido y ellos solo eran unos invitados?

—Gracias... —Elliot decidió interrumpir la cadena de pensamientos compartida, ahora que la esperanza lo había abofeteado fuerte, se daba el permiso de reaccionar en torno a la realidad—. Gracias por estar aquí... gracias por ellas. ¡Vaya par!

—Sí, esa es la expresión correcta para las Grant —dijo sonriendo.

Elliot se giró a él para observarlo. Notaba un aura diferente en su amigo, una luminosa y radiante. Presentía de dónde provenía. Una vida a su lado bastaba para detectar los cambios de matices en Colin.

—De todas las mujeres posibles, ella es la menos adecuada para ti. Lo sabes, ¿no?

—Por supuesto que lo sé —Reconocerlo era una cosa, decirlo en voz alta, otra, una que dolió más de lo esperado—, por desgracia eso la hace...

—La hace perfecta también —finalizó Elliot como si estuviese metido en su cabeza.

—Exacto.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —Estaría en deuda con las Grant hasta el fin de su vida, y esa deuda incluía procurar el bienestar de la joven amiga de su esposa.

—Lo que corresponde... encontrar el hombre correcto para ella. Se lo merece.

Una punzada, así lo sintió, una punzada en el medio de su pecho. Respiró profundo, y le resultó tolerable. Le buscaría un esposo, eso haría. Podía imaginarla en brazos de otro hombre, feliz, con una familia, con sus sueños hechos realidad. Eso también sería tolerable para él.

No lo sería, Colin Webb todavía no lo descubría, pero tarde o temprano lo haría, esa punzada en su pecho era un antes y un después; su corazón se había fragmentado en dos. Uno de esos pedazos se mantenía firme, respetaba el plan inicial. El otro reclamaría a Emily Grant como suya hasta que dejara de latir.

—Ven, vamos a comer algo... —Debía cumplir con su parte, la única que le tocaba, procurar el bienestar físico de su amigo—. No acepto excusa alguna.

—No tengo apetito.

—¿Qué te he dicho? No acepto excusas. —Lo tomó por los hombros para guiarlo en el descenso por las escaleras.

—Si hubieses visto lo que yo en esa habitación, sabrías que no es excusa.

Nadie en su sano juicio podría tragar bocado alguno luego de oler y ver la limpieza de una herida infectada y supurante.

—No lo sé, me censuraron esa parte, al parecer... soy un blando. — Aunque las Grant lo hubieran escondido tras las normas del decoro, él seguía confiado que el motivo de su exclusión era su carácter.

Los ánimos de Elliot comenzaban a distenderse.

—¿Al parecer? ¡No, eres un blando!

—Cállate, imbécil...

Capítulo 7

La recuperación de Miranda fue un proceso cuesta arriba. Entre el círculo íntimo social del matrimonio se corría el rumor de que la mejoría de la vizcondesa se debía a las sanadoras manos y a los cuidados que las americanas le supieron brindar. Demás estaba decir que el rumor se había originado en la mansión Bridport y que provenían de Elliot Spencer. El futuro duque de Weymouth no tenía más que agradecimientos para con las mujeres, y los mismos incluían el peso de su estima. Las calles de Londres ya eran diferentes para ellas, seguían recibiendo miradas de soslayo, aunque sin desprecio mediante, sino con una recién nacida cortesía y un leve atisbo de aceptación.

Las mujeres Grant vivían su día a día de igual manera, ya comprendían cuál era su lugar, y las habladurías pasadas y presentes no alteraban ánimo alguno. Comenzaban a sentirse a gusto, Sandra hallaba en Lady Marion un ejemplo a seguir dentro de la nobleza, y a una igual cuando de maternidad se trataba. Bajo el techo de la intimidad, en donde las normas sociales dejaban de ser una prioridad, disfrutaban de extensas charlas e intercambio de información. Estaba claro que la mujer no se hallaba a gusto en los grandes eventos ni en la vorágine londinense, y Lady Sutcliff, en retribución a la ayuda que ésta le había brindado a Elliot Spencer y a su esposa, organizó una actividad acorde a los gustos de la matrona. Unos días lejos de la ciudad, en la tranquilidad y calidez de la casa de campo familiar, ubicada en las afueras del condado de Hampshire. El espacio proporcionaría todo aquello que los Grant añoraban de su tierra: naturaleza, actividades campestres, un cielo nocturno plagado de estrellas y uno diurno limpio y sin rastros de smog desde las primeras horas de la mañana.

La propuesta traía consigo otros fines personales, restablecer la buena relación entre Colin y Daphne, una que parecía querer regresar a buen puerto, y a la vez, limar las asperezas entre el muchacho Grant y el Webb que por lo visto no congeniaban. Debían. Arthur y Lord Thomson analizaban la

posibilidad de entablar futuros negocios en California; Zachary y Jonathan, los dos mayores del clan, eran los que, en breve, quedarían al mando de todo, al igual que Colin del otro lado del mapamundi. El legado familiar y los negocios también se trasladaban de generación en generación. Por último, pero no menos importante, el viaje pretendía agotar las energías del pequeño Thomas Webb; el frenetismo de la temporada, una que a él lo tenía cautivo puertas adentro, no hacía más que inquietar a la fiera salvaje que lo poseía a tan característica edad.

En fin, todos iban a salir beneficiados con la expedición a tierras no muy lejanas, en especial Emily, que se deleitaba con la maravillosa idea de descubrir un nuevo condado libre de Anne's.

Los preparativos demandaron varios días, el suficiente para que ella pudiese gozar de un tiempo a solas con sus amigas, entre ellas, de una recuperada Miranda.

La convocatoria a un té de media tarde en la mansión Bridport tuvo total asistencia, y el clima festivo proclamado por la recuperación de la señora de la casa se vio interrumpido por unas inesperadas lágrimas, las de Cameron.

La historia pasada, los motivos que habían llevado a la señorita Madison a Londres, hasta ese día, habían sido un enigma que ninguna de ellas había intentado descifrar a la fuerza. Ni siquiera Vanessa, y eso era mucho decir. Cada una cargaba con un pasado, el silencio y los tiempos eran respetados.

—Mi padre tiene razón, ¡lo he arruinado todo! ¡Oh, Dios! ¿Qué haré? —La angustia en Cameron atenazó el corazón de Emily, se marchaba en el momento menos oportuno. Sintió culpa—. Debo dejar Inglaterra, debo huir. Tengo que escapar de él, ya no consigo esconderme más.

—¿De quién? —preguntó Vanessa ante el extraño rompecabezas que comenzaba a unir sus piezas ante ellas.

Sean Walsh, de él se trataba, de eso y de un homicidio sin justicia. La lucha contra la esclavitud. Parecía absurdo que en un mismo país se vivieran realidades tan diferentes, o por lo menos así lo pensaba Emily, cuya crianza jamás había marcado diferencia alguna con respecto a otro ser humano. Para los Grant, no existían tonalidades de piel, ni rasgos ni «costumbres» diferentes; todos respiraban y cargaban con un corazón que latía al igual que el de ellos; el respeto no se heredaba, se brindaba, y en algunos casos, se ganaba a fuerza de trabajo. Solo eso. La culpa en Emily se transformó en pena. Colocarse en los zapatos de cristal de Cameron no era una tarea sencilla ni agradable. No cambiaría por nada del mundo su vida en cama de heno a

centímetros del techo, las tardes bajo el sol rabioso y un desierto sediento. Vaya cuestión la del dinero, cualquiera pensaría que te compraría la libertad, al contrario, te la quitaba. La dulce y amable señorita Madison había estado presa toda su vida, y Emily se preguntaba si estaba dispuesta a canjear su libertad, bien ganada, a cambio de lo que había ido a buscar ahí... un matrimonio conveniente.

—Cierta información ha llegado a mis oídos. —Vanessa aprovechó la huida de Cameron al sanitario para organizar un plan de apoyo para la muchacha—. Lord Thomson está orquestando la partida hacia sus tierras en Sameville, y piensa llevarse consigo una comitiva para hacer de esos días un evento menos aburrido.

—Me imagino que eso te incluye a ti, una especialista en el arte del entretenimiento social. —Miranda fue irónica solo para no perder la práctica.

—Al parecer, comprobamos que Lady Bridport está cien por ciento repuesta —dijo haciendo alusión a la actitud de la vizcondesa. Se dirigió a Emily—. Mis felicitaciones, señorita Grant, usted y su madre han hecho un trabajo excelente. —Regresó la mirada hacia lady Bridport—. Con respecto a lo otro, reconozco que la cualidad del entretenimiento me pertenece...

—Y por lo visto, también la modestia —agregó Emily.

—Bueno, se ve que hoy es la tarde de «ataquemos a la indefensa señorita Cleveland» —se victimizó Vanessa.

—De indefensa, tú... nada.

Miranda lo dijo, pero las tres coincidieron en lo mismo con una oculta sonrisa.

—Verdad, esa característica le pertenece a Cameron. Y ya que hablamos de ella, creo que nos necesita... —agregó para retomar el hilo de la conversación—. Sir Johnson va a estar fuera de la ciudad por unos días, y ese es el motivo principal que me va a llevar a formar parte de esa comitiva contra mi voluntad —Bebió de su té cuando oyó unos pasos en la cercanía. Al comprobar que no era la joven de Virginia, sino, nada más ni nada menos que el mayordomo abasteciendo a las visitas, continuó—: estaba pensando que ustedes podrían sumarse a la aventura... estoy segura de que Lady Mariana estaría encantada, y Cameron también.

El hombre que era el dueño del corazón de la señorita Madison, y que también parecía ser el único involucrado en la muerte de la joven esclava, se hallaba en la ciudad, y su presencia aterrorizaba a la muchacha. Para colmo de males, el único sostén familiar con el que contaba era su tía Eleanor, un ser

despreciable por donde se lo mirase.

—Tu idea me parece maravillosa... —convino Miranda—, solo hay un problema.

—Dos... —agregó Emily recordando su próxima partida a Hampshire.

Las invitó a que se extendieran en palabras con la simpleza de un gesto.

—Dudo mucho que Elliot esté de acuerdo, está convencido de que requiero de un año de reposo para recuperarme del todo.

—¿Requieres de un año? —La interrogó sin piedad.

—No... —Se sentía de maravillas, salvo por algún que otro malestar ocasional.

—Entonces, Lady Bridport, utilice sus artilugios femeninos para hacerlo cambiar de opinión. —Así dio finalizado ese asunto para continuar con el siguiente—. ¿Cuál es tu excusa? —arrinconó a Emily con su actitud.

—Pasado mañana partimos rumbo a Hampshire.

—¿Qué hay en Hampshire que sea más interesante que Sameville?

—La casa de campo de los Sutcliff —respondió Miranda al recordar lo que Elliot le había contado sobre esa familia.

Las mejillas de Emily se pusieron rojas en el preciso instante en que los ojos de Vanessa se clavaron en ella.

—¡Colin Webb... eso es lo que hay en Hampshire! No sé ni para qué pregunto. ¡Es la mayor obviedad de la temporada!

—¿Qué es la mayor obviedad de la temporada? —Si existía algún tipo de rumores con respecto a ellos, Emily quería saberlos.

—Cierra la boca, Vanessa —acusó Miranda—, estás en mi casa, no lo olvides —sentenció casi a tono de amenaza.

La señorita Cleveland se obligó al silencio. Volvió a beber de su té.

—Vanessa, ¿qué has oído? —Emily intentó poner presión en la bostoniana.

—Ya oíste a la vizcondesa. ¡Nada, no he oído nada! —mintió, y fue evidente. Por muy extraño que pareciera, la señorita Cleveland, con sus formas y todo, era la más transparente de las cuatro. Era quién era sin problemas de compartirlo con el mundo— ¿Piensas pasar toda la temporada en Hampshire o qué? —retomó lo anterior como si nada hubiese sucedido.

—No, solo un par de días. —Eso había oído Emily.

—Perfecto, a Lady Thomson le encantará contar con la presencia de los Sutcliff y compañía.

—Vanessa, yo no soy los Sutcliff, no puedo decidir por ellos.

—Por supuesto que no eres una Sutcliff. —Para no quedarse con el veneno

en el cuerpo, lo destiló con esa sutil bofetada—. De todas maneras, no te preocupes, yo me encargo de ello. Nos vemos en Sameville.

El resto de la tarde fue vivido por Emily como una lenta tortura, no pudo quitarse de la mente las palabras de Vanessa: No era una Sutcliff. Y nunca lo sería.

Había recibido muchas bofetadas en su vida, y ninguna había dolido como esa. Espabilarse, eso tenía que hacer, tal cual decía la señorita Cleveland.

Dejar de amar a Colin Webb... No, eso ya no era posible.

Amarlo un poco, tan solo un poco menos. No, tampoco.

¿Qué le quedaba entonces? No lo sabía, esperaba averiguarlo en su estadía en Hampshire.



Su esposa nunca se equivocaba, pensó Arthur Webb mientras observaba a sus hijos e imponía su mejor gesto de autoridad. Saldrían en pocas horas a Hampshire y sus dulces retoños, dos en edad casadera, se comportaban como críos. El tercero estaba dispensado, porque sí lo era, aunque la reprimenda le correspondía.

—Colin, por favor, no es propio de ti comportarte de esa manera —dijo con voz firme—, estoy seguro de que algo en común puedes encontrar con Zachary Grant. De hecho, se me ocurre que viajen juntos de modo que con las horas lo descubran.

—Padre...

—He dicho. Daphne... no creas que te sales con la tuya, si viajas en el carruaje de la señorita Grant es por comodidad, y para que borrrar esa sonrisa de autosuficiencia... Thomas y la niñera irán con ustedes.

—Padre... —fue la queja en mismo tono que la de su hermano.

—Y por último... —El benjamín de la familia se observaba con suma concentración las puntas de sus lustrosos zapatos. Sabía que debía hacer buena letra, su madre lo había amenazado con dejarlo en Londres. Era una amenaza vacía, pero el pequeño no lo sabía y había roto en llanto—. El castigo se impartirá una vez que llegemos al campo, y será... seguir con las clases de modales en las vacaciones.

—Padre... —imitó a sus hermanos mayores, y los tres adultos Webb debieron contener las carcajadas.

Sí, estaban todos de mejor humor. La pronta recuperación de Lady Bridport y los planes de campo ayudaron a eso, y con el ánimo, habían regresado las actitudes infantiles, las risas, las bromas y las pujas.

Por un lado, las de Colin con Zachary, quienes llevaban una batalla muda por demostrar quién era el mejor en todo. El problema para Webb era que Grant conseguía siempre llevar la dichosa disputa a un terreno no tan manejado por el lord. Si se trataba de atención femenina, modales, debates, moda, literatura o salir de conversaciones embarazosas, Colin Webb se coronaría ganador con honores. Pero Zach era listo, y jamás desafiaría a un futuro conde en esas lides, por lo que se aseguraba de disputar la corona en otros terrenos como la fuerza, el conocimiento de caballos, la montura, carruajes y armas. En lo único que se podía decir que empataban era en administración económica, materia en la que, no lo admitirían jamás, coincidían por completo. Ambos estaban hechos para duplicar el dinero de sus arcas.

La segunda disputa que se abría gracias a lo relajado del encuentro era la que mantenían los hermanos Webb. Daphne estaba dispuesta a demostrar que una dama podía hacer lo mismo que un caballero, y eso implicaba desafiar a su hermano en todo momento. Sin embargo, Colin había pasado página al respecto, y no le parecía justo enfrentarse a ella en una lucha desleal. La sociedad le jugaba en contra a su hermana. La batalla que Daphne creía desatar no era tal, y el verdadero trofeo detrás de esos cruces verbales no era más que Emily Grant. La joven lady la quería de cómplice para demostrar su punto, mientras que Colin... Colin la quería solo y en exclusividad para él. Se sentía patético de estar celoso de su hermana, pero el sentimiento era demasiado fuerte para dominarlo.

Y por último estaba el pequeño Lord Thomas y sus caprichos. Al ser tan joven y llevarse tantos años con sus hermanos, todos lo malcriaban, y el niño había adquirido una terrible adicción a llamar la atención. Cuando no le daban lo que quería, era propenso a horribles caprichos, el peor de todos, Chelsea, la hija de la mejor amiga de Lady Marion que pasaría la semana de campo con ellos.

Los tres jóvenes Webb recibieron la reprimenda del padre, las advertencias de la madre y, cuando dejaron el despacho, lo hicieron con un porte que le recordó a Lord Sutcliff lo bueno de invertir en una costosa

educación.

—Tendría que preguntarle al administrador cuántas libras nos costó la educación de esos tres.

—Valió cada penique —dijo Lady Marion, una vez a solas con su marido —, mira, apenas ni se nota que no nos harán ni medio de caso y que seguirán con sus berrinches donde no podamos oírlos.

—No me sorprende tanto de Daphne o Thomas, pero... Colin. —Arthur se acercó al sofá en donde estaba Marion sentada.

—Deja que se divierta un poco, sabes que desde... bueno, desde hace años que no se permite grandes banalidades.

—Las amantes son banalidades —discrepó Arthur, y en sus ojos claros refulgió el enojo. No eran los valores que le había inculcado a su muchacho, y las habladurías que corrían de él sobre los romances no lo hacían feliz.

—No en Colin, y lo sabes. No sé en los clubes de caballeros lo que se dice de nuestro hijo, pero sí puedo decirte en la sociedad de lectura de damas londinenses... y me tiene preocupada.

—¿Qué se dice? —inquirió el hombre y abrazó a su mujer. Ella le dio la espalda y se corrió los bucles que caían por su nuca para darle acceso a su cuello. Arthur sabía lo que su esposa demandaba, le posó los labios en un suave beso antes de emprender la tarea de masajear los hombros que estaban tensos por la preocupación.

—Un año y un día... —largó junto a un quejido de placer. Lord Sutcliff había encontrado un nudo en la musculatura de Lady Marion—. Ese es el límite de sus amoríos.

Ambos sabían lo que significaba, y el enojo de Arthur Webb pasó a ser pena.

El viaje era de algunas horas en carruaje. Iban en caravana, cuatro coches con las insignias Sutcliff se abrían camino por el paisaje. A medida que se alejaban de Londres, el aire se volvía puro, y aunque el cielo gris los acompañaba, ni una gota se desprendió de las nubes.

En uno de los confortables coches tirados por dos caballos iban Daphne, Emily, Thomas y Jane, la niñera del pequeño. El joven lord Webb era imparable y parecía agotar a todos, salvo a los Grant que no se cansaban de halagar al niño y remarcar lo dulce y educado que era.

—Es un angelito —repetía Sandra cada vez que lo tenía cerca. Y al menos, de apariencia, lo parecía. Rulos rubios, piel blanca de mejillas llenas y rosadas y ojos color cielo. Todo un querubín.

—Señora Grant —dijo en su momento Arthur Webb—, en estos momentos temo preguntar cómo eran sus hijos de niños. Solo me atrevo a decir que usted es la mujer más valiente que conozco.

Las risas coronaron la confesión del hombre, y la tarde se llenó de anécdotas de los Grant. En efecto, al lado de Jonathan, Zachary, Elton y Louis, Thomas Webb se merecía su par de alas. Las andanzas de Emily quedaron en secreto por el bien de su reputación.

—Menos mal, se ha dormido —agradeció Daphne mientras se abanicaba y abría la ventana del coche para que entrara la brisa.

—Jane también lo ha hecho —señaló Emily.

—No la culpo. Pobre mujer, no sé cuánto le paga mi padre, lo que sea estoy segura de que no es suficiente. —La declaración de Lady Daphne pareció exagerada ante la imagen frente a sus ojos. El pequeño estaba acurrucado en el asiento, con la cabeza sobre el regazo de la niñera abrazando un cojín.

—Exageran, de verdad. No es un mal niño, es algo... travieso. En su defensa —agregó Emily—, Londres puede ser un poco aburrido para los espíritus libres.

La carcajada de Daphne por poco despierta a los dos acompañantes.

—¡Eres ocurrente, Emily! —rio—, ¡espíritus libres! Qué forma educada y amable de decirlo. Luego te atreves a comentar que tus modales son torpes, creo que acabas de ser la persona más políticamente correcta que conozco. —Emily se sumó a las risas—. Bueno, en ese caso, supongo que los Webb nacimos para ser libres. Ya nos verás, en el campo perdemos la compostura.

—¿Lord Webb también? —inquirió sin imaginar a Colin sin su pulida capa de decoro. Las pocas veces que había bajado las defensas para prestarse a un juego infantil o, en el peor de los casos, por la necesidad de consuelo, habían bastado para robarse por completo el corazón de la californiana. Una semana de campo sería una condena para ella, un hechizo cual maldición de bruja que arrastraría toda su vida.

—Mi hermano es el peor de todos. Thomas, como bien has notado, no limita su temperamento al lugar. Es igual de terrible en Londres, en el campo o donde sea. Y yo... bueno, a mí ya me conoces, siempre una santa —bromeó, y la invitó a sonreír con ella. La señorita Grant iba conociendo más a Daphne y

descubría que, pese al tono jocosos, hablaba en serio. Tenía fuego en las venas y ambiciones que iban más allá de las de una dama de buena cuna. Al igual que ella, esas ambiciones se apagaban a medida que tomaba conciencia de lo que se esperaba de ella: que se casara con un buen partido—. En fin, Colin vuelve a ser Colin, y pienso pasármela a lo grande.

—¿A qué te refieres?

—Al señor Grant... —La miró con picardía.

—¡No habrás complotado con mi hermano! —Emily ahogó el quejido—, Daphne, pensé que todo era un juego, lo de Zach y...

—Lo es, quédate tranquila. Jamás jugaría con el corazón de alguien como tu hermano, sobre todo porque la única que saldría mal parada sería yo. No soy tan ingenua como todo el mundo piensa... —Por un momento, a la señorita Grant le pareció ver pena en los ojos de la muchacha. Era cierto, la subestimaban un poco. Todos parecían quedar prendados de su belleza y conformarse con eso, no se permitían escarbar la superficie para ver que Daphne Webb era tan bella y valiosa por fuera como lo era por dentro—. Colin —retomó la conversación a un terreno que ella creía neutral, pero que era el de los temores de Emily— ama los caballos, cabalgar, ir de camping, practicar deportes... creo que su ego se verá algo herido.

—Eres cruel —la reprendió Emily.

—No, Em, tú eres demasiado buena y estás ennegrecida. —Daphne comprobó que Jane aún durmiera antes de continuar—: A mi hermano le viene bien un par de golpes a la autoestima. Es vanidoso...

—No...

—Sí, lo es. Puede que con sustento, pero eso no quita que lo sea. Además de su evidente atractivo y su magnetismo con las mujeres, es un buen jinete, un buen deportista y un hombre infatigable. La disputa con el señor Grant es porque tu hermano amenaza su ego... es... es complicado.

—No creo que sea complicado —lo defendió la señorita Grant—, es lo más común entre hombres. Créeme, tengo cuatro hermanos y viven peleando por quién es el mejor.

—No es lo mismo, Colin no quiere ser perfecto en todo, «necesita» serlo. No se trata de probarle a padre y madre quién es el mejor, ni ganar una disputa de hermanos. Es a sí mismo a quien desafía todo el tiempo... creo que un par de bromas lo ayudarán a relajarse, a aceptarse tal cual es. Sé que lo quieres, yo también lo hago. —Daphne puso su mano enguantada sobre el antebrazo de Emily, y con ese gesto dijo todo. Le confirmó que sabía que lo quería, y cómo

lo quería. Que comprendía su corazón, que lo lamentaba por ella—. Esto puede ser bueno para él, confía en mí.

—Está bien.

—Em... También te quiero a ti, me di cuenta enseguida de la clase de persona que eres. Me has brindado tu amistad, y para mí vale más que todo el oro de tu familia, me alegro de que hayas hecho lo mismo con mi hermano...

—Daphne, ¿qué es lo que me quieres decir? Lo que en verdad quieres decir.

—Sé que tu corazón está en juego, y no quiero que sufras, pero...

—¿Pero?

—Tienes el poder de ayudar a Colin —dijo conmovida—, lo he visto. He visto cómo te mira, cómo te aprecia. No quiero con esto darte ilusiones, no deseo que sufras más de lo necesario, solo... solo que cuando estás junto a él, él es mi hermano de nuevo, y... —No pudo evitar que las lágrimas abandonaran sus ojos. Emily la miraba sin comprender, Daphne le estaba diciendo demasiadas cosas sin decirle nada. La forma que hablaba de Colin era como si quisiera justificarlo, mostrarle a ella que había un motivo detrás del accionar del hombre. La preparaba para cuando su corazón se rompiera en mil pedazos—. Lo siento, Em... solo quiero protegerlo.

—¿De qué? ¿De quién? ¿De mí? —Las preguntas salieron atropelladas de sus labios. Se sentía tan dolida que era capaz de lanzarse del coche en movimiento.

—¡No! No de ti, de Lady Anne —se apresuró a explicarse Daphne, horrorizada por el malentendido—. Tienes el poder de ayudar a Colin a ver quién es Lady Anne en realidad, a comprender que no todas las mujeres son como las que él conoce, que hay personas como tú en el mundo, que miran más allá de la apariencia o el título o el dinero. La viuda de Merrington está obsesionada con él, despechada, es capaz de todo, de arruinarle la vida. Está dispuesta a hacerlo miserable antes de perderlo, y tú... —Tú estás dispuesta a todo, incluso a perderlo, para hacerlo feliz. Por eso no dudaba en abrirle los ojos ante las heridas de Colin, allanar el camino, para que lo sanara. Quizá jamás sería la esposa de Lord Webb, pero no por no ser la indicada para él.

—Dudo mucho que pueda ayudar en eso.

—Ya lo has hecho. —Sin previo aviso, la abrazó y murmuró por lo bajo, para que no la oyera—: y te ha costado el corazón.

La impronta de Lady Marion Sutcliff se veía en cada rincón de la casa de campo. A diferencia de las que habían visto los Grant hasta el momento, no se trataba de un edificio gris de piedra, con muros colapsados que recordaban las épocas medievales. Todo lo contrario. Tras el deterioro en el que había caído producto del descuido de los anteriores condes, la remodelación fue total, y en cada detalle estaba el gusto francés de la nueva condesa.

Las paredes beige, las ventanas altas, los marcos con molduras delicadas y el interior con muebles estilo Luis XV, empapelados, tapizados, cortinas y demás detalles que resaltaban el gusto por el neoclasicismo. Era un deleite a la mirada, y para algunos ingleses, un insulto a su arquitectura.

Las habitaciones fueron designadas por alas, y como los invitados eran pocos, cada uno tuvo acceso a una recámara individual. Emily y Zachary se sentían llenos de energía pese a las horas de viaje, el aire de campo, los sonidos de las aves y el cambio de paisaje los había revigorizado. Y no eran los únicos, los hermanos Webb estaban casi tan exaltados como ellos.

—Emily —se escuchó la voz al otro lado de la puerta de la habitación. Una doncella había sido asignada para ella, y la muchacha se encargaba con movimientos calmos y un andar silencioso a acomodar los vestidos de la californiana—, ¿ya estás lista? Quiero mostrarte la casa y los alrededores.

—Un segundo...

La señorita Grant no había desaprovechado la posibilidad que le daba la intimidad Hampshire para cambiar su atuendo por uno menos londinense. Tras refrescarse y cambiar la camisola, optó por un traje de día celeste claro con bordados de pequeñas flores blancas. El miriñaque no era necesario, bastaba con una enagua almidonada y armada con alambres solo para abultar la cadera al andar y con eso estaba lista. Le faltaba el peinado, que la doncella se apuró a hacer sin demasiado ornamento. Una trenza con cintas entrelazadas que se sostenía en lo alto de la cabeza.

—Estoy, vamos. Temía que estuvieras cansada —dijo Emily al dejar la habitación.

—No, aquí decimos que venimos a descansar, pero es una gran mentira. A nosotros, Londres también nos aburre. —Ambas muchachas avanzaron por el corredor. Lo de mostrarle la casa era una excusa, porque Daphne era una pésima guía—. Eso es la biblioteca, la sala de música, el salón de baile, el despacho... ah, allá está la sala de mi madre, la de juegos para los niños, al lado la de enseñanza... —Ni un segundo se detenía en los detalles, porque tenía un único destino: el exterior. Tal y como dijo después de llevar a su

amiga a la rastra, la casa solo tenía el fin de darle cobijo si llovía, y por suerte, no lo hacía.

Estaba apenas nublado, lo suficiente como para que el sol no fuera ardiente, algo que a los Grant no hubiese molestado, aunque sí a los Webb. Los jardines seguían los gustos de Marion, y casi parecían una réplica en miniatura de los del palacio de Versalles. Y más allá de los laberintos, los setos y las fuentes, se encontraban los establos. Los mismos conservaban la piedra gris, las vigas de madera y los techos de tejas y paja.

—Ven —insistió Daphne—, te apuesto lo que quieras que encontraremos a Colin allí. Ama a sus caballos. Las cuadras son su capricho personal...

—Oh, podría ser un interesante punto en común con Zach, también ama los caballos.

—O un punto de competencia... ¿Quién crees que sepa más sobre ellos? —preguntó la joven lady con picardía, y Emily puso los ojos en blanco. No le gustaba para nada esa jugarreta, creía que Colin tenía todo el derecho del mundo a disfrutar de sus atributos... así estos fueran tantos que dejaran a los demás como meros mortales sin habilidades.

—Daphne... —la reprendió antes de llegar—, ¿no estarás llevando esto demasiado lejos?

—¡No!, es solo un juego. Además, uno que te vendrá bien a ti también. —Le guiñó el ojo—. Ya verás cómo un par de defectos de carácter, bien resaltados, te ayudan a ver que mi hermano no es como tú crees.

—No deberías ser tan franca. —Emily compuso un gesto de severidad que acompañaba a las palabras. Lady Webb largó una risotada impropia en ella.

—¡Hemos cometido un error! ¡Nos equivocamos de americana! ¡Hemos invitado a la señorita Madison! —La exageración hizo a la californiana reír a carcajadas. Era cierto, sonaba como Cameron y todas sus normas de decoro. De todos modos, quería insistir en que no era de buena educación remarcarle a una muchacha enamorada que su estado la llevaba a la ceguera combinada con una dosis de estupidez. Incluso cuando se hacía con la mejor de las intenciones.

Llegaron a los establos, y Emily agradeció no haber apostado, pues allí estaban Colin y Zachary. El señor Grant intentaba contener su expresión de deleite y admiración, pero ella, que lo conocía, podía leerlo en sus ojos claros. Las cuadras de los Sutcliff eran preciosas, con unos animales bellos, variados, tan cuidados que sus pelajes brillaban incluso a la escasa luz de las caballerizas. Había animales de tiraje, musculosos, fuertes, de lomos anchos y

patas pesadas... otros eran de montura, dóciles, ágiles, flexibles. También estaban aquellos de carrera, ligeros, estilizados... y, por sobre encima de todos, un semental árabe que ambos hombres contemplaban entre la devoción y el miedo.

—Si supiera de caballos, milord, no se hubiera dejado embaucar —lo pinchaba Zachary, y Emily quiso intervenir, decirle a Colin que no le hiciera caso, que su hermano hablaba de la más pura envidia.

—Es un animal magnífico —se defendió el aludido.

—E indomable, ¿lo ha podido montar alguien?

—No, nadie —se lamentó Webb—, ni el jefe de cuadras, ni el entrenador, ni siquiera el mejor jockey de Londres pudo con él. De todos modos... —Había afecto en la voz del hombre, y Emily se deleitó de la forma cariñosa con la que hablaba del animal—, debía ser mío. Detesto que no pueda correr, ser libre... no es justo para Jafar.

—Yo estoy seguro de que mi entrenador sí podría con él. Si me lo vendes...

—Zach... —interrumpió Emily en ese momento. Su hermano podía ser un verdadero embaucador cuando quería algo, y la avaricia se leía en sus ojos al contemplar al caballo árabe.

—No te... se preocupe, señorita Grant, su hermano ya no me engaña con sus jueguitos. —Detrás de esa confesión, a espaldas de Webb, Zachary alzaba las cejas en un gesto lleno de picardía, uno que decía a las claras que sí sabía cómo seguir molestando al lord, aunque lo del caballo hubiera sido disparar al vacío. Y sin querer, Colin se lo había servido en bandeja al caer en el tuteo accidental, algo que, aunque se apuró a corregir, fue oído por el californiano y Daphne.

—Quizá debieras hacerle caso, Colin —intervino Daphne—, parece que el señor Grant conoce más de caballos que tú. —La incredulidad se hizo presente en las facciones de Lord Webb.

—Lo dudo, Daphne. Sabes que aprendí a montar antes que a caminar...

—Bueno, bueno... pero ambos sabemos que ha montado siempre caballos dóciles, entrenados por otros. Jafar es un claro ejemplo...

—¡Jafar es especial!

—Milord... dijo que mi hermano ya no lo engañaba... —musitó Emily, y se llevó un codazo de Daphne en las costillas. La joven lady deseaba el desenlace de la disputa.

—Esto no es un engaño, es una falacia.

—Probémoslo —insistió Zachary—, elijamos monturas y corramos una carrera.

—¡De ninguna manera me prestaría a un juego tan desleal! —se opuso Colin con rotundidad. Tan confiado de que le ganaría a Grant que hasta Emily tuvo que cerrar los labios.

—¿Desleal?

—Son mis caballos, yo los conozco, sé cuál es el mejor para una carrera. Además, soy más liviano...

—Flacucho, sí —coincidió Zachary, consiguiendo que Lord Webb se pusiera rojo por la ira. Y por algo más; en un instante buscó con la mirada a Emily, y la muchacha lo supo. El corazón le galopó en el pecho a una velocidad que ganaría cualquier carrera. Colin estaba avergonzado y temía perder. Daphne creía que era vanidad, y sin embargo era otra cosa, era el miedo a quedar en ridículo ante los ojos de la señorita Grant. Deseaba impresionarla, aún le dolía que lo hubieran tratado de blando, ahora Zachary insinuaba que era un mimado y estaba a segundos de quedar como un cobarde. Y todo frente a ella.

—Está bien, corramos —accedió.

—Si gano, ¿puedo comprar su semental?

—No se pase, Grant, no se pase. —Colin se alejó furibundo en busca de Ágape, su corcel ligero y el que mejor se adaptaba a las andanzas del lord—. Elige el que quieras para correr, si ganas, te permitiré intentar con Jafar. Solo intentar... y si consigues domarlo, te lo obsequio.

Emily se tapó la boca con la mano. Daphne también. Zachary sonrió satisfecho. Ya le enseñaría a ese blandito cómo se trataba a un animal.

Una vez más, gracias a la sugerencia de Daphne, aceptada con satisfacción por Zachary, la comparación entre ingleses y americanos volvió a coronar el motivo de la competencia.

—Ven aquí, muchacho... —le susurró al caballo de origen americano que había elegido de entre todos los bellos ejemplares—. Demostremos qué sangre corre por nuestras venas.

—¿Estás seguro, Grant? —Colin no quería quedar en obvia ventaja, le pareció correcto ponerlo en aviso, estaba eligiendo un caballo de tiraje—. Ese caballo ha tenido menos carreras que Daphne.

—No me extraña... —balbuceó al tiempo que lo montaba—, se ve que es común en ustedes no apreciar lo bueno, ni siquiera cuando lo tienen delante de sus narices.

El mensaje fue simple y directo. Colin, sin poder evitarlo, guio los ojos a los de Emily. Ella huyó de ellos.

Para el joven Grant, los sentimientos de su hermana en torno a Colin Webb tampoco pasaban desapercibidos. ¡Pero si hasta un ciego podría verlos! Él único que no lo hacía era él, o se hacía el idiota al respecto, porque estaba claro que siempre, de una u otra manera, recurría a su hermana bajo cualquier excusa. Entonces... ¿cuál era su maldito juego? No tenía nada personal contra el joven lord, no lo culpaba por su esnobismo, ni siquiera tenía verdaderas intenciones de compararse a él, lo que hacía era por puro aburrimiento, aunque ahora el matiz era otro, uno que cambiaba con el viento. Presentía que regresarían a América con una Emily incompleta, sí, su hermana estaba echando raíces ahí, a los pies de Colin Webb.

No podía golpearlo, todavía no tenía una justificación para tal acto bárbaro, pero la oportunidad llegaría, por desgracia lo haría. Mientras tanto, le quedaba eso... ganarle en su propio terreno, debilitar su maldita autoestima, asegurar que su intacto corazón se rompiera por otro tipo de sentimientos.

Desde las caballerizas podía trazarse solo una línea de carrera sin obstáculos en el medio y con un sendero óptimo para la cabalgata.

—Ida y vuelta, el límite: la arboleda sureste. —Colin fue breve con las indicaciones—. ¿Entendido?

—Claro como el agua.

Se aferraron a las riendas, y a la cuenta de tres efectuada por Daphne, espolearon a los caballos, y salieron al trote.

—Acabo de caer en cuenta que aquí nos falta Vanessa —confesó Daphne motivada al ver que Zach iba a la cabeza.

—¿Vanessa?

—Sí, de seguro coordinaría las apuestas —dijo llevándose la mano a la frente para cubrir sus ojos del efecto de la resolana.

—Si hubiese sabido que mi estadía en Londres se iba a resumir en apuestas y competencias, me hubiese quedado en mi hogar.

Las figuras de Colin y Zach se perdieron al final del camino al doblar por el sendero rumbo al este.

—Señorita Grant, esa es justamente la intención, hacerla sentir a usted en casa...

—Y fastidiar a Colin —agregó Emily.

—¡Dos pájaros de un tiro! ¡No te parece maravilloso! —Buscó el brazo de Emily para atraerla hacia ella—. Ven aquí, dime... ¿quién crees que gane?

—Depende —masculló resignada.

—¿Depende de qué?

—De cuánta trampa pueda hacer Zach.

Daphne palmeó con frenetismo, se adelantaba al festejo. La lealtad y el honor eran siempre las piedras en el camino de su hermano. Colin debía hacer todo según el protocolo, respetar las normas... como el resto de la nobleza. ¡Vaya pelmazos!

—¿Crees que podrá montar a Jafar?

La idea que su hermano perdiese su posesión más sagrada no era de su completo agrado, esa parte de la apuesta se le había escapado de las manos y había quedado en las del ego de Colin.

—Puede que sí. —Con eso no estaba mintiendo, se dijo Emily, solo proyectando una posibilidad que ella, reconocía, no tenía mucho sentido. Pero le venía bien a la joven Daphne una dosis de culpa y remordimiento.

—¡Maldición! —resopló la muchacha.

—¡Pues entonces, no deberías haberlos empujado a este infantil juego! —acusó la californiana.

—No, no maldición por eso... —señaló a lo lejos—, sino por eso.

La figura de Colin y su corcel se distinguieron a lo lejos sin señal alguna de Zachary. Emily sonrió. Existían medidas disciplinarias entre hermanos, ella lo sabía en primera persona, sin embargo, encarrilar a un ser querido nada tenía que ver con lo que ahí estaba sucediendo. Quiso palmear como Daphne lo hizo segundos atrás, no pudo, es más, su sonrisa se desfiguró.

—¡Maldición! —gruñó.

Mientras Colin había optado por el sendero cuidado, perfecto para una carrera sin problemas; Zach, con intenciones de ganar ventaja, había cortado camino sin importar el vallado que se interponía entre él y su meta.

Hizo un salto perfecto, atravesó la pista de entrenamiento de caballos, y volvió a realizar otro imaculado salto que lo llevó directo al sendero principal, unos cuantos metros adelante de Colin.

—¡A esto le llamo yo auténtica sangre americana, milord! —se burló.

La furia hizo que Lord Webb se detuviera en seco. No avalaría esa jugarreta. No continuaría esa carrera.

Daphne daba saltitos a la espera del arribo final, sacó su pañuelo para

utilizarlo como bandera de llegada. Zachary lo arrancó de su mano y continuó a ritmo de cabalgata hasta llegar a las caballerizas. Una vez disminuido el ritmo, se detuvo a la espera de su contrincante.

—Estoy comprobando que los ingleses no son buenos perdedores. ¿No, Em? —la provocó. El malhumor en su hermana era compartido con el joven Lord.

—¡Cállate, quieres! —resopló ella conteniendo la ira.

—No, no quiero —dijo apoyando uno de sus codos sobre la montura. Luego le guiñó un ojo a Daphne—. Solo quiero mi caballo. ¿Ha oído, milord? —alzó la voz. Colin se acercaba a trote suave.

—Ni en tus sueños, maldito tramposo. —Cuando estuvo a un par de metros de él, de un salto se bajó del corcel.

—¿Trampa? ¡Deliras, Webb! ¿Llegamos a la arboleda, sí o no?

A Colin le hubiese encantado poder negarlo. Se mordió los labios y dejó escapar la respuesta:

—Sí.

—Y el punto de salida y llegada es este mismo, ¿no? —señaló el alrededor.

—Sí...

—Entonces, ¿dime dónde está la condenada trampa? —Zachary fue en busca del veredicto de las mujeres presentes.

El planteo de Zachary era perfecto, había ganado, y a Emily le resultaba imposible salir en defensa de Colin. El silencio fue su mejor amigo, no opinaría.

—Tiene razón, Colin —Daphne se esbozó como jurado—. El hecho de que tú hayas elegido el camino más adecuado no convierte al señor Grant en tramposo... sino en un... —apretujó los labios para no decirlo, Emily la devoraba con la mirada.

—Termina lo que estabas diciendo, Daphne —le demandó Colin, su ego ya estaba herido, qué más podría ocurrir—. Sino en un ... ¿qué?

—En un hombre arriesgado... decidido.

Ese mensaje también llegó claro y alto a destino. Tomando las riendas del corcel, se encaminó a las caballerizas.

—Pues veamos que tan arriesgado eres ahora. —Se detuvo frente a Zachary, este descendió de la montura para igualarlo en verticalidad.

—Jafar, ¿no? ¿Ese es el nombre del caballo? —Colin asintió en silencio—. Cuando sea mío voy a volverlo a bautizar, lo llamaré Colin... en tu honor.

—Primero tienes que domarlo. —La ira enrojeció su rostro y le hizo latir las mejillas.

—Podríamos dejar eso para otro momento, está atardeciendo —sugirió Emily.

—¡No! —reaccionaron los dos.

La testosterona rasgaba la tierra, el aire en torno a ellos se hizo irrespirable. Hasta la expresión alegre y relajada de Daphne se vio atacada por el brío contenido de esos dos.

—Después de usted, señor Grant.

—Por favor, el lord aquí es usted...

Emily resopló fastidiada, esos dos no tenían cura alguna. Debatirían sobre quién entraba primero hasta horas de la madrugada. Entrelazó su brazo al de Daphne y la guio hacia el interior de la instalación.

—Terminemos con esto de una vez... —dijo haciendo lugar para los cuerpos de ambas entre ellos—. ¡Zach, muévete! —Y eso fue una orden que el joven Grant cumplió de inmediato. Fue tras los pasos de su hermana.

El malhumor de Colin descendió un peldaño, las extrañas formas de carácter de Emily, esas que salían a la luz de manera inesperada, no hicieron más que tentarlo a sonreír. La amarga sensación de perder a Jafar dejó de quemarle la garganta, y no porque estaba seguro de que no sucedería, sino porque acababa de comprender que la única sensación de pérdida que lo agobiaba tenía nombre de mujer.

La indocilidad de Jafar fue comprobada por Zachary, patadas, cabeceos violentos, inclusive...

—¡Me ha mordido! ¡El desgraciado me ha mordido!

El resguardo de la bota había evitado que los dientes del animal se incrustaran en la pantorrilla de Zach.

—Ah, cierto, me olvidé de ese detalle. —El mal trago de la carrera quedó en el olvido para darle lugar al nuevo espectáculo. ¡Por fin alguien le daba su merecido al mequetrefe americano! Colin gozaba sin vergüenza—. Es indomable y un tanto salvaje, cuando alguien no le agrada... muerde. ¿Suficiente ya?

—No, la tercera es la vencida —reclamó Zach con la respiración entrecortada por la extrema agitación.

—No te lo preguntaba a ti, sino a Jafar —se burló.

Las risas de Daphne y Emily no se hicieron esperar. El ego le hacía de nuevo compañía a Colin y junto a él, recuperaba su común lugar de victoria.

—Ponle punto final a esto, Zachary, podrías salir lastimado. —Emily quiso hacerlo desistir, su bienestar físico estaba en juego.

—Tarde para eso, Em... si va a doler, que valga la pena, ¿no?

Zachary se dispuso a un intento más, se alejó del caballo para que este se tranquilizara. El animal recorrió de un lado al otro el corral circular de entrenamiento. Por fuera del mismo, se encontraban los espectadores. A Colin, Emily y Daphne, se le sumaron Ezra, el jefe de cuadras, y sus ayudantes, Jud y Hunter. Todos y cada uno de ellos habían sufrido las consecuencias de enfrentarse a Jafar, y estaban deseosos de verlas en la siguiente víctima.

—Vamos, tú y yo, muchacho... —Zach utilizó la estrategia de la comunicación—. Tú y yo bajo el cielo del desierto californiano, ¿qué me dices, eh? Puedo verlo, muchacho, no perteneces aquí.

La calma tomó el control sobre el animal, Zach avanzó a paso lento. Lo hizo de frente para que el semental pudiera ver sus movimientos. Le acarició el cuello con muy buenos resultados, y extendió el gesto hasta su abdomen.

—Eso es, muchacho... tú y yo —le susurró.

La inesperada reacción del caballo dejó a todos sin habla. ¿Acaso iba a suceder? Colin lo había dicho, Jafar era caballo de un solo jinete, uno que todavía no había encontrado. Si Zachary Grant lo era, lo aceptaría; para el joven Webb el bienestar del animal primaba por sobre todo. Si el cielo del desierto californiano era el boleto hacia su libertad, él mismo lo pondría en un barco rumbo al otro lado del mundo.

Las manos de Zach se aferraron al fuste, encajó la bota izquierda en el estribo, y con un suave empujón consiguió montarlo. No se movió, casi no respiró, y cuando se sintió confiado, se vanaglorió:

—Ey, Webb... ¿Qué me dices?

—Dijimos «domarlo», no «montarlo». —Él había conseguido esa victoria una vez en el pasado. Contó los segundos hasta el desenlace, saboreando las risas de antemano.

—Pues, que así sea...

Tomó las riendas, y ni bien estas se movieron sobre el cuello del animal, reaccionó con violencia alzándose en dos patas. Zachary impactó de espaldas contra el suelo, el golpe fue tan fuerte que hasta podría decirse que el suelo vibró. Como si con eso no bastara, el caballo encestó una patada trasera, más

molesta que violenta, en el rostro del joven Grant a modo de despedida.

—¡Zach! —gritó Emily al tiempo que se colaba por entre las vallas para correr en dirección a su hermano.

—¡Emily! —Colin también gritó. Jafar parecía endemoniado, iba a trote frenético alrededor del gran corral, y parecía dispuesto a llevarla consigo—
¡Ezra!

Colin y el jefe de cuadras se lanzaron al interior del corral, intentaron cerrarle el paso al animal sin buenos resultados, al contrario, el nerviosismo se intensificó.

Emily se detuvo en el centro de la arena, no era la primera vez que estaba ante caballos salvajes. Jafar, embravecido como estaba, corrió directo a ella.

—¡Detente! —le ordenó utilizando la palma de su mano como señal de alto.

Y así lo hizo, a un par de centímetros de su nariz.

La anécdota de cómo la muchacha americana consiguió lo que ningún otro hombre pudo circuló por todos los terrenos Sutcliff, inclusive llegó hasta los territorios vecinos. Para la madrugada, el nombre de Emily Grant ya era conocido en todo el condado, al igual que Jafar.

Capítulo 8

Un ojo morado, una herida en la ceja izquierda, un intenso dolor de espalda y la mejor de las ideas:

—Em, tenemos que proponer la misma apuesta, pero en vez de domarlo yo, lo haces tú... ¿qué me dices?

Un día de reposo, solo eso podía tolerar el cuerpo de Zachary, su genética no le permitía el ocio ni el descanso excesivo, porque cuando lo hacía, su mente trazaba planes y posibilidades.

—Una tontería, eso me parece —acusó mientras le colocaba un preparado de hierbas en la herida. El corte era pequeño pero profundo, y los movimientos faciales tendían a provocar su apertura—. Quédate quieto —dijo con intención de finalizar la tarea—. Mira lo que tus infantiles apuestas han logrado... tienen que dar terminado esto. ¿me oíste? Tú y Daphne.

—¡Dios santo, Em... pareces madre! —protestó.

—No me queda más alternativa que actuar como ella, está enojada contigo.

En verdad lo estaba, por eso había dispensado los cuidados de su hijo en Emily. Lady Sutcliff, aunque su hijo no hubiese sufrido desgracia alguna, compartía la postura con la señora Grant. Si se comportaban como niños, recibirían el trato de niños.

—Bah... exagera.

—Te podrías haber roto una costilla, Zach. —Se sentía en la obligación de hacer propio el enojo de su madre.

—¡Ya me las he roto todas, y mírame... aquí sigo!

—Eres de no creer —refunfuñó dando por terminada la labor. Le entregó una taza de té humeante—. Ten, bebe.

Él olfateó la bebida con desgano. El perfume no era para nada prometedor, era un preparado de hierbas para combatir la inflamación y el dolor.

—Prefiero no hacerlo.

—Y yo preferiría muchas otras cosas... sin embargo...

—Calla de una vez, cuando te pones quejosa, me recuerdas a la abuela — dijo bebiendo de un sorbo el preparado.

—Ahora descansa. —Se dispuso a abandonar la habitación.

—No quiero descansar —rebatíó como lo que en el fondo era, un niño caprichoso que siempre se salía con la suya.

—En realidad no es una sugerencia... —Enarcó las cejas para recordarle que eso era una orden de Sandra.

Estaba a unos años de la treintena y su madre lo ponía en penitencia. ¡Vaya locura!

—¿Y Webb? —Si él caía en tal brutal reprimenda materna, exigía lo mismo para el joven lord de la casa.

—Lord Webb —utilizó esa expresión formal para borrarle esa costumbre de tuteo despectivo—, goza de plena libertad...

—¡Maldito! —gruñó por lo bajo Zach.

—Pero tiene prohibido acercarse a las caballerizas —agregó para darle algo de satisfacción. Él sonrió—. Ahora, repito... descansa.

El cruel destino de Colin, combinado con la magistral idea de Zach, llevaron a Emily a un lugar específico:

—Ezra... —Lo llamó desde la puerta principal del establo, no quería interrumpir el trabajo de los empleados ni comprometer al hombre.

—Diga, señorita. —La presencia solitaria de la muchacha lo desconcertó, recorrió con la mirada los alrededores en busca de la esperada compañía. No la halló—. No es correcto que ande sola, señorita...

—He venido sola porque deseo hablar con usted en confidencia —lo interrumpió antes de que le obsequiara algún discurso sobre seguridad para jóvenes damas. Ezra frunció el ceño, y ella completó la información—. Se trata de Jafar.

—¿Qué hay con él, señorita?

—Me gustaría intentar... montarlo.

Era una amazona, Ezra reconocía a una cuando la veía, no le sorprendió en lo absoluto que fuera americana, por esos lares no solían verse este tipo de espíritus femeninos.

—Lo siento, no... no va a ser posible.

—¿Por qué? —No estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. Puso su mejor cara de dulce niña.

—Lord Sutcliff me ha pedido que aparte al animal hasta que se marchen. —Demás estaba decir que se refería a Arthur, no a Colin—. No desea más

episodios como el del otro día.

—Y yo tampoco, por eso estoy aquí, Ezra. —Lo tuteó para generar un vínculo de mayor confianza—. Creo que tengo una posibilidad con él, solo requiero de tiempo... eso es todo. ¿Crees que puedas ayudarme con ese tiempo, Ezra?

Comprendía lo que la jovencita le pedía: romper las reglas.

—No lo sé —dudó, el bienestar del caballo también le importaba—. Puede lastimarse.

—Y también puedo no hacerlo... me críe en un rancho, Ezra, mi compañero de cuna fue un potrillo, sé lo que hago —exageró, el hombre estaba a un paso de la entrega.

El silencio de Ezra se transformó en su verdugo. Había ido preparada para la negativa, por eso tenía un plan de respaldo.

—He estado hablando con Joyce... —Los ojos de Ezra brillaron, era una de las doncellas de la casa—, me ha contado que le propusiste matrimonio, y aceptó.

—Sí, señorita. —Rememorar el hecho lo hizo sonreír.

—También me comentó que todavía no contaba con un anillo de compromiso...

La pena vistió el rostro de Ezra, no contaba con el dinero para ello. Emily hurtó bajo el cinto de tela de su falda, había escondido ahí el anillo de diamante rosa, no pensaba lucirlo jamás, le recordaba a Lady Anne y su desprecio. Lo exhibió ante el hombre.

—Por eso me tomé el atrevimiento de traer este como obsequio.

Los ojos de Ezra volvieron a brillar, la piedra refulgía gracias a los últimos rayos del atardecer.

—No, no, no... no pudo aceptarlo. ¡No, de ninguna manera!

—Puedes y debes, por Joyce... y por Jafar. ¿Qué me dices, Ezra? —preguntó colocando el anillo en la mano del hombre—, ¿Podemos mantener esto en secreto?

Era solo un secreto, uno que haría feliz a tres: Joyce, Jafar... y a su amado Colin webb.



El partido de críquet entre Zachary y Colin terminó en otra desastrosa victoria del americano, que alteraba las reglas, el terreno, las jugadas con Daphne como aliada. Emily podía con eso, claro que sí. Estaba acostumbrada a las alianzas entre hermanos, a las tretas, y a saber cuándo poner el orgullo de lado. Quizá Lady Webb tuviera una cuota de razón, a Colin le venía bien aceptar que podía ser vencido de vez en cuando y que eso no le quitaba valor. Sin embargo, había algo que le estrujaba el corazón y le despertaba la mayor de las empatías, y era que Zach llevaba los juegos al terreno americano, a las formas del rancho y menospreciaba los valores que Webb representaba. Lo hacía en broma, por supuesto, pero ella conocía el impacto.

Era lo mismo que le había sucedido al llegar al puerto de Londres y encontrarse con que todos sus atributos no servían de nada, que sus dieciocho años de educación, tan útil para un rancho, allí la marginaban. Y cuando eso había pasado, solo una persona se había prestado a ayudarla a recuperar su pérdida autoestima, y ese alguien hoy tragaba amargas cucharadas del mismo veneno. Su lado justiciero salió a flote. Eso combinado con el más dulce de los cariños, para qué negarlo. Adoraba todo de Colin Webb, el suelo que pisaba, el aire que respiraba, el sol que lo bañaba. Hasta el enojo, la frustración y el pudor que le teñía las mejillas de rojo, o convertía esa boca llena, hecha para besar, en una delgada línea tensa. Y por encima de todo eso, adoraba la búsqueda que hacía de ella cuando necesitaba recomponerse.

Era el momento más hermoso de su día. No podían dejar las formas, de modo que Colin la buscaba en las terrazas, donde Lady Marion, Sandra y Faith tomaban el té, bordaban y conversaban de manera amena. Allí, a la vista de las matronas, pero lejos de sus oídos, Lord Webb se desahogaba con Emily. Sin quejas, sin lamentos, solo compartir algunas palabras que no estuvieran llenas de desafío, de pujas. Hasta hablar del clima se sentía bien con ella, tópico que le divertía porque la señorita Grant detestaba y hacía observaciones ridículas.

—¡Que increíble el clima! —dijo esa tarde, mientras compartían una limonada. Zachary había partido con Lord Sutcliff a recorrer las inmediaciones, y Daphne se había recluso, sin querer admitir que la energía americana la agotaba—. Hoy me pareció ver una marmota en las nubes.

Colin largó una carcajada. Era cierto, no existía tema más vacío que el tiempo para hablar, y se sorprendía de hallarlo refrescante cuando estaba con ella.

—Oh, es que es la temporada de marmotas en el cielo, señorita Grant. Cuando decimos que en Inglaterra tenemos todos los climas, incluimos ese. —

En esa ocasión, fue el turno de Emily de reír. Le gustaba demasiado esa versión de Colin Webb, oh, para qué mentir, le gustaba él siempre. Solo que le parecía que esos momentos, en que se hallaba relajado, le pertenecían a ella. Quizá no fuese capaz de despertar pasiones en los hombres, pero con él se sentía conforme al darle un refugio.

Algo en la charla con Daphne en el carruaje le decía que eso era lo que ese hermoso dandi necesitaba, y ella no podía negarle nada.

Thomas revoloteaba por los jardines con Chelsea. El pequeño era un diablito con forma de ángel, y la niña lo seguía en todos sus juegos, incluso en los peligrosos.

—Thomas —lo reprendió Colin desde la distancia—, ni se te ocurra.

Emily rio. Podían ver la escena frente a sus ojos, el pequeño lord desafiaba a su amiga a treparse a la rama más alta de un roble.

—No pasa nada —desestimó el niño.

—Sí pasa, pueden caer.

—No caeremos, sé trepar —se defendió Thomas, con sus ojitos brillantes y las mejillas sonrosadas. Colin no podía verlo, pero para Emily era evidente. Ambos se parecían, y sin quererlo, su hermano acababa de reprenderlo frente a su amiga, a quien siempre quería impresionar, y, encima, lo había desafiado. Ahora el niño Webb no descansaría hasta subirse a la rama del roble.

—Es cierto, Tomy —se preocupó Chelsea—, puedes caer, y... —La niña palideció ante la idea de que su amigo se lastimara. Emily se sintió enternecida, y no le quedó más remedio que salir al rescate de la situación.

—Estoy segura de que sí puedes, Thomas —le dijo—, aunque es cierto que es la rama más alta que he visto. Mi hermano Elton una vez se subió a una casi tan alta... ¡oh, no!, bueno... mejor dejemos eso ahí. Seguro que a ti te sale mejor.

La curiosidad del niño se fijó en Emily.

—¿Qué ocurrió con Elton?

—Oh, nada importante, además mi hermano Elton siempre fue algo torpe... bueno, en realidad es el mejor trepador de California, pero eso no quita que un día malo lo tenga cualquiera. —La señorita Grant seguía dando vueltas a su anécdota, y Colin intentaba no reír para no romper el impacto. Thomas comenzaba a replantearse que quizá, subir a la rama más alta podría no ser una buena idea.

—Es cierto —intervino Lord Webb—, puede que los californianos nos ganen en estas andanzas, pero eso no quiere decir que sean los mejores en

todo. Quizá Thomas sea mejor trepador.

—Sin duda —coincidió Emily—, así que, Thomas, solo pon atención cuando pises la rama para que no te pase lo que a él, y estoy convencida de que todo irá bien.

—Pero no me has dicho qué le pasó —se quejó el niño.

—Se cayó —comentó la señorita Grant—, nada grave, solo se quebró una pierna, ahora apenas se le nota la cojera, a veces tiene que usar el bastón. Y la recuperación fue rápida, catorce meses de reposo en cama. ¡Fue muy positivo!, mejoró todas las calificaciones en sus estudios, como no podía hacer otra cosa que leer...

—Chelsea... —cambió de tema el niño de manera abrupta—, vayamos a pescar ranas.

—¡No te atrevas a lanzármelas como hiciste la última vez!

—No, se las lanzaremos a Daphne. Ven...

Y sin más, los niños dejaron la terraza.

—Me he quedado con la intriga —comentó Colin, cuando quedaron a solas—, ¿qué le sucedió al pobre Elton? —Ambos rompieron en risas, a sabiendas que la historia era por demás de falsa.

—Hubiera usado a Zach, así podías divertirte tú también, pero Thomas notaría que no renguea y perdería el impacto.

—Se te dan bien los niños... —observó Lord Webb y la miró con intensidad. Las mejillas de Emily ardieron de inmediato, la voz del hombre transmitía admiración y un profundo anhelo difícil de dilucidar.

—Hay muchos en mi familia, somos numerosos, cada generación saca un mínimo de cuatro... una se acostumbra. —No sabía qué contestar, los ojos de Colin seguían fijos en ella. Emily podía jurar que algo acuosos y la llamaban a esas profundidades por siempre.

—Serás buena madre. —Tras ello, se puso de pie para dejar la terraza. La señorita Grant no entendía la declaración de Webb, ¿a qué había venido todo aquello?

Colin necesitaba poner distancia, Emily lo destruía para volverlo a construir. Una y otra vez, y su corazón ya no lo soportaba. La escena de recién con Thomas le recordaba que ella no era una mujer para él, que si la quería... ¡oh, Dios, sí que la quería!, entonces debía alejarse, permitirle ser feliz, formar una familia hermosa. Él lo sabía, incluso en esos matrimonios concertados, por intereses y contactos, se podía hallar la felicidad. Solo debía encontrar al indicado para la señorita Grant, y hacerse a un lado. Ambas cosas

parecían una odisea: no había hombre a la altura de Emily y dejarla ir le costaría la vida.



Emily durmió apenas un par de horas esa noche. Las palabras de Colin se repetían como un eco en su mente, y, sin desearlo, creaban sueños, esperanzas y anhelos. Lo había visto en sus ojos, en la forma llena de cariño con que la miraban, y en sus dichos: «serás una buena madre».

Debía reconocerlo, pese a que, al parecer, casarse y ser madre era el destino de las mujeres, ella no lo había contemplado jamás. Le gustaban los niños y, como bien había dicho Webb, se le daban de maravillas. Pero eran sobrinos, primos, vecinos, los hijos del capataz, de los peones, de los socios de su padre. ¿Propios?

No se negaba a eso, no. Solo que quería vivirlo como un anhelo y no como una imposición. Formar una familia significaba para ella más que nueve meses de embarazo, se trataba del hombre indicado, de la decisión correcta y de formar una sólida unión que pudiera enfrentarlo todo. ¿Cuántos integrantes? No importaba, los que Dios quisiera.

Llevaba un par de meses desde que conocía a Colin, desde que había posado los ojos en él, se había petrificado y supo que jamás sería suyo. Entonces, ¿por qué le había dicho eso? ¿por qué resaltaría en ella un atributo que la haría «buena esposa»?

Mentirse era en vano, su corazón se lo impedía. Amaba a Colin Webb y comenzaba a tejer ilusiones en torno a él.

—Buenos días, señorita —la saludó la doncella. La mujer asignada era amable, y se había percatado de que la joven Grant era madrugadora, por lo que llegaba a la recámara al alba—. ¿Quiere desayunar aquí?

—No, esperaré.

La ayudó a refrescarse, y a vestir un traje de día.

—Me pondré ese —señaló Emily una de las confecciones de Rebecca Deen, un traje liviano, de muselina verde jade y crema, con un delicado estampado cual acuarelas que formaban calas en la tela. La elección no perseguía solo el fin de la vanidad, aunque fuera uno de los vestidos que mejor

le quedaba; la comodidad era el objetivo. La falda le permitía reemplazar el miriñaque por una enagua almidonada, que tenía un extra de capas en la cadera, y el corsé era completo, hasta los pechos, que los elevaba y les impedía que se movieran producto de la gravedad.

Estaba algo cansada, por las pocas horas de sueño y por sus actividades secretas, pero no impediría que ese agotamiento se interpusiera en su determinación. Menos después de la tarde de ayer junto a Colin.

—Se encuentra radiante, señorita —convino la doncella—, ¿puedo sugerirle algo?

—Sí.

—Permítame hacer un recogido simple y decorarlo con flores naturales... sé que usted tiene muchas cosas bonitas, pero...

—Las flores quedarán muy bien, gracias, Sue. —La doncella se marchó y regresó de inmediato con un ramillete de pequeñas paniculatas y crisantemos que colocó entre las dos trenzas que armaban un moño en lo alto de la coronilla de Emily. Lucía como una ninfa, y así se sentía. Segura, confiada... enamorada.

Bajó a desayunar con una sonrisa, que permaneció allí cuando Colin se hizo presente y se petrificó en el umbral ante la imagen de Emily. Ya no dudaba de su belleza, hasta había sabido verla cuando estaba cubierta de joyas que le opacaban el brillo natural. Sin embargo, la muchacha que ahí relucía solo para él era otra señorita Grant, era la joven californiana, el verdadero tesoro descubierto en las minas del oeste americano. Le devolvió la sonrisa, y avanzó firme hacia ella recordando que él no era tímido ni inexperto en temas femeninos.

—Buenos días, señorita Grant. Luce despanpanante.

—Muchas gracias, milord.

—¿No me devuelves el cumplido? —bromeó él mientras se servía té. Aprovechó que se encontraban casi a solas, su padre leía el diario en una mesa a unos metros de ellos, para volver al tuteo—. ¿Acaso he perdido mi encanto? —Simuló buscar su reflejo en el vidrio, y Emily rio de buena gana.

—No es eso, es la falta de contraste, Colin —dijo con franqueza—. Si siempre te ves bien, nos dejas sin poder remarcar el cambio. Sirve tu té, y deja de vanidades. Por cierto, la leche está en la otra mesa, al parecer hay un gato ladrón en las inmediaciones...

—Oh, el gato de Ezra. Es ladrón y arisco, pero bueno para combatir las plagas. —El animal se había robado parte del desayuno y ahora dormía la

siesta bajo los primeros rayos de sol. Colin buscó la leche para su té, y se preguntó cuándo habían llegado a conocerse tanto con Emily como para saber sus preferencias. Era la segunda vez que la muchacha se adelantaba a sus necesidades, con el coñac y ahora con la forma en que bebía su desayuno. ¿Y él?... Él también la conocía, por eso había aclarado al ama de llaves que tuviera siempre café, porque la señorita Grant lo prefería, también con un poco de nata, y que a veces optaba por repetir la infusión fuera de hora, cuando sentía que las energías menguaban.

Lo lógico sería que fuera junto a Arthur, que compartiera las noticias de *The Time* para embeberse de las tareas que le tocarían en unos años. La vida de los lores era ociosa debido a eso, a que solo el portador del título tenía responsabilidades y los demás vagaban por la vida a la espera de la muerte de un pariente. En lugar de acercarse al conde, optó por regresar en compañía de Emily. Antes de que pudiera encontrar el tema propicio para conversar, Zachary y Daphne, rompiendo la armonía del momento, hicieron un triunfal ingreso junto a Sandra y Lady Marion.

—¡Qué bello día! —exclamó Daphne, y Colin buscó a Emily con la mirada para reír en silencio. Comentario del clima para romper el hielo, tuvieron que esconder las sonrisas tras los bordes de sus respectivas tazas—. ¿Qué podremos hacer hoy? ¿Caza?, ¿criquet?, ¿carreras?

—¿Competencia de puntería? —propuso Emily, como al pasar. Webb volteó el rostro hacia ella, y sintió el tirón en las cervicales. No, no su señorita Grant. No soportaría que ella se uniera a las burlas en su nombre. Se sabía un buen tirador, pero no estaba tan confiado como para ganarle a Zachary. Además, el muy malnacido siempre conseguía hacer alguna trampa para salirse con la suya.

—¡Muy buena idea, Emily! —coincidió Zachary, a sabiendas de que era muy bueno disparando.

—Sí, creo que hay algunos blancos en el altillo... —agregó Daphne.

—¿Blancos? —Las cejas de la señorita Grant se alzaron—, cualquiera le pega a algo quieto. —Zach se mostró estupefacto. No, su hermanita no se había aliado a él, tramaba algo, podía adivinarlo en la picardía de su voz y en el brillo diabólico de su mirada. A su lado, Colin la observaba igual de sorprendido, y Zachary quiso darle un buen golpe en la nuca, a mano abierta, para que dejara de babear en la mesa mientras le miraba la boca a Emily.

—¿Qué propones? —Daphne era la única que no había notado el cambio en la californiana.

—Al plato, porque no me gusta cazar. ¿Qué culpa tienen los animales de nuestro aburrimiento?

—Me parece una gran idea —se entusiasmó Daphne.

—¿Sí? —Emily mostró una exagerada sorpresa—. No sabía que eras buena disparando. —La sonrisa se amplió, y la de Colin la imitó. Alzó los celestes ojos hacia su hermana para deleitarse con su expresión de horror.

—¿Yo?

—Claro... dos contra dos. Zachary y tú, contra Colin y yo...

—¡Eso es absurdo! —se indignó el joven Grant.

—¿Asustado, Grant? —Lo picó Webb, y Emily escondió la risa tras la servilleta.

—No es cosas de damas... —Aceptó Daphne, que de pronto le importaban mucho las normas.

—Bueno, bueno —Emily lo lanzó con condescendencia—, supongo que era demasiado para ustedes. Como bien lo dicen las reglas del deporte, si un contrincante abandona, se da por ganado al equipo que sigue en pie. Tenía razón, Lady Daphne. ¡Qué bello día! Más cuando se empieza con una victoria.

—No has ganado nada, Emily. —Zachary mordió la manzana.

—Eso quiere decir...

—Compitamos a tiro al plato. —Daphne mostró horror, odiaba las armas. Emily y Colin sonrieron satisfechos, y compartieron miradas cómplices.

Oh, sí. Esa era la versión de Emily Grant que le robaba el sentido, el corazón y que lo dejaría en la lona. Y mientras caminaba hacia los jardines, supo que jamás se arrepentiría de haberla conocido.

—¡Tengo el sol de frente! —se quejó Zachary al fallar el tiro.

Las reglas del juego eran claras, uno del equipo A lanzaba el plato para que uno del B disparara, y viceversa. Debían turnarse, misma arma, misma posición, misma distancia.

Colin comenzaba a reír tanto que le dolían las costillas. No imaginaba que hacer «un poquito» de trampa fuera tan divertido.

—Oh, deja de llorar, Zach, ¿no decías tú que en Inglaterra el sol no existe? —se burló Emily

—Tu turno, ya veremos. —Colin se hizo a un lado, su presencia rompía el encanto de ver a la señorita Grant con un arma de caza calzada en el hombro,

un rostro tenso por la concentración y una mirada celeste que de pronto parecía la de un águila. Zachary intentó una de sus jugarretas, lanzar el plato en arco en lugar de hacia arriba, Emily adivinó el movimiento. Siguió el trayecto, y como una gran física, que calculaba el aire, la resistencia y la trayectoria en un milisegundo, efectuó un disparo preciso al medio del platillo.

—Creo que eso hace... —simuló calcular.

—Doce a tres, señorita Grant —confirmó Webb—. Quedan tres.

Le tocaba a Daphne, era en vano, el marcador no cambiaría. Zachary intentaba que al menos, con la intención de explicarle a la joven dama, pudiera despertar los celos del hermano. Al fin de cuentas, debía rodear el cuerpo de la muchacha con el suyo, sostenerla de los brazos, acercar el rostro demasiado para unir las miradas en un punto... Colin no se mostraba alterado, al contrario, empezó a molestarlo con lo mismo. El disparo de Daphne falló, y fue el turno de Lord Webb.

—Señorita Grant, ya que soy tan humilde como para aceptar que los americanos son mejores, bueno... las americanas... ¿sería tan amable de ayudarme con este tiro? —Zachary ardía, el intento de ponerlo celoso le volvía cual dardo venenoso. Emily se acercó a Colin, y el muy malnacido simulaba no saber disparar para que la muchacha le indicara cómo tomar el arma, cómo apoyarla en su hombro y cómo calcular el retroceso de la misma.

Lady Webb debía lanzar el platillo, y el miedo también la alcanzaba cuando le correspondía esa tarea. No quería correr riesgos, por lo que lo lanzaba lo más alto y lejos de ella que le era posible, lo que conseguía que el maldito estuviera en los cielos demasiado tiempo, brindándole al tirador la posibilidad de calcular bien la trayectoria. Colin sabía disparar, y pese a su jueguito con Emily, cuando apuntaba lo hacía con precisión. Quizá podía llegar a fallar un blanco difícil, algo que los de Daphne no eran.

—Catorce... ¡Es una excelente profesora, señorita Grant!

—Gracias, milord, lo intento. —¡Oh, si volvían a compartir un guiño de ojos cómplice, le pondría uno de ellos en compota!, juró Zachary. No le molestaba perder contra su hermana, era una sentencia segura. Antes de adentrarse en los jardines conocía el resultado, Emily era la mejor Grant con armas. Benedict le había enseñado de muy pequeña, a sabiendas que el oeste era duro con las mujeres y debían aprender a defenderse de los sabandijas y aprovechadores que lo merodeaban. Lo que no iba a soportar era ese coqueteo de Lord Webb que hacía brillar la mirada de su hermana, porque si le rompía el corazón a la pequeña Emily, él le rompería cada hueso de su fino y esnob

cuerpo británico.

Quedaban dos tiros más. Uno de Zachary y el de Emily para cerrar.

—¡Ay! —gritó la muchacha al lanzar el platillo con giro, como un trompo, al cielo—. Creo que me he roto una uña. ¡He lanzado tan mal! ¿Quieres que repita, Zach? Creo que has fallado por mi culpa.

—Vete a...

—Ojo, señor Grant. Hay reglas que ni en el deporte se pueden romper —lo interrumpió Colin—. Dejemos a la muchacha disparar, y recuerda que, aun habiendo perdido, has ganado. —Lo burlón del tono hizo que la mandíbula del californiano se tensara—. Me inclino ante los americanos y sus habilidades. —Y reverenció a Emily, quien tomaba el arma en ese instante. Zachary ni se gastó, la diferencia era insalvable. Arrojó el platillo sin ganas, el mismo apenas se elevó un metro por sobre su cabeza, lo que hacía al disparo muy riesgoso. Si Emily fallaba, podía terminar en desgracia.

Emily jamás fallaba.

—Quince a tres. Ahora ¿qué les parece si hacemos un picnic y dejamos esta chiquilinada de las competencias?

—Una gran idea —coincidió Daphne, que estaba aturdida, asustada y con ganas de tomar unas relajantes vacaciones de las vacaciones—. Iré a pedir que nos preparen las canastas. Hay un lugar, junto al lago que es un sueño...

—¿Se puede nadar? —inquirió Zachary, y Webb asintió—, ¿qué tan bueno es nadando, milord?

—Mejor que usted, sin duda.

Emily puso los ojos en blanco, pero cuando se giró, Colin le guiñaba el ojo. No, no volvería a intentar demostrar quién era mejor, británicos o americanos, él tenía la respuesta: Emily, sin importar la nacionalidad, Emily.

Capítulo 9

Lo que ocurría dentro del corazón de Emily Grant ya no podía contenerse, llevaba semanas sin hacerlo, bastaba mirarla para interpretar la intensa naturaleza de sus sentimientos. Del otro lado de la ecuación, lo percibido era diferente. Colin Webb seguía igual de perfecto, radiante, con un corazón inalterado y un deseo no manifiesto hacia la americana.

Mentira. Una gran y perfecta mentira. Por dentro dolía, cada vez más.

Colin llevaba días maldiciendo, ni bien puso un pie en la casa de verano, presintió la inminente tragedia que acosaría a su corazón: Emily.

No estaba midiendo las consecuencias, su madre ya se lo había expresado, y tenía razón, no lo hacía, porque su corazón se desgarraba en silencio, ahí, en la soledad de su habitación como cada noche, posiblemente, desde que la había tomado de la mano por primera vez.

Años construyendo lo que era, un mujeriego sin planes serios a futuros. Por supuesto que eso era desestimado por todos, era cuestión de tiempo decían, cuando recibiera el título de conde la unión en matrimonio sería sí o sí un requerimiento para él, porque dentro de sus nuevas responsabilidades se encontraba una muy importante, la de engendrar el heredero que mantuviera intacta la línea sucesoria.

No sucedería, ni con Anne, ni con ninguna otra mujer, y ese recordatorio latente le destrozaba el alma, porque ahí... ahí debía incluir a Emily Grant.

El sabor amargo de la tristeza le quemó la garganta. Abandonó la cama para comprobar la intensidad de la noche. La espesa oscuridad se matizaba con suaves tonos luminosos, el alba estaba próxima a llegar. Conciliar el sueño era una tarea bastante difícil en esos días, saber que bajo eso mismo techo se encontraba la mujer que despertaba cada fibra de su ser convertía al descanso nocturno en una travesía. Tenía dos alternativas, relegarse al encierro y a sus pensamientos hasta que el resto de la familia amaneciera, o abandonar la prisión silenciosa de su recámara para combatir el insomnio con algo más productivo. Optó por lo segundo.

La cocina fue su primer lugar de paso, contaba con que Esther, la cocinera, ya estuviese despierta. No se equivocó, estaba iniciando los preparativos del desayuno, junto ella se encontraba Joyce. Las dos murmuraban por lo bajo, la doncella estaba feliz, exhibiendo ante ella su mano. El fuego encendido puso en evidencia lo que tenía a las mujeres en un aparente estado de ensoñación: un anillo, uno costoso, que Colin reconocía a la perfección. Ese anillo encerraba en el centro de su esplendor las lágrimas de Emily.

—¿Qué tienes ahí? —demandó sin un gramo de cortesía. Estaba cansado, malhumorado, y para colmo de males, todo a su alrededor parecía complotar para regresar a Emily a su pensamiento.

La sorpresa sobresaltó a las mujeres que no habían percibido presencia alguna, giraron con torpeza, y Joyce, que sabía no había cumplido la promesa hecha a Ezra —solo puedes utilizar ese anillo una vez que los señores se hayan marchado— dejó caer la pieza de joyería al suelo. Colin se apropió del anillo. Sin lugar a dudas, era de Emily.

—¿Cómo ha llegado esto hasta ti, Joyce?

—Yo... yo —titubeó la muchacha casi al límite de las lágrimas.

No pretendía acusarla de robo, ni a ella ni a nadie, la mayoría de los empleados llevaban décadas al servicio de los Sutcliff, y los más jóvenes, como en el caso de Joyce, heredaban el puesto.

—Tranquila, niña... solo di la verdad. —Esther decidió intervenir.

—Pero le prometí a Ezra... —masculló en dirección a la mujer.

—¿Ezra? ¿Qué tiene que ver en todo esto? —Intentó disminuir su notorio fastidio que nada tenía que ver con la doncella.

Las lágrimas arremetieron contra los ojos de la joven, Esther le entregó su consuelo, le hizo tomar asiento en la banqueta cercana al fuego, y respondió por ella:

—Ezra se lo obsequió.

—¿Cómo va a obsequiar algo que no le pertenece?

—¡Sí, le pertenece! La americana se lo dio. —Joyce defendió a su prometido.

¿Qué se había perdido? No entendía nada. Tal vez era la falta de descanso... tal vez...

—¿Te refieres a la señorita Grant?

—Sí, la muchacha rellenita... la que sabe cabalgar —confesó enjugándose las lágrimas.

Colin se arrodilló para que su rostro coincidiera con el de la doncella, con

delicadeza, la intimó a que lo mirara.

—Quiero tratar de entender lo que dices, pero se me está haciendo difícil, ¿podrías explicarte, Joyce?

—Ezra va a enojarse —alegó ella a sabiendas de que rompería la promesa entre ambos.

—No, no lo hará, yo hablaré con él, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Esther le entregó un vaso con agua, y tras unos sorbos, puso en claro lo sucedido. Emily llevada días, mejor dicho, madrugadas, tratando de domar a Jafar. Lo estaba haciendo con la complicidad de Ezra, a quien había comprado con ese anillo en particular.

Como era de esperarse, se enfureció al oír tal locura, y abandonó la cocina rumbo a las caballerizas. ¿Por qué diablos no lo sorprendía? Porque Emily estaba en el medio y era igual de indomable que el caballo. Ya encontraría la manera de reprenderla sin doblegarla, ni limitarla, no pretendía ser esa clase de hombre para ella. En cuanto a Ezra, él sí lo escucharía. ¡Que locura, permitirle acercarse a Jaf...!

¿Locura? La única locura allí era Emily bajo los últimos rayos de la luna, esos que se enfrentaban a una pelea perdida contra los del sol. La única locura allí era cómo su cuerpo reaccionaba ante ella, cómo su corazón la llamaba con sus latidos.

«Imáginala en pantalones». ¡Maldición, no era necesario imaginarla más!

Se encontraba sola, en el gran corral de entrenamiento, calzando botines, pantalones y una rústica camisa de hombre que no hacía más que destacar sus pechos libres de corsé.

Estaba condenado. No volvería a conciliar el sueño jamás, no después de esa imagen.

Por primera vez podía gozar de sus increíbles caderas y nalgas que luchaban contra la tela exigiendo su liberación. Era una diosa de cabellos rubios, piel blanca como la luna y curvas amplias y extensas como las montañas del desierto californiano.

Semanas atrás lo había pensado, no era su boca, era todo ella, ahora lo confirmaba. Los vestidos jamás le harían justicia, su cuerpo demandaba otras atenciones, unas que las absurdas reglas británicas jamás comprenderían, unas que, desde esa distancia, reclamaban sus caricias.

Era un perfecto amante, y tal destreza la había conseguido de la mano de una infinidad de mujeres, había aprendido a saciarlas, colmarlas, con el fin de que disfrutaran al igual que él. Ese aprendizaje tenía un fin. Todas las mujeres

con las que había estado lo habían preparado para ella.

—¿Con qué quieres jugar, muchacho? ¡Pues juguemos!

La conversación entre Emily y Jafar llegó a sus oídos gracias a la colaboración de la brisa de primera mañana. No deseaba interrumpirlos, podía ver que estaban disfrutando de un buen momento. Jafar no era Jafar... así como él ya no era el Colin Webb de meses atrás. La culpa recaía en manos de esa dulce americana, todo lo que tocaba cambiaba. Existía un antes y un después de Emily Grant.

En silencio, utilizando los árboles como refugio, se acercó lo más que pudo al corral de entrenamiento. Jafar corría rodeando el limitado espacio, y Emily lo hacía a su par. No... era al revés, Emily corría y Jafar la seguía. Cuando ella se detuvo, él la imitó. Al cabo de unos segundos, el animal sacudió la cabeza de un lado al otro. Resoplaba, Colin podía oírlo.

—No, olvídale... ya está por amanecer —lo retó ella.

Jafar pateó la tierra con su pata derecha.

—¡Ey, ya hablamos de esa actitud! —dijo acariciando su hocico.

La reacción en Colin fue lógica, nadie se acercaba a los dientes de Jafar sin recibir una mordida. Abandonó las sombras para ir en su ayuda si algo ocurría... Algo ocurrió, Emily depositó un beso entre sus ollares, Jafar cabeceó contra su pecho con mucha delicadeza.

—Está bien... pero solo por unos minutos —le ordenó como una madre que estaba dispuesta a ceder ante el primer capricho—, y aquí, dentro del corral.

¿Qué pretendían hacer? Jafar no llevaba montura ni bocado con riendas.

La falta de equipamiento no fue un inconveniente para ellos. Emily se ubicó al lado del corcel, acarició su pata izquierda de arriba a abajo, cuando llegó a su casco, con suavidad, forzó la articulación, y Jafar se dejó caer al suelo flexionando por propia voluntad su otra pata delantera. Colin se deleitó con el primer atisbo de rendición del caballo, la fascinación lo mantuvo inmóvil, dispuesto a presenciar lo que seguiría.

Con un movimiento que inició como caricia, empujó el vientre de Jafar hasta que este se echó de costado contra la tierra, una vez entregado por completo, sorteó el abismo de su lomo con su pierna hasta quedar en una v invertida sobre él. Enredó las manos en sus crines...

—A la cuenta de tres, muchacho... sé delicado, ¿sí? —Le brindó una última caricia al cuello y—: Uno... dos...

La cuenta no llegó a su fin, Jafar se reincorporó con un agregado a cuestas:

una Emily que reía a carcajadas.

—Tramposo... ¡eres un tramposo! Deberías llamarte Zach...

A pelo, así cabalgó, recorriendo el corral una y otra vez.

—O Jonathan, o Louis —continuó entre risas—. Elton no, él es diferente, de seguro te agradecería al instante.

Caballo y amazona, eso eran. Se pertenecían, habían nacido el uno para el otro. Jafar había encontrado a su jinete, y por esas cosas de la vida, Colin había hallado a la mujer de su vida en ese jinete también.

Las sombras lo expulsaron de su resguardo motivadas por el deseo que lo gobernaba. Avanzó hasta llegar al límite del corral, se apoyó contra el vallado. Su cercanía pasó desapercibida para Emily, no así para Jafar, que se detuvo de repente.

En medio de los restos de oscuridad de la madrugada, Emily halló un cuerpo que le era más que familiar. Colin saltó el vallado para encaminarse a ellos.

—¿Estás enojado? —preguntó, no podía ver del todo bien su rostro, todavía se encontraba a un par de metros.

—¿Tú que crees?

—No lo sé, no puedo distinguir tu expresión. —Acarició a Jafar, la reacción del animal siempre era de nerviosismo ante cualquiera que no fuese ella—. Tranquilo, muchacho. —Se acercó a su oreja para murmurar—. Es Colin... —Para sorpresa de ambos, el nerviosismo desapareció en el animal al olfatear la presencia.

Cuando Colin estuvo junto a ella, volvió a repetir:

—¿Tú que crees?

La luz que provenía de las caballerizas le iluminó el rostro. Estaba hermoso e inmaculado como siempre, a excepción de su vestimenta; llevaba chaqueta sin chaleco, y su camisa estaba abierta hasta la altura del nacimiento del vello en su pecho. Lucía relajado. Definitivamente, no estaba enojado. ¿O sí? Sus labios tensos la hicieron dudar.

—No lo sé, me desconciertas —dejó escapar con resignación.

—No, tú me desconciertas. Ven... —Le entregó la mano para ayudarla a descender.

Sin oponer resistencia alguna, se aferró a él, y de un salto se arrojó al suelo sin ser consciente de que, al hacerlo, caía directo en sus brazos. Colin, semanas atrás, desde aquel beso robado, se había forzado a sí mismo a una promesa, nunca dejaría pasar una oportunidad con ella. Y ese momento era la

oportunidad que llevaba soñando despierto desde hacía noches. Envolvió su cintura con uno de sus brazos para atraerla a él, no quería ni un centímetro de separación entre ellos, y con su mano libre, le recorrió el cuello con un delicado contacto.

—Me desconciertas, Emily... y eso puedo tolerarlo, lo demás, no.

No existía vuelta atrás, en especial cuando de sentimientos se trataba, cuando los corazones hablaban.

—¿Lo demás?

¿Era acaso un sueño? La respiración de Colin se mezclaba con la suya, el calor de su cuerpo se fundía con el de ella. ¿Dónde comenzaba un cuerpo y dónde finalizaba el otro? ¿Quién era ese hombre que la abrazaba como un poseso? ¿que estaba a pasos de besarla? ¡Dios, tantas preguntas!

—Lo demás eres tú, y nada más que tú, Emily —confesó sobre su boca, y la besó.

No fue un roce de labios... No fue un beso que apenas podía llamarse beso... fue la entrega más profunda jamás vivida, jamás contada. Existían historias de amor, reales y ficticias, con momentos únicos, pero ninguno de ellos le hacía justicia a ese encuentro de labios. ¡No, por los cielos que no! Si hasta Jafar sintió la necesidad de tomar distancia para brindarles intimidad.

El amanecer se vistió de rojo pasión, y la brisa se hizo pesada, porque llevaba el peso de un amor inesperado... un amor añorado.

Los labios se fundieron, se reconocieron, y el amargo sabor de la tristeza que quemaba la garganta de Colin encontró su contrapartida en el dulce elixir de la humedad de Emily. Las caricias se sumaron al deseo, a la confesión. Las de él recorrieron su espalda, su nuca. Las de ella, su pecho, su cuello. La tortura fue el esperado desenlace, la pasión había ganado terreno, mordieron sus labios, posiblemente para demostrarse que no estaban soñando, que eso era real.

Por desgracia, esa realidad abofeteó a Colin a pasos de la locura total, una que le susurraba al oído: ¡Hazla tuya... aquí y ahora, hazla tuya!

La fría distancia separó a los cuerpos. Se miraron, incrédulos de lo que había sucedido, deseosos de más.

El corazón de Emily latía desenfrenado, y la imagen de sus redondos y rellenos pechos subiendo y bajando, víctimas de una respiración en iguales condiciones, puso en jaque a Colin. No podía mirarla. ¡No, no podía!

—Lo siento —dijo caminando de un lado al otro como un animal enjaulado.

Estaba furioso con él, se acercó a la valla para golpear con su puño uno de los postes.

—¡Colin! —Emily corrió a su lado para examinar sus nudillos.

El golpe había sido muy fuerte, y la piel se rasgó en un par de pequeños cortes. Emily hurgó en su bolsillo hasta dar con pañuelo, lo utilizó como provisorio vendaje.

—No, no lo sientas... —le murmuró—, yo no lo hago. Solo dime ...

—¿Qué? —la interrumpió porque la culpa y el deseo lo atormentaban.

—¿Qué significa?

—Un beso... eso significa, Emily.

Le mentía, significaba todo. Los ojos le brillaron, no pudo ocultarlo.

Emily era una especialista en el arte de contener los sentimientos, el claro ejemplo era él. El amor que sentía por Colin la desbordaba, al punto tal que la ahogaba. Conocía el fin de eso... no lo quería para ella, no lo quería para él.

—Mientes, y lo sé porque lo he sentido. Estamos solos, Colin, sin Zach ni Daphne ni sus estúpidas apuestas... —Fue en busca de sus ojos—. Dime, necesito saberlo ¿qué significo yo para ti?

¡La maldita pregunta! ¡Maldición! Colin se odió, y si no fuese porque el cuerpo de Emily se interponía entre su puño y el poste, volvería a golpear. Golpear hasta hacerse añicos los huesos, porque prefería el dolor del cuerpo antes que el dolor del alma.

—No quieres saberlo.

—Te equivocas, no solo quiero saberlo, sino que te exijo que me lo digas... si mi corazón se va a hacer trizas contra el suelo, que sea ahora, aquí mismo, frente a ti.

Podía tolerar su dolor, no el de ella. Lastimarla no estaba en sus planes, como tampoco lo había estado enamorarse de ella.

—No, Emily... no me digas eso, no puedo cargar con el peso de tu dolor.

—¡Demasiado tarde, Colin!

Emily se hacía responsable de su parte, nadie la había obligado a amarlo, su corazón, solito, lo decidió; pero él, el maravilloso joven lord, futuro conde, el amante mejor posicionado de Londres, también tenía la suya.

—Yo no soy ese poste, Colin... yo siento, y lo que comenzó como una simple caballerosidad de tu parte para no sentirme fuera de lugar, se convirtió en algo más, y tú y yo lo sabemos.

No callaría, le entregaba su corazón de una vez y para siempre, lo que él hiciera quedaba en sus manos. Ella, de una manera u otra, sobreviviría. El

silencio en él la forzó a continuar:

—Al principio lo acepté... me lo repetía cada noche, antes de cerrar mis ojos, porque sabía que mis sueños tenían un solo protagonista: tú. Por eso me decía, jamás te verá como una mujer, jamás. —En su memoria estaba grabado cada momento, cada palabra, cada encuentro de miradas—. Pero un día, esa percepción cambió, tú lo hiciste... tus miradas, el roce bajo la mesa, la búsqueda de los momentos a solas, las charlas banales que tenían como objetivo detener el tiempo entre nosotros. ¿Acaso estoy equivocada? Dímelo, por favor, dímelo.

Lo que tenía que ser la más hermosa confesión de amor era la más cruel de las condenas. No podía darle lo que ella necesitaba, lo que merecía, era un hombre incompleto...

—No, no estás equivocada —dijo y dio un paso atrás. El perfume de su piel lo inundaba, si continuaba a su lado, enloquecería.

—¿Entonces? ¿Qué clase de juego macabro es este? ¿Acaso es alguna absurda competencia de la cual no soy partícipe? Porque de ser así... ¡Mis felicitaciones, ganaste, Colin!

Las lágrimas le inundaron los ojos, el comportamiento de Colin ponía en el ojo evaluador aquellas palabras hirientes de Lady Anne. No era suficiente, para él y para la maldita nobleza británica siempre sería una atracción de circo.

El corazón de Colin se estrujó ante su llanto, la distancia que él mismo se había procurado por el bien de sus sentimientos dejó de existir. Fue hasta ella e hizo a un lado las lágrimas con la yema de sus dedos.

—No, por favor, no llores.

—¿Y qué esperas que haga? Dímelo —gimoteó, tenía más lágrimas atoradas en la garganta.

—Que me perdones...

En esa oportunidad, la que tomó distancia fue ella. Principio o final, demandaba alguno de los dos.

—Llegué a Londres con un motivo, encontrar un esposo. —Fue en busca de Jafar, que se hallaba en el otro extremo del corral, acariciar al animal la tranquilizaba. Continuó cuando su mano hizo contacto con el tibio pelaje—. Mi única obligación familiar fue y sigue siendo esa, casarme. Estaba dispuesta a un matrimonio sin amor... más aún cuando recibí la primera apreciación por parte de los hombres ingleses: mi belleza, mi figura no cumplía con los estándares de la nobleza. Al cabo de unos días descubrí que las demandas de

los nobles disminuían de la misma manera que lo hacían sus rentas anuales. Matrimonio por conveniencia... sí, lo acepté, o, mejor dicho, lo acepté hasta que llegaste tú. ¿Por qué no puedes ser tú ese hombre, Colin? ¿Por qué no quieres casarte conmigo?

Hacía las preguntas perfectas. ¿Por qué...? Si él también la amaba, la deseaba como nunca antes había deseado a otra mujer.

—No es cuestión de querer, Emily.

—Esa no es una respuesta, Colin, no seas políticamente correcto conmigo. —Le entregó la fría imagen de su espalda. Perdía las fuerzas, no podía enfrentar su desamor.

Tenía razón, una respuesta sincera involucraba aquel fragmento de su vida que pretendía ocultar, pero, si quería su perdón, debía abrirle su corazón en su totalidad, y eso significaba compartir su secreto con ella.

—Jamás podría hacerte feliz, Emily, jamás te sentirías una mujer completa a mi lado.

Hubo dolor en sus palabras, y ese dolor surcó el aire para impactar de forma directa en ella.

—¿De qué hablas? —Se giró hacia él.

Dejar salir a sus demonios, eso tenía que hacer. Respiró profundo, y se recordó que la mujer que estaba ante él era Emily. Ella era el ángel que, en secreto, se enfrentaba a ellos.

—Sé que el rumor de que soy un mujeriego sin cura recorre todo Londres, en parte es verdad, y en parte mentira... no es el instinto de libertinaje lo que me lleva a eso, sino otro... —La expresión de Emily reclamaba más información—. Mi relación con ellas ha comenzado de la misma manera, con el mismo contrato de mutua aceptación de por medio, si alguna de ellas quedaba embarazada... la convertiría en la futura condesa de Sutcliff.

El silencio en Emily le sentó fatal. Esperó, esperó alguna pregunta, alguna reacción.

—El listado de mis examantes es muy largo, Em... si quieres puedo dártelo.

«Jamás te sentirías una mujer completa a mi lado». Finalmente le encontraba sentido a sus palabras. Colin Webb no podía concebir un heredero.

—Ahora comprendes por qué no puedo convertirte en mi esposa.

Comprendía todo, menos eso último. Le parecía un gran absurdo.

—No, no lo comprendo.

—Em, por favor...

¿Qué más tenía que decirle para convencerla de que él no era el hombre que se merecía?! Ella se merecía el cuadro completo, esposo, hijos, felicidad.

Emily entendió que para ganar esa idiota batalla, debía atacar con su arma más potente, aun a costa de salir herida.

—Te amo, Colin.

¡Maldición, Emily! Colin se estaba rompiendo en mil pedazos.

—No puedo darte una familia... ¡Entiéndelo!

—¡No, entiéndelo tú! —En un par de pasos estuvo de nuevo ante él—. No te amo por lo que me puedes dar o no...

—Eso lo dices ahora, Em —la interrumpió con la pena atorada en la garganta—. Luego, cuando los años pasen, cuando a tu alrededor la vida nazca una y otra vez, comenzarás a odiarme...

Lo abofeteó, porque odiaba su estúpido pensamiento y su terquedad.

—¡Colin Webb, no vuelvas a opinar por mí! ¿has oído?

—Lo harás, sé que lo harás.

Volvió a abofetearlo. Una vez y otra vez... ¡Alguien tenía que hacerlo entrar en razones!

Él la detuvo tomándola de las muñecas, las llevó contra su espalda para así aprisionarla. Ella luchó, y el roce incrementó la tortura. Las palabras de amor dichas por ella, las calladas por él... y el deseo, el deseo latente que lo embriagaba. Emily era todo lo que una mujer debía ser, y Colin se sentía medio hombre. Incompleto. Ojalá su condición se hubiera llevado también la lujuria, el placer, la necesidad de perderse en ese cuerpo de curvas llenas, de senos repletos que presionaban la tela de la camisa...

—Te mereces todo, Emily Grant, y yo voy a encargarme de que lo recibas.

—¿De qué... hablas? —La agitación le entrecortó la respiración y las palabras. No iba a ceder en su lucha.

—Tú misma lo has dicho... viniste aquí en busca de un esposo, y yo lo hallaré para ti.

—¿De eso se trata esto, de conseguirle un marido a la tonta americana?

—No, Em, se trata de procurar lo mejor para ti...

—Tú eres lo mejor, Colin —dijo poniendo fin a la lucha de su cuerpo.

La liberó para poder separarse de ella de forma definitiva. El alba despuntaba y, en breve, los empleados comenzarían a recorrer las instalaciones, incluyendo las caballerizas.

—Has hecho un trabajo maravilloso con Jafar. —El cambio de tema les sentó mal a ambos—. Va a extrañarte...

—¿Colin? —Emily no iba a permitir que direccionara la conversación, ella necesitaba de una respuesta.

—¿Qué? —preguntó con apenas un atisbo de fuerza en la voz. Estaba destruido.

—Te dije que te amaba.

—Lo sé —respondió y sintió el modo en que se resquebrajaba por dentro.

—¿Me amas?

El amor puede nunca hacerse palabra, pero jamás ocultarse, porque lo que la boca calla, el corazón confiesa y el alma proclama.

—Prefiero no responder. —Y esa fue su mayor declaración.

Dio un paso hacia atrás. Luego otro y otro... se marchó dejándola a solas, con su pecho abierto de par en par para él, por él.

Ella no desistiría, no ahora que comprendía que la historia de ambos no era un sueño. Para Colin, ese había sido el fin. Para Emily... un principio.

Capítulo 10

Lo que la señorita Cleveland prometía, cumplía. Las vacaciones en la casa de campo de los Sutcliff fueron reemplazadas por un nuevo plan de entretenimiento en Sameville, a unas cuantas millas de ahí. Emily encontró el nuevo destino un tanto refrescante, comenzaba a no sentirse a gusto en el hogar Webb. Desde aquella noche las cosas habían cambiado entre Colin y ella, ya no había conversaciones sin sentido, ni miradas, y los pocos momentos en donde la cercanía era imposible de evitar, él se mostraba distante, lo justo y necesario para no capturar la atención de los demás. Colin fingía, ella fingía, y la obra de teatro que juntos conformaban mantenía a los espectadores sin preguntas. Salvo por uno.

—¿Ha ocurrido algo entre ustedes? —Zachary la acorraló en su habitación mientras terminaba de preparar el equipaje.

—No. —Ese «no» le tembló en la garganta.

—No me mientas, Em. Te conozco, conozco el brillo de tus ojos...

—¿Y qué te dice el brillo de mis ojos, Zach? —lo interrumpió porque si seguía, lloraría. Disimular, eso era lo que tenía que hacer.

Colin no le había roto el corazón, había hecho algo más despiadado aún, había sembrado la semilla de la ilusión en ella. Lo había acorralado con su declaración, lo sabía, porque no era tan idiota como para amar a un hombre más que a sí misma. De ese modo, esperó la respuesta que la quebrara a la mitad, que le dijera que Colin Webb era un esnob y superficial que no se casaba con ella, que no se permitía mirarla, desearla, amarla, por su condición, por sus orígenes humildes, por su poco ortodoxa belleza, por cualquier vacío motivo. En cambio, la verdad confesada la dejaba con el pecho lleno de sentimientos, con un amor más profundo y con algo que jamás pensó que volvería a tener: un objetivo.

Comprendía las palabras de Daphne ahora, Colin necesitaba aceptarse tal cual era, y Emily creía que podía ayudarlo con tan ardua tarea. Solo una cosa debía hacer, prestarle sus ojos para que se viera a través de ellos y se

convenciera de que siempre se era perfecto para alguien.

—Que no te encuentras bien. —Se colocó a su lado, le quitó el chal que sostenía para arrojarlo dentro de la maleta abierta que se encontraba sobre la cama—. Em, habla conmigo.

—Estoy bien, Zach, solo algo cansada.

Él hizo a un lado la maleta para tomar asiento frente a ella, se aferró a sus manos.

—Y ahora confirmo que mientes. ¿Cansada, tú? Imposible, eres una Grant.

—Cansada de Londres —agregó para saciar la preocupación de su hermano, luego se sentó junto a él.

Zach la rodeó con el brazo, reconocía cuando la niña de la familia necesitaba de un abrazo, ella lo aceptó con gusto y recostó la cabeza en su hombro.

—Bueno, eso sí puedo creerlo. Reconozco que yo también estoy hasta la coronilla de este lugar. Estamos aquí por ti... lo sabes, ¿no? —Ella asintió con apenas un movimiento—. Y nos iremos también por ti, solo tienes que pedirlo, Em.

—Lo sé —dijo liberando un profundo suspiro.

No había honor que salvar, ni pasado que ocultar, un marido noble significaba subir unos cuantos peldaños en la escalera de la élite americana, nada más. Era un intento, que, de verse fallido, no afectaría en lo más mínimo el espíritu ni la riqueza de los Grant.

—Ahora... —Zach hizo una pausa para observar a su hermana por el rabillo del ojo—. Vas a contarme la verdad, o tengo que ir por Webb para que él me la diga.

—Él no tiene nada que ver con esto. —La falta de certeza la traicionó.

—¡Mientes otra vez, Em! Dime una cosa, solo una... ¿tengo que golpearlo?

Esa pregunta incluía las siguientes posibilidades: Se ha propasado contigo. Ha hecho algo indecoroso. Ha robado tu virtud.

Emily rio, pensar que acusaban a Colin de sobreprotección. Zach era igual, aunque llevaba todo al terreno físico.

—No, no tienes que golpearlo... ya deja de buscar excusas para hacerlo.

—Se lo merece —sentenció convencido de que así era—. Como sea, ya encontraré el motivo —finalizó incorporándose—. Por lo que tengo entendido, partimos en una hora, así que más vale que te apures. —Recorrió la habitación con la mirada, todo estaba a medio empacar—. Tal vez es conveniente que te asista la doncella.

—No, sabes que detesto eso, puedo preparar mi propio equipaje, siempre lo he hecho.

Él le sonrió, y la besó en la frente.

—Me alegra saber que mi hermana sigue aquí... detestaría reconocer que te has convertido en una esnob consentida. —Caminó hasta la puerta, y ahí se detuvo. Respiró profundo, exhaló. Cabía la posibilidad de que la víctima fuese, en realidad, la victimaria—. A propósito de «esnobs», ¿qué hay con él?

—¿Él?

Vanessa tenía razón, todos los caminos conducían a Colin Webb. Por mucho que lo intentara, alejarlo de sus pensamientos no era una tarea sencilla, hasta Zachary lo traía de regreso, y eso que su odio hacia él era de conocimiento popular.

—Sí, él... por favor, no me hagas hablar del brillo en sus ojos.

—Prefiero que no hables de él en lo absoluto —dijo entre risas. Zach tenía ese efecto en ella, le robaba risas en medio de la tristeza.

—Yo también, aunque me veo en la obligación de decir algo —hizo una pausa hasta tener su completa atención.

—Soy toda oídos.

—De ser necesario, levantaré los restos de un corazón roto... pero solo de uno, ¿lo has entendido?

A la perfección, y sus palabras no hicieron más que estimularla, si Zach creía que ella tenía las herramientas necesarias para romper el corazón de Colin Webb, significaba que tenía más posibilidades de las que imaginaba.

—Vete de una vez... —le indicó regresando a la labor de su equipaje—, ya sabes lo qué opinan sobre este tipo de intimidad.

—¡Por todos los santos, soy tu hermano... te he alimentado de pequeña!

—Shhh, calla... para ellos, eso lo hacen los bárbaros —bromeó.

—¡Pues seré un bárbaro hasta mi muerte! —Abrió la puerta dispuesto a marcharse—. Una hora, Em...

Partieron al mediodía, y para las últimas horas de la tarde arribaron al hogar Thomson. El matrimonio Bridport les pisó los talones, y Emily se alegró al confirmarlo, el evento contaría con Miranda, y lo que era mejor, con Elliot Spencer. A Colin le sentaría de maravillas un tiempo a solas con su amigo, más aún después de convivir dos semanas con Zachary.

La actualización de los hechos que involucraban a Cameron y al americano que parecía ser el origen de las pesadillas de la joven de Virginia la desconcertaron. Sean Walsh ya no era el enemigo, la varilla que media esa cualidad se dirigía a otro americano también presente, James Seward. Según lo oído, el hombre había sido el pretendiente elegido por el padre de la señorita Madison, y Walsh, el secreto enamorado. Ya estaba por demás claro que ella le había correspondido también. ¡Vaya extraño triángulo amoroso! ¿O no era triángulo alguno? Estaba confundida.

¡Oh, cuánto se había perdido!

—¿Señorita Madison, ha estado jugando usted a dos puntas? ¿Ha roto el corazón de James Seward? —Vanessa, con su lengua viperina, despejó las dudas de Emily.

—¡No! ¡Por los cielos que no! —Cameron reaccionó como si la hubiesen atacado.

—¿Tal vez él malinterpretó algo? —sugirió Miranda, que cumplía el rol de mediadora que antes comandaba Cameron.

—¡Imposible! —La ofensa se escapó por los labios de la señorita Madison—. Jamás intercambié más que un par de palabras con él en reuniones sociales. Para mí, el nombre Seward ocupaba el mismo lugar que los otros socios de mi padre. Además, si nuestro enlace se hubiese llevado a cabo, hubiese sido por conveniencia, y si de conveniencia se trata...

—Tiene americanas para lanzar al aire —finalizó Emily con aires de broma.

—¡Maravilloso, señorita Grant! Veo que finalmente nuestros pensamientos van por el mismo camino. —Era la primera vez que Vanessa y ella parecían estar dispuestas a coincidir en algo—. De ser así, si no es amor, es obsesión, y si no es obsesión, es otra cosa.

Estaba en lo cierto, otro era el motivo que había llevado al tal Seward hasta ahí, y la única manera de averiguarlo era desarrollando estrategias que le permitieran a Cameron y al señor Walsh encuentros a solas para el intercambio de información. Eludir a la tía de la señorita Madison demandó más participación de la esperada, Miranda recurrió a su esposo, y como era de esperarse, este a Colin. La estrategia fue una caminata y un encuentro cerca de la laguna central, la actividad no tuvo objeción alguna por parte de las matronas, al fin de cuentas, las jovencitas se encontraban acompañadas por la actual vizcondesa, y su título le otorgaba la cualidad máxima de chaperona.

Sean Walsh había sido guiado hasta el resguardo de la laguna por Elliot,

Colin, y Lord Witthall. A este último lo habían utilizado como repelente, la mayoría de los nobles preferían evadirlo. Colin y Elliot habían cursado estudios junto al joven conde, y a pesar de que era apodado «loco», ellos conocían la clase de locura que lo gobernaba, una por demás inofensiva.

—Witthall... ven, necesito un favor de ti —dijo Colin alejándolo por unos segundos de la comitiva que formaban junto a las jóvenes americanas. Habían cumplido su parte del trato, la señorita Madison estaba junto al tal Walsh—. Me encuentro en una situación muy incómoda, William, y creo que la solución se encuentra en la destreza de tu pluma.

—¿Mi pluma? —William hallaba gran satisfacción en la contemplación de las nubes, en los pájaros y las estrellas, no en pensamientos ajenos.

—Tu pluma, William, tus poemas, cartas... han salvado más de un matrimonio y han hecho su magia entre corazones opuestos. ¿Crees que hagan el efecto inverso?

William carraspeó, era un hombre solitario, para él, dos ya era una multitud, y la compañía que lo rodeaba, incluyendo a esas mujeres extranjeras que no hacían más que evaluarlo de los pies a la cabeza, lo inquietaba.

—Primero, no logro entenderte del todo... Segundo, ya no me dedico a esas labores.

—¡Vamos, Witthall, tú me ayudas, yo te ayudo! Es más, puedo hacer que mi padre interceda por ti en la cámara de lores.

Colin dio justo en el blanco débil del conde, estaba a pasos de la ruina, él y todo su condado; había recurrido a la cámara de lores en busca de una asistencia que le permitiese salir a flote, la misma le había sido negada.

—¿Qué necesitas? —preguntó ya resignado.

—Romper un corazón, destruir todo tipo de esperanza ¿crees que puedas hacerlo?

—No lo sé, no es mi especialidad.

—Tampoco la mía —confesó buscando con la mirada a Emily, estaba hermosa y sonriente, como si el mundo no se le hubiese hecho pedazos a los pies. A él sí—. Pero siempre hay una primera vez para todo, William.

—Tengo que analizarlo primero, conocer a su destinataria...

—Lady Anne Merrington. —Colin fue veloz, era como sacarse una espina de la garganta.

El ceño de Witthall se frunció al oír ese nombre, sus labios ocultaron una indescifrable mueca.

—¿Qué sucede, Witthall?

—Nada, solo que he oído muchas historias en donde lady Anne y tú eran protagonistas.

—Exacto, y te necesito a ti para que se detengan.

Los ojos de William se perdieron en la lejanía, requería de unos instantes a solas con su mente.

—Está bien, lo haré —dijo luego de una extensa exhalación—, pero antes, debo darte una recomendación. —Colin se sorprendió, asintió sin planteo alguno. William continuó—: La ventaja de ser un exiliado social es que te permite ver todo desde otro cristal, te sorprenderías lo que uno puede llegar a contemplar. Ten cuidado con ella, como te he dicho, he oído muchas historias...

La llegada de otra comitiva femenina liderada por Lady Thomson agitó el avispero de las muchachas americanas. El caos y el alboroto puso fin a la conversación. La advertencia de William le dio lugar a un pensamiento nunca antes perfilado. Hasta Anne, sus relaciones habían llegado a su punto final en excelentes términos, sin reclamos, sin insistencias. La joven viuda estaba dispuesta a romper esa armonía, y esa inesperada idea comenzó a nadar en la cabeza de Colin. Se sintió agobiado, atacado por ambos flancos, en uno se encontraba Anne, en el otro Emily. La diferencia era que cada una habitaba lugares distintos, una estaba en su cabeza, la otra en su corazón. Estableció prioridades, puso a Emily por encima de todo. Necesitaba hablar con ella, de nuevo, a solas, todavía había mucho por decir, por sentir... Urdió una estrategia de manera solitaria, propiciar momentos con Emily era su arte.



Los eventos organizados por Lady Mariana Thomson eran concurridos. Llenos de personajes de interés, algunos con bolsillos llenos, otros con contactos. El ambiente era óptimo para los negocios, no así, para las escapadas fortuitas. Cameron Madison y Sean Walsh eran un claro ejemplo. El segundo, Colin Webb y Emily Grant.

En cada ocasión en la que Lord Webb quiso aproximarse a la californiana, fue interrumpido por algún conocido, por su madre, su hermana, su amigo Elliot y todas y cada una de las reglas sociales. Pero si algo había aprendido

en ese tiempo, era a romperlas.

Casi con picardía, pensó que, si no fuesen tan estrictas, entonces él no se vería empujado a tamaña osadía. ¡Como si le faltaran excusas! Lady Marion tenía razón, si algo no era flexible, se quebraba. Y Colin se vio en la obligación de destruir su educación solo para robar un segundo de Emily.

La muchacha iba y venía con sus amigas americanas, tramando un plan para descubrir un homicidio. ¿Acaso las perseguían los problemas? Negó con la cabeza, resignado. Ya conocía la respuesta: ellas eran el problema. Vanessa y Cameron la requerían a toda hora, para mantener las formas, para cubrir a la señorita Madison... ¿Y él?, quiso protestar como su hermano Thomas cuando no le daban un dulce. Él quería ese dulce, y lo quería solo para sí.

Volvió a negar con la cabeza mientras avanzaba por los pasillos de la mansión de los Thomson. ¿Qué le estaba sucediendo?, si el encuentro con la señorita Grant tenía como fin terminar con sus sueños e ilusiones e idear otro plan, el de conseguirle un marido acorde. Entonces, ¿por qué se sentía tan miserable? O peor, tan expectante. ¿Por qué la idea de encontrarse de nuevo a solas con ella le erizaba la piel, le hacía latir el corazón acelerado?

Nadie se fijaba adónde iba un hombre, los ojos estaban posados en las damas casamenteras, y los caballeros podían escabullirse a gusto y antojo. Así lo hizo, un par de peniques y supo con precisión qué habitación le correspondía a la señorita Grant. No la compartía con nadie, lo cual era una bendición para Colin. Al parecer, la compañía de Vanessa había sido designada a Cameron para poder deshacerse de su odiosa tía, y Miranda ya era una mujer casada. La casa de campo de Sameville podía dar cobijo a todavía más personas, por lo que esas comodidades podían permitirse.

La recámara de la señorita Grant era simple, pequeña en comparación a la que le habían asignado a él, con una cama en el centro, un tocador con su banquillo, un biombo, un ropero que en ese momento tenía una de las puertas abiertas, una silla y una mesa de noche. Estaba decorado en tonos lilas, amarillo y blanco, con unos almohadones con dibujos de campos de lavanda. La curiosidad le ganó en cuanto puso un pie dentro, y tuvo que cerrar la mano en un puño para que sus dedos no acariciaran las pertenencias de Emily como si se tratara de su piel. Todo allí olía a ella, a sol, naturaleza y libertad. Tenía una larga espera, por lo que tomó el libro que reposaba en la mesa de noche, se acomodó en la silla y se dispuso a leer.

Apenas se percató de que la serenidad de la noche y ese perfume que le recordaba a Emily lo acunaban brindándole paz, una paz que no sentía desde

la noche en que la vio montada a Jafar. Le debía explicaciones, muchas, porque la joven le había confesado sus sentimientos y, lo sabía, lo sentía, Emily seguía amándolo. Quizá más que antes.

Los párpados le pesaron.

Le gustaba sentirse amado, sabía que su familia lo quería, lo apreciaba, pero jamás una mujer lo amó de esa manera. Parecía increíble, luego de tantas amantes, que ninguna hubiese atravesado las barreras de Colin. Lady Amber era una de las pocas que, al menos, logró llegar a su afecto. Un cariño que era mutuo y carente de pasión tras el año y el día de relación.

Se adormeció en la silla, y la imagen de Emily montando a Jafar en campos de lavanda fue el sueño que lo acompañó hasta escuchar unas voces al otro lado de la puerta.

—Gracias, no se preocupe —Era la voz de la señorita Grant—, yo me encargo. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita... si necesita...

—Sí, sí... la campanilla.

Colin se quedó en las sombras, temeroso de que la doncella entrara de todos modos. Oculto, en la sección de la recámara que no bañaba la luz de la luna, sin moverse, quedó a la espera.

Emily ingresó con un candelabro, se la veía cansada, el tema de Cameron la tenía preocupada. Apoyó la vela en la mesa de noche, y se percató de la falta del libro. Se agachó en su búsqueda, pensando que quizá se había caído, para incorporarse con resignación y desconcierto. Pareció no darle más importancia al asunto, Colin avanzó un paso, para revelar su presencia justo cuando Emily le dio la espalda para llevar las manos hacia atrás. La flexibilidad de la muchacha lo pasmó, los botones traseros no le presentaban ningún impedimento, sus dedos ágiles parecían acostumbrados a la tarea de vestirse y desvestirse sin ayuda, y él moría de ganas de salir al rescate.

Debía ponerle fin a eso, no podía permitir que Emily se desnudara ante sus ojos. ¿O sí? Tras un par de botones, llegó a los lazos del corsé y los deshizo con premura, la intención de Webb de poner fin a eso murió con el gemido de placer y alivio de la californiana. Un gemido que dio de lleno en sus pantalones, los cuales evidenciaron el deseo que lo embargaba. El hombre cayó en cuenta de que desde Lady Anne que no tenía otra amante... no, no desde Lady Anne, desde Emily. Desde la noche en que la joven quedó petrificada ante él que no tenía ojos para otra mujer.

La señorita Grant se lanzó en la cama sin delicadeza, con el alivio de

alguien que ha tenido un día duro y por fin llega a casa. El siguiente paso fue su cabello, y la mente de Colin entró en discordia con el cuerpo. ¡Detenla ahora mismo!, reclamaba uno. ¡Ni se te ocurra!, discutía el otro. Emily sacaba una a una las horquillas para lanzarlas con precisión al cuenco que se hallaba en el tocador. Una, otra, otra. La puntería era admirable. Lo mismo que esa cabellera rubia, de mechones claros, que parecían llevar el sol de california atrapado en ellos. Las pequeñas perlas del tocado terminaron en la mesa de noche, porque eran demasiado costosas para lanzarlas, y los dedos finos y delicados de la muchacha deshicieron la trenza para dejar ante los ojos de un hipnotizado Colin una cabellera tan larga y brillante que le llegaba hasta debajo de la cadera.

Las manos de Emily continuaron sin piedad, el objetivo... sus piernas. Una sobre el colchón, alzó las enaguas y reveló la pantorrilla envuelta en una delicada media de seda. La falda subió más, hasta el muslo, la joven iba a quitarse las medias y la razón le ganó la batalla al cuerpo en esa ocasión.

—Emily... —la interrumpió, la voz le sonó ronca, gutural y llena de deseo. La respuesta... la respuesta no se hizo esperar. En un milisegundo, la señorita Grant se quitó la zapatilla de baile y la lanzó al punto ciego de la habitación de donde provenía la voz—. Auch, Em.

—¿Colin?

—¿Esperabas a alguien más, mi cenicienta? —rió el hombre mientras salía de las sombras con el calzado en una mano, y la otra en la frente, en donde le había hecho un corte.

—¡Te he lastimado! —Emily se catapultó de la cama para ir en auxilio.

—Me lo merecía. —Colin entregó el calzado, y la miró sin disimulo. Ya no le quedaba demasiado. Ardía de deseo, de una pasión que había interrumpido solo porque sabía que se quemaría.

—Sí, Colin, la verdad que sí. ¿Qué demonios haces aquí?

—Necesitaba hablar contigo, sabes que tenemos algunos asuntos pendientes, asuntos delicados... no... —Si necesitaba de alguna ayuda para poner fin al ardor de minutos antes, el tópico de la charla se lo brindó. Hablar de su problema le apagaba cualquier deseo sexual.

—No te preocupes. Ven —lo instó—, deja ver cuánto daño he hecho con mi zapato.

—Tienes puntería. —Ambos sonrieron y dejaron ir la tensión. La cercanía del cuerpo de Emily volvió a surtir efecto en Colin, más cuando los botones y el corsé flojos dejaban caer un poco más la tela y revelaban el nacimiento de

unos senos llenos y pesados que invitaban a las caricias. Webb tuvo que tragar con fuerza para deshacer lo que fuera que se le hubiera atorado en la garganta—. Em... —empezó.

La muchacha se sentó en la cama, y esperó paciente a que juntara valor. Veía el dolor que le provocaba, y no sabía cómo hacerle ver que eso no era un impedimento para ella.

—Dilo, sabes que es mejor la sinceridad y la franqueza.

—Lady Anne fue mi último intento, me cansé —sentenció—, me cansé de intentar, de fracasar. Me cansé de las ilusiones al empezar, y la desilusión al terminar. Me cansé de pensar: es ella, va a ser ella. Y ahora...

—No es un fracaso, Colin. No lo es...

—Para mí sí. ¿Recuerdas nuestra charla en el jardín de Lady Helen? Es mi único jodido trabajo, tener un heredero es mi único jodido trabajo.

—Ser tú mismo es tu único trabajo, Colin, y te sale de mil maravillas.

—Em... no lo intentes —suplicó, la pena era latente. No quería amarla más, porque debía dejarla ir, y no quería hacerlo más difícil—. El tema es... ambos estamos en una situación similar, solo que tú aún tienes una oportunidad. Además, el tema de Lady Anne puso en manifiesto que no puedo seguir con esta locura, lastimar a más gente.

—¿Lastimar a Lady Anne? —fue la socarrona pregunta—. Colin, si alguien tiene posibilidad de salir herido aquí eres tú. Lady Anne no es ninguna víctima inocente...

—No estoy tan seguro, Em. Yo hice promesas, le dije que la haría mi esposa si quedaba embarazada, al jugar con mis ilusiones lo hice con las de ella. —Emily solo podía negar con la cabeza ante la ceguera de Colin. Si dijera eso de sus otras amantes, quizá, solo quizá, podía llegar a contemplarlas como víctimas. No lo eran. Lord Webb no seducía damiselas vírgenes e ingenuas. Optaba por viudas bien posicionadas, mujeres que en el caso de quedar embarazadas pudieran ser la siguiente Lady Sutcliff, y mientras tanto... mientras tanto disfrutaban en el lecho de los placeres de la compañía de Colin, lo recibían todo de él y podían entregar tanto como quisiera.

Emily lo sabía, en el centro mismo de su pecho tenía la respuesta, no las creía víctimas porque las envidiaba. Si Webb le propusiera ese trato a ella, lo aceptaría. Un año y un día a su lado era mejor que una vida sin él.

—La verdad, Colin —Emily cerró los ojos para ocultar sus emociones—, si es para hablar de la viuda de Merrington, prefiero irme a dormir.

—No, no es de ella. Es de lo que entiendo... Yo no me casaré jamás, y es

en vano que tenga una legión de jóvenes casamenteras a mi alrededor. Tampoco lo intentaré más con amantes, por lo que la competencia de Lady Anne me tiene agotado, no deseo regresar con ella ni reemplazarla. Quiero estar solo, quiero al fin estar solo. —La amargura de la voz de Colin laceró la piel de Emily, que simuló alisar una arruga en la cama para esconder lo acuoso en su mirada—. Tengo una propuesta para ti...

—Colin, sabes que solo quiero una propuesta de tus labios... —se lamentó la muchacha, y las lágrimas se hicieron presente. Emily mentía, no solo estaba dispuesta a una propuesta, sino a varias. A cualquiera. Aceptaría lo que fuera si eso implicaba a Colin.

—Lo has visto con la señorita Clark —prosiguió él, en un intento de no ahondar en la agonía de ambos—, cuando Elliot mostró interés en ella, varios lores también lo hicieron.

—Y uno resultó ser un demente asesino. Vas bien, Colin —rebatía Emily, con furia. Entendía la propuesta y la llenaba de ira.

—No tiene por qué salir tan mal. Podemos simular un compromiso, un tiempo, de modo que los lores se interesen en ti. En cuanto vean la persona que eres, lo maravilloso... no me necesitarás más. Allí afuera hay un hombre perfecto para ti...

—Ciego —masculló—. ¿Y tú? ¿Crees que si muestras serio interés en mí dejarán de perseguirte?

—Por un tiempo, sí.

—¿Lady Anne?

—Eso espero, ella no busca ser mi amante, sino mi esposa. Creo que cuando vea que tengo intenciones con alguien más...

Emily no estaba segura, ni convencida. No podía mentirle a su corazón, le pertenecía a Colin. No existía ningún hombre allá afuera, y por eso era que se podía prestar a la parodia. No le molestaría el orgullo, la ruptura o el qué dirán, claro que no, porque esas cosas no responden al corazón. Si lograba ayudarlo a ponerle fin a las maquinaciones de la viuda... entonces... quizá...

—Colin, puede que acepte, solo si me prometes que es pasajero.

—¿Qué?

—Que esto es una etapa, que no te impedirás ser feliz ni ahora ni nunca por este tema. Entiendo que estés cansado, y créeme, sé de ilusiones destrozadas. Pero... ¿nunca? Es una palabra muy pesada. No sé cuán certero es tu diagnóstico, ni sé si existe alguna posibilidad. Solo puedo decirte que a mí no me importa, que te amo lo mismo y que formaría una familia de dos

contigo. Acepto no ser la mujer que quieres, lo tomo, pero no voy a aceptar a que te cierres a esto, habrá otras como yo... otras que te amen más allá de lo que tú crees que es tu jodido trabajo...

—Em, detente, no lo hagas.

—¿Qué cosa? ¿Amarte? Llegas tarde, Colin Webb. Y encima has robado el corazón de una señorita a quien no le gusta que le digan lo que tiene que hacer —intentó bromear. Las lágrimas impidieron las risas.

—Fueron paperas —aclaró, casi desesperado. Quería sacarle la absurda idea a Emily de la cabeza. Ella no lo veía, en ese instante, ambos eran presos del deseo y la atracción, de la juventud y los sueños. ¿Qué ocurriría cuando eso se desvaneciera? ¿Cuando llegaran a la edad de sus padres, y la vida hubiera seguido su curso, cuando ya fuera tarde para Emily y no pudiera traer niños fuertes y sanos al mundo? No. Debía hacerla entrar en razón, su condena le pertenecía solo a él y no arrastraría a nadie más. Ya otro inocente pagaba las consecuencias—. Me enfermé a los quince años, y el cuadro se complicó... El médico dijo que podía quedar estéril, que era una posibilidad, una a la que me negué por completo. Sin embargo...

—¿Sin embargo? —lo instó ella.

—Se ve que mis padres sí lo tuvieron en cuenta, porque ese mismo año mi madre quedó de Thomas. Supongo que se aseguraban el heredero.

—¡O simplemente quedó embarazada, Colin! —enfureció Emily. ¿Cómo podía pensar eso de sus padres? Ella lo había visto, Lady Marion y Lord Arthur amaban a sus hijos, jamás pondrían una herencia por encima de un hijo, ni traerían a la vida un ser humano solo por mantener el poder. Eso era irracional, y el dolor de Colin le impedía verlo—. Tu madre tenía la edad de algunas de tus amantes cuando lo tuvo a Thomas —dijo con letal intención.

—No es así como funciona por aquí, Em. Los nobles debemos hacer lo posible por mantener los títulos en nuestra familia, ya lo ves, es lo único que nos queda. No somos ricos, no más. Y yo no puedo cumplir esa tarea. Lo intenté ¿Sabes por qué lo de un año y un día? —Emily negó con la cabeza, había escuchado eso, que las relaciones de Webb duraban ese plazo y que ninguna había permanecido a su lado más tiempo—, antes, en la edad media, uno podía concertar un matrimonio por ese tiempo, si no se concebía, se anulaba de inmediato. Fueron mis amantes en esos términos, siempre. Solo una lo comprendió de inmediato, Lady Amber.

A la señorita Grant le costaba hablar de las mujeres de la vida de Colin, le provocaba celos y envidia. De todos modos, las aceptaba, las tomaba como

parte del hombre que amaba. Eran su pasado, eran él. Ella no amaba solo lo bueno de Colin Webb, porque eso no sería amor. Sí, fue la belleza lo que la encandiló, y sus modos amables, y su sonrisa fácil, y sus consejos... pero ella lo quería con la parte oscura incluida: su inseguridad, sus miedos, sus amantes y la ausencia de hijos.

—Al menos Lady Amber no me cae tan mal —musitó, y le robó una media sonrisa a Colin.

—Ella sabía el dato de la edad media, y el rumor sobre mis relaciones. Sumó dos más dos, y el resultado fue evidente. Lady Amber tenía tres hijos ya, y eso que su difunto esposo le llevaba treinta años. Era fértil, y sabía todo sobre el tema. Más para evitar embarazos que para lograrlos, aunque la información era la misma. El trato fue más claro con ella, lo buscamos de manera consciente. Me hacía llegar una invitación en papel perfumado cuando eran los días óptimos del mes, justo después de los días celestes, como los llamaba en mi mente por el código en las notas. No sé cuánto es apropiado explicar esto...

—Colin, no solo sé montar sementales, sé todo sobre su cría. Entiendo lo que dices. —Sí, los días celestes eran los de abstinencia, en los que se intentaba conseguir mayor potencia, y los días perfumados eran los de ovulación, en el caso de los caballos, celo. Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas al saber que Colin había atravesado doce ilusiones seguidas de sus doce decepciones en el transcurso de un año. Dejó el lugar en la cama, y lo abrazó—. Lo siento mucho.

—Hice un último intento, aunque mi relación con Lady Anne fue llena de resignación. Pienso que ese cambio, esa aura de fin fue lo que la hizo creer que era distinta, cuando el distinto era yo.

—Dejemos a Lady Anne fuera de esto —rogó Emily, porque no podía sentir por ella lo mismo que por Amber. La viuda de Merrington era mala espina, la empujaba la ambición y el status social, quería hacerse con el premio, sin importarle el coste. Y ese coste era el corazón del hombre que ella amaba. No lo permitiría, no podía hacerlo—. Está bien —accedió—, seguiremos con tu plan.

—Gracias, Em. Intento lo mejor para ti, lo juro. Ojalá fuera más de lo que soy. —El abrazo fue firme, le permitió a Emily hundir el rostro en el pecho de Colin y dejar sus lágrimas allí. El beso, en la frente, fue devastador, y la ausencia de él en la habitación le dejó un vacío peor, un agujero en el pecho que jamás llenaría.

No había nada más que perder, ambos ya habían perdido lo primordial: la esperanza.

Capítulo 11

Aquel rumor que les había dado la bienvenida a tierras británicas se convertía en una correcta apreciación: las señoritas americanas eran sinónimo de escándalo. Ese escándalo ya nada tenía que ver con sus modales rudimentarios o sus costumbres tan poco decorosas, no, se alzaba por el límite de todo lo concebido.

Una, convertida en vizcondesa, había recibido un disparo; la otra, había sido víctima de envenenamiento y testigo de una conspiración política que se extendía hasta otro continente. Sin dudas, las americanas redefinían día tras día el concepto de «escándalo» en Londres.

La mente inquieta de Emily diagramaba un final similar para ella. ¡Esa maldita costumbre suya de no poder negarle nada a Colin! ¿Un compromiso ficticio? ¿En qué demonios estaba pensando?

De ese absurdo plan saldrían muchas víctimas colaterales, y dentro de ellas, la que menos le importaba era su corazón. Si no podía pasar el resto de su vida con el hombre que amaba, prefería la soledad, mejor dicho, la independencia amorosa. No existiría otro lord en su vida. Canjear una jugosa dote por un título nobiliario no era lo mismo que canjear su corazón. ¡Eso jamás! Entonces... ¿cuál sería su final? Porque para bien o para mal, sus amigas, con sucesos de vida y muerte de por medio, tuvieron uno feliz.

Ella rompería la cadena de felices desenlaces, la historia que Colin y ella estaban escribiendo sucumbiría a la decepción total. Los argumentos que él utilizaba para empujarla a tal locura ponían en relieve dos hechos que ya no tenían discusión alguna. El joven lord no estaba dispuesto a alcanzar la felicidad; si no podía cumplir con el único trabajo que se le había encomendado al nacer en cuna noble, no merecía nada... absolutamente nada. El pedido de auxilio en entrelíneas que Daphne había confesado camino a la casa de verano Sutcliff cobraba sentido. Colin se esforzaba en ser perfecto por fuera, porque se sentía imperfecto por dentro, y estaba decidido a sentirse así por el resto de su vida. Él se imponía su propio castigo, autoflagelaba su

espíritu sin medir las consecuencias: se destruiría por completo.

Emily no iba a permitírselo. Por supuesto que no.

Reconocer que, en medio de todas sus confesiones, en donde ella le había entregado su amor en acciones y palabras, él no le había correspondido, le dolía. Había afecto, la intención de procurarle a ella un buen esposo era un claro ejemplo de ese amistoso sentimiento, pero no era amor. El amor no se contiene, se escapa de uno, como a ella le sucedía cada vez que estaba a su lado. El amor no levanta muros, los derrumba, y Colin Webb tenía una muralla en torno a su corazón por la estúpida creencia de que no se merecía amar o ser amado. ¡Malditas normas sociales! El peso del deber valía más que el del querer. ¡Al diablo con ellos! Elegía su vida, aquella olvidada en California... una vida en libertad.

El uso de esa libertad puso en jaque la relación con su madre. La mujer estaba que volaba por las nubes, el pedido de mano de Colin Webb, inesperado pero añorado, la estaba transformando en una adolescente ansiosa. Parecía que los papeles se habían invertido...

—¡Por todos los cielos, niña! ¿Cómo puedes estar tan tranquila con una lista de preparativos tan extensa?

Emily llevaba su tercer cambio de vestuario, nada la convencía. En realidad, era una maniobra para demorar lo inevitable, ir a elegir las telas para su vestido de compromiso, las flores para el evento, el papel para las invitaciones... así, hasta el infinito. Y se trataba solo del compromiso, la boda requeriría de meses.

—Una lista que tú conformaste, madre. —No pudo evitar el tono de desagrado.

—Que Lady Marion y yo conformamos —aludió Sandra sintiéndose atacada.

Los preparativos de la ceremonia de compromiso tenían a ambas mujeres sumidas en un alegre estado de frenesí. Los motivos de mamá Grant eran legítimos y aceptables, al fin de cuentas, estaban a pasos de alcanzar la meta que los había llevado a cruzar el océano, y gracias a la divina providencia, sucedía con el hombre que su hija amaba. Porque nadie podía negar eso, Emily Grant amaba a Colin Webb. En lo que a Lady Marion se refería, la noticia de que su hijo le pusiera fin a esa vida de soltero, una que se mantenía por un

deber impuesto por él mismo, la inundaba de felicidad. Heredero o no, no importaba, solo deseaba la felicidad de su hijo con una mujer que estuviese dispuesto a amarlo sin un título mediate. La muchachita amaba a su hijo, no al futuro conde; con eso bastaba para darle la bienvenida a la familia.

—Lo sé, por eso mismo, ustedes deberían de llevarla a cabo. —Esto se escapó de sus labios casi como una orden. ¡Vaya que estaban invertidos los papeles!

—¡Emily! ¿Qué te ocurre? —Sandra alcanzó su tope, hizo a un lado su felicidad para contemplar el porqué de la ausencia de ese sentimiento en su hija.

—Nada, madre... —resopló al darse cuenta de que exponía la secreta verdad con sus actitudes —. Solo... —titubeó, no sabía qué decir—, solo quiero un tiempo para mí, mi vida va a cambiar de un momento a otro.

—Sí, vas a ser la esposa de alguien, mi niña. —Los ojos de la mujer brillaron a causa de las lágrimas. Estaba emocionada, su pequeña era una mujer, pronto sería esposa, y de ahí a un tiempo, traería sus propios niños al mundo—. Nada va a volver a ser igual...

—Por eso mismo, madre... ¿te parece extraño que necesite un poco de tiempo para mí?

Sandra fue hasta ella, Emily libraba una batalla con su cabello, tomó el cepillo, y se dedicó a finalizar la tarea. Lo hizo en silencio, y fue en extremo gentil.

—Mal día para prescindir de la doncella —la regañó con dulzura.

—Necesitaba un poco de tranquilidad... además, estamos dentro del cronograma.

—No, no lo estamos —afirmó Sandra buscando los ojos de su hija en el espejo. El encuentro de miradas se dio en segundos. El ceño fruncido en Emily fue lo que mamá Grant esperaba. Sonrió adelantándose a lo que iba a decir—. No si tienes deseos de asistir a ese té con tus amigas.

Emily giró sobre la butaca para enfrentarla, movimiento que le obsequió un tirón de cabello.

—¡Auch! —Sonrió a pesar del repentino dolor. Antes de ilusionarse en vano, indagó sobre lo dicho—. Si voy al té en casa de Cameron, no llegaremos a hacer todo lo de la bendita lista.

—Verdad... verdad —dijo ayudándola a que regresara a la posición anterior—. Pues, supongo que yo sola voy a tener que encargarme de ello—. Coincidieron en una mirada a través del espejo—. ¡Si es que a ti no te

molesta, claro está!

—No, madre, no me molesta en lo absoluto, confío en ti.

—Me alegra saberlo... terminemos con esto y marchemos de una vez, que la casa Walsh se encuentra en la dirección opuesta a mis recados.

El cambio de planes las demoró más de lo esperado, la casa de alquiler de los Walsh se ubicaba al otro lado de la ciudad, y la inexperiencia del cochero por esos alrededores les costó casi una hora de retraso. Cuando arribaron al lugar, el mayordomo las hizo pasar al salón de té. Su llegada causó una ola de recibimiento muy afectuoso, llevaban más de dos semanas sin verse, desde el casamiento de la señorita Madison.

—Emily, comenzábamos a extrañarte. —Miranda corrió a abrazarla, el comportamiento digno de una vizcondesa fue directo al cesto de basura—. Señora Grant, un gusto verla a usted también.

Cameron, como la anfitriona del hogar, las invitó a pasar al salón deseosa de compartir con ellas su nuevo lugar y forma de vida: esposa y futura madre.

—No, por favor, este momento es para ustedes... y si aceptan una recomendación —se dirigió a todas ellas—. No permitan que nada ni nadie se los quite, ni hoy ni nunca... —se dirigió a Miranda en particular—. Lady Bridport, puedo pedirle un favor.

—Lo que sea, señora Grant.

—¿Puede llevar a mi niña de regreso a casa? Tenemos... tengo demasiadas diligencias por hacer. De hecho, si no me marchó ya mismo, no lograré mi cometido.

—Por supuesto que sí, cuente con ello —respondió Miranda sorprendida para la actitud inquieta y feliz de la mujer.

—¿Necesita de ayuda, señora Grant? —Vanessa fue la que interrogó, su olfato le decía que algo importante sucedía.

—Yo no, pero mi Emily sí. —Sonrió ante la expresión de las muchachas—. Ya se enterarán —finalizó, enigmática, antes de marcharse.

Ni bien quedaron las cuatro a solas, Cameron, Vanessa, y Miranda giraron en busca de Emily.

—¿De qué debemos enterarnos? —preguntó Cameron.

—Tu madre se ve demasiado feliz. —Vanessa, como siempre, atacó directo al hueso. Sí, algo olía ese sabueso.

—Oh, no, son buenas noticias. Excelentes de hecho... yo...

—Ven, siéntate, amamos las buenas nuevas.

Cameron la invitó a tomar asiento en uno de los sillones. Ella se sirvió té, lo endulzó y dejó que la cuchara hiciera círculos dentro de la taza. Estaba en una encrucijada: ¿qué historia les contaría? Por sobre eso, ¿cuánto tiempo podía mantener la mentira con ellas? ¿Acaso quería mentirles? ¿Y ella? ¿Dónde quedaba ella dentro de esa mentira que dolía? Tendría que desahogarse... estallar. Mañana, pasado... lo haría, colapsaría.

—¡Habla de una vez! —Vanessa atravesó el sin fin de sus fatídicos pensamientos—. Que estoy poniéndome nerviosa.

Tres pares de ojos la devoraban. Se sintió como un cachorro de león acorralado por hienas. ¡No es que las comparara con hienas! ¡No!, ellas...

Le puso una pausa a su mente, seguirían las comparaciones, las preguntas, solo para evitar lo inevitable.

—Es... me he comprometido. —Lo dejó salir. Fue como tirar whisky en una herida, quemó, dolió, y luego la hizo sentirse un poco mejor.

Lo esperable sucedió. Una avalancha de preguntas, del tipo de preguntas que hurgan en la herida.

—¿Tú? ¿Comprometida? —Vanessa fue la primera en largarse a la carrera—. ¿Desde cuándo? No, no me digas... no importa, que alguien me traiga mis sales —Abrió el abanico para propiciarse aire—, creo que voy a perder el conocimiento.

—¡Ay, ya cállate! Ni siquiera haces las preguntas adecuadas. —La reciente señora Walsh hacía valer su rol de anfitriona.

—Cameron tiene razón, el único dato que necesitamos es ... ¿Con quién? —La vizcondesa no se andaba con vueltas.

El silencio se hizo contagioso. Emily quería decirlo... tenía ese nombre atorado en la garganta. Bebió té.

—¡Vamos ya, señorita Grant! —insistió Vanessa—. No juegue con nuestros corazones, esto es un verdadero enigma, si al fin de cuentas, con el único hombre con el que ha tenido relación fue con...

—Con Lord Webb... —finalizó lo iniciado por la muchacha de Boston.

Más tarde le agradecería a Vanessa, sin saberlo, la había ayudado a quitarse la espina de la garganta.

Los aires de festejo estallaron. El corazón de Emily también. ¿Mañana o pasado... mmm? La cuenta le falló. Estaba a segundos de colapsar.

—¡Felicidades! Oh, ¡qué buena noticia! —exclamó Miranda deseosa de

acosarla con otro abrazo.

—Lo sabía, lo sabía —Vanessa mostró una felicidad muy poco vista en ella—, solo tenías que ser tú misma, y...

Cameron le dio a la noticia el lugar que correspondía, hizo sonar la campanilla de asistencia, y cuando el sirviente estuvo a su lado, preguntó:

—¿Tenemos champaña? —La respuesta fue afirmativa, dio la orden de que la abrieran—. Esto merece un brindis. Imagino lo feliz que estás, Emily...

—Sí, sí... estoy muy feliz... muy...

Llevaba días, semanas, conteniendo las lágrimas, y no era solo por el falso compromiso, desde aquella noche en la que Colin le había arrancado las alas a su corazón, moría... lentamente. Era un alma pena, sin sueños, sin esperanza. Por primera vez, se arrepentía de la decisión tomada, quería hacer correr el tiempo atrás, decirle que no...

—¡Jamás debí aceptar esto!

El mayordomo, con bandeja de champaña y copas en mano fue despedido con un silencioso gesto. ¡Adiós festejo!

—¿Qué haces? —Vanessa interrumpió a Cameron en medio de ese gesto—. Necesitamos todo el alcohol posible. El té no aleja las penas.

—Está en lo cierto —se sumó Miranda.

La campanilla volvió a sonar, el pobre hombre regresó, y Vanessa se apropió de la botella. Llenó una copa y se la entregó a Emily.

—Bebe... y cuenta.

Para sorpresa de todas, la californiana se bebió la medida de champaña de un solo trago.

—¿No tienes algo más fuerte? —preguntó entre lágrimas.

Las tres se miraron, ¿quién era la muchacha frente a ellas?

—Puedo ir al despacho de Sean... de seguro hay coñac.

—¡No, coñac, no! Es la bebida preferida de Colin —agregó restableciendo su caudal de lágrimas. Buscó a Vanessa con la mirada—. ¡Vamos, dilo! Sé que quieres decirlo...

—No, cariño... dilo tú. Desahógate. —Vanessa le palmeó la espalda.

Emily se aferró a la botella, bebió del pico, una vez... otra vez. Cuando cobró fuerzas, lo dijo:

—¡Todos los caminos conducen a Colin Webb!... ¡Salvo el de mi falso compromiso!

—¿Qué? —Miranda fue la primera en reaccionar—. ¿De qué hablas? ¿A qué te refieres con «falso compromiso»?

—Que no es verdad, que no vamos a casarnos, ni hoy, ni mañana... ni nunca. —Bebió otro trago—. ¡Nunca!

—No entiendo... —Miranda estaba estupefacta.

—Yo tampoco —coincidió Cameron.

—Ni, yo... —agregó Vanessa—, aunque no me sorprende del todo, durante mucho tiempo pensé que la que iba pegada a él como una babosa eras tú, en lo de Lady Thomson vi que el accionar era compartido... y eso me llevó a dos hipótesis posibles.

—¡Por los cielos, Vanessa, contigo siempre es lo mismo... conjeturas, hipótesis, conspiraciones! —Miranda quería priorizar el estado emocional de Emily, los detalles llegarían por pura decantación—. ¡Nadie quiere oírlas!

—Shhhh... Yo sí —confirmó Emily—. ¡Da la primera mordida, Vanessa, vamos!

Era imposible que el alcohol hubiese hecho efecto tan rápido, pensó Miranda. Solo así era entendible el comportamiento de la californiana.

—Hipótesis uno: Webb, contra toda lógica londinense... no te ofendas —agregó antes de continuar.

—No, no... no me ofendo en lo absoluto. —Bebió otro trago—. Prosigue.

—¡Basta de champaña para ti! —interrumpió Cameron al sacarle la botella de las manos—, la falta de modales tiene un límite para mí, y lo has alcanzado, con lágrimas y todo —se volvió a Vanessa—. Ahora, sí... prosigue.

—Retomando, Webb se enamoró de ti y quiere llevar a territorio serio esos sentimientos, o hipótesis dos: necesita algo de ti o le sirves para algo, por eso no te pierde de vista.

—¡Hipótesis uno! —esbozó Cameron, sí, ella creía en el amor.

Fueron en busca de la opinión de Miranda. La aludida desvió la mirada por unos segundos.

—¿Miranda? —Emily la presionó.

—No quiero ser una aguafiestas, pero voy más por la hipótesis dos...

—¡Miranda! —Cameron la reprendió, su comentario tiraba más leña al fuego Grant.

—Tengo mis motivos, y lo saben... hablo por experiencia, amo a Elliot con todo mi corazón, y sé que él me ama también, pero no nos olvidemos que se quiso casar conmigo solo para fastidiar a su padre.

—Bueno, de ser así... Vanessa —pujó Cameron—, haz tu magia y esboza otra hipótesis.

—No es necesario —intervino Emily—, es la combinación exacta entre

esas dos.

—¡Sé más específica, por favor! —Lo que nadie sabía de Vanessa era que, en el fondo, no le agradaba tener razón, simplemente la tenía... aunque lo odiaba.

—No me ama... —fue lo primero que dijo, y dolió. Dolió mucho.

—¡Eso no lo sabes! —Vanessa casi gruñó al decirlo.

—Lo sé, le dije que lo amaba y nunca me correspondió solo... solo...

—Ten... —Cameron le entregó la botella y un pañuelo. Estaba a punto de llorar con ella ¡Malditas hormonas!

Emily se secó las lágrimas, pero no bebió.

—¿Solo qué? —Miranda la presionó.

—Solo me tiene afecto... dice que me merezco un buen esposo, y que él va a encargarse de que los demás lo vean también.

—Con eso quieres decir que la estrategia es fingir... —Vanessa perfilaba la nueva teoría.

—Para despertar el interés de otros hombres... cuando eso suceda, y otro hombre esté dispuesto a casarse conmigo, nuestro compromiso ficticio dejará de existir.

Compartieron unos minutos de silencio, cada una debía arribar a su propia conclusión.

—No es un mal plan... —Miranda fue la primera en opinar.

—Si no fuese por los sentimientos de Emily —contribuyó Cameron.

—Mis sentimientos no importan —agregó la mencionada escondiendo el rostro con ayuda del pañuelo.

—¡Ey... sí que importan! —Vanessa le arrancó la sedosa tela de las manos—. ¡Que nadie te diga lo contrario! Allá ellos si quieren vivir una vida así, bajo las normas, sin importar los sentimientos, siendo correctos porque el manual de protocolo así lo dice. ¡Nosotras somos americanas! Rompemos su maldito molde, a Dios gracias. —Estaba enfadada, no con Emily, sino con toda la condenada sociedad—. Emily, de entre todas las habladurías que hubo sobre nosotras, tú recibiste la mayor parte, ¿sabes por qué?

—¿Porque soy una atracción de circo? —dijo entre gimoteos.

—No, porque eres única... porque cambiarte a ti es una tarea que se escapa de sus manos. Joyas más, joyas menos, eso no importa, importa quién eres, y eso no pueden tocarlo.

—Agradezco tus palabras, pero no van a servirme para salir del embrollo en el que me he metido.

—¡En eso tienes razón! Eso queda bajo entera responsabilidad suya, señorita Grant.

—¡Vanessa! —Cameron, como siempre, cumplió con su rol—. Podrías dar una solución para variar.

—Ah, no, al fin de cuentas, voy a tener que quitarle a Webb su protagonismo: ¡Todos los caminos conducen a Vanessa Cleveland! —finalizó incorporándose para plantarse delante de ellas con los brazos en jarras—. ¡No puedo con todo, aunque no lo parezca, soy una simple mortal!

—Aquí, la única solución es que Emily encuentre un esposo. —Miranda no quería extender las lágrimas de Emily hasta el infinito—. Cuando eso suceda, adiós compromiso con Colin.

Como si fuese tan sencillo decirle adiós a un corazón, porque eso era lo que iba a suceder, el corazón de Emily estaba atado al de Colin, abandonaría su pecho para irse con él, y la dejaría desangrándose de amor.

—¿Tú quieres eso? —demandó Vanessa.

—No...

Qué sentido tenía mentir. Estaba cansada de la mentira, era como un veneno que te consumía con calma y sin pausa.

—¿Cuál es la otra parte del trato? —indagó con severidad la señorita Cleveland.

—¿Qué te hace pensar que hay otra parte?

—¡Lady Anne! —Emily interrumpió a Cameron antes de que finalizara.

Las lágrimas encontraron su techo al pronunciar ese nombre, el recuerdo de la viuda le revolvía las tripas, al punto tal que le hacía olvidar del dolor en su corazón.

—¿Qué tiene que ver esa arpía en todo esto? —Miranda fue letal, aunque había confirmado que la mujer nunca había tenido relación con su esposo, la detestaba más o igual que Emily.

—Colin cree que nuestro compromiso apagará sus intenciones para con él....

—Tiene sentido, si el futuro puesto de Lady Sutcliff ya está ocupado, qué sentido tiene luchar por él.

—¡Como sea, la idea me parece despreciable! —rebató Miranda sumida en el mal humor repentino—. No puedo creer que Colin esté dispuesto a tal... a tal juego. ¡Voy a hablar de esto con Elliot!

Había más detrás de esa unión ficticia, una historia que Colin le había contado y que ella no estaba dispuesta a compartir. El secreto de Colin era su

secreto. Era un hombre consumido por la frustración, devorado por el deber, y eso no lo convertía en un ser despreciable; lo convertía en un hombre que necesitaba de todo el amor del mundo, y a pesar de que sus emociones la llevaban a tropezar con la duda, su corazón le decía que, de entre todos los caminos que conducían a Colin Webb, ese era el único correcto.

—No, por favor, deja a Elliot fuera de esto... es más, cuando lo pienso, ustedes también deberían hacerlo. —La conversación, con sus idas y venidas, le había otorgado el privilegio de otra perspectiva—. No estoy aquí para que me ayuden a buscar una salida, aunque por momentos así lo parezca, con que me escuchen, me es suficiente. ¿Creen que podrán hacerlo?

—Depende —alegó Vanessa.

—¿De qué? —la pregunta de Emily fue acompañada por las miradas de Cameron y Miranda.

—¡De si vamos a tener que comprarte un regalo de bodas! Detestaría perder tiempo en vano.

La señorita Cleveland era el veneno y el antídoto, era la tormenta y el arcoíris... era la que provocaba los más amargos pensamientos y, a la vez, los alejaba con un simple soplo.

Emily rio, todas lo hicieron.

—No sé tú —dijo Miranda a Emily—, pero a mí me vendría bien ese coñac.

—A mí también —convino Vanessa.

—Yo no tengo más alternativa que el té... pero, ¿tú qué dices? —preguntó por último Cameron a Emily.

Con que escucharan, le era suficiente. Por supuesto que lo era.

—Un poco de coñac me sentaría de maravillas.

Tal vez, por esa vez... los caminos podían conducir a Emily Grant.



Colin también se enfrentaba a una batalla sentimental consigo mismo, la desventaja en él era que nadie hacía hipótesis al respecto, ni lo abofeteaban con discreción para acomodarle las ideas. También, lo paradójico del asunto era que el único que necesitaba de eso era él. Estaba solo con su dolor, con la

culpa, la insatisfacción y con una razón que obligaba al corazón al silencio a punta de espada.

Cometía error tras error, tenía la inteligencia para reconocerlo, y la terquedad necesaria para negarlo. Poner su amor a prueba era una trampa mortal, y justamente eso era lo que estaba haciendo. El compromiso le abría, de par en par, la puerta a Emily Grant, las excusas ya no eran requeridas; un paseo en carruaje, un encuentro de media tarde, una cena familiar, todo ello entraba en el catálogo del cortejo.

Si Elliot Spencer había sido el futuro esposo más feliz de Londres, ¿qué le quedaba a él? ¿El pretendiente más comprometido de la ciudad? No, la ciudad le quedaba pequeña. El país también... ¿el continente? ¡Ni hablar! Lo que sentía se extendía más allá, rozaba el firmamento, y rumoreaba con la luna.

—¿High Park, en serio? —masculló Emily por lo bajo para no ofender a nadie. Colin se encontraba junto a ella. No se despejaba de su lado por nada del mundo. Estaban en plena caminata de mediodía, en el momento de mayor concurrencia—. ¿A quién se le habrá ocurrido tal maravillosa idea?

—A mi madre —le susurró a sabiendas de que ella se pondría roja como una fresa por la vergüenza. Era una mentira más, otra de las tantas, la idea de la excursión había nacido de él—. La noticia de nuestro compromiso ya ha recorrido las esquinas de todo Londres, y ahora requiere de confirmación para los incrédulos.

La actividad matutina incluía a Lady Sutcliff, Sandra, Zachary y Daphne. Por supuesto, todos y cada uno de ellos le otorgaba la distancia a la pareja de tórtolos, situación que les permitía conversar sin reparos.

—¿Incrédulos? —Emily le permitió al sarcasmo salir a flote—. ¿Me quieres decir que aquí hay gente que no cree en nuestro compromiso?

—Em... vamos —intentó reprenderla con dulzura.

—Lo bien que hacen —finalizó en un susurro apenas audible para él.

—Necesitamos de esto, y lo sabes.

Era horrible, y Colin se detestaba por ello, pero era parte de la realidad social que ella cargaba consigo por haber nacido mujer. Debía exhibirse, como una muñeca de vitrina, como un objeto a adquirir. Así funcionaban los matrimonios en la mayoría de los casos, las excepciones eran pocas, y una de ellas caminaba unos cuantos metros adelante y lo había traído al mundo.

—Lo siento, tienes razón. Ahora que lo mencionas... Lord Villers me ha enviado un precioso ramo de flores con unas bellas palabras.

—¿Bellas palabras? —carraspeó.

El fuego le quemó las mejillas, por suerte podría echarle la culpa al sol, brillaba fuerte y en lo alto.

—Mi madre casi se desmaya... —Emily rio ante la anécdota —. Imagínate, ¿otro pretendiente?

—Em, ¿qué bellas palabras?

Era lo único que le importaba, las quería recordar para golpearlo en honor a cada una de ellas. ¿Cómo se atrevía? ¡Desgraciado!

—Apenas las recuerdo, Colin... —Los dedos de Colin se enredaron a los de ella para detenerla.

—El conde de Jersey te duplica la edad, Emily.

—Y también es viudo... —agregó ella con una liviandad tal que le crispó los nervios a Webb—, y tiene dos hijos. ¡Mejor imposible!

Él ardía, ella ardía. Compartían el mismo fuego, uno que los consumía a fuerza de deseo. ¿Cuánto tiempo podían extender un compromiso? ¿Dos meses? ¿Tres? ¿El resto de su vida? Lo último. ¡Tenía que ser lo último!

—¿Qué pretendes decir?

—Que el hecho de que conciba o no a su heredero no es una condición fundamental para casarse conmigo.

Lo destruía. Con su cercanía, con sus palabras. Cuando ella ya no estuviese a su lado... cuando estuviese en brazos de otro, ¿qué quedaría de él?

—Em, esto lo hago por ti, para procurarte...

—No, lo haces por ti, Colin —lo interrumpió dueña de un ímpetu que le paralizó el corazón—. Miénteles a todos, miénteme a mí... pero no te mientas a ti. Tú estás haciendo tu parte tal cual lo planeaste. ¿Y qué si es Lord Villers? Él o cualquier otro, da igual para mí, ninguno de ellos eres tú.

¿Cómo no besarla? ¿Cómo? ¡Al diablo Londres, la nobleza, su apellido... el condenado protocolo! La besaría ahí, y que todos los vieran. Les robarían el apodo a los Bridport... ellos serían el nuevo escándalo de la ciudad.

—¡Ey, ustedes dos... no se abusen! —Daphne, que se valía de la compañía de Zach para hacer la experiencia más entretenida, les llamó la atención—. Ya tendrán suficiente intimidad cuando sean marido y mujer —dijo interponiéndose entre los cuerpos que estaban al límite del roce—. ¡Emily, ven! —dijo brindándole el brazo—, creo que vi a Darlene Holly por ahí...

—¿Darlene Holly? —preguntó correspondiéndole, se notaba que quería huir de él.

—Sí, la amiga de lady Anne —le susurró—. ¡Vamos a restregarle tu compromiso por la nariz!

Colin no tuvo más alternativa que la compañía de Zachary.

—Debo confesar que el estilo de cortejo inglés me resulta muy entretenido. —Zachary habló sin invitación a conversación—. Creo que voy a experimentar con el mismo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Colin saliendo de la nube gris de sus pensamientos.

—Lo que se interpreta, voy a cortejar a una muchacha inglesa... ¿conoce a alguna, milord? —La pregunta tenía doble intención, Colin lo percibió de inmediato.

—¡No! —fue tajante.

—Yo creo que sí —dijo guiando su mirada a Daphne—. Podríamos hacer extensiva la unión familiar, Grant y Webb por partida doble. ¿No te parece maravillosa idea... Colin? —El tuteo cumplió con su función, alterar al futuro conde.

—¡Ni se te ocurra, me has oído! —El roce de cuerpos hizo acto de presencia, el pecho de Colin chocó contra el de Zach—. Deja en paz a mi hermana, si te atreves a jugar con ella...

—¿Qué? —lo interrumpió respondiendo el empujón con otro. Ya no había aires de broma en Zachary—. ¿Dime qué vas a hacer? ¡Quiero saber así lo implemento contigo, maldito imbécil! ¿Acaso tú eres el único que puede jugar con hermanas?

El puño de Colin estaba listo para ir directo al rostro de Zachary Grant, sin escalas. Si no lo hizo, no fue por cobardía, sino por la amarga sensación que le ocasionó lo oído. ¿Zachary Grant estaba al tanto de la fantochada que era el compromiso entre él y Emily?

—Te quedaste mudo... y eso significa una sola cosa: no puedes desmentirme. ¿Quién juega con quién ahora? —Se acercó lo más que pudo a él para susurrarle—. No sé qué pretendes con esto, no me interesa, solo ponle un fin antes de que sea demasiado tarde. ¿Me oíste, Webb?

—Fuerte y claro... tanto, que no me importa en lo absoluto. —Volvió a empujarlo. No podía negar que la postura que el joven Grant exponía era correcta y justificable, aun así, no desistiría, él tenía sus motivos.

—Perfecto... —dijo Zach aflojado el nudo de su corbata—. Entonces voy a molerte a golpes aquí mismo hasta que te importe.

—¿Tú? ¿Molerme a golpes?

—Sí, imbécil... te mereces esta golpiza desde hace semanas. —Estaba a pasos de quitarse la chaqueta.

El deseo de pelea era compartido.

—Espera —dijo Colin colocando una mano en el pecho para inmovilizarlo—. Tú quieres esto... yo lo quiero, pero aquí no; tú serás un bárbaro americano, yo no... y los hombres aquí presentes tampoco, en segundos se interpondrán para separarnos.

—¡Con segundos me es suficiente, Webb! —Zachary estaba en llamas.

—Eso ya lo veremos, pero insisto, no aquí... en un ring, como corresponde. El que se mantenga en pie, gana. ¿Qué me dices?

La mirada de Zach se perdió en la lejanía, y ahí se quedó por unos segundos, perdido. De la nada, regresó en sí. Una mujer, que no era su hermana, parecía demandar de él un porte de caballero. Quizá Colin podía anotarse el punto por su retórica y su capacidad de convencimiento, pero no era él quien había serenado al californiano, sino una mirada de ojos azules que lo contemplaba, lo quemaba, lo invitaba.

—Si gano, terminarás con esto... te alejarás de mi hermana para siempre.

—Extendió la mano a él para sellar el encuentro.

—Si ganas, así lo haré —finalizó correspondiendo el apretón de manos.

Capítulo 12

El rumor de la pelea entre Zachary Grant y Colin Webb viajó a mayor velocidad que los trenes ingleses. El lugar, el sótano del White. Un sitio al que se suponía los caballeros del club no tenían acceso, pero ¿acaso existía algo en el mundo que el dinero no comprara? Los lores llevaban tiempo efectuando en ese sótano las actividades menos decorosas, esas que no querían que llegaran a los oídos de las damas.

Por desgracia, la riña de boxeo sí llegó a los oídos de una de las damas. Una bella muchacha de cabellos dorados y ojos almendrados azules que le había robado el corazón —y la razón— a Nolan Northon. El sobrino del Barón, con balbuceos nerviosos, las mejillas sonrosadas y el pecho acelerado por la cercanía de la joven, rompió una de las reglas primordiales del White: la discreción.

—S... Sí... su hermano, dicen que es buen boxeador, aunque al otro lo vi... da miedo.

Miedo daba la expresión de Daphne ante la confesión.

—¿Cuándo?

—En unas horas, tras la cena...

Brindó su pago, un dulce beso en la mejilla del muchacho, y lo dejó parado bajo un fresno pensando en poemas pobres de rima. Ella se adentró en la sala de té de Lady Helen casi al trote, Nolan la vio marcharse y alzarse las faldas para acelerar su andar y supo que la imagen de esos tobillos lo atormentarían de por vida.

—Emily, Em... ¡Por Dios santo, ¿dónde estás?! —masculló. Lady Helen había brindado un té e invitado a las mujeres Sutcliff, a quienes sumaba a las Grant, para rodearse de los rumores. Tenía en su haber el escándalo Bridport, y buscaba hacerse con el Sutcliff.

—Chist... aquí. —El susurro vino de los pasillos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Daphne a Emily, que se encontraba en las sombras, con una taza de té en una mano, un pastelillo en la otra e intentaba

ingerir ambos a gran velocidad para poder atacar nuevos. La ansiedad la estaba llevando a comer, la vida sabía mejor con crema y baño de chocolate.

—Me escondo, creo que es evidente. ¿Y sabes?, deberías aprender a hacerlo, Daphne, desde aquí se ve el jardín. Fui testigo de tu indecoroso acto... —El tono no era de reproche, sino de picardía.

—Oh, no es ese el indecoroso acto mío del que nos tenemos que preocupar, sino de otro. Te necesito, Em... creo que la he liado grande.

—¿Tú? —inquirió con la boca llena—, ¿quién diría?

—Creo que le diré a mi madre que debe prohibir el acercamiento de la pareja, tanto tiempo con Colin te ha contagiado el sarcasmo —Puso las manos en jarra—, y no le queda bonito, señorita Grant. Eso, siempre y cuando, no enviudes antes de casarte.

—¿De qué hablas? —Con esas palabras se había ganado toda la atención de la californiana.

—Ah, ya veo, cuando de Colin se trata...

—Daphne...

—Se peleará con Zachary esta noche, eso sucede, ¡y es toda mi culpa! —largó con dramatismo. Le faltaba llevar la mano a la frente y fingir un desmayo para mayor teatralidad.

—¿Cómo?

—Sí, ¡boxeo! Si hasta hay apuestas.

—¡Maldición! —exclamó Emily, que se asomó por el corredor, alcanzó la bandeja de pastelillos y se robó uno—. Creí que había quedado todo atrás.

—Es mi culpa... si no fuera por mi idea de comparar besos...

—No, Daphne, esto es cosa de ellos, lucha de egos y masculinidades. ¿Quién diría que los hombres serían tan frágiles? —enfureció.

—Debemos impedirlo, Em. Zachary lo matará, lo desfigurará y lo matará. Te dejará viuda antes de tiempo y a mí... sin hermano, y... —Las lágrimas, para sorpresa de Emily, fueron sinceras. De verdad se preocupaba por Colin y su destino—. Juro que fue un juego, probar los celos de mi hermano, mostrarle que su comportamiento era inapropiado, por más que fuera hombre y... y solo quería que se quisiera tal cual era...

La señorita Grant tragó el pastelillo de una sola mordida, para liberar la mano y poder abrazar a la muchacha que casi convulsionaba por el llanto. La entendía, claro que sí. Así lloraría ella cuando su jugarreta tocara fin y tuviera que vérselas con las consecuencias. No le serviría de consuelo saber que lo había hecho por amor, al igual que en esos momentos no le bastaba a Daphne

tampoco.

—Lo solucionaremos, ya lo verás —le prometió—, pondremos fin a esto.



—No creo que sea una buena idea —masculló Daphne.

—Ni yo —coincidió Emily—, pero es la única que se me ocurre.

—Oh, por Dios, estaremos arruinadas si nos descubren. Arruinadas. Perdidas. Olvidadas en un castillo de Escocia, lleno de corrientes y fantasmas que nos recordarán nuestro eterno castigo, y cuando al fin la muerte nos llegue... arderemos en las llamas del infierno y...

—Y si no te callas ya mismo, acortaré tu condena ahorcándote con mis propias manos.

—Si me matas, Em, si decides hacerlo, ten en bien volver a colocarme faldas. No quiero morir en la deshonra...

Emily bufó. Estaba preocupada, nerviosa, y Daphne no ayudaba en lo más mínimo. Si no fuera porque la necesitaba, la hubiera dejado en su habitación, cuando comenzó con ese lamento. Se había escabullido tras la cena y buscado un coche de alquiler que la llevara a la mansión Sutcliff, de allí, y con ayuda de la doncella de la joven lady, se adentró a la recámara de la muchacha con dos mudas de ropa de caballero. Ella estaba acostumbrada a vestir como hombre y en pocos segundos estuvo enfundada en un traje negro, con chaleco azul y botas altas. Daphne, por el contrario, se horrorizaba y maravillaba en partes iguales con cada prenda.

—¡Oh, es tan cómodo! —expresó al colocarse los pantalones, bastó ver su reflejo en el espejo para que cambiara de parecer al segundo—. ¡Se me marca el trasero! No puedo salir así... ¿A los hombres también se les marca el trasero? ¿cómo es que nunca presté atención a eso?

Luego de una hora de comentarios, llantos y berrinches, habían llegado a las puertas traseras del White en otro coche de alquiler, y le pagaron un par de peniques extras a un empleado para que alcanzara una nota a Nolan Northon.

Nolan, y solo Nolan era la razón por la que Emily soportaba las quejas de Daphne. Aunque, tras todos los lamentos, brillaba un dejo de diversión en la mirada de la joven lady. Temía las consecuencias, no el acto en sí. El sobrino

del Barón se presentó en la noche y asomó la nariz, sorprendido por las palabras de su amor imposible.

—¿Lady Daphne? —la llamó, buscándola en la oscuridad.

—Señor Northon, aquí. Aquí.

—¡Lady Daphne! ¿qué significa esto? —preguntó el muchacho al borde del colapso. Si creía que los tobillos de la muchacha lo torturarían, verla vestida de hombre acaba de quitarle una década de vida.

—Necesitamos entrar para impedir la pelea. Sabemos que no aceptan damas, por eso...

—¡Oh, esto es una locura!

Emily observaba todo a escasa distancia, y decidió que era el momento de dar un paso atrás. Esa tarea le correspondía a Daphne, y en esas lides estaba mejor dotada que ella.

—Lo sé, oh, Nolan, sé que he perdido la razón. —El tuteo, premeditado, surtió efecto—. Estoy tan desesperada. Es mi hermano, lo quiero tanto, haría lo que fuera por las personas a las que le tengo afecto... ¿tú no? —Los ojos azules de Daphne se alzaron con el mismo dramatismo con el que había expresado sus lamentos durante todo el viaje y Emily no pudo más que apretar los dientes y sisear:

—¡Maldita embustera! —con cierto cariño. Ella podía haber ideado el plan de vestirse de hombres para ingresar al White, pero la idea de meterse en problemas siempre había sido de Daphne. Los Webb eran peligrosamente convincentes, y Emily tomó nota mental de la lección: no te dejes engañar por un rostro bonito.

Nolan aún no había aprendido, por lo que, desesperado, tras mirar a ambos lados, besar las manos de Daphne y elevar un rezo a los cielos, las ayudó a atravesar las puertas del White y a guiarlas hasta los sótanos.

El salón de caballeros era enorme, lujoso y con corredores intrincados. Emily fue dibujando un mapa en su mente para poder escapar de allí si algo salía mal.

La suerte es una moneda, tiene las dos caras. La buena: estaba tan oscuro y lleno de gente que gritaba, vitoreaba, apostaba e insultaba que nadie se percató de la llegada de Northon en compañía de dos caballeros de dudoso aspecto. La mala: la pelea había comenzado.

Dos hombres sudorosos, sin apenas ropas, se golpeaban con rudeza en el medio de un ring. El pobre de Nolan no sabía cómo cubrir los ojos de la impresionable Daphne. Emily, en cambio, moría de preocupación y dejó los

recaudos atrás para adentrarse entre la multitud. La imagen, que debió de ser sensual, se tiñó de rojo por la violencia.

Lady Webb no parecía tan horrorizada por el asunto como debió estarlo. No podía quitar los ojos del pecho desnudo de Zachary, incluso cuando otros brazos masculinos le daban cobijo. Jamás había visto a un hombre sin ropa, y el cuerpo de Grant estaba apenas cubierto por un pantalón ligero. El de su hermano, como era obvio, no podía interesarle menos. Emily no opinaba lo mismo.

Si quedaba una barrera por romper, era esa. La de descubrir lo que se perdía al no ser la mujer para Colin. Deseó ser viuda, británica, delgada y una arpía, de ese modo tendría al menos la posibilidad de ser su amante. Comenzó a detestar el cariño que Colin le prodigaba, porque era ese sentimiento el que le impedía tomarla como a una más. Y era el mismo amor el que en esos momentos la desangraba.

Avanzó contra la pared, dispuesta a interponerse entre ambos si era necesario, a revelar su sexo ante los ojos de toda la nobleza británica... estaba dispuesta a todo.

Los músculos de Webb se veían mucho más definidos de lo que las recatadas prendas dejaban adivinar. Eran flexibles, firmes, se ajustaban a su esqueleto y se movían con él de manera rápida y precisa. La obnubilaban. No estaba preparada para esa versión del hombre que amaba. Parecía una imagen digna de Da Vinci, la perfección del cuerpo humano, la simetría perfecta... el milagro de la creación en un ser humano. Enfrentado, otro que ella sí conocía y a quien temía por su fuerza y capacidad de daño: Zachary.

No solo se enfrentaban británicos contra americanos, lores contra plebeyos. Allí se batían dos estilos de lucha distintos... y esa vez, le tocaba a Grant perder.

Las reglas del boxeo eran claras, no le daban espacio a maniobrar. Un árbitro observaba la disputa e intervenía si los peleadores quedaban pegados, si los golpes se volvían peligrosos o si las reglas de la caballerosidad se rompían.

Fuerza contra velocidad. Eso atestiguaba Emily, y cuando pudo dejar el corazón de lado en pos de la razón, tuvo que admitir que Colin no lo hacía nada mal. Junto a las cuerdas, un hombre al que escuchó que llamaban Jimmy decía ininteligibles órdenes. El acento de los bajos fondos, y no los londinenses, sino los dublínenses, le permitió a Emily concluir que se trataba del entrenador de Lord Webb.

—Rápido, Webb, uno, dos, no te dejes alcanzar, ¡maldición!, muchacho, uno, dos, pies, vista, levanta... —La señorita Grant no estaba segura de que las órdenes le llegaran a Colin. Junto a su hermano, para total bochorno, se hallaba Sean Walsh. ¡Oh, Dios, que no me vea! El americano la reconocería de inmediato.

Lo entendía, su hermano necesitaba un aliado, alguien que estuviera a su lado, y qué mejor que un coterráneo. De todos modos, allí los únicos que se disputaban algo eran Zach y Colin, los demás solo se divertían con el espectáculo. Otro rostro estaba oculto en la oscuridad, Lord Bridport, que tenía prohibido el ingreso a White, pero que no dejaría solo a su amigo.

Emily desesperó. Webb recibía los puños de su hermano con bastante frecuencia, hasta había tocado la lona una vez. Había sangre en su rostro, mucha, y la piel comenzaba a mostrar las rojeces de los impactos, rojeces que se volverían moradas. Zach parecía estar mejor, aunque agotado por la velocidad de su contrincante.

—Deja de correr, Webb —lo incitaba. Colin estaba concentrado, enfocado, como si su vida estuviera en juego en aquella pelea sin sentido. Los golpes que le llegaban lo hacían trastabillar, los que devolvía parecían impulsados por una furia indescriptible.

Ella estaba acostumbrada a la violencia. La había visto en el Oeste, sufrido, sin códigos ni control. Sin árbitros que mediaran, sin medidas de protección... y sin embargo, allí, en el sótano de White, sintió miedo, lágrimas y un nudo en la garganta.

Los golpes continuaban, alguien indicó que era el quinto round. Colin hizo un buche con agua y escupió en un balde. Jimmy le repetía algo, sobre mover los pies y esquivar las cuerdas. Le dolían los huesos, un ojo comenzaba a cerrarse por el impacto de un puño. Miró a su oponente, parecía más tranquilo que él, menos herido.

—Webb, muchacho, no estás concentrado —le recriminó el irlandés—, sí, lo miras, lo mides, pero no estás aquí. No sé el porqué de esta pelea, pero cuando entres allí, deja eso aquí. Las emociones no son buenas en el ring.

—Entendido. —Sí, lo comprendía, aunque no lo podía acatar. No podía dejar las emociones fuera, lo gobernaban desde el desafío en el Hyde Park. Quería ser golpeado, porque lo merecía, a la vez que quería ganar, para no alejarse de Emily.

Hizo un recorrido de la multitud antes de comenzar el sexto round. Halló de inmediato los cabellos rojo fuego de su amigo Elliot, todos sabían que

estaba ahí pese a la prohibición. Lo que no esperaba era el movimiento de mentón del vizconde, como si señalara un punto contra la pared. Se giró para ver qué llamaba la atención del hombre, y allí, en las sombras, la vio: Emily.

Su Emily. Se cubría la boca con la mano para impedir que los gemidos de dolor que acompañaban a los de Colin se escaparan, tenía los ojos acuosos y el rostro pálido por el miedo. Vestía como hombre, pero nadie se creería semejante falacia. Sus senos pujaban los botones del chaleco, sus mechones dorados se escondían bajo el sombrero y sus caderas se redondeaban bajo la tela del pantalón. Las botas altas no hacían más que recordar la forma de sus piernas, que en opinión de Colin estaban diseñadas para medias de seda, encaje... para rodear a un hombre por la cintura, para recibirlo a él y darle cobijo.

Las emociones entraron al ring. Jimmy estaba equivocado... esa fuerza era la que necesitaba. No se iba a alejar de ella, y si para eso debía derribar el muro que representaba Zachary Grant, así lo haría.

—¡Demonios, Webb! ¿qué haces? —preguntó el irlandés cuando Colin, en lugar de seguir la estrategia de agotar las energías de Zach, fue en su búsqueda. Se cubrió el mentón para evitar un golpe que lo dejara fuera de combate, aunque eso le diera al contrincante libre acceso a las costillas. Recibió uno, dos, tres cortos de Grant... el californiano saboreó la victoria, buscó el cuarto impacto. Cuando la derecha salió disparada, Colin quebró la cintura, escapó al golpe, y retribuyó, con el poco aire que quedaba en sus pulmones, un gancho de izquierda que dio de lleno en la mandíbula de Zachary.

Era el único golpe que, sin importar la musculatura, la fuerza o la entereza, desbarajustaba a cualquier hombre. Claro, si se descontaban los bajos, esos que, por fortuna, estaban prohibidos hasta en el sótano del White. Grant cayó a la lona, el árbitro contó hasta diez y dio por finalizado el encuentro. En el alboroto de apuestas, Colin bajó sin festejos, caminó hacia el fondo y arrastró al hombre —mujer— que allí se encontraba en estado de completo estupor. La llevó por los corredores hasta lo que parecía ser un vestuario, el mismo tenía cubículos individuales y encerró a Emily en uno de ellos.

—¡Qué demonios...!

—Esto tiene que terminar, Colin. ¡Oh, pensé que me moría!, ¿sabes lo que se siente, aquí —Se señaló el pecho—, dividir los sentimientos de esta manera? Saber que tu bienestar implica que mi hermano caiga en la lona...

—¡Tu hermano se lo buscó!

—¡Y tú se lo diste! —espetó Emily, que dejó el miedo atrás para abrazar la ira.

—Sí, demonios, por supuesto que sí. Me crees un maldito cobarde, igual que él, me creen un blando...

—¡No es cierto! —Emily se sentía morir. No se creía capaz de soportar la furia de Colin, y eso era lo que tenía ante sí. Una tempestad, una de esas tormentas que azotaban y destruían todo a su paso, esas de las que solo se salía reconstruyendo lo poco que dejaban a su paso.

—Me creen poco hombre —dijo al fin, Webb, dolido—. Pues ahí tienes tu respuesta, Emily.

—No es cierto, Colin. No lo es, no te considero poco hombre, no... ¡No tienes que probar nada! —La voz de ella se alzó, hasta quebrarse en el aire.

—Sí tengo que hacerlo.

—¿A quién? ¿A mi hermano? ¿A ese grupo de lores perezosos? ¿A quién tienes que probarle algo?

—¡A ti! Emily, a ti... yo... —El dolor, las secuelas de la pelea, todo impactó en el cuerpo de Colin Webb cuando se dejó caer en el piso y se cubrió el rostro inflamado con las manos aún vendadas. El sudor perlaba su piel, el olor de su cuerpo transpirado inundó las fosas nasales de Emily como un afrodisíaco. Olía a hombre, olía a él, ¿cómo podía creer que tenía que probarle algo?

—Colin... no hagas esto.

—Tu hermano ha adivinado la farsa, aunque no se lo haya confirmado, lo ha adivinado. Me desafió, si perdía, me debía alejar de ti. Era más fácil perder que ganar, era más fácil rendirme que esto... entonces, ¿por qué, Emily, por qué rendirme me parece imposible? ¿por qué cuando se trata de ti no puedo hacerlo?

—Colin... por favor, no lo hagas —le rogó la muchacha. No soportaba el dolor de él, ni el físico ni el de su corazón. Ambos le daban de lleno, como si hubiese sido ella la contrincante en ese ring, la que peleaba contra él... y al igual que Zachary, no podía ganar. Su fuerza no bastaba.

—No puedes estar aquí, y, sin embargo, me alegro de que lo vieras, Em. De que vieras lo que soy capaz de hacer por ti. —Colin había ganado, y a pesar de ello, lucía derrotado. Otro Grant era el que lo dejaba en la lona, y no había árbitro que pudiera impedirlo, no existían las reglas entre ellos dos.

—No lo haces por mí, yo no necesito nada de esto.

—¿No lo entiendes? No, cómo podrías... cómo podrías, siendo tan...

perfecta, única, siendo tan... tú... comprender lo que haces. —Webb alzó sus ojos celestes y los fijó en los de ella. La lección aprendida, la de no caer en las trampas de un rostro bonito, se evaporó. No tenía defensas ante él, menos cuando mostraba ese lado, el vulnerable. Colin creía que eso lo hacía menos, y ella pensaba que eso lo hacía perfecto—. Me haces sentir hombre, Em, me haces sentir más hombre de lo que jamás me sentí. Más entero, me convences, por momentos, lo logras, de que no hay nada malo en mí, que soy digno de tenerte, de abrazarte, de besarte. Me haces creer que merezco tus besos, y luego...

Emily lo besó, porque las palabras no salían de su garganta. En ese punto exacto en el que las emociones la estrangulaban. Los labios de Colin sabían a sudor y a sangre, y a él en estado puro. Nada le importaba, ni que la descubrieran, ni que la mancillaran. Nada era más relevante que abrazar a Colin hasta que todas esas partes sueltas se unieran, hasta que sanara por completo... Las lenguas danzaron en sus bocas, se acariciaron, exploraron lo prohibido. Las manos del hombre podían dibujar el contorno del cuerpo de la mujer, y las de ellas... las de ellas tenían toda la piel para explorar. El pecho desnudo de Colin se pegaba al suyo, y los pezones se erizaban en busca de un contacto que solo limitaba la tela de su camisa.

—Detente... —suplicó él—, porque conozco lo que sigue a esta sensación.

Emily lo miró desconcertada, sin comprender.

—Sí, Em, después de la gloria de tenerte en mis brazos llega el infierno. La otra parte de lo que me haces sentir, lo que me lleva a esta locura y a mil más.

—¿Importa? —preguntó Emily, rendida por completo—, ¿acaso importa, Colin? Prefiero el cielo y el infierno, prefiero conocer las dos cosas que ninguna.

—Emily... —El significado de esa declaración era claro, lo atravesaba, le robaba lo último que quedaba de él. ¿Quería él lo mismo? ¿Saborear la felicidad antes de la vida sin ella, o prefería no conocerla para no lamentarse? La vida lo había dejado sin opciones, había optado por él, porque ya estaba condenado a amar a esa mujer y a no tenerla, la única posibilidad que restaba por elegir era si una vez o nunca.

Y nunca era una palabra muy pesada...

Elliot había asomado sus narices en los vestuarios para presenciar algo que no debía.

—Soy ciego y mudo, pero por fortuna —le dijo a la pareja que se devoraba en el suelo del lugar—, no soy idiota. Tu hermana también está en pantalones escondida en la multitud.

—¡Maldición! —Colin se puso de pie, y cubrió a Emily con su cuerpo. Bridport solo atinó a alzar la ceja.

—¿Qué piensas hacer? —Si era una competencia de rojos, sería la primera vez en la vida en la que Elliot perdía ante alguien—. Yo me aseguro de Daphne, Colin. Tu encárgate de Emily, pero antes... ven.

Emily quedó oculta en el cubículo, lejos de las miradas de los hombres. Ellos se alejaron hasta que sus oídos quedaran también vedados.

—Eres mi amigo, y te aprecio —La voz de Elliot Spencer dejó entrever una autoridad pocas veces usada—, no pienso meterme en el medio de tus asuntos. Siempre fuiste el que usaba la cabeza de los dos...

—Dilo de una vez.

—¿Sabes lo que harás? Mejor dicho, ¿lo saben? Los dos.

—No... ¿satisfecho?

—Sí, increíblemente esa era la respuesta que esperaba. Si es así... me voy a salvar la reputación de tu hermana. Escucha bien, eh, para captar la ironía que flota en el aire: yo, Elliot Spencer, me iré a salvar la reputación de una dama, y tú, Colin Webb... —Lo dejó allí, con la frase inconclusa y la mente hecha humo.

Emily reía de nervios, frustración y una cuota de alivio. Solo esperaba que la discreción de Lord Bridport llegara hasta su esposa, porque Miranda la mataría. Todo el mundo lo haría. Había perdido la razón.

No se trataba como Cameron, que se había entregado bajo la promesa de matrimonio. No, ella se marchaba de ahí con la intención de convertirse en amante. Y la pena la agobiaba al saber que, de todas las amantes de Lord Webb, ella sería la única que tendría solo un día. Una noche. Le hubiera gustado demandar su trato, ese que le sumaba un año a la condena de perderlo.

—Emily, ¿estás segura de irte de aquí conmigo?

—De todos modos necesitas ayuda. Estás sangrando, golpeado, sudado...

Los labios de Colin se curvaron, su mirada se rasgó en una sonrisa que la alcanzaba y que exponía el daño hecho por los puños de Grant.

—Salgamos de aquí, eso es lo primordial. Salir sin que nos vean... — Colin no tenía intenciones de dilatar el asunto. Se colocó el abrigo sobre la

piel desnuda y sudada, y con tan solo eso, juntos, se escabulleron por los corredores de servicio. Salieron por la cocina hasta el callejón trasero, donde la basura se acumulaba y el glamour se perdía en el hedor.

—El coche que alquilé debía esperarnos en la salida del callejón —dijo Emily—, espero que esté aún. Tardamos más de lo previsto... —Avanzaron por la noche hasta dar con el carruaje. El chofer se había quedado dormido, y tuvieron que sacudirlo para que entrara en acción. El hombre lo hizo tras un curioso vistazo a la pareja de pasajeros. Una dama vestida de hombre, en un disfraz bastante malogrado, y un lord golpeado, semidesnudo que intentaba disimular el penoso estado tras un pesado abrigo.

La casa de soltero de Lord Webb se encontraba en el barrio de la del alquiler de los Grant, y era casi tan lujosa como esa. La diferencia en el decorado indicaba que se trataba de un lugar masculino, de un santuario personal. Todo ahí gritaba el nombre de Colin.

El joven lord dio varias órdenes al ingresar, entre ellas, que fueran a la casa de los Grant, sobornaran a una empleada y le trajeran una muda de ropa a Emily.

—Al parecer está bastante familiarizado con los «problemas femeninos», milord —recriminó Emily con una mezcla de celos y humor, a lo que Colin solo sonrió.

—No tanto como me gustaría.

—Debemos atender esas heridas, no puedes seguir sudado, esto no es California, aquí podrías enfermarte por más que sea verano.

Colin podría haber llamado a su ayudante de cámara, a cualquier sirviente, pero quería que ella lo hiciera. La deseaba, la deseaba en su cama, desnuda, gimiendo de placer. Y también deseaba eso, sus caricias, sus besos, sus cuidados.

El baño no tardó en estar listo, los empleados de Lord Webb eran todo lo eficiente y discreto que un hombre soltero necesitaba. Las reglas se volvían laxas bajo el techo de un dandi, de un hombre que acostumbraba a recibir visitas femeninas a altas horas, en situaciones extrañas. La vida de un hombre era todo lo que no era la de una mujer, y Emily se prometió que cuando al fin le tocara el turno de rendirse, de planear su vida, lo haría buscando esa misma libertad.

Ascendió los peldaños junto al hombre que amaba, quien volvía a mostrar su torso desnudo, sus golpes y magullones, y juntos llegaron a la recámara principal. Una habitación de muebles de caoba lustrada, decorada en azul y

dorado. El aroma al jabón de afeitarse, al almidón de las camisas... a la piel de Colin flotaba en el aire dándole la bienvenida al hogar.

—Em... —Se detuvo en el medio de la habitación—, quiero que sepas... quiero que sepas que podemos detenernos. En cualquier momento, no importa.

—Colin... eso no pasará. Lo deseo, deseo que suceda esto entre nosotros, el único que puede decir basta eres tú. Si no lo deseas...

—Claro que sí, oh, Dios... —Se silenció porque se sintió ridículo. Ella era la virgen e inocente dama seducida por el patán, entonces, ¿por qué era él quien temblaba de miedo? ¿por qué se sentía como un inexperto? La respuesta resonaba en sus tímpanos hasta aturdirlo: porque la amas, porque sabes que será distinto con ella.

—Necesito un baño —proclamó—, pero no pienso otorgarle esa ventaja, señorita Grant. Ya he visto lo peligroso que es confiar en los americanos.

Emily soltó una risita divertida.

—¿Ah, sí? ¿y qué propone?

—Pues... —Colin se acercó más a ella y la besó. Se apoderó de su boca con avidez, con hambre. La saboreó, la obligó a abrirse a él. Emily gemía por respuesta, rendida a las caricias, a las sensaciones. La lengua de Colin la invadía y despertaba en ella un deseo que le resultaba desconocido.

Llevaba meses anhelando ese momento, desde que sus ojos se posaron en él, solo que recién en esos instantes, cuando la decisión estaba tomada, cuando se sentía con las riendas de su destino, se permitió vivir los momentos con Colin sin miedo. Ya no quedaba nada por perder, su reputación no le importaba, ni su orgullo, ni su corazón. Solo eso restaba, e iba a tomarlo. Las manos de Webb eran de la misma idea, con la distracción de sus besos tomó ventaja sobre Emily para desnudarla. Las prendas femeninas le eran familiares, sí, pero las masculinas daban un acceso mayor. En pocos segundos, los senos de Emily estaban al descubierto, listos para su exploración.

Nada había preparado a Colin para esa imagen. Los había soñado, deseado... los había imaginado, aprisionados bajo el corsé, cubiertos por la camisa... su mente no podía con la realidad. Tomó uno en su mano, y el gemido de la muchacha se unió al suyo. Era grande, pesado, coronado de un pezón rosado que invitaba a su boca. Webb cayó de rodillas. Así, ante ella, ante la belleza de Emily.

—Em... —murmuró antes de posar los labios en su vientre, en su ombligo, donde hundió la lengua al tiempo que se deshacía de los botones del pantalón. Emily sentía el ardor de la pasión mezclarse con el de la vergüenza, los

pensamientos la azotaban, le gritaban que no era tan hermosa para competir con el pasado de Colin... sin imaginar que Colin acababa de perder su pasado, de olvidarlo. Ella lo había barrido por completo. Al igual que él barría sus caderas, con caricias de fuego que arrastraban lejos el pantalón.

Un grito ahogado salió de la garganta de Emily cuando Colin se puso de pie, de golpe, y en un movimiento ágil y no demasiado gentil, la arrojó sobre el mullido colchón. La señorita Grant se observó sin poder creer que ellos dos formaran esa escena erótica. Él sudado, lastimado, herido, y ella con una camisa atrapada en sus antebrazos, un pantalón bajo la cadera, trabado en las botas masculinas que Webb intentaba quitar.

—Serías un buen ayudante de cámara —bromeó ella al ver la frustración de su amante.

—¿Eso cree, señorita Grant? Es de mala educación reírse de los condenados —la reprendió tras quitar la segunda bota. Se lanzó sobre ella, y la tela del pantalón le impidió a la muchacha abrir las piernas para recibirlo. Colin jugaba con ella, con el deseo compartido. La erección del hombre se hacía notoria bajo la tela y presionaba la pelvis de Emily, sin que ella pudiera más que quejarse por no conseguir el roce anhelado.

Webb la volteó, le quitó los pantalones al fin, lo mismo hizo con la camisa, y recién cuando ella estuvo por completo desnuda, hizo lo mismo con las pocas prendas que llevaba.

—Ahora estamos en igualdad de condiciones, Em... me encantaría decir que así te quité la ventaja, pero me rindo... me rindo por completo. —Buscó sus labios una vez más, para depositar besos desesperados—. Siempre me ganarás, siempre conseguirás ser más de lo que espero...

—Colin... —pidió ella—, abre los ojos, ábrelos por mí. Míranos. Estamos desnudos, estamos rendidos. No hay más nada que se interponga entre nosotros, se fueron a ese montón —Señaló las prendas arrugadas—. Por esta noche, allí quedan los miedos, las inseguridades... hasta mi pudor se fue con esos pantalones.

—¿Pudor? Em... Em, si te vieras con mis ojos, no te vestirías jamás.

«Y si tú te vieras con los míos, sabrías que eres el hombre perfecto», ahogó la respuesta en un nuevo beso, porque sacar a colación el tema sería apagar la hoguera. Y ella solo quería arder, por unas horas, por una noche, por el tiempo que pudiera... solo arder.

El sudor de Colin, sus heridas, le recordaron la falta de atención, la tina que aguardaba por él y los paños para vendar los magullones.

—Ven, ¿no era para esto que me desvestiste? —jugueteó ella y fue hasta la tina. Colin la observó desconcertado, olvidando por completo las heridas.

—Solo necesitaba una excusa, me valí de ella —replicó en el mismo tono. El cuerpo de Webb se tensaba ahora por otra razón, por el deseo. Su erección reclamaba a Emily, su piel pedía por ella, y si la ponía en pausa era solo por respeto.

Un respeto que la muchacha no deseaba. No lo invitaba a la tina porque lo quisiera limpio, ni por postergar lo de ellos. Sino para dilatarlo, para extender el momento... para torturarlo.

Colin se sumergió en el agua, y Emily supo lo que tramaba. Arrastrarla a ella también. Salpicaron el suelo a su alrededor y cargaron la habitación de risas divertidas y de gemidos placenteros. No tenían demasiado espacio, y él la instó a montarse a horcajadas. El roce del pene contra la entrada de su cuerpo la hacía gritar de placer en cada movimiento, aunque no le impidió llevar a cabo la tarea, solo la hizo deliciosa.

Con el paño y el jabón, lavo cada herida de Colin, cada corte, cada raspón. Y mientras lo hacía, él la acariciaba, la besaba, saboreaba sus pechos y la castigaba con el vaivén del agua. Emily sentía el modo en que su cuerpo se preparaba solo para la invasión que llegaría, no se trataba de la humedad del baño, otra, que nacía en su interior, comenzaba a hacerse presente. Su entrepierna estaba sensible, al igual que sus pezones, ahí donde la boca de Colin no daba tregua.

Él la observaba, la dejaba hacer, y se deleitaba de la imagen de la muchacha. La cintura llena lo tenía encantado, no dejaba de aferrarse a ella, de tomarla con fuerzas de esas amplias caderas para que las acercara más a él, a la parte de su anatomía que latía en un frustrado reclamo. Emily finalizó el baño tras enjuagar el cabello de Colin, que lucía dorado a la luz de las velas de la recámara y que, en esos momentos, todo hacia atrás, dejaba al descubierto las facciones perfectas del rostro masculino.

Las bocas volvieron a unirse, las lenguas a tocarse, y solo se separaron un segundo:

—Em, rodéame con las piernas —demandó. ¡Oh, cuánto tiempo llevaba soñando con esas palabras! Las firmes piernas de Emily se aferraron a su cintura, notaba que no se sentía segura, que creía que su peso sería demasiado para él. Le probaría lo contrario, le demostraría que esas inseguridades no tenían fundamentos. Su cuerpo era todo lo que el de él reclamaba. La alzó de un solo movimiento, y salió de la tina, llevándose el agua con él hasta el

colchón. Ahí, con desenfado, comenzó a quitar las horquillas que sostenían el cabello de Emily, para poder contemplarla como lo que era... su ninfa. Su extraña y única ninfa, que domaba corceles y miedos, que conquistaba países y hombres. La cabellera dorada no tardó en caer en pesados bucles que enmarcaron su cuerpo, y en ellos, Colin enredó sus dedos para inmovilizar la cabeza de la muchacha y saquear su boca.

Él también extendía el momento, retrasaba la unión. No quería que finalizara, deseaba hacer de esa noche, una noche eterna. Sus cuerpos se volvieron el obstáculo insalvable, la demanda de sus pieles no soportaba un segundo más de tortura.

Colin arrastró su boca por el cuerpo de Emily, saboreando cada rincón, dejando su impronta de dientes y marcas. Ella sumaba a las heridas de combate las suyas, las de sus uñas, unas líneas que Webb deseaba que jamás desaparecieran.

—Em... —fue la última súplica. Llegaban al punto exacto en el que no existía retorno.

—Sí, Colin...

Se acomodó sobre el cuerpo de ella, y Emily no tardó en rodearlo con las piernas, en marcarle el sendero que ambos conocían. Él se abrió camino en su interior, con delicadeza, un centímetro a la vez hasta quedar cobijado por completo en la húmeda calidez de Emily Grant. El dolor virginal no duró demasiado, apenas un par de lentos embistes bastaron para que ella se adaptara al hombre, a uno que parecía hecho a su medida.

Los gemidos rompieron la noche, el crujir de la cama se sumó a ellos, y por último... sus nombres entre los labios unidos. Sus ruegos ahogados en las sensaciones, y los silencios, las palabras que pujaban por salir. Lo sentían en sus pieles, en la cumbre del placer, en el momento en que Colin se derramaba en su interior y ella lo recibía por completo.

Lo callaron, porque habían tocado el cielo y bajar al infierno con esas palabras significaba una condena mayor de la que podían soportar.

Capítulo 13

El gran club de la mentira fundado por el par de tórtolos más famoso de la ciudad seguía sumando miembros, a Zach y a las muchachas americanas se les había adosado Elliot y, en breve, obtendría la membresía la figura femenina que restaba: Daphne Webb.

Era de esperarse que la jovencita, cuya belleza solo era menoscabada por su intrépida agilidad mental, descifrara de un momento a otro la realidad que se ocultaba bajo las alfombras de ese compromiso.

En los últimos días, Emily Grant se había convertido en una presa difícil de cazar. Los argumentos para sus negativas a una tarde de té o un paseo de media mañana hallaron su justificación en la innumerable lista de preparativos de compromiso. Ahora, ya con el suceso transformado en anécdota, la joven Webb no entendía el porqué de la distancia forzada de su amiga, esa que estaba a meses de convertirse en su familia.

El evento de la noche en lo de Lady Thomson, una fiesta de presentación de una debutante de la cual apenas había oído hablar, le brindaba la oportunidad para llegar a Emily sin evasivas, porque no era tonta, eso era lo que hacía la señorita Grant, y no solo ella, también su hermano. Colin se valía de su comportamiento indecoroso en el White para finalizar cualquier posible conversación. No requería de muchas piezas para armar el rompecabezas, en especial, porque acababa de darse cuenta de que no existía ninguno. Sufría de la sobreprotección de Colin desde temprana edad, y si de algo estaba segura también, era de que su hermano no lidiaba muy bien con los celos, demás estaba esperar que trasladara esas «cualidades» a su futura esposa. ¿O no? ¿Desde cuándo Lord Colin Webb permitía que un coro de lores solteros rodeara a su prometida con cánticos de conquista en los labios? Ella se sentía incómoda y molesta ante tal espectáculo. ¿Y Colin? Colin se encontraba en el otro extremo del salón, mordiéndose los labios al contemplar lo mismo. ¿Qué demonios estaba sucediendo ahí?

—Necesito hablar contigo —susurró al oído de Emily ni bien estuvo a

centímetros de ella. Saludó a los presentes—. Lord Wadlow... Lord Hemsley... Lord Lowell. —El último apellido abandonó su boca con hastío, se veía en la obligación de actuar en nombre de su hermano. ¡Aléjense aves rapaces, han llegado tarde!—. Si nos disculpan, la señorita Grant y yo debemos encargarnos de unos asuntos.

—Por favor, milady. —Lord Hemsley le abrió camino a ambas.

—Antes de marcharse, señorita Grant —Lord Lowell se dio el permiso de interrumpir la partida—, recuerde de reservar un baile para mí.

Emily, a pesar de que trataba de huir de Daphne a cada momento, se hallaba feliz de su intromisión. ¡Dios, algunos lores eran comparables a las sanguijuelas!

—Por supuesto, Lord... —dijo con las manos temblorosas en busca del carnet de baile.

Aunque le doliera, ella debía seguir con su parte de la farsa, requerían de un buen motivo de separación, uno que todavía no habían pensado. ¿Quién se llevaría el premio mayor? Colin insistía en que fuese ella la que pusiese un fin al compromiso. Emily opinaba lo opuesto, él tendría que hacerlo, de lo contrario... ¡Nadie lo creería! ¿la joven americana? ¿la que babeó por él desde su arribo a Londres? ¿esa americana rompiendo el compromiso? Ella estaba en lo cierto, y él en desacuerdo. Como fuese, no encontraban el punto intermedio.

—Lo siento, Lord Lowell —Daphne finalizó por ella, tomó el carnet de baile de Emily como si fuese el suyo—. En otra oportunidad será, ya está completo —finalizó alejándola a la rastra.

—¿Completo? —musitó Emily dejándose manipular por la muchacha—. Mi popularidad no ha crecido tanto.

—¿Y desde cuando a ti te importa la popularidad? —alegó una vez que llegaron a los ventanales que se comunicaban con los jardines. Ahí tendrían la tranquilidad necesaria.

—No me importa...

—De ser así, demuéstalo y deja de sonreír a cuánto lord se te acerca. —Estaba poseída por el espíritu Colin.

—¿Y eso me lo dice la especialista en sonrisas? —El motivo del comportamiento de Daphne pasó a segundo plano. Emily no estaba de humor para ello. Ninguna de las dos lo estaba—. ¿Qué te sucede? ¿Qué bicho te ha picado? —Era necesario poner los puntos sobre las íes.

—¡Eso mismo me pregunto yo! Llevo días tratando de llegar a ti...

—He estado muy ocupada —dijo esquivando su mirada.

—Sí, siendo cortejada por otros lores... ¿Acaso estás contemplando la posibilidad de otro hombre, Emily?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

Jamás sucedería, su corazón, su cuerpo, no aceptarían a nadie más. Le pertenecerían a Colin hasta el día de su muerte. Solo seguía el juego pactado por él, porque todo se trataba de él, incluso la satisfacción de creer que estaba haciendo lo correcto.

—¿Qué está sucediendo, entonces? Porque algo sucede, no me lo niegues. Algo cambió desde ese maldito enfrentamiento entre Zach y Colin. —Un par de minutos junto a Emily le bastaron para despejar las dudas de sus pensamientos—. ¡Estuve días sintiéndome mal conmigo porque me hacía responsable de cada uno de los cortes y magullones de Colin!

—Deja a un lado el dramatismo, Daphne, conmigo no te sirve. —Fue dura con ella. Cuando la verdad saliera a la luz, Daphne sería la primera en odiarla. Dilatar el sentimiento no tenía mucho sentido.

Emily Grant era un auténtico tesoro, de esos que llegan a oídos de los expertos de la mano de lejanos rumores, su problema era que el mapa que trazaba el camino a su riqueza estaba marcado por cada una de sus expresiones, de sus palabras, de sus silencios. Para aquellos que se habían embarcado en la búsqueda de su conquista, llegar a ella era una tarea agotadora, pero sencilla.

—Te equivocas, me sirve lo suficiente como para darme cuenta de que tú, no eres tú... —resopló al reconocer que no se había equivocado. Una tormenta se avecinaba—. Y mi hermano no es mi hermano. Por momentos lo es, cuando está contigo... luego te marchas, y desaparece. Lo noto en él, en los dos... ¿Cómo se puede amar y sufrir al mismo tiempo? —No era tonta, ni ciega, todavía cargaba con una dosis de inocencia, solo eso—. Es como saborear la decepción de antemano, Emily... lo sé. No voy a hablar en nombre de tu corazón, tampoco en nombre del de Colin, solo del mío, porque ¿sabes qué? Sus corazones no son los únicos puestos en riesgo.

De a una, las víctimas colaterales caían a sus pies.

—Daphne... —quiso interrumpirla, disculparse por el exabrupto de segundos atrás. No se lo merecía. Ella no lo permitió.

—No, lo que sea que vayas a decir, solo dilo si es la verdad. —La joven Webb utilizó el ultimátum.

La mentira dolía, pesaba, y como una pequeña bola de nieve en plena

avalancha, crecía... pronto los derrumbaría a todos.

A Daphne, el silencio de Emily se le hizo perpetuo, lo que le hacía presuponer que la verdad era difícil de digerir para la californiana.

—Por lo visto, alguien te ha comido la lengua... y no precisamente los ratones. —Desvió la mirada en dirección a su hermano que, atento, la observaba desde el otro lado del salón—. No te preocupes, no necesitas de palabra alguna, yo hago las preguntas, tú solo asiente... ¿de acuerdo? —La puso a prueba.

Los días de su mentira estaban contados. Asintió.

—Lo primero, solo para confirmar que no mientes —Buscaba un verdadero «sí»—. ¿Amas a mi hermano?

La respuesta era de conocimiento popular. Emily lo confirmó con un delicado movimiento de cabeza.

—¿Colin te ha contado su secreto?

La comunión de miradas no se hizo esperar. Esa información era lo más importante de todo, de hecho, Daphne había oído a sus padres hablar al respecto, por eso el afecto hacia la americana había crecido de manera exponencial para los Sutcliff y estaban ansiosos de recibirla en la familia.

Emily asintió.

—¿Y aun así piensas casarte con él?

No hubo movimiento de respuesta. No existía uno. ¿Cómo explicarle que ella estaba dispuesta a todo con Colin, pero él no.

—¡Emily! ¿piensas casarte con él? —le reclamó.

—No... no Daphne. ¿Quieres la verdad? ¡No voy a casarme con él!

¡Al diablo con la mentira! ¡Al diablo con la verdad! No había lugar para nada más. La noche en brazos de Colin no había sido más que una condena. No se arrepentía, le había entregado todo, y cuando ponía en perspectiva lo que había ocurrido, la que salía perdiendo en ese mundo de hombres era ella. Podía esperar y aceptar el desprecio de cualquier hombre, de todos, pero no de él. Culpa y desprecio de sí mismo, podía oler ese perfume en Colin, un perfume que, de manera irremediable, le inundaba las fosas nasales para intoxicarla sin piedad. Lo que había sido la mejor noche de su vida, amando y dejándose amar, se había convertido en un abrupto desenlace entre ellos.

—¡No voy a casarme con tu hermano porque él así lo ha decidido! ¡Porque no se siente un hombre completo, y teme arrastrarme a ese vacío con él! Porque cree que lo que él considera conveniente para todos es lo correcto, y eso significa armar esta fantochada de compromiso para que otro hombre se

interese en mí, algo que, por lo visto, le funcionó. —Estallar de esa manera conteniendo las formas fue una tarea que requirió de su máxima destreza. Lo logró, la conversación no traspasó los límites establecidos. Respiró para recuperar la calma. No la consiguió, Colin atravesaba el salón en dirección a ellas. —Amo a tu hermano, lo amo como nunca pensé que se podía amar a alguien, y nada me haría más feliz que pasar el resto de mi vida a su lado... pero no, Daphne, no voy a casarme con él. ¿Eso responde a tu pregunta?

¡Condenadas lágrimas, no se atrevan a salir! ¡No, no lo hagan!

Tarde, la vista se le nubló. No quería dar un espectáculo por adelantado ante la nobleza británica, debía guardarse lo mejor para el día en que se bajara el telón.

—Em... Emily... —Daphne no podía creer lo que había oído. ¿En qué demonios estaba pensando su hermano? Quería ahorcarlo por idiota, por hacer que Emily derramara esas lágrimas.

—Permiso —dijo apartándola, un par de pasos la separaban de Colin, y no quería enfrentarlo—, necesito ir al tocador.

—¡Deja que vaya contigo, por favor! —La pena se deslizaba en sus palabras.

¡Más culpa Webb! ¡Lo que le faltaba! No, ya tenía suficiente para toda la vida.

—No, necesito estar a solas...

Huía, podía notarlo, y Colin no se lo reprochaba. Le había fallado y mentido por partes iguales. ¿Cuál sería su excusa ahora? Porque un buen matrimonio ya era algo desestimado, lo sabía, él le había robado esa posibilidad. Con ella todo era un paso hacia adelante, y veinte hacia atrás. Era como si una extraña fuerza sobrenatural se empeñara a empujarlo a aquel instante, a aquel día, ese en el que Emily Grant había aparecido en su vida. Llevaba las últimas noches haciéndose la misma pregunta, si pudiese volver el tiempo atrás, ¿qué haría? Lamentablemente, la misma respuesta se repetía como un eco en su mente y en su corazón: la amarías, eso harías.

Emily era su laberinto personal, estaba atrapado en ella, y cuando silenciaba a los absurdos de su razón, reconocía que lo estaba porque así lo deseaba.

Había amado a su cuerpo por pura necesidad, y lo había marcado con sus

besos porque quería que el mundo, y cada condenado hombre viviente en él, lo supiera: la había amado primero.

Necesidad y egoísmo. Otra combinación explosiva que no medía las consecuencias.

—¿Qué le has hecho? —le demandó a su hermana.

Daphne no pudo más que doblarse en una irónica carcajada.

—¿Y tú lo preguntas? No te hagas el inocente, Colin, ese papel ya queda relegado solo a Thomas. ¿Cómo pudiste? —dijo golpeándole el pecho con su abanico, cuando no estuviesen en público, lo abofetearía con gusto—. ¿Cómo pudiste jugar con su corazón?

—No es esa mi intención... solo quiero que ella... —Estaba preparado para eso, tenía el discurso armado a la perfección.

—¡Calla, ya! No vengas a interpretar conmigo el papel de buen samaritano. ¿Lo que sea que tengas «planeado» incluía la noche luego del White? —Esa fue una magistral bofetada, la mejilla de Colin se enrojeció sin el contacto de su mano—. ¡Por supuesto que no! Esa parte del plan se gestó dentro de tus pantalones.

De algo estaba seguro, lo que estaba dentro de sus pantalones nada tenía que ver, si por ellos fuese, Emily hubiese compartido más noches de las que pudiese contar a su lado, sería su amante, algo que ella había manifestado en más de una oportunidad.

Se negaba a darle ese lugar, y aquella noche... aquella noche el deseo había gobernado sus pieles gracias a la puja de los corazones.

—No, me conoces lo suficiente como para saber que ese no soy yo. —Defenderse parecía casi imposible. Aun así, lo intentó.

—¡Esa es la cuestión, Colin, te desconozco! Tú te desconoces, es más... creo que lo has hecho toda tu vida. ¿Amas a Emily? —le reclamó esa respuesta que él evitaba una y otra vez—. Es sí o no, Colin. Es tan simple como eso...

Si reconocía que la amaba, si esa confirmación abandonaba sus labios, sellaría un pacto con su corazón sin vuelta atrás.

No le haría eso a la mujer que amaba, no la condenaría a una vida sin futuro.

—Ni siquiera tienes el valor para contestar. —Estaba enojada, ofendida, por Emily, y por cualquier otra mujer que se encontrara en similar situación. Eran víctimas del sentimiento, de lo que se debía hacer, de lo que no. Tomaría nota del rol que le tocaba vivir, el velo del desencanto caía, nada más ni nada

menos, que de manos de su hermano—. Repito... te desconozco, pero no importa, solo importa que le pongas fin, hoy mismo. —La joven Webb se cargaba un ultimátum detrás de otro. La realidad pintada de rosa, la única que conocía, comenzaba a cambiar de color.

—Daphne, mantente al margen de esto...

—Hoy mismo, Colin, luego de la fiesta... de lo contrario, yo misma lo haré.

Las lágrimas se quedaron ahí, ancladas en los párpados, recordándole que ya no era la Emily Grant que el esnobismo inglés había bastardeado por lo bajo; era la cien por ciento original, la libre, la que decidía por sí misma, sin máscaras de vergüenza o incomodidad. No le debía eso a Colin, cualquiera pensaría que sí, que él había roto el cascarón del patito feo devenido en cisne, pero no. No era el hombre, era el sentimiento. Amarlo la había convertido en una mujer aún más fuerte de lo que era, capaz de tolerar una vida de eternas tormentas. Nadie podría arrebatarse ese amor, ni el dolor, ni la mentira. Compromiso o no, ese amor le pertenecía a ella.

Contempló su rostro en el espejo, arqueó los labios simulando una sonrisa. ¡Solo un poco más, Emily! ¡Solo un poco más!, se repitió en silencio.

Era reconfortante saber que regresaría a casa más rápido de lo que había imaginado, no sería como ellos, ya no seguiría las normas, ni las aceptaría como un privilegio. ¡Matrimonio por contrato! Matrimonio sin amor sería la expresión correcta. Pensar que antes creía que la decepción de fallarle a sus padres era lo peor que podía sentir. Casarse con un nombre que no amara lo era.

Pensó en Louis, y en lo que todos consideraban como su «maldito enamoramiento» hacia Salma, una de las muchachas del burdel. Era tiempo de reformular ese concepto, dejar de subestimar el sentimiento de su hermano, a temprana edad había descubierto su significado, y aunque la vida y todo su alrededor había cambiado, se mantenía aferrado a un amor que parecía igual de imposible que el de ella. Lo de «imposible» radicaba en la testarudez humana, era necesario aclarar esto último. Junto a Louis tendrían grandes debates de madrugada en torno a ello.

Apretujó sus mejillas con la yema de los dedos, un leve tono rosado le decoró el rostro. ¡Perfecto!

Abandonó la tranquilidad del tocador para retornar al centro del huracán social. Era increíble, meses atrás conseguía las miradas de todos por lo llamativo de su vestimenta, en el presente obtenía lo mismo por el simple hecho de ser la prometida de un futuro conde. ¡No le daban un minuto de respiro, malditos británicos voyeristas!

—Señorita Grant... ¡qué casualidad encontrarla por aquí! —Una voz femenina la sorprendió por la espalda.

El cuerpo de Emily se estacó en el suelo. De todas las voces posibles, esa. Giró sobre los talones para enfrentarla.

—Lady Merrington... —Decir su nombre era comparable a tragar un millar de agujas —. Supongo que en eventos como estos las casualidades no existen, ¿no es así?

¡Maldita embustera, guárdate tus falsas formas para otros! ¿Casualidad? ¡Por favor, no le había quitado los ojos de encima en toda la noche!

—Tiene razón, señorita Grant... ¿o ya debo llamarla Lady Webb? —El veneno salía de su boca, en leves dosis, pero veneno al fin—. Meses más, meses menos...

—Señorita Grant —la interrumpió sin ánimos de extender la conversación —. El título de lady me tiene sin cuidado... —finalizó con una pequeña bofetada directa a su ego. Con algo tenía que darse el gusto.

Alzó unos centímetros su falda dispuesta a alejarse. Volvió sobre sus talones, no pretendía brindarle despedida alguna. Lady Anne la detuvo sujetándola por el brazo.

—Por supuesto que te tiene sin cuidado, muchachita mediocre. —La atrajo hacia ella para gruñir esas palabras en su oído—. Nunca serás una «lady», y no lo digo en sentido figurado, no... yo voy a encargarme de eso.

¿Qué demonio poseía a esa mujer? ¿Hasta dónde llegaba su obsesión?

—¡Suéltame! —le ordenó sin levantar la voz. Lady Anne pasó por alto la orden, y hundió los dedos en la carne de su brazo para darle mayor intensidad al mensaje.

—¿Crees que ganaste, no? ¿En verdad lo crees?

—¡Suéltame, me estás lastimando!

¿Cuánto tiempo podría resistirse? Los puños se le cerraban movidos por la rabiosa adrenalina, pronto no quedaría más que utilizarlos. Sabía defenderse, al estilo californiano, con ojo morado incluido.

—¿Lastimarte? —rebatía liberando una risa maliciosa y su brazo al mismo tiempo—. No, esta clase de dolor no es suficiente para ti. ¡Mereces

más!

—¿Qué merezco? —La enfrentó. No le estamparía el puño en el rostro, claro estaba, aun así, no le dejaría el placer de otro triunfo—. ¡Dímelo... dímelo de una vez por todas! Deja de ocultarte detrás de esa cara bonita.

—¡Mereces sufrir por alejar a Colin de mí!

—¡Oh, no, mi querida Anne! —fui irónica y lo disfruté—. ¡Eso lo conseguiste por propio mérito, acéptalo!

—Para ti soy lady Merrington, no lo olvides, nunca llegarás ni a la suela de mis zapatos. ¡Ni todo el oro del mundo te alcanzaría para conseguir eso!

Despreciarla, disminuirla... esas eran las únicas armas de ataque que la viuda podía utilizar. Estaba falta de recursos, y por lo visto, lo estaba en todas las áreas. Recordaba la información que Daphne le había dado sobre ella, Lord Merrington no la había dejado en la mejor de las situaciones financieras.

Emily escupió el millar de agujas, y una vez libre del malestar, la golpeó siguiendo las reglas inglesas, utilizando a su lengua como puño.

—La condición de dama te queda muy grande, ambas lo sabemos... —La furia repentina en Anne no hizo más que motivarla a dar lo mejor de sí con su ataque—. Con respecto a lo de todo el oro del mundo, estás en lo cierto, mi familia solo cuenta con una gran parte, nada más. ¡El suficiente para darle una vida de lujos a varias generaciones de Grant! ¿Qué me dices de ti?

Podía ser que lo de Colin fuese una obsesión, existían legítimos motivos, el encanto Webb valía demasiado. De todas maneras, la necesidad primaba en la viuda. Su cuerpo y belleza tendrían una fecha de caducidad, y cuando eso ocurriese, su caudal de amantes disminuiría, de igual manera que sus atenciones.

El golpe de Emily fue certero, abrió una herida. Lady Anne devoró con su ira los centímetros que las separaban. Frente a frente, así la quería provocar.

—¡Colin nunca será tuyo! De eso puedes estar segura...

Sin saberlo, la viuda la derrumbaba con una verdad que no sabía. No, nunca sería suyo. Colin no se casaría con ella.

—¡Y tú también! ¿Quieres saber qué fue lo que lo arrojó a mis brazos? —Eso fue un elixir para sus labios, porque ese pedacito de historia nadie se la robaría: «él, en sus brazos»—. ¡Alejarse de ti!

El amor propio de Lady Anne fue puesto en jaque. Sin reparo alguno, la abofeteó. Emily se llevó la mano a la mejilla, no para sopesar el dolor, sino como muestra de incompreensión. ¿Cómo se atrevía? ¿Acaso estaba loca? ¡Sí, lo estaba!

—¡Desquiciada! —balbuceó Emily.

—¡Sí, una desquiciada que no va a permitir que te quedes con lo que no te pertenece!

Hasta ahí llegaron los buenos modales. La palma de Emily impactó en el rostro de Anne.

—¡Colin no es una maldita posesión!

—Lo es para mí, y voy a recuperarla... ¿sabes cómo? —Su mirada fría erizó la piel de Emily. Esa mujer no estaba en sus cabales—. Así... —dijo arrancando el volado de la manga de su vestido.

—¿Qué demoni...?

Emily fue víctima de un inesperado ataque de estupor. No entendía cómo había llegado a esa situación.

—Así... —continuó arrancando el prendedor de oro de su escote, luego, tiró de su cabello para quitarle las horquillas con perlas—. ¡Que todos vean quien eres! ¡Una sucia, bruta y vulgar muchacha!

—De eso se trata —Emily regresó en sí, ella no era el contrincante que Anne pensaba que era—, de que todos vean la verdad de quiénes somos. ¡Pues que así sea! —finalizó tirando de su gargantilla. Como si eso no bastara, agregó: —No sé quién te la regaló, pero si crees que esto es oro auténtico, te mientes... como en todo lo demás.

—¡Maldita cerda americana!

El apocalipsis se desató a manos de la viuda, empujó a Emily con toda la fuerza de su cuerpo, una que no fue demasiada para la contextura maciza de la californiana. Eso la enfureció más.

Emily podía proyectar el resultado final de esa pelea, y con hacerlo ya era feliz. Rio... no se sumaría a su locura, quería, pero no le daría ese placer. Lady Anne Merrington estaba muy acostumbrada a obtener lo que deseaba, y ella no iba a alimentar esa costumbre.

—¿Quién es la bruta y vulgar ahora? —dijo tomando distancia para lanzar al piso la gargantilla.

—¡No te atrevas! ¡No te atrevas a marcharte!

Le dio la espalda, no más dosis del veneno «Anne». Mejor aún, no más dosis para Colin. Esa anécdota alzaría la barrera definitiva entre ellos.

—¡Te he dicho que no te atrevas a marcharte!

Se lanzó a ella a la carrera, Emily utilizó su cuerpo como escudo para apaciguar la embestida, ambas chocaron contra la pared, pero solo una de ellas cayó de nalgas al suelo como resultado del rebote: Lady Anne.

Sin motivo alguno, la viuda cambió la expresión de su rostro, la furia fue reemplazada por un mar de lágrimas, con ellas levantaba el telón de una nueva obra que iba dirigida a un solo espectador: Lord Colin Webb.

—¡Emily! —Por supuesto que su nombre fue el primero en escapar de sus labios—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Oh, dios santo, Colin! —Anne actúo antes de que el beneficio de la duda se instaurara en el ambiente—. ¡Está loca! ¡Me atacó!

—¿Qué? —El intercambio de miradas entre Colin y Emily fue inmediato, y los dos coincidieron en la misma monosílaba pregunta.

—¡Me atacó porque le dije que llevaba a tu hijo en mi vientre!

Emily esperaba una mentira, ¿qué otra cosa podía salir de los labios de esa mujer? ¿Pero eso?

El estupor que ella experimentó minutos atrás tomó control del cuerpo de Colin. Sus ojos estaban posados en ella, escribiendo en el aire: ¿has oído lo mismo que yo?

Una mentira, quería creer que era una mentira. ¿Podía alguien inventar algo así? No... nadie era capaz de caer tan bajo, ni siquiera Lady Anne.

El final que se ocultaba tras las bambalinas que ellos mismos habían construido hizo su presentación rompiendo el guion preestablecido.

Adiós farsa. Bienvenido dolor.

¿Un hijo? ¡Dios, quería alegrarse por él! La parte racional de ella lo hizo. En cambio, su corazón...

—¡Quiso dañar a mi bebé, Colin! ¡Quiso dañarlo!

Colin se dejó caer de rodillas junto a Anne, huyendo de la mirada de Emily. Deseaba creer cada palabra, pero no lo hacía. Ni él era capaz de engendrar, ni Emily de lastimar. Y, sin embargo, la esperanza lo hacía contemplar las posibilidades.

El corazón de la señorita Grant estalló, dinamitado por la reacción del hombre que amaba. Verlo de rodillas ante Anne, deseoso de creer en el milagro.

Segundos es lo que tardó el íntimo espectáculo en convertirse en la atracción popular de la noche.

Vanessa y Lady Bridport se unieron a la ronda de espectadores, al caer en cuenta que la villana de la historia era Emily, atravesaron los cuerpos para sacarla de allí. Los rumores eran muchos y variados, ninguno podía cavilar siquiera la verdad.

Lady Anne se escudaba en las lágrimas para no entrar en detalles, la

compañía de Colin parecía presentarla como la víctima.

—¡Emily, por Dios santo! —Miranda se vio limitada por su rango, tenía que conservar las malditas normas.

Vanessa Cleveland, no. No temió convertirse en la aliada de ese ser despreciable... porque eso se murmuraba.

—Emily, ven... —la instó a moverse.

El cuerpo de Emily se había convertido en piedra. Su rostro estaba fijo en una única dirección: Colin y Lady Anne, sumidos en un abrazo. Ella se aferraba a él entre lágrimas.

Vanessa recurrió a la fuerza, tomó su rostro para girarlo con violencia al suyo. Emily no tuvo más opción que descargar el peso de su dolor en la señorita Cleveland.

—¡Mírame a mí! ¡A mí! ... No permitas que lleguen a ti —le susurró—, no lo permitas.

Le brindó el sostén de su brazo, Emily respiró, se entregó a ella. Avanzaron un paso, luego otro...

—Trata de no tropezar, por favor... recuerda, si tú caes, yo caigo contigo.

Una lágrima recorrió su rostro, solo una lágrima derramaría... tenía el resto de su vida para las demás. La apartó de su mejilla con un simple movimiento de mano.

—Así es, mentón en alto... —intentó infundirle fuerzas Vanessa—. Mentón en alto, señorita Grant.

Capítulo 14

Colin se hizo presente en la casa de las mujeres Ferrer puntual en la mañana. Iba acompañado del doctor Ferguson, y era difícil adivinar a quién debía atender el médico.

La palidez de Lord Webb realzaba más las profundas ojeras. El desvelo lo había acompañado desde la fiesta en casa de Lady Thomson hasta esas horas. No podía dejar de pensar en Emily, en el dolor en su mirada, en Anne, y en que el Universo le había dado lo que más deseaba en la vida. Entonces, ¿por qué se sentía tan miserable?

Las mujeres Ferrer vivían en la casa de viuda de Merrington, la única propiedad que le había quedado a Lady Anne tras enviudar. Era su antigua amante el sostén de la familia, y Colin lo sabía muy bien. En el pasado había tenido atenciones particulares para con ella, a sabiendas de que con simples regalos no lograba costear la vida de la joven dama. La sociedad era injusta con las mujeres, lo reconocía. Sin la protección de un hombre, la soltería o la viudez podían ser una condena, una que se extendía en esa familia.

Thelma, la más joven de las hermanas, era tan agraciada como la mayor, solo que el polio, de pequeña, le había dejado una renguera que se notaba algunos días más que otros, y los intensos ojos azules se escondían detrás de unas gruesas gafas. Eso, añadido a su timidez, daba como resultado una muchacha diametralmente opuesta a Lady Anne.

Dorothy, la madre de ambas, aguardaba con el rictus severo en la sala principal. Tomaba el té, y Colin adivinaba que al mismo ya le había agregado una dosis importante de whisky, la mujer que supo ser la esposa de un vicario relacionado con el duque de Weymouth había perdido el temple junto al marido, y dejado en manos de la bella Anne el sostén familiar.

Y Anne le había dado provecho. La muchacha no dudó en casarse con Merrington en cuanto el viejo posó los ojos en ella, no le importó que tuviera cuarenta años más que ella, lo único que le interesaba era salir de la pobreza en la que habían caído cuando el vicario murió.

La posición, la belleza y los contactos en la nobleza hicieron el resto. Lady Anne fue una de las amantes más cotizadas entre los lores, y los mismos luchaban a capa y espada por ser quienes la mantenían mayor tiempo a su lado. La relación entre Colin y ella había sido una disputa épica entre los amantes más deseados, y hasta esa mañana, Colin había ganado.

Ya no. Y esa derrota pesaba demasiado en su pecho. Pesaba porque una parte de él era feliz, tan feliz que le hacía latir el corazón y sonreír, sonreír entre lágrimas de penas, porque la otra parte se desangraba por Emily.

—Milord —se apuró a recibirlo Thelma. La muchacha le hizo una reverencia—. Mi hermana aún se encuentra en la cama...

—¿Ella está bien? —se apuró a preguntar, y su rostro mutó de sus emociones encontradas a la más sincera preocupación.

—Sí, solo que...

—Los embarazos pueden agotar las energías —expresó Ferguson—, de todos modos, si está despierta, me gustaría verla.

—Por supuesto, permítame que lo acompañe. —El doctor siguió los pasos de Thelma hacia la recámara principal. Colin quedó anclado en el descanso de las escaleras, sin saber qué hacer. Optó por recurrir a su educación y saludar a Dorothy.

—Señora. —Inclinó la cabeza. La mujer lo evaluó, y le brindó una sonrisa casi burlona. Estaba ebria a esas horas.

—Ahora entiendo la obsesión de mi hija. Es lista... muy lista.

Colin no supo qué contestar. Al igual que cuando había sucedido lo de Miranda y Elliot, recurría a su educación, al protocolo, como un autómatas para responder a las acciones. No debía decir nada ante esa apreciación, porque sería poner en relieve el deplorable estado de la mujer. Por fortuna, Thelma lo salvó de contestar.

—He pedido el té, pero si necesita algo más fuerte... —le propuso.

—Té está bien, muchas gracias. —Nadie lo había invitado a sentarse, por lo que seguía de pie. La señorita Ferrer lo hizo, le indicó uno de los sofás y él acató de inmediato. Los ojos de la muchacha eran inescrutables tras los vidrios, y Colin juraba que lo estaba evaluando, que lo miraba como si lo conociera más allá de la fachada.

El té, el reloj de fondo y nada más. Los nervios lo iban a matar. Ferguson interrumpió la tensión del lugar, Colin se dirigió de inmediato hacia él.

—¿Se encuentra bien?

—En perfecto estado, milord. Es solo un embarazo... —intentó calmarlo.

Claro que el médico sabía que estaba allí para constatar la veracidad de lo dicho, el rumor de que Lady Anne era la amante de Colin Webb había corrido como pólvora esa temporada, y el resultado de un niño... bueno, no parecía tan descabellado. Lo curioso, pensó Ferguson, era que el futuro conde de Sutcliff estuviera tan determinado a hacerse cargo. En general, los niños de esas relaciones terminaban siendo bastardos.

—¿De... de cuánto está?

—Es difícil decir con precisión... de catorce, quince semanas —estimó. Colin hizo un cálculo mental en ese instante, tres meses y medio, la última vez con Anne había sido antes de conocer a Emily, y eso había sido en marzo-abril, a comienzos de temporada.

—Cuando dice que le falta precisión, ¿de cuánta hablamos?

—Semanas más, semanas menos, pero no demasiadas. Entre los tres y cuatro meses de gestación, por seguro.

Sí. Podía ser suyo. Existía una remota posibilidad de que lo fuera, el último encuentro entre ambos, el de despedida...

—¿Puedo verla? —pidió. El médico solo respondió en temas de salud, los del decoro sobran en ese espacio.

—Sí, como dije, nada la aqueja, es solo el cansancio propio de su estado.

Por más que había estado a solas con Anne por demasiadas noches, en esos momentos, recurrir a las normas lo serenaba. La presencia silenciosa de Thelma se sumó a él para acompañarlo a la habitación. Nunca había estado allí, la relación se daba fuera del techo Ferrer, aunque era evidente que las dos mujeres conocían los detalles y sabían de dónde provenía el dinero que las mantenía en una confortable casa de Londres.

Thelma lo observaba de soslayo, lo evaluaba. Hasta hacía unos meses, Colin Webb había pagado las facturas, y había sido en extremo generoso. Al parecer, sin conocerlas, se había preocupado por ellas, porque para ese hombre la familia lo era todo. Su hermana lo había pescado, había tejido su red y lanzado al agua en busca del hombre perfecto, y lo había conseguido. Dos veces.

Merrington había sido el indicado una vez, un hombre mayor que no necesitaba mantener las formas ni engendrar herederos. Un hombre que quería darse un gusto antes de morir, y ese gusto era una mujer hermosa, joven, a la cual fanfarronear. Ahora, Colin Webb era el indicado. Un hombre joven, bello, atento y con una acaudalada renta en libras.

Lord Webb ingresó a la habitación para hallar a una radiante Lady Anne,

sentada contra el respaldar de la cama y con una bandeja de desayuno dispuesta para ella. Recordaba el impacto de su belleza por las mañanas, podía atraparlo en su memoria, en el presente no surtía efecto.

—Milady —la saludó.

—Colin, querido... no hay necesidad de aparentar bajo mi techo. Por favor, es... estoy agotada de todo esto.

—Lo entiendo, pero ¿por qué no lo has dicho antes?

—No estaba segura, y cuando lo estuve... —Anne fingió pesar, Thelma sabía reconocer las lágrimas de cocodrilo—, nuestra ruptura, tu cercanía con la señorita Grant, el rumor de compromiso... no quise, no supe qué hacer.

—Anne... —se lamentó Colin y tomó asiento sobre el colchón; el bufido de Thelma quedó ahogado—, Anne, lo habíamos hablado, si esto sucedía... me casaría contigo.

—Pero... la señorita Grant, no quisiera... —La mención de Emily transfiguró el rostro de Webb. Sentía que se iba a morir, los sentimientos lo partían a la mitad y sus partes se regaban en dos continentes, en dos tiempos y espacios. Era demasiado para soportar. Solo un pensamiento le traía paz, solo uno, y era que ese niño o niña que crecía en el vientre de Anne se merecía todo. Era inocente, no cargaba con amantes, ni con promesas vacías, ni con sueños rotos. No había elegido ser concebido ni en esas ni en ningunas circunstancias, y no lo condenaría a la bastardía. Podía ser que en ese momento se sintiera como el peor hombre en la faz de la tierra, sin duda, lo era, pero dejar a un niño indefenso sería mil veces peor.

—La señorita Grant es una gran mujer, Anne. Sé que han tenido sus... malos entendidos —No deseaba hacer mención de la pelea, él no albergaba ninguna imagen ni duda al respecto. Conocía a Emily, era incapaz de dañar a alguien. Era mejor suponer que el estado sensible de Anne la había llevado a creer lo equivocado—, pero ella es... es... —No pudo decirlo. Es todo, es la mujer que amo, es la perfección que no merezco. Si antes de eso creía no estar a la altura de Emily, en esos segundos tuvo la certeza—. Ella entiende que el compromiso debe romperse, y que tengo una responsabilidad aquí. No debes preocuparte... no le hará bien al bebé.

—¿Lo prometes?

—Sí. —Tras unos segundos, se atrevió a pedirlo—: Anne, ¿puedo?

Lady Anne miró a Thelma, la muchacha, que había oído la charla, simuló tener que hacer algo en la habitación para darle la intimidad necesaria sin romper las normas del decoro. Anne corrió las mantas y descubrió su menudo

cuerpo cubierto por un blanco y delicado camisón. Corrió la mirada, porque ella se detestaba en ese estado. Sus senos comenzaban a mutar, con los pezones que ya no eran de ese rosa pálido que volvía loco a los hombres, sino más oscuros. Su vientre se abultaba apenas, donde antes tenía una cintura que se podía rodear con las manos, ahora se veía inflamado, como si hubiera comido demasiado desayuno. Sin embargo, Colin la observaba maravillado por los cambios. Thelma no pudo mantener su discreción y se giró para contemplar la escena. La mano del hombre acariciaba la tela del camisón, como si quisiera atravesarla, y no solo a ella, sino también a las capas de piel, de carne. Como si quisiera sostener a su hijo ya en sus brazos.

—Gracias —musitó conmovido—, realmente lo necesitaba. —Los ojos celestes de Colin lucían brillantes, contenía las lágrimas de emoción. Era la fuerza que necesitaba para mantenerse entero—. Te dejaré descansar. —Le dio un beso en la frente, y se puso de pie—. No quiero que nada te altere, si necesitas algo, me envías una nota, lo que sea. Por los preparativos de la boda... yo me encargaré, sé que no es lo esperado, pero dadas las circunstancias algo reducido y discreto será lo mejor.

—Sí, pienso lo mismo —accedió ella.

—Volveré mañana, si no te importa, me gustaría... me gustaría estar cerca.

—Gracias, Colin. Hasta mañana.

Lord Webb abandonó la habitación y le hizo señas a Thelma de que conocía el camino, necesitaba estar solo, pensar. Tocar la vida que crecía lo había hecho feliz, le había traído paz. Quiso gritar, se sintió miserable. Miserable por ser feliz, por no ser digno de esa dicha. Miserable por no sentirse satisfecho, por ser ambicioso. Por desear que esa felicidad viniera en el vientre de Emily, por todavía amarla.

Lady Anne se apuró a cubrirse y a engullir el desayuno. Thelma acomodó el resto de las cosas de la habitación, solía cumplir la función de doncella de su hermana. Aunque sus amantes pagaban las cuentas, no vivían de manera holgada y el dinero en gran parte estaba destinado a la imagen de la mujer que atraía a esos hombres. A Thelma no podía importarle menos, ella había sido más feliz en la iglesia de Weymouth que allí, en Londres. Los lujos, la vida de fiestas... esas cosas no eran para ella. Podían trabajar como institutrices, su educación lo permitía, o como damas de compañía, o haciendo sombreros...

cualquier cosa menos eso.

Pero Anne no quería renunciar a la vida soñada, y cada vez que su hermana deseaba extender las alas y volar lejos, los reclamos y la culpa la azotaban.

¡Salimos de la pobreza por mí! ¡Me lo debes, Thelma! ¡Nos hubieran comido las ratas! Y Dorothy coincidía con Anne. No, no podía dejarlas. ¿Acaso no recordaba quién le había pagado la visita al médico cuando se dio cuenta de que no veía? Los amantes de Anne. ¿Y el bastón que usaba cuando la renguera se volvía insoportable? Los amantes de Anne. ¿Los vestidos, la comida, el techo? Siempre era la misma respuesta. Quería gritar que ella no lo había pedido, que no le importaba, que prefería cualquier cosa antes que vivir los maltratos de su hermana y su madre. Quería gritar, no lo hacía, eran eso, su hermana y su madre, y no podía abandonarlas.

—Thelma, arréglame el cabello —demandó Anne—, no puedo verme de esta manera.

—Me sorprende que hayas permitido a Lord Webb que te viera así.

—¡Eres idiota! ¡Por supuesto que me tenía que ver así! Deja, deja... no sé ni para qué me gasto en explicarte cómo son los hombres, si morirás soltera. ¡Arregla mi maldito cabello!

Thelma tomó el cepillo y comenzó a desenredar los bucles. Sí, sabía cómo eran los hombres, por lo menos, sabía cómo era uno. Amable, atento... Le había dicho que el cabello enredado era símbolo de felicidad, y que las mujeres felices eran las más hermosas del mundo. Sonrió de recordarlo, y con más ahínco deshizo los nudos en el pelo de Anne. Su hermana no era feliz, no merecía esa belleza de melena desordenada.

—¡Me lastimas! Thelma, por Dios, eres una completa inútil. ¿Piensas comportarte así cuando tengas que relacionarte con los Sutcliff? Creo que te meteré en un sótano hasta la boda, no vaya a ser cosa de que la arruines.

—No creo que eso ocurra, Anne. Si de verdad conoces a los hombres, sabrás que Lord Webb se casará contigo así tenga que matar a medio Londres.

—La sonrisa de la mujer fue amplia, llena de maldad.

—Sí, ¿lo has visto? ¿has visto su emoción? ¿has escuchado lo que dijo de la gorda esa? Puros halagos por aquí y por allá, pero no se casará con ella sino conmigo.

Las palabras de Anne golpearon en Thelma, quiso vengarse, pero un tirón de pelo no era suficiente. Comenzó a trenzar los mechones, mientras su mente viajaba a un lugar seguro, a unos brazos seguros. Él la había preferido a ella,

con lentes y renguera, la había visto hermosa y la había hecho sentir de ese modo. Y sabía que Colin Webb pensaba lo mismo de la señorita Grant, no era una gorda fea, ni una americana bruta, ni nada de lo que los demás decían. En los ojos del lord la señorita Grant era perfecta, y sintió pena por ambos, la misma pena que sentía por ella misma.

—Esta vez no vas a ganar, Anne —musitó al fin. Acomodó la trenza en la coronilla y la sostuvo con algunas horquillas.

—¿De qué hablas? Ya gané, ¿lo has escuchado? Me casaré con él...

—Pero no tienes su corazón, ni siquiera tendrás su atención. —La carcajada de la viuda inundó la habitación.

—¿Atención? Ya te dije, no sabes nada de hombres. Para tener su atención solo necesitas ser bella y abrir las piernas, he ganado las «atenciones» de demasiados, no creas que puedes venir a darme lecciones.

—Ninguno te amó —largó su único dardo venenoso—, no sabes de eso, por lo tanto, no sabes nada, Anne. Y aquí, perdiste.

—Le he ganado a todas las mujeres de Inglaterra y... de América —dijo, satisfecha—, ¿sabes cuántas querían a Webb? Puedo con cada maldita mujer del mundo. Así que deja de decir sandeces, y termina tu maldito trabajo. ¡Y hazlo bien! Que mi belleza es la que nos da de comer, imagina si dependiéramos de ti... renga y medio ciega...

—Oh, ¿en serio, Anne? ¿Con eso me insultas? Cuando llevas toda tu vida siendo renga y medio ciega, ya no tiene el mismo efecto. Lo siento, busca algo nuevo. Solo espero que me saques del sótano ese en el que quieres encerrarme, solo para ver cómo pierdes.

—¡Estás cada día más insolente!

—Pues me voy cuando quieras... —rebatió Thelma. Sí, quería que su hermana dijera que no deseaba verla más, que Dorothy expresara lo mismo, y entonces... sería libre. Ella no las abandonaría, sería a la inversa.

—Después de mi boda —propuso Anne—, márchate después de mi boda. Así verás lo que es el triunfo, y luego sabrás que eres una perdedora...

—Anne, puede que le ganes a todas las mujeres del planeta, puede que mañana te coronen la reina de la belleza, pero ¿sabes a quién jamás le ganarás? A tu hijo. Perderás con tu hijo. Sabes de amantes, no sabes de padres. Webb no te miró, tú estabas muy preocupada por tu cutis y tu cabello, pero Lord Webb solo observó tu vientre. ¡Te besó en la frente, Anne, en la frente! No te ama, no serás para él la condesa de Sutcliff, ni su esposa, ni la dama más hermosa, siempre serás «la madre de su hijo». El dinero irá a su hijo, los

deseos serán los de su hijo, las atenciones... adiós, Londres y temporadas, porque a los niños les viene bien el aire de campo. Adiós, vestidos, porque las prendas del niño vendrán primero. Adiós, Anne... porque tu hijo será siempre la prioridad y el corazón de Lord Webb... dime, ¿sé lo suficiente de hombres ahora?

—¡Chiquilla malagradecida! —gritó Anne y le sacó el cepillo de las manos—. Eres una maldita arpía, debí dejarte con el sucio nuevo vicario de Weymouth, debí dejarte olvidada en esas tierras para que renguees ciega por allí sin nada qué comer. Eso debí hacer contigo. ¿Sabes qué?!, eso tampoco pasará. En cuanto Colin me desplace por su hijo, sabrá la verdad y listo. Lo odiará, y yo... ¡yo ya seré la maldita condesa de Sutcliff!

—¿De... de qué verdad hablas? —balbuceó Thelma, horrorizada por el brillo demente en la mirada de su hermana.

—¡Colin Webb es estéril! ¿Sabes de cuántos embarazos me deshice hasta ahora? Todos mis amantes me hicieron bastardos. ¡Todos! Solo uno prometió casarse, el único que no engendró.

—¿De quién es el bebé?

—Para lo que importa... De Colin Webb será, esperemos que se le parezca. Aunque lo dudo, como los Webb no hay...

—¡Anne! ¿Cómo... Cómo pudiste? ¿Viste su rostro, su ilusión? ¿Cómo puedes ser capaz de hacer esto? ¿De quién es...?

—De Lord Hill, ¿Contenta? Me iba a deshacer de él también, como hice con los demás, pero... bueno, Colin no quería volver conmigo y empezó a mirar a la gorda esa... no lo planeé, Thelma, no me mires como si fuera una bruja. Hice lo que siempre hice, tomar lo que la vida me dio para salir adelante. Primero mi belleza, ahora este embarazo.

—¡Ese embarazo no te lo dio la vida, te lo dio Lord Hill!

—¡Cierra la maldita boca, Thelma!, en lo que a ti concierne, es el hijo de Colin Webb. Y si alguna vez sucede lo que tú crees, que me desplace por él, entonces... entonces lo sabrá, y nosotras ya estaremos salvadas. Así que también es por tu bien, idiota —remató sus palabras con un tirón de orejas, como si se tratara de una niña traviesa.

Thelma sintió que el mundo se abría a sus pies. La maldad de Anne no tenía límites, y ella quería huir, alejarse. Quería dejar de recibir las migajas de esa maldad, porque de ahora en más, cada bocado de comida que se llevara a la boca tendría sabor a traición... y ella... ella era cómplice.

Esa mañana, Thelma fue quien vomitó en el cuenco de su hermana.



Los secretos eran difíciles de mantener en Londres. Si Emily quería salvaguardar lo poco que quedaba de ella, debía ser veloz. Colin intentaba contener la noticia por su parte, pero en breve, todos hablarían de ello. La ruptura del compromiso, el embarazo de Lady Anne, la nueva esposa de Webb.

A ella ya nada le importaba, su corazón estaba destrozado en mil partes. Solo había tenido una pequeña conversación con Colin desde entonces, un par de palabras que confirmaban las de Anne y el cambio de planes. Las lágrimas... las lágrimas se las guardó hasta estar en su habitación. Le sonrió, lo abrazó y lo felicitó por la noticia. ¡Sería padre! ¡Sería feliz!

Parte de esa dicha le daba sosiego, porque lo amaba, lo amaba tanto que saberlo feliz le alcanzaba. A ella le tocaba juntar los retazos de su corazón y marcharse. No más Londres, no más farsa. Sus sueños debían soplar para otro lado, una vida de soltería no implicaba una vida vacía, era la clase de anhelos que había tenido antes de Colin Webb. Ambos habían vivido un lapso juntos, una experiencia para recordar y nada más.

Sin embargo, existían un par de personas más que se habían abierto paso en su pecho para alojarse ahí. Las señoritas americanas. A ellas les diría la verdad antes de partir.

—¡No! Esto es una farsa, Emily —expresó Vanessa. Se la veía furiosa, era a la única que le afectaba de tal manera lo sucedido. La señorita Grant estaba resignada, su corazón no podía batallar más. Cameron y Miranda, apenadas. Conocedoras del amor, no podían contemplar el dolor de la californiana, deseaban abrazarla y llorar con ella.

—No lo es, tiene la confirmación del doctor Ferguson.

—¡Ah, por supuesto, el doctor Ferguson! —largó con veneno—, el que casi mata a Miranda. Muy confiable su diagnóstico.

—Vanessa... —pidió Cameron que se calmara. Se reunían en su sala, porque el estado avanzado de gestación le impedía salir—. Si está de cuatro meses, un médico lo sabe, incluso uno inútil como Ferguson. Nosotras, mejor que nadie, lo comprendemos... —Sí, juntas habían ocultado un embarazo por casi seis meses.

—Tiene que haber otra explicación —dijo, furibunda—. No me cierra la

historia de que se haya guardado el embarazo tanto tiempo, cuando lo que más quería era pescar a Webb. No, no, no... aquí hay algo más.

—Vanessa, es lo que es —interrumpió Emily—, y casarse con ella es lo correcto. No...

—No, ¿qué? —la instó.

—No lo amaría tanto si fuera de otro modo. Ya está, ella ganó, yo perdí. No todas podemos triunfar en Londres, me tocó a mí ser quien vuelve con las manos vacías... y todas sabemos que ese resultado estaba anunciado.

—¡No!, la única que tenía que volver a América con las manos vacías era yo. ¿Recuerdan? Y porque lo planeé así, y siempre me salgo con la mía —rebatió Cleveland.

—Vanessa —intervino Miranda—, ¿te molesta el corazón de Emily o que Lady Anne haya sido una arpía astuta más buena que tú?

—Las dos cosas, puedo indignarme por ambas —masculló, y se ganó una sonrisa de Emily, la primera de la tarde.

—Vanessa, te lo diré porque... total... me vuelvo a California y es probable que no volvamos a vernos en mucho tiempo. «Tenías razón» —Y las lágrimas se hicieron presente—, sé que deseabas escuchar esto de mis labios, así que... tenías razón, en todo. En que de nada valió intentar ser otra persona, en que era la que menos chances tenía, en que la sociedad es una basura con nosotras, en que todos los caminos conducían a Lord Webb... Podría decir que ojalá te hubiera escuchado, pero en esta no tienes razón, Cleveland, y espero que por una vez recibas un consejo de alguien más. No me arrepiento de nada, ni de mi llanto ni de mi reputación, de nada. Vale la pena equivocarse, Vanessa.

—¡Maldita señorita Grant! —expresó Vanessa y se puso de pie para darle un sorpresivo abrazo—, ya sé que vale la pena equivocarme, y en esta, vendería mi corazón a cambio de no tener razón.

—Pero es que tú no tienes corazón —Se sumó Miranda al abrazo. Luego, Cameron con su gran panza.

—No, así vine, sin corazón y con cerebro —dijo la bostoniana, rompiendo el momento. Se acomodó el vestido y alzó el mentón—, por eso, lo digo y también acertaré en esta, Lady Anne miente.

—¡Vanessa! —la reprendieron las tres y rieron entre lágrimas.

Dejaron el tema de la viuda de lado, no le darían esa victoria también, la de ser el centro de la última charla de amigas. Lady Anne no merecía interponerse en ningún otro lazo afectivo de Emily Grant.



El corazón de Emily no creía ser capaz de soportar más golpes. ¡Basta!, quería poner un océano de distancia entre Colin y ella.

—Em... —Los brazos de su hermano fueron cobijo—. Em... aún puedo darle una paliza. Sabes que solo me ganó por las malditas reglas del White.

La risa de Emily se ahogó en el pecho de su hermano.

—Tú siempre quieres golpearlo.

—Se lo merece.

—No, no se lo merece. Zach, lo amo, ¿sí?, y deberías confiar un poco más en mí, si mis ojos se posaron en él, es porque es un buen hombre. Tiene sus motivos...

—Si es un buen hombre, si de verdad lo es... entonces, no debe casarse con Lady Anne. Créeme, ni mis puños son tortura suficiente al lado de ese matrimonio.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, Zach? No conoces a la mujer, quizá solo es una bruja con los americanos.

—¡No! Esa mujer es veneno puro...

—No me ayudas —lo reprendió ella, y se apuró a secar las lágrimas. Harta de llorar, no lo haría más. De nada servían, y ella era una Grant. No superaban las cosas con lamento, sino con trabajo, y eso daría sus frutos. California, sus tierras... sí. Cumpliría su otro sueño, el que tenía antes de Colin, tendría un rancho, sería una mujer ranchera ¿por qué no?, no era más absurdo que ser condesa.

La llegada del ama de llaves interrumpió la conversación. Sandra estaba en la planta alta, organizando la partida, con el corazón tan destrozado como el de su hija y el rostro tan lleno de ira como el de su hijo. La tempestad de mamá Grant era algo que todos querían evitar.

—Señorita Grant, ha llegado un presente para usted. —La misiva quedó en la bandeja de plata, y Emily tardó en reaccionar. Desde que concertaron el plan con Colin, no paraban de llegarles ramos de flores, cajas de bombones e invitaciones a paseos. Zachary le indicó que era algo distinto.

—Tiene el sello Sutcliff, y por el alboroto en el exterior, el presente es enorme.

Emily tomó el sobre y abrió el sello lacrado con la punta del abrecartas.

Em,

Siempre será tuyo, hay cosas que no nacieron para ser poseídas. Jafar es un alma libre, como tú. No pertenece a Londres, ni a los corrales, ni a mí. Te eligió a ti, porque por muchas sillas de montar, fustas y riendas, la libertad no se puede contener.

Sé que siempre lo supiste, tienes esa capacidad de comprender el mundo en el que los demás solo estamos atrapados y somos títeres. Los animales son más listos que las personas. Por lo menos, más listos que quien escribe estas palabras.

Con cariño,

Lord Colin Webb.

—Oh, ya veo el alboroto. ¡Maldición, Colin!

—¿Qué ha hecho ese mal nacido ahora? —espetó Zachary.

—Regalarme a Jafar. ¡Kim, Kim! ¡Busca mis pantalones, no podrán meterlo en ningún corral! —y salió disparada escalera arriba, antes de que todos los empleados de las cuadras terminaran heridos por la furia del semental.

Partirían en dos días. Las maletas estaban hechas, las despedidas realizadas, las cartas de buenos deseos se apilaban en una bandeja y los ramos de flores invadían la sala principal. El perfume alteraba los nervios de Emily, la sensación de encierro, de agobio.

No era la única. El viaje era largo, semanas en altamar, seguidas de semanas por tierra hasta llegar al rancho. El nerviosismo se respiraba y llegaba a los corrales, allí donde un indómito corcel bufaba, frustrado.

Colin tenía razón, ni Jafar ni ella estaban hechos para Londres. La gran ciudad les quedaba pequeña, y no había forma de salir a montar como el caballo requería. Al menos no en las horas adecuadas.

Agotada, sin nada más que perder, decidió que toda Inglaterra se podía ir

al demonio, no sometería al animal a más horas de encierro solo porque ellos eran incapaces de convivir con lo distinto. Y Jafar era distinto.

El alba apenas teñía el cielo en tonos violetas, las nubes cubrían gran parte del firmamento dejando caer una llovizna suave, mezcla de rocío con precipitación. El calor comenzaba a tomar parte de la ciudad en el auge de la temporada. El verano no era feo en esa isla, aunque Emily siempre lo recordaría con dolor. El exceso de agua, el clima templado, daban como resultado ese tono verde en los jardines, tan característico que llevaba su nacionalidad en el nombre: verde inglés.

—El único problema con Inglaterra son sus habitantes —se quejó camino al establo—. Por eso, los esquivaremos.

Nadie estaba de pie a esas horas, el jefe de cuadras dormía, Londres dormía. Jafar... Jafar estaba tan despierto como ella.

—Hola, muchacho. La estás pasando mal, ¿verdad? Iremos a cabalgar ahora, que no hay inadaptados que se crucen en tu camino. —El caballo resopló como respuesta, y Emily lo imitó entre risas. No podía salir en pantalones, como sí lo haría en sus tierras, pero había elegido el traje de montar más liviano que tenía, uno confeccionado en colores tierra, sin apenas adornos.

Subirse a Jafar a mujeriegas era un riesgo, uno que iba a correr por el bien de ambos. El animal hizo sonar los cascos, enfurecido al ver la silla.

—¡Nada de caprichos, o no salimos! —lo reprendió ella—. No puedo llevarte sin silla, no aquí. Deberás soportarlo. ¿Puedes hacerlo?

Algunos movimientos de hocico, cascos y cola bastaron para convencer al caballo de que ese era el precio de su libertad.

—Confía en mí —susurró—, confía, Jafar, también podré llevarte a mujeriegas, ya lo verás.

Abrió el corral, y el animal se tranquilizó de inmediato. Emily debía montarlo de inmediato, porque corría el riesgo de que se lanzara a la carrera sin jinete. Era díscolo... era libre. Y ella bebió de esa libertad. Saboreó la sensación, una gloria que le recordaba a los brazos de Colin. A la noche junto a él.

En esas horas fue libre, para amarlo, para dejar las normas, las reglas... todo lo que condicionaba la unión entre hombre y mujer. Y al igual que sus andanzas con Jafar, las mismas horrorizaban a la sociedad que no lo comprendía, que temían a las mujeres como ella.

Ni bien dejaron las caballerizas, Jafar se dio el gusto de correr, sin

control, por las calles adoquinadas de la ciudad. Emily apenas le marcaba el camino, lo llevaba al Hyde Park, el ritmo sería el que el animal dispusiera.

—Ese es el secreto, Colin —le dijo a la distancia—, esta fue la trampa americana. Nunca lo domé, solo lo dejé ser.

Los cascos de Jafar rompían el alba. Sonaban al compás del corazón de su jinete, de esa mujer que se sentía con alas. Había amado, y aunque Colin no lo había dicho, sabía que fue amada también. Vivieron su noche, la disfrutaron, y eso era más de los que muchos podían saborear en toda su vida.

No bastaba, claro que no. Nunca bastaría con Colin Webb.



El insomnio era su único compañero. Lo merecía, el descanso era algo que se guardaban los inocentes, y él no lo era.

Nada remitía la culpa, el dolor, la desazón. El coñac no era suficiente, además, jamás había sido adepto a emborracharse. Ni siquiera en esas circunstancias. El alcohol no borraba las culpas, ni solucionaba los problemas. No era un buen consejero.

Salir a montar al alba era una opción, en el campo lo haría. ¿Allí? ¿En Londres? Era impropio. Molestaría a los vecinos, haría ruido a horas indecentes...

—¡Demonios! —No, no podía seguir intentando ser perfecto, no lo era. Las reglas ya no le servían de escudo, no podía apañarse con ellas. Las había roto a todas.

Había dejado embarazada a una mujer antes del matrimonio, le había entregado el corazón a otra... a una americana poco ortodoxa, que le había robado la razón. No, de nada servían las normas.

Se vistió sin la presencia de su ayuda de cámara, se colocó el traje de montar y fue a las cuadras. Necesitaba rapidez, correr, atrapar la sensación de huida. Fausto fue la elección, un bayo ágil y ligero.

Lo llevó a paso rápido hasta el Hyde Park, aprovechando la ausencia de personas. Apenas los trabajadores comenzaban sus jornadas. Los nobles no llevaban más de dos horas en sus camas. Él, él había olvidado de qué se trataba dormir.

Por eso, la sorpresa al ver a otro jinete lo golpeó fuerte, más cuando al recortarse la figura contra los primeros rayos de sol se adivinaba una mujer. El pecho le latió a otra velocidad, solo una era capaz de esa osadía, solo una podía montar de esa manera: Emily Grant.

Detuvo a Fausto porque era un sacrilegio romper la armonía del paisaje, la llovizna que regaba el césped, los cascos de Jafar golpeando el terreno y el andar de Emily que se hacía una con el animal.

La sonrisa se abrió camino en su rostro, sintió la tirantez por tantos días de no hacerlo. Le había logrado colocar una silla, y no cualquiera, una a mujeriegas. Cuando hubo saciado su hambre visual, avanzó por el sendero a su encuentro. Hasta ese día, no había creído en el destino. Menos, luego de los sucesos recientes. No había un plan maestro detrás de todo, porque de ser así, las cosas no hubieran seguido ese curso. Encontrar a Emily justo cuando tenía la posibilidad de ser padre... salvo que el destino fuera un maldito desgraciado, no debía existir.

Y esa mañana, el mismo se hacía presente para refutarlo. Existo y soy un maldito desgraciado.

De nada valía luchar. Aguardó a que volteara por el Serpentine, y cuando lo divisó, tanto Jafar como Emily frenaron en seco. Se miraron, solo podían hacer eso, observarse a metros de distancia sin saber si podían soportar el acercamiento.

Ambos habían impuesto el silencio entre ellos, aun cuando morían de ganas de hablar, de expresar el dolor y la pena. Lo habían hecho porque, al igual que el alcohol, no servía de nada. No podían cambiar los hechos, ni el embarazo de Lady Anne, ni la responsabilidad de Colin para con ese bebé, ni que los corazones de ellos latieran a otra velocidad cuando estaban juntos.

Jafar tomó la decisión por ellos. Sin intervención de su jinete, avanzó camino a Colin. Lo reconoció, y Lord Webb pudo jurar que el animal lo perdonaba, porque sus fauces se acercaron a las de Fausto, y sin el nerviosismo que mostraba cerca de otro animal, empujó con el hocico las manos del hombre.

—Está contento de verte —susurró Emily.

—¿Y tú? ¿Estás contenta de verme?

—Sí, un poco. Creo que ya sabes que me marchó, se lo conté a Daphne y...

—Y no es buena guardando secretos. Solo me habló en estos días para decirme eso y volvió al silencio. —Su hermana le había retirado la palabra.

—Te perdonaré.

—¿Y tú?

—Un poco —repitió la respuesta para regalarle una sonrisa—. Colin, no hay nada que perdonar. Lo que sucedió entre nosotros, lo dije esa noche y lo reitero hoy, era lo que deseaba, lo que quería. —Las manos enguantadas de la muchacha se posaron sobre las de Webb, igual que había hecho Jafar, como una muestra de perdón sincero.

A ambos los había querido poseer, y los dos eran libres ahora.

—Em... Nunca creí que existiera alguien como tú. Eres única, eres... perfecta. Lamento, lo lamento de verdad, nunca quise lastimarte...

—Lo sé, Colin. ¿Sabes? He pensado mucho en este tiempo, porque sí, duele. Llegué a la conclusión de que todo ha sido como debía ser. Si de verdad te hubieras querido casar conmigo, entonces este momento dolería mil veces más. Y si Lady Anne hubiera confesado su estado antes, nosotros no hubiésemos tenido ni una noche...

—¿Por qué tiene sabor a poco? ¿por qué no nos alcanza? Sé que no soy el único que se siente así. —Emily solo pudo regalar una mueca.

—No eres el único... —Las palabras fueron ahogadas por un beso de Colin, uno desesperado y hambriento. Jafar se removió incómodo, molesto por la cercanía de la otra montura, y rompió el hechizo—. Colin —agregó Emily, sin poder creer que de su boca fueran a salir esas palabras—, solo porque nos atrevimos a vivirlo es que tenemos un recuerdo al que aferrarnos. Aún nos quedan algunas horas... las últimas... ¿crees?

—Me aferraría a clavos ardientes, Em, a cualquier cosa...

Solo eso restaba, crear un nuevo recuerdo entre ellos. Pasaría las horas que quedaban en Londres a su lado, porque él era Londres para ella.

Capítulo 15

Emily se marchaba, abandonaba sus brazos para siempre. No se atrevieron a las despedidas, en el alba, la joven se vistió en silencio y él la ayudó para tener una excusa de volver a tocarla. Los labios juntos una última vez, el recuerdo de sus ojos fijos en él, sin lágrimas ni reproches...

—Adiós. —De todas las palabras, la definitiva. La que llevaba el peso de «nunca» encerrado en su significado. No pudo, él fue incapaz.

—Hasta luego —susurró cuando ella dejó la habitación.

No tenía sentido regresar a la cama. Sería una tortura hacerlo, quitó las sábanas y las dejó en un montón, no volvería a usarlas jamás. Desayunó en silencio, leyó el periódico, revisó la correspondencia, comprobó los gastos... su matrimonio con Lady Anne estaba en camino. Le había prometido volver, y aún no lo había hecho. Se había tomado dos días antes de asumir por completo el compromiso. Sería el esposo de Anne, y lo haría con todo el honor que le quedaba. La promesa en el altar: fidelidad, cuidado, salud y enfermedad, riqueza y pobreza, sería respetada a rajatabla. Porque esa mujer le brindaba otra forma de amor, la de un hijo, la de una familia, lo que creyó que jamás tendría.

A una hora prudencial, tras un baño y la elección de un traje de día favorecedor, se sintió lo suficientemente entero para enfrentar la jornada, para visitar a su «prometida» y constatar el estado de su hijo.

El carruaje estaba preparado en la puerta de su casa de soltero. La misma era un alboroto, porque se preparaba para darle cobijo al futuro matrimonio. Luego... le correspondería a la nueva esposa la elección de vivienda, decorado, detalles.

La casa de las Ferrer estaba abierta para él. Solo Thelma estaba de pie, realizando las labores cotidianas. La muchacha se comportaba como una eficiente sombra, atendía el rol de señora de la casa para permitirle a Anne vivir de sus banalidades y a Dorothy hundirse en el alcohol.

—Lord Webb —fue anunciado por una de las empleadas.

—Milord. —Lo recibió Thelma.

—Señorita Ferrer. Lamento si es muy temprano... quisiera constatar el estado de Lady Anne, y saber si necesitan algo. —Thelma lo miraba fijo, podía sentir sus ojos intensos detrás de los cristales. Una punzada de ternura alcanzó a Colin, le recordaba al encuentro con Emily cuando descubrió que el atractivo de la muchacha estaba opacado por las joyas, allí estaba cubierto por gafas y vestidos poco favorecedores. No quería pensar mal de Anne, de su futura esposa, pero sospechaba que los celos y la envidia era lo que la llevaba a tener a su hermana en un estado de deslucimiento.

—No suele estar despierta tan temprano... pediré el té e iré a consultar. —La joven se deslizó fuera del salón, siempre silenciosa y diligente, dejándolo solo con sus pensamientos. A los pocos minutos, la misma mujer que abrió la puerta trajo una bandeja con té y después regresó Thelma—. Duerme, creo que anoche llegó tarde del teatro. Si desea aguardar...

—¿El teatro? —Colin no quería enfurecer, estaba cansado, dolido y acababa de perder a la mujer que amaba—. Pensé que... No importa, señorita Ferrer —agregó tomándose las sienes. Habían acordado mantener la discreción, ¿y Anne se pavoneaba en un palco? Quería ser discreto, que todo estallara cuando Emily estuviera a salvo, cuando él pudiera asegurar el futuro de su hijo. Habladurías existirían siempre, no deseaba que el estigma de ser concebido fuera del matrimonio recayera en un bebé. La sociedad era cruel con quienes no se ajustaban a las normas, Lady Marion se lo había inculcado, y Lady Anne debía saberlo mejor que nadie—. No tengo por qué seguir involucrando a personas inocentes. Gracias por la invitación, prefiero volver por la tarde...

—Si es así... —La joven levantó la bandeja, temblaba, y las tazas fueron a parar al suelo.

—¿Se encuentra bien?

—S...Sí, claro —musitó, abochornada por la torpeza. Las lágrimas le mojaban las mejillas, y Colin se sintió horrible.

—Oh, por favor, señorita Ferrer, no se ponga así. Solo fue un accidente, si la puse nerviosa con mi temperamento...

Una carcajada de esas casi socarronas nació en la garganta de Thelma. Estaba al borde del quiebre histérico.

—¿Su temperamento? —y volvió a reír, como si eso fuera lo más gracioso del mundo—. Lo... siento, lo siento —repitió mientras las carcajadas brotaban junto a las lágrimas—. Es que debe ser el hombre más tranquilo que

he conocido en mi vida... —Las risas dejaron de ser tales para pasar a ser el llanto convulsionado del más profundo dolor. Casi alaridos de pena que nacían en su pecho.

Colin fue impulsado por la necesidad de brindarle consuelo. Dejó las normas, juntó los fragmentos de porcelana y el té que se extendía por la alfombra, y abrazó a su futura cuñada. Le quitó los lentes, le alcanzó el pañuelo que llevaba en el bolsillo del chaleco y dejó que la cabeza de Thelma reposara en su hombro mientras se iba en lágrimas.

—Él me dijo que usted no le caía mal en realidad, solo un poco... —confesó entre sollozos—, que California está hecho de hombres y mujeres desplazados, de los que nunca tuvieron nada... Para amar a un californiano o californiana hay que saber perder, perder mucho, perder más veces de las que se gana. Que solo así se valora de verdad el triunfo...

—Supongo que hablamos de Zachary Grant —susurró Colin sobre la coronilla de la joven, y la sonrisa de ella se sintió contra su hombro.

—No creo que seamos tan fuertes, milord, para caer tantas veces como ellos. Para terminar tan llenos de polvo. Para merecerlos. ¿Usted qué cree?

—Le pregunta al hombre equivocado, señorita Ferrer. Siempre supe que no era digno de Emily Grant. Pero usted... ¿Por qué no? ¿Qué la retiene aquí?

—Lo mismo que a usted, la misma persona... solo que yo tengo un vínculo de sangre, es mi hermana y siempre lo será...

—Ahora ese vínculo nos une, señorita Ferrer, seremos familia, será un honor para mí ser su hermano. —Con esas palabras bastó para brindarle a Thelma la fuerza suficiente, para decidir ser la única que tragaba el polvo del fracaso. Quizá, y solo quizá, esa fuera su última caída antes de ganarse a un californiano.

—No, no hay vínculo de sangre entre nosotros, milord, y no lo habrá. Siento mucho mi confesión, de verdad... —Las lágrimas volvieron, no de pena hacia ella y su suerte, sino porque sería la primera vez que le rompería el corazón a un hombre—. El hijo que espera mi hermana no es suyo, es de Lord Hill.

—¿Q... Qué?

—No es su hijo, lo supe tras su última visita. Mi hermana no es quien usted cree que es. Quizá llegue el día en que la pueda ver con mis ojos y la perdone...

—¿Qué significa todo esto?! —espetó Lady Anne frente a la imagen que se manifestaba ante ella. Su prometido abrazando a su hermana en el piso. Se

debatía entre mostrar la ira que la embargaba y de la que Thelma era merecedora, o mantener la farsa de damisela herida que Colin estaba acostumbrado a ver.

—Eso mismo quiero saber yo... —No fue un grito, la autoridad de la voz en Colin Webb hizo temblar a ambas mujeres. La señorita Ferrer lo miró de soslayo antes de colocarse las gafas, eso se parecía más a una muestra de temperamento que lo anterior. Si practicaba mucho ese tono y ese porte, se podría adaptar a California.

—¿De qué hablas, Colin? —Anne cambió de técnica de inmediato. La seducción.

—De que no llevas a mi hijo en tu vientre, de que esto es una farsa, Anne. De eso hablo. —Los ojos de la mujer se abrieron por la sorpresa, para entrecerrarse de inmediato por la ira... una ira que iba dirigida a su hermana.

—¿Qué has hecho, maldita idiota?! —se abalanzó sobre ella, y el brazo de Webb la detuvo.

—Ni se te ocurra —advirtió—. Hizo lo que debió hacer, ponerle fin a esto y quitarme la venda de los ojos. Anne, ¡Maldición!, ¿es que acaso has perdido la cabeza?

—Tú lo has hecho. Tú... ¿elegir a la gorda americana antes que a mí? ¿Es que estás loco?

—Ten cuidado, Anne, mucho cuidado. —Una risa carente de humor escapó de sus labios—. Que no muestre mi temperamento no quiere decir que no lo tenga.

El desconcierto de la viuda se sumó a una tenue sonrisa de Thelma.

—Colin, querido... —Anne era una mujer de mil caras. La buena, la seductora, la villana, la comprensiva... le tocaba recurrir a la que más la definía, la manipuladora—, sabemos que eres estéril. Los dos lo sabemos, dejemos las apariencias...

—Eso mismo deseo, querida. —El «querida» fue siseado con desprecio.

—¿Qué más da que no sea tu niño? Nadie dudará, fuiste mi amante, las fechas se ajustan. Será tan tuyo como si lo hubieras engendrado.

—Anne, Anne... ¡qué poco me conoces!, nunca llegaste ni a rascar la superficie. Eso es lo que consigue la buena educación, que tengamos tantas capas que apenas llegamos a conocernos los unos a los otros. —El enfado de Colin Webb era contenido, nada de violencia, nada de exabruptos. Tenía razón, Anne no lo conocía, y Thelma comenzaba a comprender que la estrategia del futuro conde de Sutcliff era la correcta. No dejaría a la viuda como la víctima,

no le daría ese triunfo siquiera—. He soportado muchas cosas a tu lado, tu vanidad, tus caprichos, tu indiscreción, incluso tu obsesión. Soy comprensivo, creo que hasta diría, en este instante, que soy magnánimo. —El sarcasmo inundó la sala—. Entiendo que la vida es más laxa conmigo que contigo. Soy hombre, puedo tener amantes, puedo elegir con quién casarme, tengo la correa más larga... tú estás atrapada en las normas que rigen a las mujeres. Y por eso jamás me enfadé contigo...

—¿Eso quiere decir que no estás enfadado?

—Hasta ahora —completó con una sonrisa—, hasta ahora, milady. Porque has querido tirar de mi correa, cuando yo jamás tiré de la tuya. Y me parece desleal... ¿no lo crees?

—Colin...

—Milord —la corrigió—, recuerda tu lugar. Has vuelto a él, has perdido los privilegios.

—Milord... —Los dientes de Anne rechinaron—. Que sea por las normas, entonces. Yo puedo brindarle lo que quiere: un heredero. Usted puede brindarme lo que quiero: un buen lugar en la sociedad.

—¿Sabes lo más gracioso del asunto?, jamás voy a ser conde. —Los ojos de ambas muchachas se abrieron—. Mi padre tiene mi declaración, la hice hace años, cuando supe de mi esterilidad. El próximo conde de Sutcliff es Thomas Webb.

—¿Qué?! Pero eso va a cambiar... con tu hijo...

—No es mi hijo, ni lo va a ser. No puedes negociar conmigo, milady. —Avanzó un paso hasta volverse intimidante ante la mujer. Anne alzó el mentón y fijó los ojos en el hombre que le supo parecer tan atractivo, el hombre que quiso a su lado como sostén. Sí lo conocía, sabía que por un hijo daría todo, sabía que era protector, que jamás les faltaría nada junto a él, y por eso lo había elegido. Lo que no había contemplado era el cambio, el cambio efectuado por Emily Grant—. Podría cargar con un bastardo...

—Lo ve... Es una idea... —Colin la interrumpió.

—Podría cargar con un bastardo si amara a la mujer que lo lleva en su vientre. Sí... lo amaría, lo amaría como si fuera mío, lo amaría como amo a esa mujer... oh, Anne, si tan solo te amase... —fingió lamentarse—, si tan solo fueras digna de que alguien te amara...

—Colin...

—Ya sabes de quien sí cargaría un bastardo, vive con eso —sentenció, mientras buscaba el abrigo y su sombrero—. Y, por cierto —agregó con la

vista puesta en Thelma, aunque con las palabras direccionadas a Anne—, te perdono. Claro que sí, puedo verte con los ojos de tu hermana, te perdono porque das pena... uno no se puede enojar con una serpiente por morder y envenenar, es su maldita naturaleza. Suerte con el niño, espero que Lord Hill se haga responsable —y dejó la casa de las mujeres Ferrer sumido en un sepulcral silencio.

Un maldito imbécil, eso era. La venda que Thelma le había quitado de los ojos abarcaba más que Anne, llegaba a Emily, a California. No podía creer que hubiera sido tan ciego.

No mintió, en cuanto su confesión abandonó los labios supo que hablaba en serio. Por Emily estaba dispuesto a todo, y si era capaz de soportar un engaño, una manipulación, cualquier cosa... ¿por qué demonios se creía incapaz de recibir su rendición?

Porque no era digno, porque no había mordido el polvo lo suficiente, porque no había luchado por ella. Por eso y mucho más.

Eso había cambiado, en el dolor que sentía en el pecho, en el momento en que el veneno de Anne se coló en sus venas, en el instante en el que el corazón le fue arrancado. Ahí... ahí había perdido por siempre, había recibido el peor de los golpes, la más dura de las palizas. Ahí había mordido el maldito polvo, y si se levantaba de esa, si se ponía de pie y era capaz de afrontar la vida que le tocaba... entonces, quizá, y solo quizá, podía ganarse a una californiana.

Debía correr.

—¡Detén el coche! —exigió. El tránsito de Londres era infernal a esas horas. No llegaría jamás. Consultó su reloj de bolsillo, las manecillas se burlaban de él. Bajó de un salto del carruaje y comenzó a correr por las aceras, llevándose consigo a damas y caballeros. Los insultos coronaban la carrera...

—¡Señor Law! ¡Mi montura, ya! —El mayordomo se sumó al frenesí del señor. Sabía que las preguntas no iban con su trabajo, de todos modos, no pudo evitar que sus labios se abrieran:

—¿Va a intentar recuperar a la señorita Grant, milord?

—¡Demonios! ¡Sí!, pero no tengo tiempo... —No, no podía rendirse. Tenía que ganar, que triunfar esa última vez... tenía que merecer a Emily Grant.

—Su montura está lista y... milord, lleve el dinero de la caja fuerte.

—¿Eh?

—Por si tiene que boicotear el barco, no hay nada que uno no pueda comprar en el puerto. —La sonrisa confundida de Colin se dio de lleno con el enigmático hombre. ¡Eso le pasaba por no corroborar los antecedentes de la servidumbre!, se quejó. Estaba seguro de que su mayordomo cargaba con una vida de lo más curiosa si era conocedor de esos detalles.

—Gracias —dijo y le hizo caso. Con la alforja llena de libras y peniques, le exigió a Fausto la mayor de carrera de su vida. Todo Londres era testigo de cómo el próximo conde de Sutcliff recorría las calles, desesperado, camino al puerto. Las noticias viajarían, al igual que las conclusiones.

Lord Colin Webb amaba a Emily Grant hasta la locura.

La multitud del puerto le impidió avanzar con Fausto. Los familiares que se aglomeraban con pañuelos a despedir a sus seres queridos, los hombres que cargaban los barcos, los trabajadores que se aseguraban de que todo estuviera en orden... y el gran sonido ensordecedor de un buque que partía: El Elizabeth IV camino a América.

—¡No! —Colin descendió de la montura, y tal como Law sugirió, por un par de peniques consiguió que alguien se hiciera cargo del caballo.

Avanzó por entre los cuerpos, los llantos, las despedidas. Se abrió camino sin amabilidad, angustiado ante la idea de perderla. La seguiría hasta el fin del mundo, no se rendiría ni en ese momento ni nunca. No, no volvería a caer, ya había aprendido la lección. ¿Podía alguien decirle eso al endemoniado destino que siempre se la complicaba?

Al llegar a la ensenada, el Elizabeth IV se alejaba.

—¡Maldición! ¡Maldición! —exclamó. Tan solo un par de metros, intentó hacer señas, que frenaran el barco, que detuvieran la partida, pero sus movimientos enérgicos se perdían en el mar de brazos de despedida.

Él no se estaba despidiendo. Él no diría adiós. Jamás. Perdió la razón, la cordura, el sentido común. Arrojó las normas, las reglas y la buena educación junto a sus botas. Se sacó ambas y, ante las miradas de asombro de los presentes, se lanzó al agua.

—¡Está loco, se va a ahogar! —le gritaban los portuarios a su espalda. No podía contestar, no podía perder el aire de los pulmones ni la energía de sus músculos. Tenía un maldito buque que alcanzar.

Solo un pensamiento socarrón le vino a la mente: ¿Quién nada mejor, señor Grant?, el único desafío entre ellos que no habían puesto en práctica.

Allí, en las contaminadas aguas del Támesis, lo demostraba.

Alcanzó el buque que apenas aceleraba para alejarse del puerto. Las miradas de los pasajeros estaban puestas en él, en ese demente hombre que intentaba alcanzar una cadena para subir. ¡Oh, no! Mientras braceaba, comprendía lo desquiciado de su empresa. Las posibilidades eran ahogarse o que lo apresaran por polizón. Y prefería lo segundo, sin duda... lo segundo.

—¡Mierda! —exclamó al llegar a una de las sogas que colgaban bajo los botes salvavidas. ¿Cuántos pies de altura tenía el maldito Elizabeth IV? Al parecer, la llegada hasta allí era merecedora de festejos, porque mientras él se aferraba como si la vida se le fuera en ello —y sí, la vida se le iba en eso—, los pasajeros aplaudían su victoria—. Gracias, gracias —le dijo al público que no podía oírlo—, pero, ¿serían tan amables de ayudarme?

El capitán del Elizabeth IV miraba todo desde la borda, con la diversión tatuada en el rostro. No lo dejaría morir, de todas maneras, nada le impedía un poco de diversión. Cuando al fin lo subiera, tendría que encerrarlo en la bodega para enjuiciarlo como polizón en América, o de regreso a Londres. No tenía ningún apuro.

Una muchacha se apiadó de él. La escotilla de los sanitarios de clase baja se abrió, el rostro de la joven se asomó.

—¿Cree que pasará? —preguntó con un acento que no coincidía en su imagen.

—Creo que estoy lo suficientemente loco como para intentarlo —respondió. Se meció en la soga hasta llegar al borde de la escotilla, y se aferró a ella con fuerza. Sus pies descalzos se impulsaron sobre el borde del barco y las manos de la muchacha tiraron de él hasta hacerlo pasar por el ojo de buey. Rodaron juntos por el piso, y Colin la empapó por completo—. Lord Colin Webb, muchas gracias por su socorro —se presentó sin aliento.

—Nora... Nora a secas, y espero que nos llevemos bien, porque pasaremos el viaje apresados en las bodegas por polizontes. —Las palabras de la muchacha le hicieron observar lo que había pasado por alto, estaba disfrazada de hombre. ¿Qué manía tenían las mujeres a su alrededor de elegir los pantalones?

—Tu disfraz es penoso.

—Ya lo creo... —La voz del capitán resonó en los sanitarios de la clase baja—. Ambos están arrestados.

—Si arrestado me lleva a América, me basta —Sonrió Colin, y el capitán arqueó las cejas—. Todavía dan los últimos deseos a los condenados.

—No irá a la horca... —El hombre se detuvo en su apreciación, el acento de Webb, sus modales... ¿qué demonios sucedía ahí? No era un simple polizón que no podía pagar el pasaje. Sus labios se curvaron en una sonrisa, al parecer, aún podía regalarse unos segundos más de entretenimiento—. Le daré el último deseo.

—Hablar con una de sus pasajeras —sentenció—, y comprar mi pasaje y el de la señorita aquí presente, así no viajamos en la bodega. —Sacó las libras de sus bolsillos, y el Capitán no las aceptó.

—No, no... ¿sabe? No los arrestaré, los haré pagar el pasaje con trabajo. —Sería entretenido tener a un Lord haciendo la labor de un grumete—. Y ahora... vaya a cubierta, busque a su pasajera, me da mucha curiosidad saber quién es la razón de tanta locura.

Golpeó la puerta del camarote por puro convencionalismo, se alejaban de Inglaterra y podía decirle adiós a cada una de sus costumbres. No esperó a tener respuesta del otro lado, se dio el permiso de ingresar.

La habitación de Zach era igual de espaciosa que la de ella y contaba con los mismos lujos, entre ellos, una gran cama que invitaba al dulce sueño del olvido. Ahí estaba Zach, recostado boca arriba como si la vida lo hubiese molido a golpes, con ojos cerrados, y brazos cruzados sobre la cabeza. Parecía decidido a sumirse en la más completa oscuridad.

Emily cerró la puerta tras ella para lograr intimidad.

—No deberías estar aquí... no es correcto —la reprendió sin siquiera moverse. Estaba siendo sarcástico, cuando el malhumor lo atacaba era su arma de defensa.

—¿Ni media hora en alta mar y ya extrañas Londres?

—Londres es una maldita enfermedad... —gruñó.

Fue hasta él, le tomó los talones para hacer su cuerpo a un lado, y cuando logró el espacio deseado, se sentó en la cama junto a él.

—Una enfermedad que solo yo pensé haber contraído... no tú.

—Em, no tengo deseos de hablar —sentenció acomodándose de lado.

—Pues yo sí —dijo tirando de su chaqueta—. Ha ocurrido algo que llamó mi atención, creo que cometiste un error... —No se comportaba como un niño, de haber sido así, provocarlo hubiese sido un plan sencillo. No era eso, en Zach había dolor, un inesperado dolor, uno que ella conocía en primera

persona—, según el listado de camarotes, los Grant poseen tres asignaciones confirmadas... ¿tres? ¿has oído?

Zachary se retorció en la cama hasta girar a ella, la observó fijo, conservando la postura horizontal en la cama. Emily ocultó su sonrisa al reconocer que había encontrado un punto de interés en él.

—¡Ayúdame, quieres! Tú y Jonathan siempre dicen que no soy buena para los cálculos ... —El rostro de Zach mutaba segundo a segundo—. Uno para madre y para mí, otro para ti... dos, suman dos, ¿verdad? A menos que lo hayas rentado para Jafar, algo que dudo...

De un solo movimiento, Zach flexionó las piernas y giró con brusquedad hasta quedar en la misma posición que Emily.

—Puede que haya cometido un error... —la interrumpió, las palabras salieron de su boca con la fuerza de un susurro.

—¿Qué tipo de error?

—Un error, Em... solo un error.

La única manera de lidiar con el dolor era hallando el punto de su origen, solo así podía combatirse. El dolor de Emily tenía nombre y apellido, y por lo visto, él de su hermano también. Ahora se sentía culpable, el viaje a Londres se había tratado de ella, y por eso se había olvidado de mirar a su alrededor... de mirarlo a él.

—Tú no cometes errores, te has jactado de eso toda mi vida.

—¡Ya basta, Em! —dijo incorporándose para buscar refugio en una de las pequeñas ventanas que le brindaba luz natural al camarote—. Me he jactado de muchas cosas, lo sé... y ahora no tengo deseos de recordarlas, ni de hablar al respecto.

—¡Ey! ¿Dónde está mi hermano? ¿Qué has hecho con él? —El dolor no justificaba nada, no toleraría su conducta. Fue hasta él, tenían muchas semanas por delante, lo mejor era cambiar esa actitud desde el principio.

Un par de ojos azules contra otro par de ojos azules, letal combinación. Los Grant manejaban el arte del silencio, todos y cada uno de ellos habían llegado a este mundo con la opción de subtítulos.

Zachary le habló de sus penas, de su corazón dividido, otro medio Grant marchaba rumbo a América, una parte de él se había quedado ahí, bajo el cielo de Londres, aferrado al recuerdo de una mujer.

—Ya veo, tus noches de borrachera no fueron noches de borrachera en lo absoluto, ¿no?

—Sí, estaba ebrio, pero no precisamente de alcohol... —confesó con

pesar—. ¿Em?

—¿Qué?

—¿Se termina alguna vez el dolor? —Los ojos le brillaban, y Emily no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto el atisbo de una lágrima en los ojos de su hermano. Lo abrazó, era lo que necesitaba. Lo que ambos necesitaban.

—Depende... —le susurró al oído—. ¿La amas?

Si tenía el valor de reconocerlo podría con todo lo demás.

—Sí. —No hubo duda alguna en él.

Se distanció un par de centímetros para poder hacer contacto con sus ojos. Le sonrió.

—Entonces sonrío, Zach... en tiempos como estos, amar es un privilegio que muy pocos logran conseguir. Aférrate al sentimiento, recuerda lo bueno... todo lo bueno, y el dolor se irá.

—Dicho de esa manera, haces que suene fácil —dijo tomándola de las manos con una gentil caricia.

—¿Esa es la idea, mequetrefe! —Lo hizo sonreír—. ¡Que suene fácil!

—¿Lo es? —preguntó con el primer atisbo de buen ánimo.

—¡No, por supuesto que no! ¡En lo absoluto!

Rieron... rieron porque así eran los Grant. Se caían y levantaban, una y otra vez... siempre.

—¿Has oído las buenas nuevas? —Emily aprovechó el clima distendido recién nacido para darle un vuelco a la conversación.

—No, ¿qué me he perdido?

—¡Polizontes!

El viaje de ida a Londres los había entretenido con las historias de los tres polizontes capturados, en ese entonces, Zach había decidido que cada historia valía el costo total del pasaje. Contaba con que ahora ocurriese lo mismo.

—Este viaje comienza a ser un poco más entretenido... ven, vamos.

Tiró de ella dispuesto a abandonar el camarote en su compañía, cuando abrió la puerta, la sorpresa de hallar a Sandra los paralizó.

—¡Gracias a dios! —resopló aliviada al encontrarnos juntos—. Pensé que iba a tener que recorrer todo el condenado barco hasta hallarlos.

—¿Qué ocurre, madre? —interrogó Zach con repentina preocupación.

—¡Qué no ocurre! —volvió a resoplar, aunque en esa oportunidad lo hizo con una sonrisa en los labios—. ¡Compruébenlo por ustedes mismos!

El salón principal del barco había sido copado por pasajeros y marinos en partes iguales, todos se reunían en torno a dos figuras, el capitán, y un joven hombre de vestimenta elegante, evidentes buenos modales, y con un detalle que lograba captar la atención de cada uno de ellos: descalzo, y empapado de pies a cabeza.

—¿Señorita Emily Grant? ¿Señorita Emily Grant? —El vozarrón del capitán retumbó a lo largo y a lo ancho.

Emily, con Zach a su lado y con Sandra unos cuantos metros atrás, se hizo lugar entre la multitud sin saber por qué la convocaban.

—¿Señorita Emily Grant? —El hombre lo repetiría hasta obtener respuesta.

Ella no tenía deseos de alzar la voz ni dar un espectáculo, pero viendo y considerando la actitud del hombre, lo hizo:

—Sí... aquí estoy —alzó la voz—. ¡Yo soy Emily Grant!

La gran marea de personas que inundaba el salón se abrió para hacerle camino como si de una acción profética se tratase.

El corazón se le detuvo cuando sus ojos se encontraron con los de Colin. Pestañeó... ¿Estaba soñando? ¿Era él? No, no podía serlo.

—Señorita, este hombre se escabulló por una de las escotillas... según él, por usted. ¿Lo conoce?

No podía moverse. Menos hablar. Con suerte hallaba la fuerza para respirar, de lo contrario, moriría ahí mismo. Moriría de amor.

—¿Lo conoce? —repitió al no obtener respuesta.

Colin estaba igual de paralizado, estaba ante ella... no podía creerlo.

—¡No! —respondió Zach por su hermana—. No lo conocemos... es la primera vez que lo vemos.

—¡Maldición Grant! —Colin reaccionó—. Cierra la boca, estoy aquí por tu hermana.

Los primeros vítores resonaron en el salón, comenzar un largo viaje de esa manera auguraba una travesía por alta mar con mucho entretenimiento.

—Haga lo que tenga que hacer capitán, arréstelo... aunque yo lo tiraría por la borda. ¡Se ve que tiene la destreza suficiente para llegar solo a la orilla!

El capitán se dobló de una carcajada. Le agradaba el grandote americano, sin embargo, el refinado inglés había hecho lo suyo, los hombres arriesgados merecían su momento de redención, no había que ser una mente brillante para darse cuenta de que ahí se mezclaban los corazones.

—Lo siento, suena muy tentador, pero aquí... el hombre pidió hablar con la

tal Señorita Grant, y usted no lo es, caballero. —Giró el rostro hacia Colin—. Es ahora o nunca, muchacho... dale un motivo para hablar. —Las exclamaciones volvieron a alzarse—. Da lo mejor de ti, como verás, el público es muy exigente.

El capitán estaba en lo cierto, tenía que recuperarla, y para ello, debía comenzar por la verdad, sabiendo que la consecuencia de la misma lo hundiría hasta las rodillas.

—¡No es mi hijo! —escupió esa espina. Era importante que Emily lo supiera.

Los abucheos fueron multitudinarios, más que los gritos de segundos atrás.

—¡Tírenlo al agua! —gritó uno, y otros se le unieron— ¡Sí! ¡Regrésenlo al océano!

—¡Pues yo le dije! —Zachary aprovechó el apoyo de los presentes.

—Shhh... —Emily recuperó el poder de la palabra—. ¡Cállate, Zach! —Alzó la voz como nunca antes lo había hecho—. ¡Cállense todos! ¡Déjenlo hablar! —El silencio fue sepulcral.

Colin sonrió... ¡Dios, era imposible no amar a esa mujer! Le estaría en deuda a la vida si ella lo aceptaba.

—¿No lo es? ¿No es tu hijo? —preguntó con la tristeza en los labios. Si Colin sufría, ella sufría. Emily conocía lo que significaba para él un hijo, significaba todo.

—No, no lo es... mintió. —Intentó avanzar hasta ella, el capitán se lo impidió poniendo un pie delante de los de él. Colin entendió el mensaje.

—Lo siento... —balbuceó ella con pena.

Hasta en ese momento Emily ponía como prioridad los sentimientos de él. ¡Por todos los cielos!

Sí, estaría en deuda con la vida, con el destino... con lo que fuese que gobernase el mundo.

—No, no lo sientas, yo no lo hago... ya no. —Era tiempo de entregar aquello que se había negado a dar, por necio, por vivir una vida equivocada, por sentirse no merecedor de su amor—. Por días... por días viví la ilusión de aquello que siempre deseé. Anne me vendió esa ilusión... —No iba a entrar en detalles, Emily conocía su secreto, ella entendería los silencios—, y cuando esa ilusión se hizo trizas contra mi pecho, comprendí que solo fue la excusa que utilicé para mantenerme ajeno de mí mismo. Me educaron bajo las reglas del deber, y cumplí con cada una de ellas... cumplí hasta que llegaste tú.

El límite impuesto por la bota del capitán se hizo a un lado. Al hombre le

había agradado su discurso. Colin dio unos pasos hasta alcanzar esa distancia que le permitiera llegar al goce de su perfume. Sí... ese perfume, su aroma favorito en todo el mundo.

—Apareciste en mi vida contagiándome tu libertad, y me hiciste desear, Em... me hiciste querer... querer todo, y todo eres tú. Perdóname... —dijo dejándose caer de rodillas. Arrancarse las cadenas, abrirse el pecho, entregarle el corazón, eso tenía que hacer—. Perdóname por creer que al decidir por ti hacía lo mejor... perdóname por callar, por no haber tenido el valor de decirte «Te amo» cada vez que tú me lo decías y me lo demostrabas. Perdón por dudar... Daphne estuvo en lo cierto al decir que hasta yo mismo me desconocía, es verdad. —Arrastró sus rodillas para acercarse más a ella. Emily lo observaba, en silencio, con el brillo en sus ojos de unas lágrimas que se contenían—. Hubo una vez un Colin Webb que pensaba que con hacer lo que creía correcto era suficiente, un idiota, claro está... —Eso le ganó un par de vítores estimulantes, y una mirada cómplice de Zach—, y ahora hay otro Colin Webb, el que está aquí, de rodillas, dispuesto a abandonar su vida, su historia... «su única y maldita obligación» porque se dio cuenta de que lo único correcto en su vida... lo único correcto eres tú, Emily Grant.

Los presentes no pudieron contener la emoción, requerían de más acción, tenían la historia de amor y pretendían su desenlace.

—Si me aceptas, con todos mis defectos, con todas mis debilidades... y con todo el amor que siento por ti. Te pregunto: ¿Me harías el honor de convertirme en tu esposo?

Los aplausos se sumaron al reencuentro. Zachary se dio por rendido, resopló, se había hecho a la idea de que Webb no iba a ser su cuñado, detestaba tener que cambiarla.

El silencio de Emily le sentó como una bofetada. Tal vez era demasiado tarde, y el amor, el perdón, ya no bastaban.

Ella necesitaba creer que no era un sueño, por eso mantenía el silencio, temía hablar, dar un paso en falso, y que todo desapareciera. ¿No, no era él? ¿La realidad no podía ser tan maravillosa?

Cerró los ojos con fuerza, contaría hasta diez, se mordería los labios y despertaría.

Uno... Dos... Tres...

—¡Ey, muchacha, dile que sí! —gritó un marinero que se encontraba a un par de metros.

Cuatro... Cinco... Seis...

—¡Acéptalo de una buena vez! —agregó una mujer anciana adinerada que observaba todo desde la comodidad de un sillón, a esa altura de su vida solo el amor le resultaba interesante—. ¡De lo contrario, yo me ofrezco para casarme con él!

Siete... Ocho... Nueve...

—¡Y yo! —agregó otra, y luego otra. Las voces se repitieron como un eco inacabable.

... Diez

Ese perfume, lo reconocía... y lo reconocería ese día, mañana y siempre.

Abrió los ojos, y ahí estaba él, de pie, a centímetros de ella.

—¿Estás aquí? —murmuró solo para él—. ¿Eres real?

Las manos de Colin buscaron las suyas, entrelazó sus dedos a los de ella.

—Tan real como tú.

El corazón de Emily bombeó con fuerza, si los corazones pudiesen sonreír, el de ella, de seguro, lo estaría haciendo.

—Entonces, sí... —dijo llevándose la unión de manos a los labios. Depositó un beso en el dorso de la suya, la acarició—. Acepto que seas mi esposo, con una condición...

—¿Cuál? —Estaba dispuesto a todo.

—Que tú me aceptes a mí como tu esposa. —Le sonrió.

Quería oírlo decir de sus labios. Solo eso.

—Es lo único que deseo... lo único.



El capitán Jack Knoxville no pudo con su genio casamentero, aún contra la insistencia de Colin y Zach, no aceptó ni un solo centavo para oficializar la boda. Lo hizo por gusto, los matrimonios improvisados a bordo siempre eran sinónimos de buena publicidad y memorables anécdotas.

La boda se celebró esa misma noche, el público así lo demandó, y para qué mentir, demorarlo era pura malicia, el calor que desprendían los cuerpos de la pareja de tórtolos superaba la temperatura de las calderas que mantenían en marcha al barco. Era preferible un matrimonio inmediato que un naufragio por incendio.

Tuvieron que recurrir a la ayuda de los pasajeros, Colin consiguió un par de botas a su medida y un traje idóneo para el evento. Emily también obtuvo lo suyo, una muchacha le obsequió uno de los vestidos que había comprado en Londres, el tono dorado combinó a la perfección con la blancura de su piel y el rubio de sus cabellos. Así se anotó el punto uno de la lista de tradición de bodas: algo nuevo. La anciana mujer que había estado dispuesta a reemplazarla le entregó a modo de préstamo una gargantilla con una brillante piedra de zafiro que competía con el intenso azul de sus ojos.

—Aquí tienes muchacha, algo prestado, azul, y usado... —dijo colocando la pesada joya en su cuello.

—No... —interrumpió Sandra— solo algo prestado y azul. En cuanto a lo usado... —Exhibió una hebilla de perlas, lo único de valor que habían tenido los Grant antes de la llegada de la riqueza. Emily la recordaba, de pequeña, cuando su madre no la veía, hurgaba en sus pertenencias para lucirla a escondidas. Lo colocó en su cabello, le acarició la mejilla—. Lo llevé el día de mi boda, al igual que mi madre... y la suya. No es sinónimo de felicidad, al fin de cuentas es solo una hebilla, pero sí es símbolo de decisión... —Las palabras se le enredaron en la lengua, se abrazó a ella para evitar estallar en lágrimas antes de tiempo—. Vamos, mi niña, todos esperan por ti... él espera por ti.

Contrario a su propio pronóstico, Emily Grant también tuvo su final feliz. No hubo disparos, ni envenenamiento de por medio... lo que sí hubo fue un hombre dispuesto a lanzarse al océano por ella.

Sonrió, acarició la hebilla de perlas en su cabello.

Símbolo de decisión. ¡Vaya que sí lo era!

No, todos los caminos no conducían a Colin Webb. Solo el camino que ella había decidido tomar...

—Emily Grant... ¿Aceptas a Colin Webb como tu esposo? ¿Prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, acepto.

Epílogo

Si existía el paraíso, sin lugar a dudas, se encontraba en California. Un mes en tierra americana, bajo el sol del desierto y en brazos de su esposa bastó para que Colin Webb se olvidara de sus raíces.

Emily se preguntaba en qué parte del estanque se había quedado el «Lord». Estaba cubierto de barro hasta la cintura, y por arriba de ella, la arena del desierto se consagró como ganadora.

Jonathan y Zach reían a carcajadas, era pura y absoluta obra de ellos.

—¡Se suponía que era una cabalgata! —les recriminó a sus hermanos, sabía que lo habían hecho a propósito—. ¡Una simple cabalgata!

Colin descendió del caballo con una sonrisa en los labios, estar sucio de los pies a la cabeza no parecía molestarle ni un ápice.

—¡Lo fue! —se defendió Jonathan desde el refugio de su montura.

—¡De Zachary no me sorprende, pero ¿de ti, Jonathan?!

—Cariño, el único culpable aquí fue el estanque que se cruzó en mi camino —dijo Colin besándola en la mejilla una vez que estuvo a su lado.

Mentía, y ella lo sabía, la expresión de picardía delataba a sus hermanos. ¡Malditos bravucones! Los atravesó con la mirada, tenía deseos de abofetearlos.

Los Grant no eran tontos, reconocían al instante los humores asesinos en su hermana. Tiraron de las riendas para emprender la despedida, el matrimonio gozaba del privilegio de la intimidad en una de las tantas casas de la familia construidas en torno a los viñedos.

—¡Webb, no lo olvides! —Le recordó Zach— ¡Mañana al amanecer pasamos por ti! Así aprendes de una buena vez por todas la «manera americana».

—Sí, Webb, y yo que tú... me ahorro el baño. —Jonathan no pudo contenerse, se quebró en una carcajada, siempre hallaban la manera de empujar a su cuñado a alguna situación que involucrara el ataque a su imagen perfecta.

—¡Yo que tú, me busco mi propio esposo! —les gruñó Emily.

Los cascos pisaron fuerte, era momento del adiós.

—¿Oíste, Zach? Creo que te habló a ti. —Jonathan extendió la broma a su hermano.

—No, es obvio que se refiere a ti...

Se alejaron al galope, discutiendo, lanzándose infantiles improperios. Así eran...

Una vez lejos, Emily sonrió y se lanzó a los brazos de su marido. Él la devoró con un beso.

—Ellos no lo saben, pero en realidad me hacen un favor —murmuró sobre sus labios.

—Lo sé... —Los labios de Emily fueron en busca del reencuentro—. La tina ya está lista.

La cargó en sus brazos hasta llegar a la casa. Ella se abrazó a su cuello.

—Por si no te lo he dicho ya —dijo abriendo la puerta con su pierna—, amo la manera americana.

—¿La manera americana? ¿Cuál sería esa manera? —Un par de peldaños y ya estarían en la calidez de la habitación.

—Tú, yo, y la tina hasta la caída del atardecer.

—¡Oh, qué maravilla... coincide con la mía!

Desvestirse era un arte dominado a la perfección, saciarse el uno al otro entre caricias, besos y espuma, también. Pasaban horas ahí, cuerpo contra cuerpo, con las piernas enredadas, sumergidos hasta que la luz del día se escabullía lejos.

Recorrer el cuello de Emily con el roce de sus labios era la actividad favorita de Colin, una que se vio interrumpida ante el súbito recuerdo.

—Tengo algo para ti...

—¿Qué? —preguntó ella apenas girando el rostro hacia él.

—De camino por el pueblo pasamos por el correo... —estiró la mano para capturar la chaqueta que colgaba de la banqueta—. Lady Bridport te ha escrito.

—¡¿Miranda?! —La emoción la hizo incorporarse de un salto.

Colin no pudo más que reír, era eso o volverle a hacer el amor.

—Sí, Miranda... ¿cuántas ladies Bridport conoces? —Abandonó la tina

para ir en busca de una toalla.

—Gracias al cielo, solo una —dijo mientras dejaba que Colin le brindara sus cuidados. Una vez que estuvo seca, él colocó la carta en sus manos.

—¡Ponme al tanto de las noticias!

Emily corrió hasta una de las mesitas de noche, tomó el abrecartas, rasgó el sobre y se dejó caer en la cama para leer gustosa.

—Cameron ya dio a luz... —narró en voz alta con la felicidad en los labios— ¡Tuvo una niña! La nombró Nala, y...

Volvió a leer, era posible que la emoción le estuviese jugando una mala pasada.

Definitivamente era eso, porque lo que leía no podía ser verdad.

—¿Y?

Colin le hizo compañía en la cama, la desnudez de su cuerpo torneado y bronceado abofeteó a Emily. Nunca se cansaría de observarlo, era hermoso desde cualquier ángulo.

—¿Y? —insistió Colin comprobando que una vez más lograba el efecto deseado en su esposa.

—Vanessa se ha casado...

Las cejas de Colin se elevaron alto, combinaban con las de Emily.

—¿Estás segura? —Ni Colin podía creerlo.

—¿La verdad? no lo sé... dímelo tú. —Le entregó la carta.

Al cabo de unos segundos, las cejas de Colin volvieron a levantarse ante la sorpresa.

—Sí, se ha casado...

—¿Con quién?

—No lo dice.

—¿Cómo que no lo dice? —recuperó la carta con un ágil movimiento. Debía constatarlo.

"Sí, Vanessa se ha casado, han leído bien... y si tienen deseos de saber con quién no tienen más alternativa que subirse a un barco para averiguarlo".

—¡Nooo! ¿Cómo pudo ser capaz de esto Miranda? —Estaba ofendida y ansiosa a la vez.

—Em... Miranda no, eso huele a Elliot.

—¡Tienes razón! —Maldijo para sus adentros—. ¿Y entonces?

No deseaba presionarlo. California era esa bocanada de aire fresco que él necesitaba, pero en Londres estaba su historia, su vida... y algunos recuerdos amargos.

—Entonces... creo que es momento, y Elliot se ha encargado de recordármelo. —Tenía que regresar, declinar el título de conde de manera oficial y organizar el resto de su vida junto a Emily—. ¿Tú que piensas? —consultó con su esposa, en ella quedaba la última palabra.

—¿Qué pienso? ¡Que muero por conocer al desquiciado hombre que ha decidido casarse con la señorita Cleveland! Y la idea de rememorar nuestra luna de miel en un camarote me parece por demás atractiva.

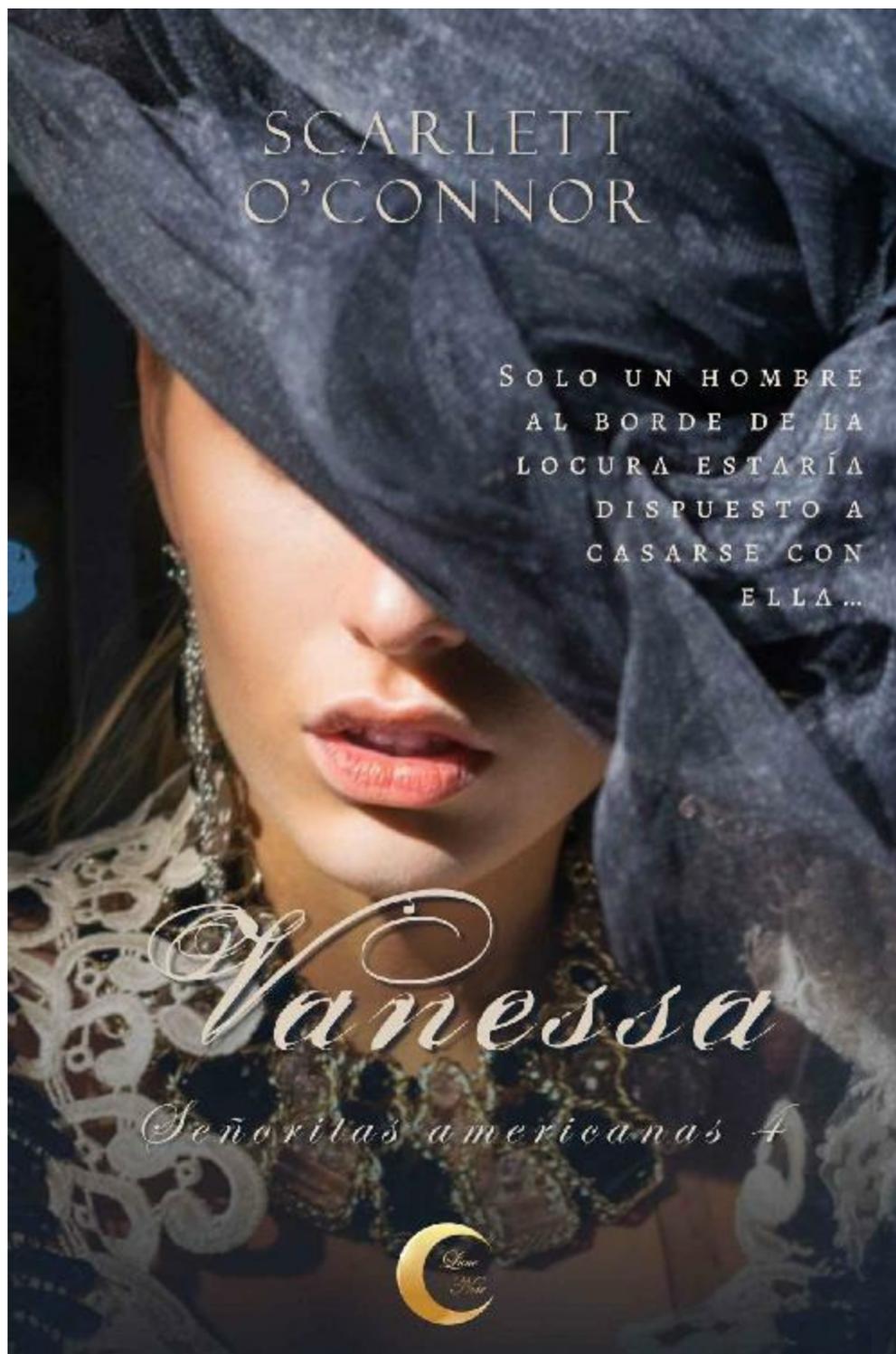
Eran el uno para el otro. Ese mismo pensamiento se había colado por la cabeza de Colin.

—De ser así, milady... prepare las maletas, Londres nos espera.

La tomó de la cintura para atraerla hacia él, piel con piel, el atardecer californiano colándose por la ventana. Un beso, una caricia... su esposa.

Sí, eso era el paraíso.

Próximamente



SCARLETT
O'CONNOR

SOLO UN HOMBRE
AL BORDE DE LA
LOCURA ESTARÍA
DISPUESTO A
CASARSE CON
ELLA...

Vanessa

Señoritas americanas 4



Nuestro catálogo



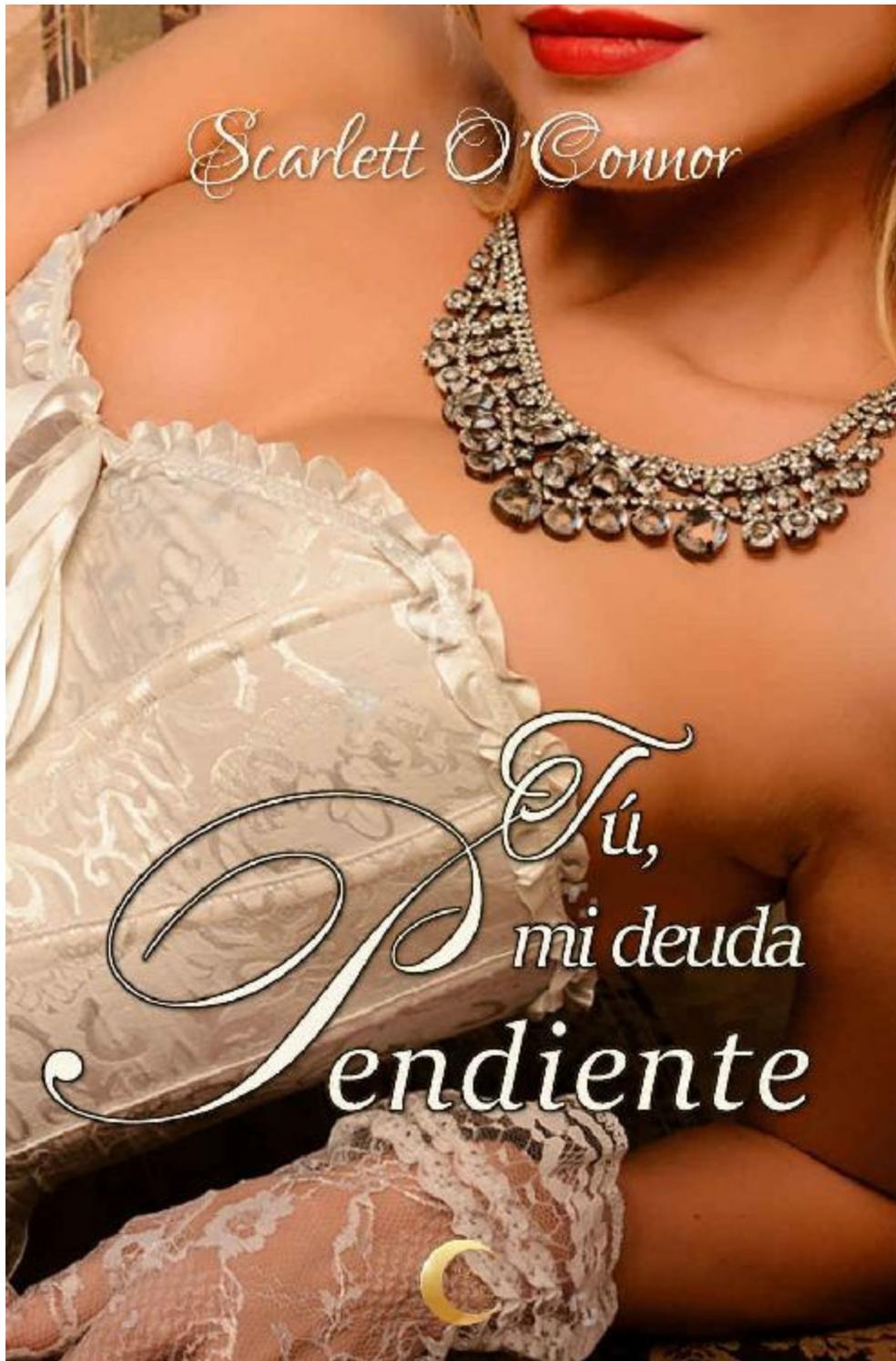
Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela

erótica que no podrás dejar de leer.

"Recuerda siempre leer la letra pequeña".

Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.

Pero nadie le advirtió...Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.



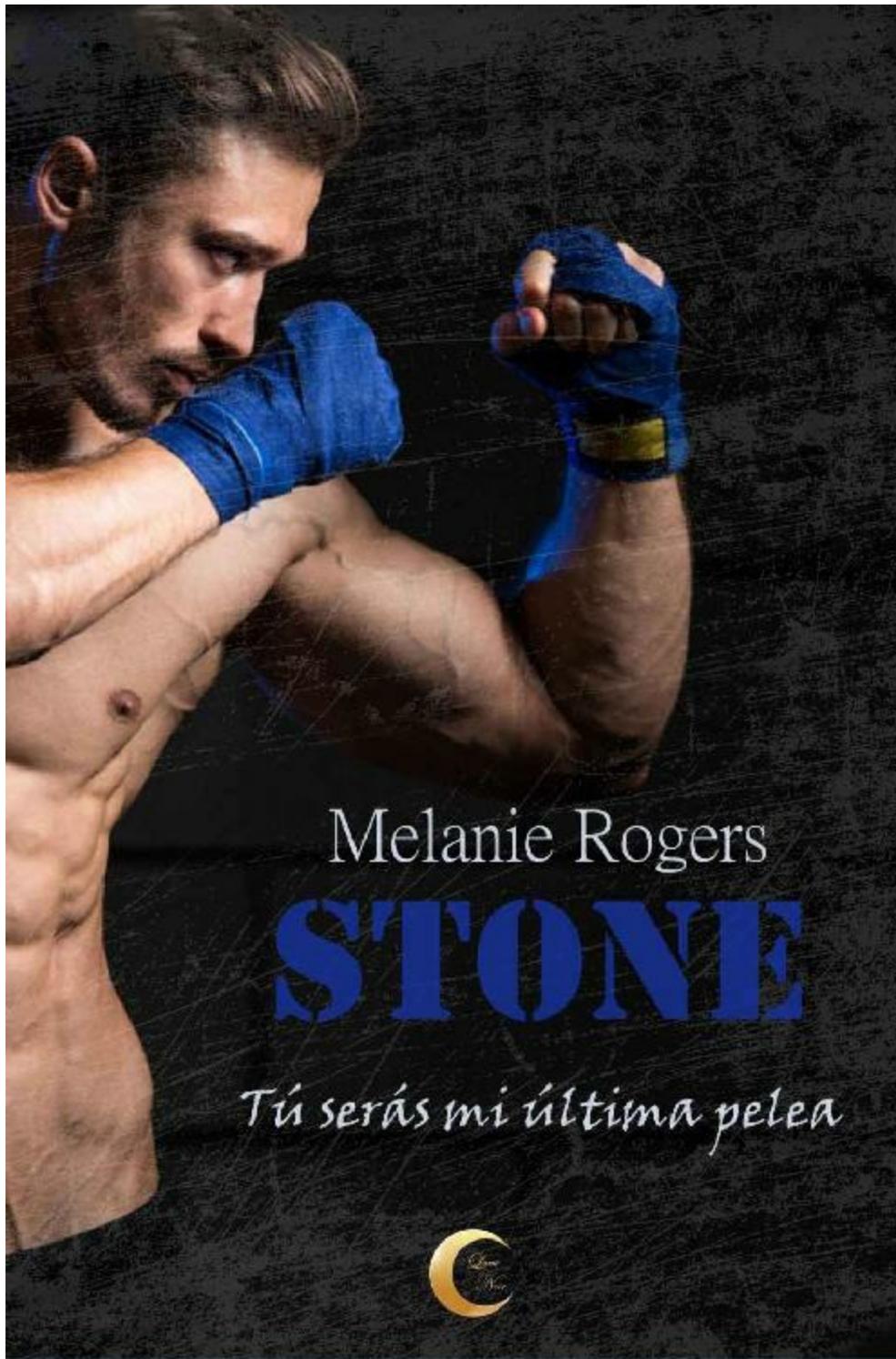
¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.

-Melanie Rogers

Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire:

Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.

Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.



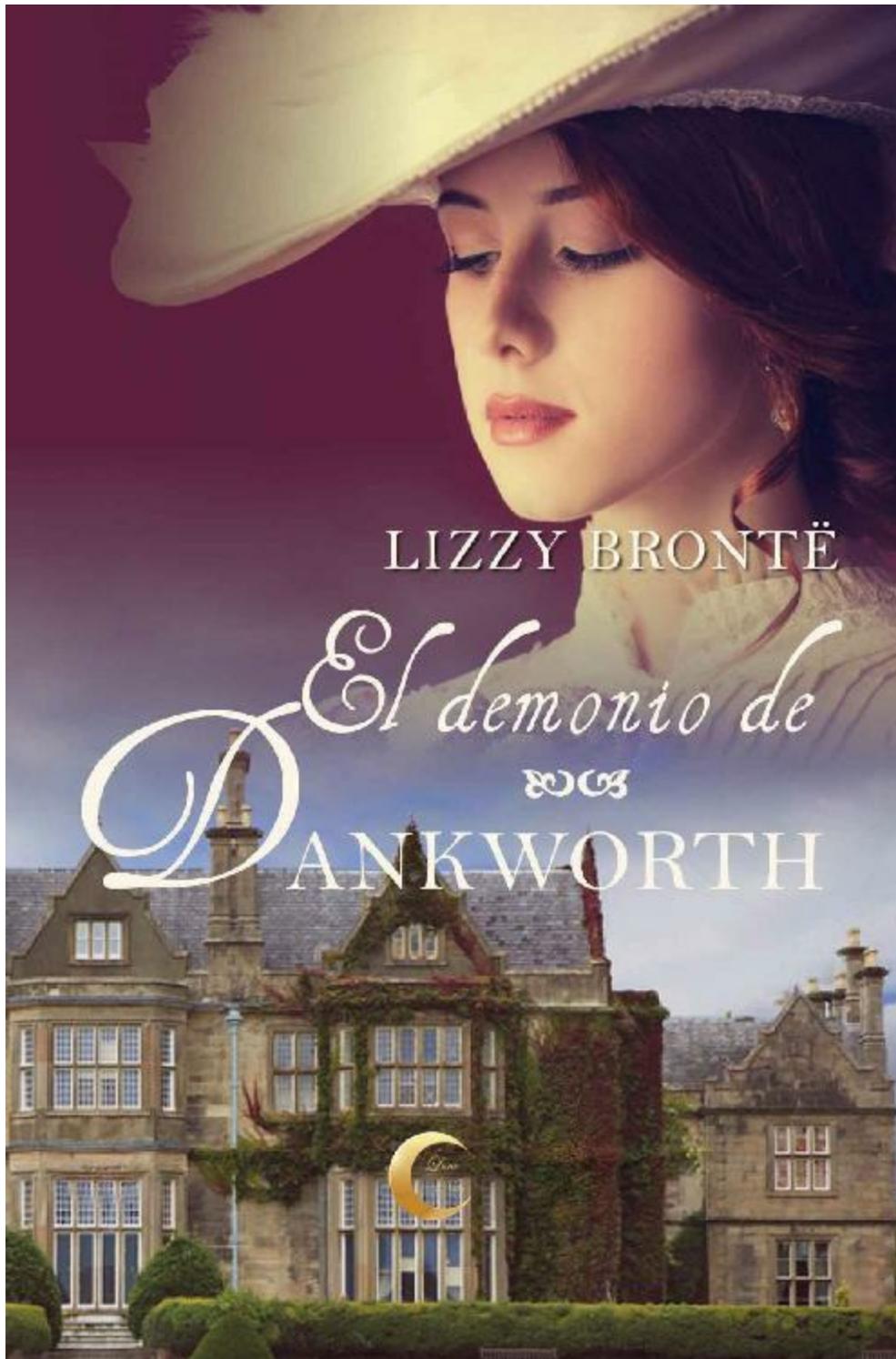
Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë

Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida. Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno del cual escapó tiempo atrás.

Golpe a golpe, así recordará quién es.

Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo.

No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.



Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo, misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.

-Scarlett O'Connor.

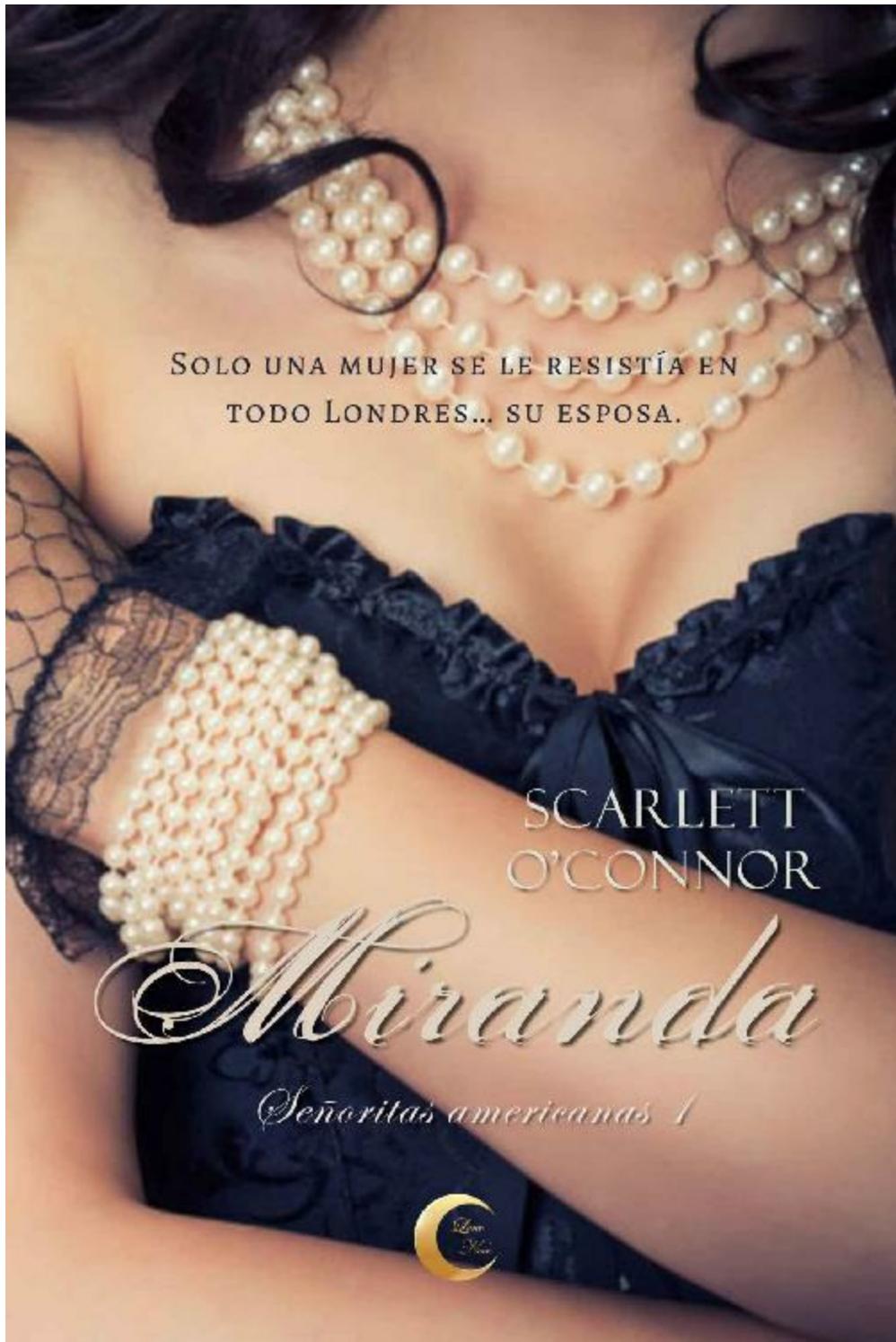
¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth?

Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella.

Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.

Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio...

¿O será Diane quien lo salve a él?



Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».

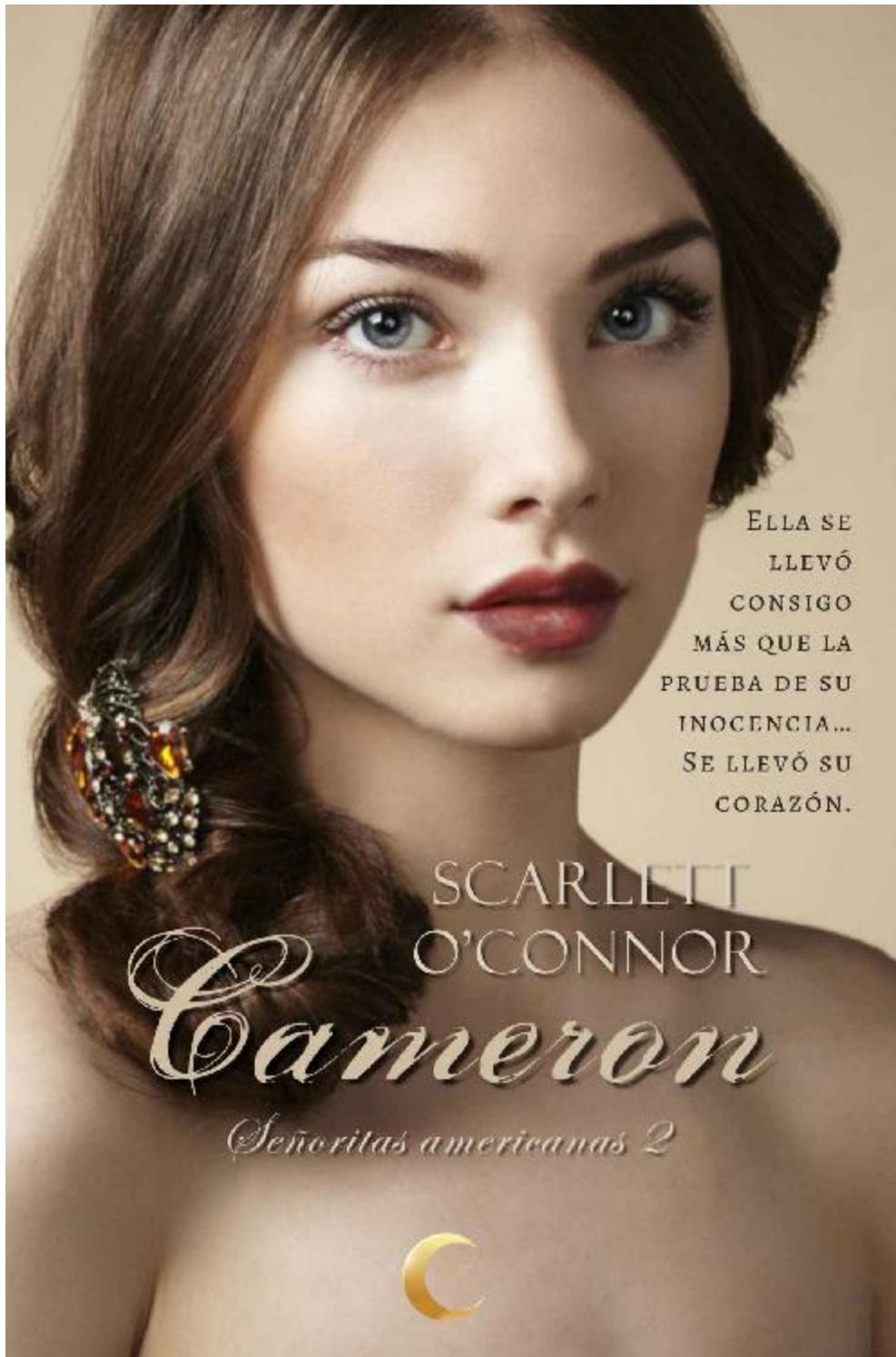
Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado.

Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.

No enamorarse, ese es el plan de Elliot.

No caer en el red de sus encantos, ese es el plan de Miranda.

Las apuestas se abren... ¿Quién ganará?



ELLA SE
LLEVÓ
CONSIGO
MÁS QUE LA
PRUEBA DE SU
INOCENCIA...
SE LLEVÓ SU
CORAZÓN.

SCARLETT
O'CONNOR

Cameron

Señoritas americanas 2



Un homicidio, un secreto, un peligro...

Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón.

El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar.

Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo.

Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron.

Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.

LIZZY BRONTË

SUSURROS

EN LA

BRUMA

SIGUE MI VOZ, VE HACIA LA LUZ



Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada

y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida.

Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall.

Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.

¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?

Síguenos en las redes sociales



<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>



[/LuneNoir7](#)



[/lune.noir.libros](#)

Icons made by: flaticon

<https://www.flaticon.es/autores/freepik>

www.flaticon.com is licensed by Creative Commons BY 3.0.



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>